TARZÁN
el MAGNÍFICO

JOHN COLEMAN BURROUGHS

EDGAR RICE BURROUGHS



El explorador estadounidense Stanley Woods parece presa del delirio cuando, a las puertas de la muerte, se pone a hablar de una ciudad desconocida, de una tribu de mujeres guerreras gobernadas por un perverso brujo, de un gran diamante, el Gonfal, de extraños poderes hipnóticos, de un noble inglés perdido en la jungla hace mucho tiempo, de una reina salvaje que incumpliendo su deber le había permitido huir con vida…

Cuando Tarzán comprende hasta que punto Gonfal se ha apoderado de la voluntad de su amigo y cómo le empuja a adentrarse, de nuevo, en las garras de las amazonas Kaji, a una muerte segura, se convierte nuevamente en el cazador implacable capaz de las más inesperadas hazañas.



Edgar Rice Burroughs

Tarzán el magnífico

Tarzán 21

ePUB r1.1

Titivillus 05.03.17

Título original: *Tarzan the Magnificent*
Edgar Rice Burroughs, 1939[1]
Traducción: Carme Camps
Portada original 1.ª, edición EE.UU.: John Coleman Burroughs
Restauración y adaptación portada: Zaucio Olmian

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.0



TARZÁN
el magnífico

I

EN EL PASADO

LA VERDAD es más extraña que la ficción.

Si este relato en algún momento parece increíble, les ruego que tengan presente este axioma. Su origen se remonta a más de veinte años atrás, a menos que se desee ir más allá, hasta la primera ameba o incluso hasta el tremendo choque de dos soles olvidados; pero limitaremos nuestra historia, exceptuando alguna referencia ocasional, al escenario, los actores y el asunto del tiempo presente.

Los ardientes rayos del sol abrasan una árida llanura a unos cinco grados al norte del ecuador. Un hombre, con ajados pantalones y camisa en la que hay terrones de sangre seca y de color marrón óxido, se tambalea y se desploma; luego, yace inerte.

Un león de gran tamaño contempla la escena desde la cima de un distante saliente rocoso donde algunos tenaces arbustos se arraigan para dar sombra a la guarida del rey: porque esto es África.

Ska, el buitre, vuela en círculos en el cielo azul haciendo gala de su previsión, muy por encima del cuerpo del hombre caído.

No lejos, hacia el sur, en el linde de la seca llanura, otro hombre se dirige sin dificultad hacia el norte. No da muestras de fatiga o agotamiento. La piel broncínea refulge de salud y en ella sobresalen grandes músculos. El paso libre y la pisada silenciosa podrían ser los de Sheeta, la pantera; pero aquí no hay sinuosidad. Es el porte de alguien que no conoce la duda ni el miedo, de un señor en sus dominios.

Sólo lleva un taparrabos de piel de cierva. Porta colgado de un hombro un rollo de cuerda hecha de hierba y al otro un carcaj con flechas; un cuchillo envainado se balancea en su cadera; un arco y una corta flecha completan su equipo. Un mechón de pelo negro le cae alborotado sobre sus serenos ojos grises, ojos que pueden reflejar la luz de un mar estival o el reluciente acero de un estoque.

El Señor de la Jungla está fuera.

Está lejos, al norte de sus antiguos dominios; sin embargo no es terreno desconocido para él. Ha estado aquí muchas veces. Sabe dónde puede excavar para encontrar agua. Sabe dónde está el abrevadero más próximo, donde puede cazar y llenarse el vientre.

Ha venido al norte a petición de un emperador para investigar el rumor de que un poder europeo está intentando provocar la deserción de un jefe nativo mediante soborno. La guerra y los rumores de la guerra están en el aire, pero estas cosas no forman parte de nuestra historia… esperamos. Sin embargo, no somos profetas. Sólo somos cronistas de los acontecimientos tal como suceden. Seguimos las actividades de nuestros personajes hasta el amargo fin, pero esperamos lo mejor. Sin embargo, sólo el tiempo lo dirá.

Mientras Tarzán cruzaba la llanura con paso fácil, ningún sonido escapaba a su aguzado oído; nada que se moviera, a sus ojos; ningún olor, transportado en el suave seno de Usha, el viento, quedaba sin identificar. Muy a lo lejos vio a Numa, el león, erguido sobre su saliente rocoso; vio a Ska, el buitre, volando en círculos sobre algo que Tarzán no podía ver. En todo lo que veía u oía u olía leía una historia; porque para él aquel mundo salvaje era un libro abierto, a veces emocionante, pero siempre una interesante historia de amor, de odio, de vida o de muerte.

Allí donde usted o yo tan sólo podríamos captar una letra o una palabra, Tarzán de los Monos comprendía el texto completo e incontables implicaciones que nosotros tal vez jamás percibiríamos.

En aquel momento, más adelante, vio algo blanco que brillaba a la luz del sol: un cráneo humano, y mientras se acercaba sus ojos vislumbraron que se trataba del esqueleto de un hombre, cuyos huesos estaban sólo ligeramente mal colocados. Entre ellos crecía un arbusto bajo del desierto, lo que proclamaba que el esqueleto llevaba allí mucho tiempo.

Tarzán se detuvo a investigar, pues para él en este mundo nada es demasiado insignificante para pasar por su lado sin preguntarse por ello. Vio que el esqueleto era de un negro y que hacía mucho tiempo que se encontraba allí, probablemente años, algo posible en aquella ardiente y reseca llanura. No podía saber cómo había muerto el hombre, pero suponía que podía haber sido de sed.

Entonces vio algo junto a los huesos de una mano, semienterrado por la tierra movediza; se paró y lo recogió, sacándolo con cuidado de la tierra. Era un palo de madera roto, cuyo extremo partido estaba encajado en un

pequeño fardo de seda untada de aceite.

La seda estaba manchada, reseca y quebradiza. Parecía que podía desmigajarse al tocarla, pero sólo era la capa exterior. Cuando la desenvolvió, con gran cuidado, descubrió que las capas interiores estaban mejor conservadas. Dentro del envoltorio de seda encontró lo que esperaba: una carta.

Estaba escrita en inglés, con letra pequeña pero perfectamente legible. Tarzán la leyó con interés, interés avivado quizá por la fecha que había en la parte superior de la hoja de papel. Habían transcurrido veinte años desde que la carta fuera escrita. Durante veinte años había estado allí, junto al esqueleto de su portador, como mudo testigo de la soledad de aquella estéril llanura. Tarzán leyó:

A quien pueda interesar:

Envío esto sin muchas esperanzas de que jamás salga de este maldito país, y aún menos de que llegue a ningún hombre blanco; pero si lo hace, ruego se ponga en contacto con el Comisario Residente más próximo o cualquier otra autoridad que pueda conseguirnos ayuda inmediata.

Mi esposa y yo nos hallábamos explorando el norte del lago Rudolph. Fuimos demasiado lejos. Y otra vez tuvo lugar la vieja historia. Nuestros porteadores se asustaron por los rumores de que una fiera tribu habitaba el territorio en el que nos encontrábamos. Nos abandonaron.

En el punto en que el río Mafa desemboca en el Neubari, ascendimos por la garganta del primero como atraídos por algún poder sobrenatural y fuimos capturados por las mujeres salvajes de Kaji cuando llegamos a la meseta. Un año más tarde nació nuestra hija y mi esposa murió; las diablesas de Kaji la mataron porque no dio a luz un varón. Quieren hombres blancos.

Por eso no me han matado a mí y a una docena más de hombres blancos que tienen cautivos.

El país de los kaji se halla en una meseta elevada sobre las cataratas del Mafa. Es casi inaccesible, pero puede llegarse a ella siguiendo la garganta del Mafa desde el Neubari.

Será precisa una gran expedición de hombres blancos para rescatarnos a mí y a mí hijita, ya que dudo que se pueda conseguir que los negros penetren en la región. Estas mujeres kaji pelean como diablos, y poseen alguna clase de extraños poderes ocultos. Aquí he visto que… bueno, cosas que simplemente no pueden ser pero son.

Ninguna tribu nativa vivirá cerca de esta misteriosa y nefasta reglón; por eso se sabe poco de los kaji, pero los rumores de sus aterradoras prácticas han pasado a formar parte del folclore de sus vecinos más próximos, y lo que éstos cuentan en voz baja es lo que asusta a los porteadores de cualquier safari que llegue a la esfera de su funesta influencia.

Es posible que los hombres blancos nunca conozcan la causa de ello, pues los negros

temen decírselo, ya que piensan que la magia de los kaji llegará hasta donde estén y les destruirá; pero el resultado siempre es el mismo: si el safari se acerca demasiado a los kaji, los negros huyen.

Tal vez incluso podrían vencer a una gran fuerza, ya que los blancos no estarían luchando contra fuerzas naturales; pero si ganaran, la recompensa podría ser muy grande. La esperanza de esta recompensa es lo que ofrezco a cambio de los peligros que se correrán.

He visto y tocado el diamante Cullinan, que pesaba más de tres mil quilates, y estoy seguro de que el diamante de Kaji pesa seis mil. Cuánto puede valer no lo sé, pero empicando el valor de la piedra brasileña, la Estrella del Sur, como medida, debe de valer cerca de dos millones de libras, recompensa que bien vale correr algún riesgo.

Me es imposible saber si alguna vez lograré que esta carta salga de Kaji, pero tengo la esperanza de que así sea sobornando a uno de sus esclavos negros que de vez en cuando se va de la meseta para espiar en las tierras bajas.

Que Dios permita que esto sea entregado a tiempo.

MOUNTFORD

Tarzán de los Monos leyó la carta dos veces. ¡Mountford! Casi desde que tenía memoria, todo el mundo recordaba la misteriosa desaparición de lord y lady Mountford debido a los rumores de que aún vivían, hasta convertirse en una leyenda de las tierras vírgenes.

Nadie creía realmente que vivieran; sin embargo, de vez en cuando, alguien que se adentraba en el territorio hacía revivir el rumor con más o menos pruebas circunstanciales. Se había oído la historia del jefe de una tribu remota, o quizá de labios de un hombre blanco moribundo; pero nunca se obtenía ninguna clave definitiva respecto al paradero exacto de los Mountford; se había dicho que se encontraban en una docena de lugares, desde Sudán hasta Rodesia.

Y ahora, al fin, se sabía la verdad; pero era demasiado tarde. Lady Mountford llevaba muerta veinte años, y era muy improbable que su esposo aún viviera. La niña, por supuesto, debía de haber muerto o la habrían matado los kaji. Era poco probable que hubiese sobrevivido entre aquel pueblo salvaje.

Para el hombre mono, que se había criado en la jungla, la muerte era un fenómeno común de la existencia y mucho menos notable que otras muchas manifestaciones de la naturaleza, pues a la larga llegaba a todos los seres vivos; por tanto la posibilidad de la muerte del hombre y la niña no le produjo ninguna reacción de tristeza o pesar. Para él no significaba nada. Entregaría la carta a las autoridades inglesas a la primera oportunidad, y

eso sería todo. O eso creía. Tarzán prosiguió su camino, apartando el asunto de su mente. No le interesaban las maniobras de Ska, el buitre, pues indicaban que estaba volando en círculos sobre alguna criatura que aún no había muerto y a la que, debido a su tamaño o naturaleza, vacilaba en atacar.

Cuando Tarzán se aproximaba al lugar que Ska sobrevolaba con alas estáticas, vio a Numa, el león, saltar del saliente en el que se hallaba de pie y avanzar con cautela hacia la cosa que había despertado la curiosidad del hombre mono. Aunque esto último estaba a plena vista, Numa al parecer hizo caso omiso de su presencia; tampoco Tarzán alteró su rumbo por la presencia del león. Si ninguno de los dos cambiaba su paso o su dirección se encontrarían cerca de la cosa sobre la que se cernía Ska.

Cuando el hombre mono se halló cerca del objeto de su interés vio el cuerpo de un hombre que yacía en una pequeña depresión natural del terreno: era el cuerpo de un hombre blanco.

A su derecha, a un centenar de metros, se encontraba Numa. Entonces el hombre se movió. No estaba muerto. Levantó la cabeza y vio al león; hizo esfuerzos para levantarse, pero estaba muy débil y sólo consiguió ponerse sobre una rodilla. Detrás de él estaba Tarzán, al que no veía.

Cuando el hombre se medio levantó, el león rugió. Sólo era un aviso en el que no había una amenaza inmediata. Tarzán así lo reconoció. Sabía que Numa había sido atraído por la curiosidad y no por el hambre. Tenía el estómago lleno. Pero el hombre no sabía estas cosas. Él creía que era el fin, pues se hallaba desarmado e indefenso; y el gran carnívoro, el rey de las fieras, casi estaba sobre él.

Entonces oyó otro rugido bajo por detrás y, cuando volvió rápidamente los ojos en aquella dirección, vio a un hombre semidesnudo que se acercaba a él. Por un instante no comprendió nada, pues no vio a ninguna otra bestia; luego oyó el rugido de nuevo y vio que procedía de la garganta del bronceado gigante que se aproximaba a él.

Numa también oyó el rugido y se detuvo. Meneó la cabeza y gruñó. Tarzán no se paró; siguió caminando hacia el hombre. No había refugio en caso de que el león atacara, ningún árbol que ofreciera la seguridad de sus ramas; sólo estaban las armas de Tarzán y su gran fuerza y habilidad; pero lo más importante era que estaba convencido de que Numa no atacaría.

El Señor de la Jungla conocía bien el arte del engaño y su valor. De pronto alzó la cabeza y lanzó el espantoso grito de advertencia del simio

macho. El hombre se estremeció cuando oyó aquel grito bestial que brotaba de los labios de un ser humano. Numa, lanzando un rugido de despedida, se dio la vuelta y se alejó.

Tarzán se acercó al hombre y se inclinó sobre él.

—¿Está herido —preguntó—, débil por el hambre y la sed?

La voz de una bestia saliendo de los labios de aquel extraño gigante blanco no habían sido más desconcertantes para el hombre que oírle ahora hablar en inglés. No sabía si tener miedo o no. Echó un vistazo apresurado en dirección al león y lo vio alejarse por donde había venido, y se llenó de un nuevo temor de aquella criatura que era capaz de asustar al rey de las bestias y apartarle de su presa.

—Bueno —dijo el hombre mono—, ¿entiende el inglés?

—Sí —respondió el otro—. Soy americano. No estoy herido. Llevo varios días sin comer. Hoy no he bebido ni una gota de agua.

Tarzán se inclinó e incorporó al hombre sobre un hombro.

—Encontraremos agua y comida —dijo—, y entonces me podrá contar qué hace solo en esta región.

II

UNA EXTRAÑA HISTORIA

MIENTRAS Tarzán llevaba al hombre hacia un lugar seguro, el peso muerto de su carga le indicó que ésta había perdido el conocimiento. De vez en cuando murmuraba de forma incoherente, pero durante la mayor parte del viaje estuvo como muerto.

Cuando por fin llegaron a un lugar donde había agua, Tarzán dejó al hombre a la sombra de un arbolito, y, levantándole la cabeza y los hombros, le puso unas gotas de líquido entre los labios. Después pudo tomar más, y con sus efectos reanimadores empezó a hablar: frases quebradas, a veces incoherentes, como cuando se habla en delirios o se despierta de una anestesia.

—Diablesa… —murmuró—, bella… ¡Dios!, qué hermosa. —Luego se quedó callado un rato mientras Tarzán le lavaba la cara y las muñecas con agua fría.

Entonces abrió los ojos y miró al hombre mono, las cejas fruncidas en gesto interrogador y desconcertado.

—¡El diamante! —exigió—. ¿Conseguiste el diamante? Enorme…, debe de haberlo criado Satanás …, bello …, enorme…, grande como… ¿qué? No puede ser…, pero ¡yo lo vi… con mis propios ojos!, ¡ojos!, ¡qué ojos …! pero un enemigo…, diez millones de dólares…, todo eso…, grande…, grande… como la cabeza de una mujer.

—Cállate —dijo el hombre mono— y descansa. Conseguiré comida.

Cuando regresó, el hombre dormía plácidamente y caía la noche. Tarzán hizo fuego y preparó un par de codornices y una liebre que había abatido con su arco y flechas. Envolvió las codornices en arcilla húmeda y las dejó en las brasas; la liebre la cortó en trozos y la asó clavada en unos palos afilados.

Cuando hubo terminado, miró al hombre y vio que tenía los ojos abiertos y que le estaba mirando. La mirada era bastante normal, pero la

expresión era de asombro.

—¿Quién eres? —preguntó el hombre—. ¿Qué ha ocurrido? No puedo recordar nada.

—Te encontré en la llanura; exhausto —explicó Tarzán.

—¡Oh! —exclamó el hombre—. Eres el… el hombre del que huyó el león. Ahora lo recuerdo. ¿Y me has traído hasta aquí y has conseguido comida?, ¿y también hay agua?

—Sí; has bebido un poco. Puedes tomar un poco más ahora. Hay un manantial detrás de ti. ¿Estás lo bastante fuerte para llegar hasta él?

El hombre se giró y vio el agua; luego se arrastró hacia ella. Había recobrado algo de fuerzas. Cuando el hombre hubo bebido se volvió de nuevo hacia Tarzán.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Por qué me has salvado?

—Tú me responderás a esas preguntas —dijo el Señor de la Jungla—. ¿Quién eres tú? ¿Y qué haces solo en este país? ¿Qué estás haciendo aquí?

La voz era baja y profunda. Interrogaba, pero también ordenaba. El extraño lo percibió. Era la voz bien modulada y segura de un hombre al que siempre se obedecía. Se preguntó quién podía ser aquel gigante blanco semidesnudo. Un Tarzán regular, pensó. Cuando miró al hombre casi pudo creer que semejante criatura existía fuera de la historia y la leyenda y que en realidad era él.

—Quizá será mejor que antes comas —dijo el hombre mono—; después podrás responder a mis preguntas. —Sacó una bola de arcilla cocida del fuego, rascándola con un palo; luego, con la empuñadura del cuchillo la abrió y la arcilla cocida se separó del cuerpo de la codorniz, sacando con ella las plumas. Clavó un palo en el ave y se lo pasó al hombre.

—Está caliente —dijo.

Lo estaba, pero aquel extraño medio muerto de hambre se arriesgó a quemarse por tomar un primer bocado. Sin sazonar, ningún alimento le había sabido jamás mejor. Sólo su elevada temperatura le contuvo de devorarlo. Comió una codorniz y media liebre antes de tumbarse, satisfecho al menos parcialmente.

—Responderé a tus preguntas —dijo—. Me llamo Wood. Soy escritor, de viajes. Así capitalizo mi falta de valor natural, que a menudo encuentra su expresión y su excusa en el ansia de ver mundo. Me ha hecho adquirir más de una habilidad; así que ahora soy capaz de emprender expediciones

que requieren más financiación que un billete de barco y un par de resistentes botas.

»Debido a esta relativa riqueza me encontraste solo y al borde de la muerte en una tierra salvaje sin caminos; pero aunque me encontraras abandonado y desprovisto incluso de una corteza de pan, llevo en mi cabeza material para un libro de viajes como jamás ningún hombre moderno ha escrito. He visto cosas con las que la civilización ni siquiera sueña y no creerá; y también he visto el diamante más grande del mundo. Lo he tenido en mis manos. Incluso he tenido la temeridad de creer que podía llevármelo.

»He visto a la mujer más hermosa del mundo… y a la más cruel; e incluso tuve la temeridad de creer que podía llevármela también, pues la amaba. Aún la amo, aunque en sueños la maldigo, tan cerca están el amor y el odio, las dos emociones más poderosas y devastadoras que gobiernan al hombre, las naciones, la vida… tan cerca que sólo las separan una mirada, un gesto, una sílaba. La odio con mi mente; la amo con mi cuerpo y mi alma.

»Ten paciencia conmigo si me anticipo. Para mí ella es el principio y el final; el principio y el final de todo. Pero intentaré ser más coherente y más cronológico.

»Para empezar, ¿has oído hablar de la misteriosa desaparición de lord y lady Mountford?

Tarzán asintió.

—¿Y quién no?

—¿Y los persistentes rumores de su supervivencia incluso ahora, veinte años después de que desaparecieran de la vista y el conocimiento del hombre civilizado?

»Bueno, su historia me inspiraba tanto romanticismo y misterio que durante años acaricié la idea de organizar una expedición que siguiera todos los rumores hasta que se demostrara que eran falsos o ciertos. Encontraría a lord y a lady Mountford o me enteraría de su destino.

»Tengo un muy buen amigo, un joven que recibió una considerable herencia, que respaldó algunas de mis anteriores aventuras: Robert van Eyk, de los Van Eyk de Nueva York. Pero por supuesto eso no te dice nada.

Tarzán no hizo ningún comentario. Se limitó a escuchar; ni una sombra de interés o emoción cruzó su rostro. No era un hombre fácil en el que

confiar, pero Stanley Wood estaba tan lleno de emoción contenida que habría recibido con agrado los inútiles oídos de un Buda de piedra si no hubiera habido ningún otro oído para escuchar.

—Bien —prosiguió—, hablé tanto de mis planes a Bob Van Eyk que él mismo lo preparó todo, e insistió en venir conmigo y repartirnos los gastos; esto significaba, claro está, que podíamos equiparnos mucho mejor de lo que yo tenía previsto y estar más seguros del éxito de nuestra empresa.

»Pasamos un año entero investigando, en Inglaterra y en África, con el resultado de que acabamos bastante convencidos de que lord y lady Mountford habían desaparecido en algún punto del río Neubari al noroeste del lago Rudolph. Todo parecía apuntar hacia ello, aunque prácticamente todo se basaba en rumores.

»Reunimos un safari y elegimos a un par de cazadores blancos que estaban bastante familiarizados con todo lo africano, aunque nunca habían estado en esta parte del país.

»Todo fue bien hasta que hubimos avanzado un poco río arriba. La zona apenas estaba habitada, y cuanto más lejos íbamos menos nativos veíamos, Éstos eran salvajes y temibles. No conseguimos sacarles nada sobre lo que había más adelante, pero hablaron con nuestros porteadores. Les metieron el miedo en el cuerpo.

»Pronto empezamos a tener deserciones. Intentamos averiguar cuál era el problema hablando con los que se quedaron, pero no quisieron decirnos nada. Se quedaron paralizados, muertos de miedo, al principio ni siquiera admitieron que estaban asustados; pero siguieron desertando.

»Me puse muy serio. Nos hallábamos en un país del que no conocíamos absolutamente nada, un país potencialmente hostil, con una gran cantidad de equipo y provisiones y apenas suficientes hombres para transportarlo.

»Finalmente, uno de los jefes me dijo qué era lo que les asustaba. Los nativos con los que hablaron les dijeron que había una tribu, más arriba del Neubari, que mataba o hacía esclavo a cualquier negro que penetrara en su territorio, una tribu con alguna magia misteriosa que te retenía, no te dejaba escapar, y si escapabas la magia te seguía y te mataba antes de regresar a tu región, que quizás estaba a muchas marchas de distancia. Dijeron que no se podía matar a esa gente porque no eran humanos; eran demonios que habían adoptado la forma de mujeres.

»Bien, cuando conté a Spike y Troll, los cazadores blancos, cuál era el problema, se rieron de todo el asunto, claro está. Dijeron que no era más

que una excusa para hacernos volver porque a nuestros porteadores no les gustaba la idea de estar tan lejos de su propia región y empezaban a sentir nostalgia.

»Así que se pusieron duros con los muchachos. Les gritaban y les trataban como si fueran esclavos. Como dijo Spike: “Mételes el miedo en el cuerpo, y a la noche siguiente el resto habrá huido, hasta el último hijo de su madre”.

»Cuando despertamos por la mañana sólo estábamos nosotros cuatro, Bob Van Eyk, Spike, Troll y yo, cuatro hombres blancos solos con carga para cincuenta porteadores; nuestros criados personales, nuestros portadores de armas, nuestros askaris…, todos habían desaparecido.

»Spike y Troll volvieron atrás para intentar atrapar a alguno de los muchachos para que nos sacaran de allí, pues sabíamos que estábamos perdidos; pero nunca encontraron a ninguno de ellos, aunque estuvieron fuera dos días.

»Bob y yo estábamos a punto de partir solos cuando regresaron; créeme, si ya teníamos bastante antes de que se marcharan, tuvimos el doble mientras estuvieron fuera.

»No puedo contarte lo que fue, pues en ningún momento vimos a nadie. Quizá sólo fuera que estábamos asustados, pero no creo que pudiera ser eso. Van Eyk tiene mucho nervio, y yo he estado en muchos lugares difíciles, perdido y solo entre los cazadores de cabezas de Ecuador, capturado en el interior de Nueva Guinea por caníbales, estuve frente a un pelotón de fusilamiento durante una revolución en América Central… ese tipo de cosas, ya sabes, que un escritor de viajes confunde si realmente está buscando emociones sobre las que escribir y no es muy sensato.

»No, esto era diferente. Era sólo una «sensación», una constante sensación de ser observados por ojos invisibles, de día y de noche, y también se oían ruidos. No puedo describirlos; no eran ruidos humanos, y tampoco animales. Eran ruidos de tal naturaleza que te hacían poner la piel de gallina.

»Celebramos un consejo de guerra la noche en que Spike y Troll regresaron. Al principio se rieron de nosotros, pero pronto empezaron a sentir y oír cosas. Después estuvieron de acuerdo con nosotros en que lo mejor sería repelerlo.

»Decidimos no llevar más que un revólver y un rifle cada uno, munición y comida, abandonando todo lo demás. Íbamos a partir a primera

hora del amanecer siguiente.

»Cuando llegó la mañana tomamos el desayuno en silencio, nos pusimos las mochilas y sin decir una palabra echamos a andar río arriba. Ni siquiera nos mirábamos. No sé el resto, pero a mí me daba vergüenza hacerlo.

»Allí estábamos, haciendo precisamente lo contrario de lo que habíamos decidido, adentrándonos cada vez más en terreno desconocido, y sin saber por qué lo hacíamos. Intenté ejercer mi voluntad y obligar a mis pies a ir en la dirección opuesta, pero no lo conseguí. Un poder mucho mayor que mi voluntad me dirigía. Era aterrador.

»No habíamos recorrido más de unos ocho kilómetros cuando tropezamos con un hombre que yacía en el sendero, un hombre blanco. Tenía el pelo y la barba blancos, pero no parecía tan viejo; bueno, aparentaba tener menos de cincuenta, diría yo. Parecía bastante maltrecho, a pesar de que aparentemente se hallaba en buen estado físico: no daba muestras de estar muriéndose de hambre y no podía haber sufrido de sed, pues el río Neubari se encontraba a menos de cincuenta metros de donde yacía.

»Cuando nos paramos a su lado, abrió los ojos y nos miró.

»“¡Marchaos!”, susurró. Parecía muy débil, y era evidente que hablar le costaba un esfuerzo.

»Yo llevaba una botellita de coñac para casos de emergencia y le hice beber un sorbo. Pareció revivir un poco.

»“Por el amor de Dios, volved atrás”, dijo. “No sois suficientes. Os cogerán como me cogieron a mí hace más de veinte años y no podréis escapar, no se puede escapar. Después de tantos años creí ver mi oportunidad, y lo intenté. ¡Pero ya lo veis! Me cogieron. Me estoy muriendo. ¡Su poder! Te lo envía y te alcanza. Retroceded y reunid una gran fuerza de hombres blancos; los negros no entrarán en esta región. Reunid una gran fuerza y penetrad en el país de los kaji. Si podéis matarle no os pasará nada. Él solo es el poder, sólo él”.

»“¿A quién te refieres?”, le pregunté.

»“A Mafka”, respondió.

»“¿Es el jefe?”, pregunté.

»“No; no sabría cómo llamarle. No es un jefe, y sin embargo es todopoderoso. Es más que un hechicero. En las épocas oscuras habría sido mago. Hace cosas que ningún hechicero corriente jamás ha soñado hacer.

Es un diablo. A veces he pensado que es el mismo diablo, y le está enseñando a ella, enseñándole sus maléficos poderes”.

»“¿Quién eres?”.

»“Soy Mountford”, respondió.

»“¿Lord Mountford?”, exclamé.

»Él asintió.

—¿Te habló del diamante? —preguntó Tarzán.

Wood miró al hombre mono con sorpresa.

—¿Cómo sabes eso?

—Has farfullado algo mientras delirabas, pero ya lo sabía. ¿Realmente tiene el tamaño del Cullinan?

—Nunca he visto el Cullinan, pero el diamante de los kaji es enorme. Debe de valer al menos diez millones de dólares, posiblemente más. Troll trabajaba en Kimerly. Dijo algo entre diez y quince millones. Sí, Mountford nos habló de él, y después Troll y Spike estaban ansiosos por ir a ese país de los kaji, con la esperanza de robar el diamante. Nada de lo que Mountford dijo pudo detenerles. Pero al fin y al cabo no importaba. No podíamos dar media vuelta aunque quisiéramos.

—¿Y Mountford? —preguntó Tarzán—. ¿Qué se hizo de él?

—Intentaba decirnos algo sobre una muchacha. Desvariaba un poco, y nos costó deducir a qué se refería. Sus últimas palabras fueron: «Salvadla… matad a Mafka». Y entonces murió.

»Nunca descubrirnos a quién se refería, ni siquiera cuando llegamos al país de los kaji. Nunca vimos a ninguna mujer cautiva. Pero tampoco vimos a Mafka. Éste vive en un castillo corriente que debió de ser erigido hace siglos, posiblemente por los portugueses, aunque es posible que sea anterior a su incursión en Abisinia. Van Eyk creía que podía haber sido construido durante las cruzadas, aunque qué hacían los cruzados por estos pagos no podía explicarlo. En cualquier caso, los kaji no lo construyeron; aunque habían hecho considerables esfuerzos para restaurarlo y conservarlo.

»El diamante se conserva en ese castillo y está protegido junto con Mafka y la reina por guerreras kaji que constantemente están en guardia ante la única entrada.

»Los kaji atribuyen todos sus poderes y el poder de Mafka al diamante; por eso, como es natural, lo protegen con mucho cuidado. No muestran una particular reverencia por la piedra misma. La manipulan y dejan que otros

la manipulen como si fuera una piedra corriente. Reservan su reverencia para su reina.

»No estoy seguro de que llegara a entender acertadamente la relación entre la reina y el diamante, pero creo que la consideran la personificación de la piedra, en cuyo cuerpo ha entrado el espíritu y la llama del brillante.

»Es una criatura espléndida, la mujer más bella que jamás he visto. No dudaría en decir que es la mujer más hermosa del mundo; pero una criatura de contradicciones tan radicales como para arrojar dudas sobre su cordura. Un momento es toda compasión y dulzura femeninas, y al siguiente es una diablesa. La llaman Gonfala, y al diamante, Gonfal.

»Durante un momento de debilidad femenina me ayudó a escapar, pero debió de arrepentirse, pues sólo podía ser el poder de Mafka lo que me alcanzó y me arrastró. Sólo ella sabía que me había marchado, por lo que debió de decírselo.

—¿Qué fue de los otros tres hombres? —preguntó Tarzán.

—Siguen prisioneros de los kaji. Cuando Gonfala me ayudó a escapar, planeé regresar con una fuerza de blancos lo bastante grande para rescatarles —explicó Wood.

—¿Estarán vivos?

—Sí; los kaji les protegerán y se casarán con ellos. En un principio eran negras que deseaban volverse blancas, por tanto sólo se casaban con hombres blancos. Esto se convirtió en parte de su religión. Por eso atraen a los hombres blancos y asustan a los negros para que huyan.

»Todo esto debe de haber estado sucediendo durante generaciones, ya que no hay ni un solo negro puro entre ellas. Su color va desde el castaño al blanco. Gonfala es rubia. Aparentemente no hay ni rastro de sangre negra en sus venas.

»Si nace un bebé negro se mata, y todos los bebés varones son asesinados. Creen que el color de la piel se hereda del padre.

—Si matan a todos los varones, ¿dónde consiguen a sus guerreros?

—Las mujeres son guerreras. Nunca las he visto pelear, pero por lo que he oído imagino que son tremendamente feroces. Verás, llegamos directos a su país como amigos que hace tiempo que no se ven, pues no queríamos pelear con ellas. Lo único que dos de nosotros querían era su diamante. Bob Van Eyk deseaba correr una aventura y yo ansiaba material para otro libro. Si podíamos hacernos amigos, mucho mejor.

»Eso ocurrió hace seis meses. Bob ha tenido su aventura y yo tengo

material para un libro, aunque de poco me servirá. Spike y Troll no han conseguido el diamante, pero cada uno tiene siete esposas kaji y están debidamente casados, también, por Gonfala en presencia del gran diamante.

»Gonfala, como reina, elige las esposas para todos los blancos capturados; a ella no le está permitido casarse.

»Este reparto de los blancos es más o menos un engaño. Las mujeres hacen ofertas a Gonfala, y las que hacen las ofertas más elevadas obtienen los esposos.

»Bien, vimos mucho a Gonfala. Pareció que Bob y yo le gustábamos, y a mí sin duda me gustaba ella. En realidad, me enamoré, e incluso cuando adiviné la verdad no me importó.

»Le gustaba que le hablaran del mundo exterior y nos escuchaba durante horas. Ya sabes cómo es la gente. Verla y estar tanto tiempo cerca de ella hizo que desapareciera mi repulsión por sus crueldades, así que mentalmente siempre la estaba excusando. Y cada vez la amaba más, hasta que por fin se lo dije.

»Ella me miró largo rato sin decir una palabra. Yo no sabía si estaba dolida o no. Si supieras lo importante que es la reina de los kaji comprenderías lo presuntuoso que fui al declararle mi amor. Es más que una reina; es una especie de deidad a la que adoran, todo ello mezclado con su idolatría al diamante.

»“Amor —dijo con voz débil, baja—. ¡Amor! ¡O sea que se trata de eso!”.

»Entonces se irguió y de pronto adquirió un porte muy regio. “¿Sabes lo que has hecho?”, me preguntó.

»“Me he enamorado de ti”, respondí. “Es lo único que sé o me importa”.

»Ella dio un fuerte golpe en el suelo con el pie. “No lo digas”, ordenó. “No vuelvas a decirlo. Debería matarte; ése es el castigo por atreverse a aspirar al amor de Gonfala. Ella no puede amar; no puede casarse nunca. ¿No entiendes que soy una diosa además de reina?”.

»“No puedo evitarlo —repliqué— y no puedo evitar amarte igual que tú no puedes evitar amarme”.

»Ella ahogó un leve grito de asombro y horror. En sus ojos había una nueva expresión; no era Ira: era miedo. Yo había expresado en voz alta una sospecha que había albergado durante algún tiempo y había dado en el

clavo: Gonfala estaba enamorada de mí. No se había dado cuenta hasta ese instante; hasta entonces no sabía qué le ocurría. Pero ahora sí lo sabía y tenía miedo.

»No lo negó, pero me dijo que nos matarían a los dos, y que lo harían de un modo horrible si Mafka sospechaba la verdad. Y que temía que Mafka lo supiera mediante los misteriosos poderes mágicos que poseía.

»Entonces decidió ayudarme a escapar. Le parecía que era la única manera de mantener nuestra seguridad; para mí representaba la oportunidad de rescatar a mis amigos con la posibilidad de persuadir a Gonfala de que huyera conmigo si tenía éxito.

»Con su ayuda escapé. El resto ya lo sabes.

III

EL PODER DE MAFKA

EL HOMBRE MONO había escuchado con paciencia el relato de Stanley Wood. Hasta qué punto podía creerlo no lo sabía, pues no conocía a aquel individuo y había aprendido a sospechar que todo hombre civilizado era mentiroso y estafador hasta que demostraba lo contrario.

Sin embargo, la personalidad del hombre le causó una impresión favorable, y poseía algo del conocimiento instintivo de las bestias salvajes de carácter básico, si así se le puede llamar. Quizás es más que una sensación intuitiva de confianza en alguna cosa y desconfianza en otras. No es infalible, Tarzán lo sabía bien, por eso siempre obraba con cautela. Y en eso también asomaba la bestia que había en él.

—¿Y qué te propones hacer ahora? —preguntó.

Wood se rascó la cabeza con perplejidad.

—Si he de serte franco, no lo sé. Estoy seguro de que Mafka descubrió que me había escapado y que su magia me siguió y me abatió. Tal vez se lo dijo Gonfala. Es una personalidad tipo Jekyll y Hyde. En un aspecto es toda dulzura y ternura, en el otro es una enemiga acérrima.

»En cuanto a mis futuras acciones, tengo una premonición muy clara de que no soy un agente libre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el hombre mono.

—Desde que ha empezado a oscurecer, ¿no has sentido una presencia invisible cerca de nosotros, no has percibido unos ojos invisibles sobre nosotros, y oído cosas y casi visto cosas? Éstas son las manifestaciones de Mafka. Estamos en su poder. Iremos adonde él quiera que vayamos, y puedes estar seguro de eso.

Una sombra de sonrisa apareció en los labios del Señor de la Jungla.

—He visto y oído muchas cosas desde que nos hemos parado aquí, pero ninguna de ellas era Mafka. Las he identificado todas o con mis oídos o con mi olfato. No hay nada que temer.

—No conoces a Mafka —dijo Wood.

—Conozco África y me conozco a mí —replicó simplemente el hombre mono. No había jactancia en su tono, sino seguridad absoluta. Esto impresionó al americano.

—Eres un Tarzán corriente —dijo.

El otro le lanzó una rápida mirada, evaluándole. Vio que el hombre hablaba sin conocer su identidad, y eso le satisfizo. Su misión requería que permaneciera desconocido si era posible. De lo contrario, tal vez jamás obtuviera la información que buscaba. Se había sentido a salvo de ser reconocido, pues en aquel territorio no le conocían.

—Por cierto —prosiguió Wood—. No me has dicho tu nombre. He visto tantas cosas increíbles desde que llegué a este país que ni siquiera ver a un hombre evidentemente muy civilizado vagando semidesnudo y solo en una tierra salvaje me sorprende más de lo que me habría sorprendido en otro momento. Por supuesto, no quiero meterme en tus asuntos, pero como es natural me pica la curiosidad. Me pregunto quién eres y qué haces aquí. —De pronto se interrumpió y miró con atención a Tarzán. Sus ojos mostraron recelo y una sombra de temor—. ¡Caramba! —exclamó—. ¿Te ha enviado Mafka? ¿Eres una de sus… de sus criaturas?

El hombre mono negó con la cabeza.

—Te hallas en una situación muy desafortunada —dijo—. Si no fuera una de las criaturas de Mafka, o si lo fuera, mi respuesta es de suponer que sería la misma: lo negaría, así que, ¿para qué vaya contestarte? Tendrás que descubrirlo tú mismo, y entretanto tendrás que confiar en mí o desconfiar de mí, como mejor te parezca.

Wood sonrió.

—Estoy en un apuro, ¿verdad? —Se encogió de hombros—. Bueno, los dos estamos en el mismo barco. Al menos no sabes de mí más de lo que yo sé de ti. Puede que te haya contado un cuento chino. Admito que la historia suena sospechosa. Pero al menos te he dicho mi nombre. Tú no me has dicho el tuyo. No sé cómo llamarte.

—Me llamo Clayton —dijo el hombre mono. También podía haber dicho John Clayton, lord Greystoke, Tarzán de los Monos, pero no lo hizo —. Supongo que quieres salir de este país —dijo Tarzán— y conseguir ayuda para tus amigos.

—Sí, claro, pero ahora no hay ninguna oportunidad.

—¿Por qué no?

—Mafka; Mafka y Gonfala.

—De momento no puedo sacarte de aquí —dijo el hombre mono, haciendo caso omiso del obstáculo al que el otro se refería—. Puedes venir conmigo a la zona del lago Tana si lo deseas. Allí te enterarás de una historia, una historia que jamás debes escribir. Tendrás que darme tu palabra. Mi única alternativa es dejarte aquí. Tendrás que decidir.

—Iré contigo —dijo Wood—, pero ninguno de los dos llegará jamás al lago Tana. —Se interrumpió y aguzó la vista mirando la creciente oscuridad del breve crepúsculo—. ¡Ahí! —exclamó en un susurro—. Está detrás; nos está observando. ¿No lo oyes? ¿No lo notas? —Su voz era tensa y tenía los ojos ligeramente dilatados.

—No hay nada —dijo Tarzán—. Tienes los nervios alterados.

—¿Quieres decir que no lo oyes… el gemido, el suspirar?

—Oigo el viento, y oigo a Sheeta, la pantera, muy lejos —respondió el hombre mono.

—Sí, también lo oigo; pero oigo algo más. Debes de estar sordo.

Tarzán sonrió.

—Tal vez —dijo—. Pero duérmete; necesitas descansar. Mañana ya no oirás nada.

—Te digo que lo oigo. Casi lo veo. ¡Mira! Allí, entre aquellos árboles, sólo una sombra de algo que no tiene sustancia.

Tarzán meneó la cabeza.

—Procura dormir —dijo—. Yo vigilaré.

Wood cerró los ojos. La presencia de aquel tranquilo extraño le proporcionaba una sensación de seguridad a pesar de su convicción de que algo extraño y horrible se cernía en la oscuridad: vigilando, siempre vigilando. Zumbándole en los oídos aún esa horrible sensación se quedó dormido.

Durante largo rato Tarzán permaneció sentado, pensando. No oía nada más que los ruidos nocturnos usuales en las tierras salvajes; sin embargo, conocía lo suficiente el misterio y la magia del África negra para darse cuenta de que Wood realmente había oído algo que él no podía oír. El americano era inteligente, estaba cuerdo y tenía experiencia. No parecía ser de los que se dejan llevar por la imaginación o la histeria. Era posible que se hallara bajo el influjo de la sugestión hipnótica, que Mafka fuera capaz de proyectar sus poderes a gran distancia. Esto quedaba confirmado por la prueba con que se había tropezado Tarzán unas horas antes: la muerte del

mensajero de Mountford veinte años atrás, la fulminación de Wood a poca distancia del mismo lugar, la muerte de Mountford por ninguna aparente buena razón en el umbral de la huida.

Mafka sin duda era un poder siniestro, pero era un poder al que el hombre mono no temía. Con demasiada frecuencia había sido objeto de la nigromancia maligna de un potente hechicero. Igual que las bestias de la jungla, era inmune. Por qué razón no lo sabía. Quizás era porque no tenía miedo; quizá su psicología era más la de la bestia que la del hombre.

Apartando el asunto de su mente, se desperezó y se quedó dormido.

El sol estaba a un palmo sobre el horizonte cuando Wood despertó. Estaba solo. El extraño hombre blanco había desaparecido.

Wood no se sorprendió mucho. No había motivos para que aquel extranjero esperara y cargase con un hombre al que no conocía, pero le parecía que al menos podía haber esperado a que él se despertara antes de abandonarle y dejarle presa del primer león o leopardo que captara su olor.

Y después estaba Mafka. Esa idea planteó interrogantes en la mente del americano. ¿No podría ser que aquel tipo que se hacía llamar Clayton fuera un instrumento del mago de los kaji? El hecho mismo de que negara haber oído algún ruido extraño o percibido alguna presencia inusual daba consistencia a esta sospecha. Debía de haberlo oído; debía de haberlo percibido. Entonces, ¿por qué lo negaba?

Pero quizá no era un espía de Mafka. Quizás había caído víctima de la brujería del viejo Diablo. Qué fácil habría sido para Mafka tentarle a que se alejara. Todo parecía fácil para Mafka. Podía haberle tentado a alejarse hacia la cautividad o la destrucción, dejando que Wood muriera como Mafka pretendía: solo y de hambre.

Wood nunca había visto a Mafka. Para él no debería ser más que un nombre; sin embargo, era muy real. El hombre incluso evocaba una imagen suya tan real y tangible como si fuera de carne y hueso. Le veía como un hombre negro muy viejo y espantoso, inclinado y arrugado. Tenía dientes amarillentos y los ojos muy juntos e inyectados en sangre.

¡Allí! ¿Qué era aquello? ¡Un ruido en los árboles! ¡La cosa volvía de nuevo!

Wood era un hombre decidido, pero hechos como éste pueden poner nervioso al más valiente. Una cosa es enfrentarse a un peligro conocido, y otra estar constantemente acosado por una cosa que no se ve, una horrible amenaza invisible con la que uno no puede pelear cuerpo a cuerpo.

El americano se puso en pie de un salto, mirando en dirección al crujido que se oía entre el follaje de los árboles.

—¡Sal! —gritó—. ¡Sal, maldita sea, y pelea como un hombre!

Una figura saltó ágilmente al suelo desde el follaje. Era Tarzán. Llevaba sobre el hombro un pequeño antílope muerto.

Miró alrededor con rapidez.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. No veo a nadie. —Entonces una leve sonrisa apareció en sus labios—. ¿Has vuelto a oír cosas? —preguntó.

Wood sonrió tontamente.

—Supongo que estoy obsesionado —dijo.

—Bueno, olvidalo por un momento —aconsejó el hombre mono—. Ahora comeremos; después te sentirás mejor.

—¿Has sido tú quien ha cazado el antílope? —preguntó Wood.

Tarzán pareció sorprendido.

—Pues sí.

—Debes de haberlo abatido con una flecha.

Un hombre corriente tardaría horas en hacerlo… seguir al antílope y acercarse lo suficiente para matarlo con una flecha.

—No he empleado ninguna flecha —replicó el hombre mono.

—Entonces, ¿cómo lo has matado? —Lo he matado con mi cuchillo; es menos peligroso que perder una flecha.

—¿Y lo has traído a través de los árboles echado sobre el hombro? Vaya, ese tal Tarzán no tiene nada que envidiarte. ¿Cómo has logrado vivir así, Clayton? ¿Cómo has aprendido a hacer estas cosas?

—Es una larga historia —dijo Tarzán—. Ahora lo que tenemos que hacer es asar un poco de esta carne y ponernos en camino.

Cuando hubieron comido, Tarzán dijo al otro hombre que llevara parte de la carne en los bolsillos.

—Tal vez necesites comida antes de que pueda volver a matar un animal —dijo—. Dejaremos el resto para Dango y Ungo.

—¿Dango y Ungo? ¿Quiénes son?

—La hiena y el chacal.

—¿Qué lengua es ésa? Nunca había oído nombrarles así, y estoy un poco familiarizado con bastantes dialectos nativos.

—Ningún nativo habla esa lengua —respondió el hombre mono—. Tampoco la hablan los hombres.

—Entonces, ¿quién la habla? —preguntó Wood; pero no obtuvo

respuesta y no insistió. Había algo misterioso en él, y su porte y su manera de hablar no invitaban a formular preguntas. Wood se preguntaba si aquel hombre no estaría un poco loco. Había oído hablar de hombres blancos que se volvían primitivos, viviendo en solitario como animales, y siempre se comportaban de forma un tanto demente. Sin embargo, su compañero parecía bastante cuerdo. No, no era eso; no obstante, era innegable que aquel hombre era diferente de los demás hombres. A Wood le recordaba un león. Sí, era eso; era la personificación de la fuerza, la majestuosidad y la ferocidad del león. Era ferocidad controlada, pero ahí estaba; Wood la sentía. Yeso, quizás, era lo que le asustaba un poco de él.

Siguió en silencio al bronceado salvaje blanco por el valle del Neubari, y cuando se acercaban al país de los kaji sintió que el poder de Mafka aumentaba, arrastrándole de nuevo hacia las espirales de intriga y brujería que hacían espantosa la vida en la tierra de las mujeres que serían blancas. Se preguntó si Clayton también lo sentía.

Al fin llegaron a la confluencia del Neubari y del Mafa. Allí, independientemente de sus intenciones previas, tendría que torcer hacia Kaji. El poder de Mafka doblegaría su voluntad a la del maligno mago; pero Tarzán no torció, sino que prosiguió su camino, imperturbable. Neubari arriba.

¿Era posible que Mafka no supiera que iban hacia allí? Wood experimentó de pronto una sensación de júbilo. Si uno de ellos podía pasar, los dos podrían pasar. Era una excelente oportunidad para esquivar a Mafka. Si pudiera pasar de largo, si pudiera irse a algún sitio y organizar una expedición grande, podría regresar y rescatar a Van Eyk, Spike y Troll.

Mas, ¿podría pasar de largo? Pensaba en la presencia invisible que parecía tenerle bajo vigilancia constante. ¿Era fruto de una imaginación calenturienta, como había sugerido Clayton?

Llegó entonces a la bifurcación de los caminos. Concentró todo el poder de su voluntad en su determinación de seguir a Clayton Neubari arriba, y sus pies giraron a la derecha, hacia el cruce que conducía al Mafa.

Llamó a Clayton, con un leve tono de desesperación en su voz.

—No hay manera, amigo —dijo—. Tengo que ir Mafa arriba. Estoy bajo el poder de Mafka. Sigue tú…, si puedes.

Tarzán se volvió.

—¿De verdad quieres ir conmigo? —preguntó.

—Claro, pero no puedo. He intentado apartarme de este maldito

camino, pero no he podido. Mis pies lo han seguido.

—La brujería de Mafka es fuerte —dijo el hombre mono—, pero creo que podemos vencerle.

—No —dijo Wood—, no puedes vencerle. Nadie puede.

—Ya lo veremos.

—¿No lo notas? —preguntó Wood—. ¿No sientes la necesidad de ir Mafa arriba?

—Sólo siento una gran curiosidad por ver a esa gente, en especial a Mafka —respondió el hombre mono.

—Jamás le verás; nadie le ha visto. Tienen miedo de que alguien le mate, y él también. Está muy bien protegido en todo momento. Si uno de nosotros pudiera matarle, la mayor parte del poder de los kaji desaparecería. Todos tendríamos la oportunidad de escapar. Hay unos cincuenta prisioneros blancos. Algunos llevan allí mucho tiempo. Podríamos haber peleado para escapar, de no haber sido por Mafka, y algunos habríamos salido vivos.

Pero Tarzán no cedió a su curiosidad. Avanzaba hacia el norte con gran agilidad a pesar del peso que llevaba al hombro. Caminaba en silencio, con la mente ocupada pensando en la extraña historia que el americano le había contado. Hasta qué punto podía creerla no lo sabía, pero se inclinaba por dar crédito a aquel hombre, admitiendo así que creía en la misteriosa fuerza que esclavizaba al otro mental y físicamente, pues el hombre parecía sincero y honrado, y su seriedad impresionaba a Tarzán.

Había una fase de la historia que no parecía tener demasiado fundamento: la tan cacareada habilidad para luchar de las amazonas kaji. Wood admitió que nunca las había visto pelear y que capturaban a sus prisioneros mediante las artimañas de Mafka, el cual empleaba todo su poder maligno. ¿Cómo sabía, pues, que eran tan temibles guerreras? Planteó la pregunta al americano. ¿Con quién peleaban?

—Hay otra tribu más lejos, hacia el este —explicó Wood—, al otro lado de la bifurcación que hay más allá de la cabecera del Mafa. Se llaman zuli. En otro tiempo los kaji y los zuli constituían una sola tribu con dos hechiceros, o brujos, o como quieras llamarles. Uno era Mafka, el otro era un tipo llamado Woora.

»Surgieron celos entre los dos y se produjo una separación. Los miembros de la tribu tomaron partido y hubo una batalla. Durante la lucha Woora robó uno de los fetiches sagrados y se lo llevó, diciendo a algunos

de sus seguidores adónde iba y que se reunieran con él cuando la pelea hubiese terminado. Como aquellos que provocan guerras civilizadas, él no participó en la lucha personalmente.

»Bueno, al parecer el fetiche del que se apoderó complementa al gran diamante, el Gonfal, de los kaji. Unidos, su poder es supremo, pero por separado el de cada uno queda muy reducido. Así que los kaji y los zuli luchan a menudo, cada grupo con la intención de hacerse con el fetiche del otro.

»Las historias de los ataques, las escaramuzas y las batallas en pos de esos trofeos, como me contaron Gonfala y otras kaji, me sugirieron que esas damas son buenas guerreras. Algunas historias que he oído contar seguro que son falsas, pero las cicatrices de antiguas heridas que tienen la mayoría de ellas hacen creer lo contrario, igual que los horripilantes trofeos que cuelgan de las paredes exteriores del palacio de Gonfala: arrugadas cabezas de mujeres, suspendidas de su largo cabello.

»Una característica interesante de la historia es la descripción del fetiche de los zuli: una piedra verde tan grande como el Gonfal e igual de brillante. Brilla como una esmeralda, pero ¡santo cielo! ¡Imagínate una esmeralda que pese seis mil quilates! Valdría la pena luchar por ella, y ellas no conocen su valor.

—¿Y tú sí? —preguntó Tarzán.

—Bueno, no exactamente… tal vez veinte millones de dólares, más o menos.

—¿Qué significaría eso para ti, lujo y poder? Los kaji probablemente saben poco del lujo; pero, por lo que me has contado, el poder lo es todo para ellos, y creen que este otro fetiche les daría un poder ilimitado, igual que tú piensas que veinte millones de dólares te proporcionarían la felicidad.

»Probablemente os equivocáis todos, pero el hecho es que ellas conocen su valor igual que tú, y al menos aquí hace menos daño del que haría en el mundo «civilizado», entre hombres que robarían las monedas de los ojos de los muertos.

Wood sonrió. Era el discurso más largo que su extraño compañero había pronunciado. Sugería una filosofía de la vida que podía hacer preferible una tierra salvaje deshabitada al contacto con la civilización.

Durante una hora Tarzán llevó a cuestas al americano; luego lo dejó en el suelo.

—Quizás ahora ya puedas ir solo —dijo.

—Lo intentaré. ¡Vamos!

Tarzán volvió a echar a andar por el sendero hacia el norte. Wood vaciló. Yen la expresión tensa de su rostro se reflejaba el tremendo esfuerzo de voluntad que estaba realizando. Gruñendo de angustia se volvió y echó a andar con brío hacia el sur.

El hombre mono giró sobre sus talones y se apresuró a ir tras él. Wood miró atrás y echó a correr. Por un instante Tarzán vaciló. Aquel tipo no significaba nada para él; suponía una carga. ¿Por qué no dejarle ir y liberarse? Entonces se dio cuenta del terror que expresaba la cara del hombre y se dio cuenta también del reto que Mafka estaba lanzándole al Señor de la Jungla.

Quizá fue esto último lo que le motivó con más fuerza que nada cuando empezó a perseguir al americano que huía.

El poder de Mafka podía ser incuestionablemente grande, pero no podía prestar suficiente velocidad a los pies de Stanley Wood para permitirle distanciarse demasiado del hombre mono. En unos instantes Tarzán le alcanzó, logrando detenerle. Wood forcejeó débilmente para escapar al mismo tiempo que daba las gracias a Tarzán por salvarle.

—Es horrible —gimió—. ¿Crees que escaparé alguna vez del poder de ese viejo diablo?

Tarzán se encogió de hombros.

—Tal vez no —dijo—. He conocido hechiceros corrientes que han matado a hombres tras un período de muchos años a distancias de cientos de kilómetros, y es evidente que ese Mafka no es un hechicero corriente.

Aquella noche acamparon junto al Neubari y, por la mañana, cuando el hombre mono despertó, Stanley Wood había desaparecido.

IV

SENTENCIADO A MUERTE

AL DARSE cuenta de que el americano se había marchado, Tarzán comprendió aún más la potencia de la nigromancia de Mafka, pues ni por un momento dudó de que era la Influencia del mago kaji la que había hecho desertar al poco dispuesto Wood.

El hombre mono admiró la astucia y el poder que le habían robado a aquel hombre, pues se había tomado muchas molestias para evitar semejante posibilidad. Cuando se tumbaron a dormir, Tarzán había atado con fuerza un extremo de su cuerda de hierba al tobillo del hombre que había tomado bajo su protección y el otro extremo a una de sus propias muñecas; pero en lo que más había confiado era en la agudeza preternatural de sus sentidos, que de ordinario eran sólo un poco menos activos cuando estaba dormido que cuando estaba despierto.

Que Wood hubiera podido liberarse y escapar no podía deberse a poderes propios, sino que debían atribuirse únicamente a las maquinaciones sobrenaturales de Mafka, lo que constituía a los ojos del hombre mono un reto directo a su propia hazaña.

Quizás esto le motivó en parte, pero también fue un deseo de salvar al joven americano de un destino desconocido lo que le impulsó a dar media vuelta y perseguirlo.

No siguió el sendero de vuelta al río Mafa, sino que se encaminó en dirección sudeste hacia el terreno montañoso que constituye una protección casi inexpugnable del bastión de los kaji.

Profundas gargantas y accidentados acantilados retrasaban el avance del hombre mono, de modo que tardó más de tres días en llegar a su objetivo: un punto cercano a la cabecera del Mafa, a un día completo de marcha al este de la Ciudad de Kaji.

Había previsto que Mafka tal vez esperaría que siguiera a Wood, lo que ofrecería al mago la oportunidad de capturar y destruir a Tarzán en algún

punto del sendero en el que se encontrase indefenso ante el ataque de un destacamento bien situado de guerreras kaji; por eso decidió acceder a Kaji desde una dirección inesperada y confiar en que su astucia animal y su gran fuerza y agilidad le llevaran ante la presencia del poder maligno cuya destrucción al parecer era el único medio por el que Wood y sus compañeros podían ser liberados para siempre.

Pero, sobre todo, su éxito dependía de la verdad de esta convicción: la de ser inmune a los poderes sobrenaturales de Mafka; aunque en este punto había una cosa que le preocupaba: le parecía que Mafka debía de saber que se había hecho amigo de Wood. El hecho de que se hubiera llevado a éste así se lo sugería. Sin embargo, podía haberlo sabido por medio de espías, cosa que el americano había señalado específicamente que los kaji empleaban. También existía la posibilidad de que el poder de Mafka sobre sus víctimas fuera tan grande que pudiera leer su mente incluso a gran distancia, y así ver a través de sus ojos las cosas que ellas veían; de modo que mientras Tarzán había estado en compañía del americano Mafka también le había visto a él y sus actividades como si hubiera estado presente, pero cuando Wood ya no estaba con él, el mago no podía ejercer su vigilancia telepática. Ésta era la premisa en la que el hombre mono basaba su estrategia.

Fue a última hora de la tarde del tercer día después de la desaparición de Wood, cuando Tarzán se detuvo en una alta montaña y examinó el paisaje que le rodeaba. En un cañón que había abajo y al sur discurría una turbulenta corriente de montaña. Siguió con los ojos sus meandros hacia el oeste, y en la oscura y neblinosa distancia percibió una hendidura en la accidentada cordillera que supo que debía de ser la garganta del Mafa, la cual conducía directamente a su confluencia con el Neubari.

Se quedó, entonces, cerca de la cabecera del primer río entre las regiones de los kaji y los zuli.

Soplaba un suave viento del oeste que subía de la zona más baja hacia la cima de la montaña, que llevó hasta el olfato del hombre mono prueba de cosas que no se veían: de Tongani el babuino, Sheeta la pantera, del lobo rojo y el búfalo; pero del este no sabía nada salvo lo que sus ojos y sus oídos le proporcionaban; y así, como miraba al oeste, no se dio cuenta de los ojos que le observaban por detrás de la cima de la montaña, ojos que desaparecieron cuando el hombre mono se volvió en su dirección.

Había una docena de pares de ojos, y sus propietarios formaban un

variopinto grupo de desaliñados guerreros salvajes. Siete de ellos eran barbudos hombres blancos y cinco eran negros. Todos iban ataviados de manera similar, con ajados taparrabos de piel de bestias salvajes. Llevaban arcos y flechas y lanzas cortas y pesadas, y todos los negros y algunos blancos lucían adornos bárbaros: collares hechos con dientes de animales y brazaletes en las muñecas y los tobillos. Sobre la espalda portaban pequeños escudos de pellejo de búfalo.

Observaban a Tarzán mientras éste descendía a la garganta del Mafa y saciaba su sed. Le vieron sacar un trozo de carne de su carcaj y comer, y observaron cada movimiento que hacía. A veces hablaban en susurros bajos que no podían llegar a oídos del hombre mono, pues iban en dirección contraria al viento.

Uno, que parecía el líder, era el que hablaba con más frecuencia. Era un hombre blanco cuyo cabello castaño había encanecido a la altura de las sienes y cuya barba estaba veteada de gris. Tenía una buena constitución, mostrando la magnífica esbeltez del atleta. Su frente y sus ojos denotaban inteligencia. Sus compañeros le llamaban Lord.

Tarzán estaba cansado. Durante tres días había escalado acantilados y riscos, descendido abismos y trepado a elevadas cimas, y la noche anterior su descanso se había visto interrumpido por leopardos que iban de caza y habían captado su olor y le habían seguido. Había matado a uno que le atacó, pero otros habían permanecido alerta constantemente, impidiendo el descanso continuado de Tarzán.

El sol aún estaría alto una hora cuando se tumbó a dormir detrás de un arbusto en la pendiente sobre el Mafa. El hecho de que estuviera extenuado debe de explicar lo que siguió, pues normalmente nada podría haberse acercado sin despertarle.

Cuando despertó aún había luz de día y una docena de guerreros formaban un cerrado círculo a su alrededor, apuntando con sus lanzas directamente a su cuerpo desprotegido. Tarzán levantó la mirada hacia los ojos salvajes y poco amistosos de un negro; luego recorrió rápidamente con la mirada el circulo y se fijó en la composición del grupo. No dijo nada. Vio que le superaban en número y estaba cautivo. Dadas las circunstancias no podía decir nada que le sirviera de algo.

Su silencio y su actitud desconcertó a sus captores. Esperaban que demostrara miedo y excitación. Él no hizo gala de ninguna de las dos cosas. Se limitó a quedarse tumbado y a mirarles con los ojos fijos.

—Bien, kaji —dijo por fin Lord—, te hemos atrapado.

La verdad de esta afirmación era demasiado evidente para precisar comentario alguno… así que Tarzán siguió callado. Le interesaba menos lo que el hombre decía que la lengua en la que lo decía. El tipo parecía a todas luces anglosajón; sin embargo, hablaba la lengua bastarda cuya base era el galla, pero tan entremezclada con otras lenguas que sería ininteligible para alguien menos versado en dialectos africanos y lenguas europeas que Tarzán. En su breve discurso, que podía traducirse a seis palabras inglesas, había utilizado el mismo número de lenguas.

Lord pasó su peso de un pie al otro.

—Bien, kaji —dijo tras un breve silencio—, ¿qué tienes que decir?

—Nada —respondió el hombre mono.

—¡Levántate! —ordenó Lord.

Tarzán se levantó y se desperezó con la serena indiferencia de un león en su guarida.

—Coged sus armas —espetó Lord; y luego, medio para sí mismo y en inglés, exclamó—: Por Dios, qué raro es.

Eso interesó a Tarzán realmente. Aquel hombre era inglés. Podía existir alguna razón para hablar ahora… hacer preguntas.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Qué te hace pensar que soy un kaji?

—Por la misma razón que tú sabes que somos zuli —respondió Lord—. Porque no hay nadie más en estas montañas. —Entonces se volvió a uno de sus seguidores—. Atadle las manos a la espalda.

Le condujeron al otro lado de la cordillera y descendieron la otra cara de la división; pero ahora era oscuro y Tarzán no veía nada del terreno por el que pasaban. Sabía que seguían un sendero muy trillado, que a menudo descendía de forma accidentada por el costado de una garganta rocosa hasta que llegaron a una pendiente más suave y que serpenteaba como si siguiera los meandros del río que salpicaba o ronroneaba o borboteaba a su derecha.

En la garganta reinaba la oscuridad, pero por fin salieron a campo abierto y llano y hubo un poco más de luz, aunque aún no se veían hitos que dieran al hombre mono alguna idea del terreno de aquella tierra ignota.

A lo lejos, al frente, apareció una luz débil y vacilante. Tardaron media hora en estar lo bastante cerca para que su aspecto explicara lo que era. Entonces Tarzán vio que se trataba de una fogata que ardía detrás de los muros de la aldea.

Cuando llegaron a las puertas de la aldea de Lord éste saludó, y cuando

se hubo identificado les dejaron entrar y Tarzán se encontró en una ciudad de chozas de piedra con techumbre de hierba. La luz de la fogata que ardía en el centro de la calle principal permitía ver sólo una parte del lugar, que a todas luces tenía un tamaño considerable; el resto se perdía en las sombras más allá del límite de la luz del fuego.

Ante él, construido directamente al otro lado de la avenida principal, se erguía un gran edificio de piedra de dos pisos. En la puerta de la aldea había varias mujeres ataviadas y armadas de forma similar a sus captores. A la luz no demasiado fuerte del fuego parecían mujeres blancas, y había otras, como ellas, holgazaneando en la puerta de las chozas o alrededor del fuego. Entre ellas había algunos hombres blancos; y todos, pero en especial las mujeres, demostraron un considerable interés por Tarzán mientras Lord le conducía a través de la aldea.

—¡Ay, kaji! —le gritaban—. Pronto estarás muerto, kaji.

—Qué lástima que sea kaji —gritó una mujer—. Sería un marido estupendo.

—Quizá Woora te lo dará —gritó otra—, cuando haya acabado con él.
—Entonces no servirá como marido. No quiero carne de león por esposo.

—Espero que Woora le eche a los leones vivo. No hemos visto un buen espectáculo desde antes de las últimas lluvias.

—A éste no lo echará a los leones. Ese tipo tiene una cabeza demasiado buena. Parece como si tuviera cerebro, y Woora nunca desperdicia un buen cerebro con los leones.

En medio de esta lluvia de comentarios Lord condujo a su cautivo a la entrada del gran edificio que dominaba la aldea. En su portal estaban una docena de mujeres guerreras, impidiendo la entrada. Una de ellas se adelantó para ir al encuentro de Lord, con la punta de su lanza al nivel del abdomen del hombre.

Lord se detuvo.

—Dile a Woora que traemos a un prisionero kaji —dijo.

La mujer se volvió a una de sus guerreras.

—Dile a Woora que Lord trae a un prisionero kaji —ordenó; luego sus ojos examinaron al hombre mono.

—Un buen ejemplar, ¿eh? —dijo Lord—. Qué buen compañero sería para ti, Larra.

La mujer espetó con aire reflexivo:

—Mmm… sí —coincidió—, tiene una buena complexión; pero es un

poco demasiado oscuro. Bueno, si estuviera segura de que no tiene más que sangre blanca valdría la pena pelear por él. ¿Crees que es completamente blanco? Pero ¿qué diferencia hay? Es un kaji, y se acabó.

Desde su captura Tarzán sólo había pronunciado unas palabras, y en dialecto gálico. No había negado que era kaji por la misma razón por la que no había hecho ningún esfuerzo para escapar; la curiosidad le impulsaba a aprender algo más de aquellos enemigos de los kaji que le ayudara a librar de la cautividad a los dos americanos y a sus compañeros y liberarles para siempre del maligno poder de Mafka.

Mientras esperaba ante la entrada del palacio de Woora decidió que estaba disfrutando bastante de la aventura. El franco examen de Larra le divertía. La idea de que una mujer peleara para poseerle apelaba a su sentido del humor. En aquel momento no sabía exactamente qué connotaciones tenían las palabras de la mujer, pero lo adivinó con astucia basándose en lo que Wood le había contado de las costumbres de los kaji.

Examinó con indiferencia a la mujer. Podía ser mulata clara o podía ser una mujer blanca con una capa de bronceado. Sus facciones no eran negroides. Salvo por el pelo oscuro habría podido pasar fácilmente por escandinava. Se trataba de una mujer bien formada, de unos treinta años, extremidades bien definidas y el perfil musculoso de una atleta a la que la feminidad hacía elegante. Sus facciones eran agradables, y según las pautas de la civilización se la habría considerado una mujer guapa.

Las reflexiones del hombre mono sobre el tema fueron interrumpidas al regresar la guerrera a la que Lorro había enviado para avisar a Woora de que Lord estaba de vuelta con un prisionero.

—Lord tiene que presentar al kaji ante Woora —anunció—. Ocúpate de que el prisionero no vaya armado, que lleve las manos atadas detrás y que una fuerte guardia le acompañe junto con Lord… una guardia de mujeres.

Lorro acompañó a Lord y a su prisionero a palacio con seis de sus guerreras; era un palacio sólo porque estaba ocupado por un gobernante, un palacio por cortesía, se podría decir.

Entraron en un lóbrego vestíbulo iluminado débilmente por una mecha encendida en un plato de barro poco profundo, una primitiva lamparilla que producía más hollín que luz. A ambos lados del corredor había aberturas como puertas, la mayoría de las cuales estaban tapadas por cortinas confeccionadas con pellejo de animales, en particular de búfalos.

Una abertura dejaba ver una cámara en la que se hallaban reunidas

varias mujeres guerreras. Algunas yacían en catres bajos cubiertos con pieles; otras estaban en cuclillas formando un círculo en el suelo con la atención puesta en algún juego al que estaban jugando. En las paredes de la habitación colgaban lanzas y escudos, arcos y flechas. Evidentemente se trataba de una sala de la guardia. Justo después el corredor terminaba ante una enorme puerta protegida por dos guerreras.

Estaba claro que las guardias esperaban al grupo y habían recibido instrucciones, pues cuando se acercaban se abrieron las puertas para que entraran.

Tarzán vio ante él una gran sala en cuyo extremo había una figura sentada sobre una tarima. Decenas y decenas de humeantes lamparillas iluminaban el interior, mostrando paredes en las que colgaban un extraño conjunto de pieles, armas, alfombras, sedas, calicós… un verdadero museo, conjeturó Tarzán, del botín de muchos safaris, pero de lejos lo más destacable e impresionante de la decoración era el friso de cabezas humanas que rodeaba la cámara: cabezas momificadas de mujeres, colgadas de su larga cabellera, mientras que de las vigas del techo ennegrecidas por el humo colgaba otro centenar.

Primero Tarzán sólo vio una enorme cabeza cubierta de escaso cabello gris, y luego, bajo la cabeza, un cuerpo marchito formado principalmente por abdomen; era una figura repulsiva, desnuda salvo por un taparrabos. La piel de la cara y la cabeza era macilenta y tenía aspecto de pergamino amarillento cubriendo los huesos del cráneo; la cabeza de un muerto viviente en la que había dos ojos profundos y relucientes que ardían como dos pozos gemelos del infierno. Y Tarzán supo que se hallaba en presencia de Woora.

Sobre una mesa instalada frente al mago descansaba una enorme esmeralda que reflejaba las luces de las lamparillas más cercanas y las devolvía en forma de centelleantes rayos que inundaban la estancia con su extraña luz.

Pero a Tarzán le interesaba más el hombre que la esmeralda. Woora no era negro, sin embargo era difícil determinar a qué raza podía pertenecer. Tenía la piel amarillenta, pero sus facciones no eran las de un chino. Podría ser casi cualquier cosa.

Permaneció unos minutos mirando fijamente a Tarzán cuando detuvieron a éste ante el estrado. Poco a poco se fue formando en su cara una expresión de desconcierto y frustración; entonces habló.

—¿Cómo está mi hermano? —preguntó, chirriando sus palabras como una bisagra oxidada.

La expresión que asomó al semblante de Tarzán no demostró emoción alguna, aunque interiormente la pregunta le había desconcertado sobremanera.

—No conozco a tu hermano —respondió.

—¿Qué? —exclamó Woora—. ¿Quieres decirme, kaji, que no conoces a ese príncipe de los mentirosos, ese ladrón, ese asesino, ese ingrato, mi hermano?

El hombre mono negó con la cabeza.

—No le conozco —repitió— y no soy kaji.

—¿Qué? —gritó Woora, mirando a Lord echando fuego por los ojos—. ¿No es kaji? ¿No me has dicho que traías un kaji?

—Le hemos capturado cerca de la cabecera del Mafa, oh Woora; y, ¿qué otra clase de hombre estaría allí sino un kaji?

—No es kaji, tonto —dijo Woora—. Lo he adivinado en cuanto le he mirado a los ojos. No es como los otros hombres. Mi pútrido hermano no podría tener poder sobre éste. Eres un necio, Lord, y no deseo alimentar a más necios entre los zulis; ya hay suficientes. Serás destruido. Coge sus armas, Lorro. Este hombre es prisionero.

Entonces se volvió al hombre mono.

—¿Qué hacías en el territorio de los zuli? —preguntó.

—Buscaba a uno de los míos, que se ha perdido.

—¿Esperabas encontrarle aquí?

—No, no me dirigía aquí. Iba al territorio de los kaji.

—Mientes —espetó Woora—. No podías venir a la cabecera del Mafa sin pasar por el territorio de los kaji; no hay otro camino.

—Vine por otro camino —replicó Tarzán.

—Ningún hombre podría cruzar las montañas y gargantas que rodean Kaji y Zuli; no hay ningún camino salvo ese que hay río Mafa arriba —insistió Woora.

—He cruzado las montañas y las gargantas —dijo Tarzán.

—¡Ya lo entiendo! —exclamó Woora—. No eres kaji, pero estás al servicio de mi odioso hermano, Mafka. Él te ha enviado aquí para asesinarme.

»Bien —dijo, riendo en tono burlón—, veremos quién es más poderoso, si Mafka o yo. Veremos si puede salvar a su sirviente de la ira de Woora, y

entonces se lo entregaremos. —Se volvió a Lorro—. Llévale con el otro prisionero —ordenó— y ocúpate de que ninguno de los dos escape, en especial éste: es un hombre peligroso. Pero morirá, igual que Lord.

V

LA PANTERA NEGRA

TARZÁN y Lord fueron confinados en una habitación de la segunda planta del palacio de Woora. Era una estancia pequeña en la que había una sola ventana con gruesos barrotes de madera. La puerta era robusta y estaba cerrada por fuera con pesadas barras.

Cuando la guardia cerró asegurando el cerrojo de la puerta y se alejó, Tarzán se acercó a la ventana y miró fuera. Había salido la luna y las ligeras nubes que antes cubrían el cielo habían desaparecido.

Al débil resplandor de la luz nocturna el hombre mono distinguió un recinto amurallado directamente bajo la ventana, y en la sombra de la pared algo irreconocible a la vista pero que Tarzán identificó enseguida por el olor que llegaba a su olfato. Se agarró a los barrotes y los probó; luego se volvió y miró a Lord.

—Si me hubieras preguntado —dijo—, te habría dicho que no era kaji y no te encontrarías metido en este lío.

Lord meneó la cabeza.

—Sólo ha sido una excusa para matarme —dijo—. Woora la estaba esperando. Me tiene miedo. Aquí los hombres son más importantes que entre los kaji. Se nos permite llevar armas y ser guerreros. Esto es porque Woora sabe que no podemos escapar, ya que la única ruta para ir al mundo exterior pasa por el país de los kaji. Nos harían esclavos o nos matarían.

»Woora se ha enterado de que algunos hombres se han agrupado con el fin de escapar. El plan incluía el asesinato de Woora y el robo de la gran esmeralda, supuesta fuente de su poder mágico. Con esa esmeralda, que Mafka anhela más que nada en el mundo, esperábamos sobornarle para cruzar el territorio de los kaji y salir de él.

»Woora cree que yo soy el instigador del complot, y por eso quiere matarme. Naturalmente podría hacerlo en cualquier momento que desee, pero es un viejo diablo astuto y está intentando ocultar el hecho de que

alberga sospechas. De este modo espera atraparnos a todos los conspiradores, matándolos uno tras otro con cualquier pretexto.

—¿Cómo sabes tanto de sus planes? —preguntó el hombre mono.

—Incluso en esta tierra de horror e iniquidad a veces brota el amor —dijo Lord—, y siempre existe la lujuria. Hay una mujer próxima a Woora que está sinceramente enamorada de uno de nosotros. Woora ha hablado demasiado con ella, eso es todo. Se supone que está por encima de las tentaciones de la carne, pero no lo está.

»Pero ahora todo se ha ido a pique. Los otros tendrán miedo. Se quedarán aquí hasta su muerte.

—Tú eres inglés, ¿verdad? —preguntó Tarzán.

Lord asintió.

—Sí —dijo—, era ingles, pero ahora sólo Dios sabe que lo soy. Hace veinte años que estoy aquí; aquí y en Kaji. Los kaji me apresaron primero; luego me capturaron los zuli en una de sus incursiones.

—Creía que Woora mataba a los kaji que atrapaba —dijo el hombre mono—. Iba a matarme porque creía que era kaji, o al menos, por lo que he oído al llegar a la ciudad, he supuesto que iba a hacerlo.

—Sí, ahora los mata porque tenemos todos los hombres que necesitamos; pero en aquella época no éramos suficientes. Sólo podemos mantener un número limitado de gente. Hay mucha carne, pues abunda la caza, pero las frutas y verduras son escasas. En realidad, nos reproducimos más que suficiente para conservar la población, quizá demasiado. Se mata a la mayoría de recién nacidos. Y las mujeres también son bastante blancas. Por eso han estado criando durante Dios sabe cuántas generaciones; o sea que no se necesita mucha sangre blanca nueva. Ahora es muy raro que nazca un niño con rasgos negroides; pero claro, de vez en cuando se produce un retroceso.

—¿Por qué quieren ser blancos? —preguntó Tarzán.

—Quién sabe. Nunca han visto a nadie más que a sí mismos y nunca lo verán. La razón original se pierde en el pasado, muerta con los que la concibieron. A menos, tal vez, de que Woora y Mafka lo sepan. Se dice que siempre han estado aquí, que son eternos; pero claro está, eso no es cierto.

»Tengo una teoría sobre ellos basada en varias informaciones que he recogido durante los últimos veinte años. Son gemelos idénticos que llegaron de Columbia hace mucho tiempo, trayendo consigo la gran esmeralda, que probablemente robaron. Cómo llegaron a poseer el Gonfal

de los kaji no lo sé. Sin duda asesinaron a alguien que intentaba salir del país con él.

»No cabe duda de que poseen extraños poderes ocultos, y el hecho mismo de que crean que éstos dependen del gran diamante de los kaji y la esmeralda de los zuli es muy probable que haya hecho que sea cierto; por tanto, si uno de los dos, Mafka o Woora, se viera privado de su piedra perdería su poder. Pero matarles lo haría más seguro. No íbamos a correr ningún riesgo; teníamos intención de matar a Woora. Pero ahora, en lo que a mí respecta, el sueño ha terminado. Acabaré en los leones; tú serás torturado hasta morir.

—¿Por qué esa diferencia? —preguntó Tarzán.

—Yo proporcionaré diversión a Woora en la pista de los leones, pero contigo no se arriesgará. Podrían despedazarte, cabeza y todo; y Woora quiere tu cerebro. Estoy seguro de ello.

—¿Para qué lo quiere?

—Le has obligado a hacer conjeturas, me he dado cuenta, y se imagina que cualquiera que pueda hacer eso ha de tener un buen cerebro; por eso lo quiere.

—Pero ¿por qué? —insistió el hombre mono.

—Para comerlo.

—Ah, entiendo —dijo Tarzán—. Cree que si uno come la parte en la que otro destaca adquiere una parte de su talento. Lo he visto a menudo. Un guerrero se come el corazón de un enemigo valiente para aumentar su propio coraje, o las plantas de los pies de un corredor veloz para acelerar su propia rapidez, o las palmas de las manos de un artesano hábil.

—Todo está podrido —dijo Lord.

—No lo sé —admitió Tarzán—. He vivido en África toda mi vida, y hay muchas cosas que he aprendido a no negar simplemente porque no las entiendo. Pero supongo una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que Woora no se comerá mi cerebro, ni tú irás a los leones si te preocupas de escapar.

—¡Escapar! —exclamó Lord—. No hay ninguna posibilidad.

—Tal vez no —admitió el hombre mono—. He dicho sólo que lo suponía, no que lo supiera.

—¿Cómo podríamos escapar? —preguntó Lord—. Mira esa puerta; mira los barrotes de esa ventana, y bajo la ventana…

—La pantera —terminó Tarzán por él.

—¿Cómo sabes que ahí hay una pantera? —preguntó Lord con asombrada incredulidad.

—El olor de Sheeta es fuerte —respondió el hombre mono—. Lo he notado en cuanto he entrado en esta habitación, y cuando me he acercado a la ventana he sabido que se hallaba en el recinto, abajo: una pantera macho.

Lord menó la cabeza.

—Bien, no sé cómo lo has hecho, pero así es, tienes razón.

Tarzán se acercó a la ventana y examinó los barrotes y el marco en el que estaban encajados.

—Estúpido —dijo.

—¿Quién es estúpido? —preguntó Lord.

—El que diseñó esto. Mira. —Cogió dos de los barrotes cerca del alféizar y los empujó hacia atrás con toda su fuerza y todo su peso. Se oyó el ruido de la madera que se abría cuando el marco de la ventana se separó de su base; luego dejó el marco con todos sus barrotes en el suelo de la habitación.

Lord lanzó un silbido.

—¡Amigo! —exclamó—. Eres fuerte como un toro; pero no te olvides de la pantera, y el ruido probablemente atraerá a la guardia.

—Estaremos preparados para recibirla —le aseguró Tarzán. Había vuelto a coger el marco de la ventana y un momento después lo partió. Los barrotes se cayeron de sus encajes. Tarzán cogió dos de ellos y entregó uno a Lord—. Constituirán unas buenas armas —dijo.

Esperaron un rato en silencio, pero no acudió ningún guardia. Al parecer sólo se inquietó la pantera. Ahora estaba rugiendo, y cuando ellos se acercaron a la ventana la vieron de pie en el centro del recinto mirando hacia ellos. Era una bestia grande, negra como el carbón.

Tarzán se volvió a su compañero.

—¿Podrías huir si salirnos de la ciudad? —preguntó—. ¿O Woora posee el mismo poder de dirigir los movimientos de sus víctimas a distancia, como Mafka?

—Ahí está el problema —admitió Lord—. Ésa es la razón por la que teníamos intención de matarle.

—¿Cómo son sus relaciones con los zuli? ¿Éstos le son leales?

—El único dominio que posee sobre ellos se basa en el terror. Le temen y le odian.

—¿Las mujeres también?

—Sí, todas y cada una.

—¿Qué pasaría si él muriera? —preguntó Tarzán.

—Los negros y los blancos que son prisioneros y esclavos se mezclarían con las mujeres Intentando pelear para salir al mundo exterior. Los negros y los blancos (todos son hombres) quieren regresar a sus hogares. Las mujeres, las verdaderas zuli, han oído hablar tanto del mundo que nunca han visto que quieren marcharse también. Saben, por lo que los blancos les han contado, que serían ricas si vendieran la gran esmeralda; y si bien no tienen un conocimiento directo del dinero, han aprendido lo suficiente de los hombres blancos para comprender que les permitiría conseguir todo cuanto sus corazones desearan, en especial más hombres blancos. Aquí, cada blanco está casado con varias mujeres, de siete a doce, porque somos muy pocos; por eso la mayor ambición de todas las zuli es tener un esposo propio.

—Entonces, ¿por qué no matan ellas mismas a Woora?

—Tienen miedo de sus poderes sobrenaturales. No sólo no le matarían ellas mismas, sino que protegerían su vida ante otros; pero una vez muerto, sería diferente.

—¿Dónde está? —preguntó Tarzán—. ¿Dónde duerme?

—En una habitación que está directamente detrás de su trono —respondió Lord—. Pero ¿por qué? ¿Por qué lo preguntas? No estarás…

—Voy a matarle. No hay alternativa.

Lord meneó la cabeza.

—No se puede. Amigo, es casi tan poderoso como Dios y casi igual de omnisciente. Pero de todos modos, ¿por qué vas a hacerlo?

—Uno de mis paisanos está prisionero entre los kaji. Con ayuda de los zuli podré liberarle con el resto de prisioneros. No estoy tan seguro de que pueda hacerlo solo. Sería difícil llegar ante Mafka. Tiene más miedo y va con más cuidado que Woora.

—Aún no has estado en presencia de Woora, salvo con las manos atadas a la espalda —le recordó Lord.

—¿Hay alguna manera de entrar en su habitación que no sea la sala del trono?

—Hay una manera, pero no puedes entrar. La habitación de Woora tiene una ventana que da a este recinto inferior. La pantera está ahí para proteger a Woora, además de impedir que los prisioneros escapen. Tendrías

que cruzar todo el recinto para llegar a la ventana.

—No es conveniente —reflexionó en voz alta el hombre mono—. Haría mucho ruido. Sin duda despertaría a Woora al romper los barrotes de su ventana.

—Allí no hay barrotes.

—Pero la pantera… ¿Qué le impide entrar y matar a Woora?

—Woora tiene aún más poder sobre la pantera que sobre los humanos. Puede controlar cada acto de la bestia.

—¿Estás seguro de que no hay barrotes en la ventana? —preguntó Tarzán.

—Absolutamente, y la ventana siempre está abierta para que Woora pueda llamar a la pantera si alguna vez corre peligro de ser atacado.

—¡Excelente! Entraré por la ventana.

—Insistes en olvidarte de la pantera.

—No la he olvidado. Cuéntame algo de las costumbres de Woora. ¿Quién está con él? ¿Cuándo se levanta? ¿Dónde come? ¿Cuándo va a la sala del trono por primera vez?

—No hay nadie con él en su dormitorio, nunca. Que yo sepa, nunca ha habido nadie más que él. El desayuno se le entrega a través de una pequeña abertura que hay cerca del suelo, en el lado opuesto a la sala del trono. Se levanta poco después de salir el sol y come de inmediato. Posee una suite de tres estancias. Lo que hace allí sólo el Diablo lo sabe. A veces hace subir a sus aposentos a una de las mujeres guerreras. Ellas nunca dicen lo que ven o lo que allí ocurre. Están demasiado aterrorizadas. Aproximadamente una hora después de desayunar Woora acude a la sala del trono. Para entonces se han congregado allí muchos zulis. Se oyen acusaciones, se imparten castigos, se atiende a los asuntos del día. Es decir, envían a grupos de caza y ataque; se dan instrucciones para plantar, cultivar o recoger las cosechas. Woora escucha informes y atiende quejas. Luego se retira a sus aposentos y permanece allí hasta la comida del anochecer, que toma en la sala del trono. Así pasa el día, a menos que ocurra algo imprevisto como el examen de un cautivo traído inesperadamente, como ha sido tu caso.

—¡Bien! —exclamó el hombre mono—. Podemos hacerlo todo conforme a mi plan.

—Exceptuando la pantera —dijo Lord.

—Tal vez tengas razón —admitió Tarzán—. Ya veremos. —Se acercó

a la ventana. La pantera se había tranquilizado y estaba tumbada de nuevo en la sombra de los muros del recinto. Tarzán escuchó. Después se volvió a su compañero—. Está dormida —dijo; luego pasó una pierna por encima del alféizar.

—¡No irás a bajar ahí! —exclamó Lord.

—¿Por qué no? Es la única forma de llegar hasta Woora, y la pantera duerme.

—No estará mucho rato dormida.

—No espero que lo esté. Sólo pido que permanezca dormida mientras yo esté con los pies en el suelo ahí abajo.

—Es un acto suicida —dijo Lord— y no ganaremos nada con ello.

—Tal vez, pero vamos a verlo.

Pasó la otra pierna por encima del alféizar; luego giró y se apoyó sobre el vientre. En la mano derecha llevaba uno de los gruesos barrotes que había sacado de la ventana. Con cautela, en silencio, se fue deslizando hasta que colgó del alféizar cogido con una sola mano.

Lord le observaba sin aliento. Vio que los dedos le resbalaban poco a poco del alféizar; después miró fuera. El hombre había aterrizado en pie y después se volvió como el rayo para mirar a la pantera, pero la bestia no se había movido. Seguía dormida.

Tarzán se acercó a ella con sigilo, silencioso como la sombra de Usha, el viento. El hombre mono había recorrido la mitad de la distancia que le separaba de la pantera cuando la bestia despertó; entonces, antes de que pudiera despejarse por completo, el hombre mono se lanzó hacia ella.

Arriba, en la ventana, Lord contenía el aliento. No podía sino admirar el valor de su compañero prisionero, pero pensó que era un necio. En aquel momento la pantera atacó.

VI

ATRAPADO

DE TODOS los felinos ninguno tiene tan mala reputación como la pantera. Su ferocidad es proverbial, su astucia extraordinaria, la fuerza y furia de su ataque demoníacas. Pero todas estas cosas las sabía el hombre mono y estaba preparado para ellas. Había calculado las probabilidades que tenía con la pantera y las que tenía con Woora, y había elegido primero al menor de los dos males creyendo que así podría deshacerse de ambos. Y ahora, en unos segundos, se confirmaría su criterio o resultaría muerto.

La bestia negra atacó con toda la furia de las de su clase, y atacó en silencio. Ningún rugido perturbó la letal quietud de la noche. Una serena luna contemplaba desde lo alto la aldea de los zuli, y más allá de los límites del recinto no había nada que indicara muerte.

Lord bajó la mirada a la pronta tragedia con algo de desprecio por la estupidez que permitiría a un hombre perder su vida inútilmente, yen la otra ventana dos ojos hundidos y relucientes observaban más arriba de una boca que rugía; observaba desde la ventana de la habitación de Woora.

Tarzán agarró el barrote de madera con las dos manos y lo hizo girar por encima de su cabeza formando un gran círculo que empezó bajo, a su derecha, calculando el tiempo a la fracción de segundo para que diera a la pantera con todo su impulso, acrecentado por la fuerza de los músculos del hombre mono, cuando la bestia alcanzara el máximo de su velocidad.

Dio de pleno en el fuerte y plano cráneo y cayó antes de que las largas garras o afilados dientes pudieran llegar a la carne de la presa que la pantera pretendía atrapar. Se oyó el ruido de madera y hueso que se partían, el ruido sordo de un pesado cuerpo que caía al duro suelo; luego, silencio.

Lord contuvo el aliento y ahogó un grito. Aunque había visto la escena con sus propios ojos, no podía creerla. Los ojos situados en la ventana de Woora se llenaron de un súbito temor; temor y astucia. Observaban con atención para ver cuál sería el siguiente movimiento del prisionero

extranjero.

Tarzán puso un pie sobre el cuerpo de su víctima y alzó el rostro a Goro, la luna. Por un instante permaneció así, pero ningún grito de victoria del simio macho quebró el silencio de la noche, pues habría indicado a sus enemigos que estaba fuera. Luego avanzó en dirección a la ventana que se abría a la habitación de Woora, el mago; y mientras lo hacía los ojos retrocedieron a la oscuridad del interior.

El hombre mono se detuvo ante la ventana abierta mientras sus oídos y su nariz exploraban la oscura cámara. Su oído captó un leve crujido como de pisadas de unos pies calzados con sandalias y el casi silencioso cerrar de una puerta. Su olfato captó claramente el olor de Woora.

Colocando una mano en el alféizar Tarzán saltó en silencio a la habitación. Permaneció sin hacer ruido, aguzando el oído, con los restos del barrote de madera destrozado en una mano. No oyó nada, ni siquiera el más débil ruido de respiración que su oído hubiera detectado en caso de haber habido alguien más en la habitación. Entonces llegó a la conclusión de que Woora le había visto ir hacia allí y que los leves ruidos que había oído los había producido la partida del mago. Ahora no cabía duda de que debía de estar en guardia.

Lord le había contado que había tres habitaciones en la suite de Woora. Contigua también estaba la sala del trono. ¿A qué habitación había huido el hombre? ¿Había ido a reunir ayuda? Era probable, sin embargo Tarzán no oía ningún ruido que indicara que venía alguien.

La débil luz de la luna apenas si disipaba la oscuridad de la habitación, pero era suficiente para los aguzados ojos del hombre mono ya que estaban acostumbrados a la penumbra. Avanzó sin hacer ruido en el aposento, y después vio una puerta en la pared ante él y otra a su derecha. Esta última creyó que debía de conducir a la sala del trono. Se acercó a la otra y encontró el cerrojo.

Tiró de la puerta hacia sí sin hacer ruido, manteniéndose parcialmente detrás de ella para protegerse de un golpe sorpresa o algún proyectil. La habitación estaba oscura como boca de lobo. El hombre mono aguzó el oído pero no oyó nada. El olfato le indicó que Woora había estado allí hacía poco, pero sus oídos le aseguraban que había salido, probablemente para ir al aposento que quedaba más lejos.

Entró en la habitación, decidido a registrar la siguiente y la última. Sabía que Woora había ido por allí y que le encontraría detrás de la

siguiente puerta. Notó algo bajo los pies que parecían cuerdas colocadas en el suelo. Al instante receló, como el animal salvaje que percibe una trampa.

Empezó a retirarse a la habitación que acababa de abandonar, pero era demasiado tarde. Las cuerdas de pronto se elevaron rodeándole. Tiraron de él y le hicieron tropezar, de modo que cayó. Luego notó que se cerraban en torno a él y se apretaban. Forcejeó para escapar de ellas, pero las había por todas partes. Se hallaba apresado en una red de cuerdas.

La puerta de la tercera habitación se abrió, dejando entrar la luz. En el umbral se encontraba Woora, con una lamparilla en la mano. Su rostro de cabeza de muerto estaba contraído formando una extraña mueca. Detrás del mago, Tarzán vislumbró una habitación que podía haber sido el laboratorio de un alquimista medieval de no ser por la horripilante serie de cabezas humanas que colgaban de las vigas del techo.

El aposento estaba iluminado por varias lamparillas, y sobre una mesa que había en el centro reposaba la gran esmeralda de los zuli, irradiando su extraña y funesta luz, de modo que toda la habitación estaba llena de una esencia aparentemente palpable que, en cierto modo, era misteriosamente maligna.

—Te estás buscando una muerte mucho más horrible y antes de lo que tenía planeado para ti —espetó Woora.

El hombre mono no respondió. Estaba examinando la trampa que le había capturado. Era una gruesa red de pellejo cuya boca podía cerrarse desde el suelo mediante una cuerda que atravesaba un bloque que colgaba de una viga del techo y así, a través de un agujero que había cerca del techo, entraba en la habitación donde Woora había esperado para capturar su presa. Era evidente para Tarzán que aquella habitación era únicamente para la red y constituía la protección final del mago contra cualquier asesino que buscara su muerte.

En esto sólo tenía razón en parte, ya que hasta entonces el mago había atraído a todas sus víctimas a su santuario más interior y, una vez indefensos en la red, los había matado fácilmente. Esta noche albergaba otro propósito.

Satisfecho con el éxito de su estrategia para atraer al extranjero hasta aquella habitación, Woora experimentaba un agradable estado de ánimo. El miedo y la ira habían abandonado sus ojos. Examinó al hombre mono con interés.

—Me intrigas —dijo—. Te mantendré aquí durante un tiempo para

examinarte. Quizá tengas hambre y sed, pero aquel que muy pronto morirá no necesita comer ni beber. Pero me verás comer y beber, y reflexionarás sobre las diversas muertes lentas y exasperantes que puede sufrir el hombre. Te prometo que elegiré algo nuevo y adecuado para ti, aunque sólo sea para vengarme de haber matado a mi mascota, la única criatura en todo el mundo a la que realmente amaba. Tendrás muchas muertes por eso y no pocas por intentar destruirme o robar la gran esmeralda. No sé qué es lo que pretendías hacer, ni me importa. Cualquiera de esas acciones merece el peor castigo que pueda concebir.

»Entretanto, te demostraré que Woora puede ser bueno incluso con un enemigo. Tienes suerte de que no sea ni cruel ni vengativo. Te salvaría del sufrimiento innecesario, de la angustia mental provocada por la visión de objetos horribles o sugestivos. Obsérvame con atención.

Cuando dejó de hablar entró en la habitación contigua donde se puso a encender el carbón que había en un brasero. Tardó un poco en producir un buen fuego, pero cuando lo consiguió, fue a buscar una larga vara de metal con la punta afilada y el mango de madera. Insertó la punta entre las brasas calientes; luego volvió su atención de nuevo al hombre mono.

—Las cabezas humanas que cuelgan de las paredes de mi habitación, la parafernalia de mi profesión, los preparativos que debo hacer para tu tortura y muerte; ver todas estas cosas te resultaría más deprimente y añadiría sufrimiento innecesario para ti; por lo tanto vaya quemarte los ojos para que no lo veas.

Ya pesar de estas palabras el hombre mono no dijo nada. Su mirada permaneció clavada en la repulsiva figura del viejo mago y el extraño escenario en el que forjaba sus fechorías, todo ello bañado en la intensa luz verde de la gran esmeralda. En qué estaba pensando sólo él lo sabía, pero se puede suponer que no era en la muerte, no en su propia muerte. Probablemente en escapar. Probó la fuerza de la red de pellejo, pero no se rompió.

Woora le vio y se rió.

—Ni un elefante macho podría romper eso —dijo. Con su grotesca cabeza ladeada se quedó mirando fijamente a su víctima. La carcajada se apagó en sus labios dejando una mueca. Estaba enojado porque el hombre mono no demostraba miedo. Miró el hierro, mascullando y murmurando para sí. Se había calentado y la punta relucía.

—Echa un último vistazo, invitado —dijo riéndose Woora—, pues

dentro de un momento no verás nada. —Retiró el hierro de las brasas y se acercó a su prisionero.

Las hebras de la red se cerraron en torno al hombre mono flojamente, inmovilizándole los brazos de tal modo que aunque podía moverlos no podía hacerlo ni deprisa ni lejos. Le costaría defenderse de la reluciente punta de la barra de hierro.

Woora se acercó y levantó el hierro candente a la altura de los ojos de Tarzán; luego lo acercó de pronto a uno de ellos. La víctima esquivó la ardiente punta y en lugar de llegar al objetivo pretendido sólo le quemó la mano. Woora lo intentó una y otra vez, pero Tarzán siempre lograba salvar los ojos, aunque a expensas de las manos y los antebrazos.

Ante sus repetidos fracasos en cegar a su víctima, Woora fue presa de convulsiones de rabia. Se puso a gritar y a maldecir mientras daba saltos de un lado a otro, echando espuma por la boca; luego, de repente, recuperó el control de sí mismo. Llevó el hierro de nuevo al brasero y lo insertó entre las brasas; después se dirigió a otra parte de la habitación que no quedaba alineada con el umbral de la puerta y, por lo tanto, estaba fuera del alcance de la vista de Tarzán. Sólo permaneció fuera unos instantes, y cuando volvió llevaba una cuerda en la mano.

Se reía de nuevo cuando se acercó a Tarzán.

—Esta vez el hierro te llegará a los ojos.

Pasó la cuerda alrededor de la red y Tarzán e hizo un nudo corredizo y lo apretó; luego rodeó una y otra vez al hombre mono, atándole las manos y los brazos con tantas vueltas de cuerda como fue necesario para que Tarzán no pudiera utilizarlos como protección.

Luego se fue al brasero y retiró el hierro. Relucía en rojo a la extraña luz verde de la cámara. Woora se acercó lentamente hacia su víctima con el hierro en la mano como si pretendiera prolongar la agonía del suspense; pero Tarzán no dio muestras de miedo. Sabía que se hallaba indefenso, y esperaba lo inevitable con estoica indiferencia.

De pronto Woora fue presa de otro ataque de furia.

—Finges no tener miedo —gritó—, pero te haré chillar pidiendo clemencia. ¡Primero el ojo derecho!

Volvió a acercarse, manteniendo la punta roja a la altura de los ojos del hombre mono.

Tarzán oyó que se abría la puerta detrás de él. Vio a Woora que retrocedía, con una nueva expresión de furia en el rostro; luego un hombre

saltó pasando por su lado con una gruesa barra de madera en la mano. Era Lord.

Woora se volvió para entrar a toda prisa en el aposento de aliado, pero Lord le alcanzó y le asestó un golpe lateral en la cabeza con la barra. El mago se volvió entonces e intentó defenderse con el hierro candente. Gritó pidiendo clemencia y ayuda, pero no hubo clemencia en el ataque de Lord y no llegó ayuda alguna.

Agarrando la barra de madera con ambas manos el inglés arrancó de un golpe el hierro de la mano de Woora, rompiéndole el brazo por la muñeca; luego volvió a golpear con furia, aplastando el extraño cráneo: y con el ruido de huesos astillados y aplastados Woora se desplomó al suelo, muerto.

Lord se volvió a Tarzán.

—Por poco —dijo.

—Sí, por poco. No lo olvidaré.

—Te he visto matar la pantera —prosiguió Lord—. ¡Dios mío! Nunca creí que fuera posible. Luego he esperado. No sabía qué hacer. Después he empezado a preocuparme; sabía qué astuto viejo diablo era Woora, así que te he seguido, y menos mal que lo he hecho.

Mientras hablaba el inglés encontró un cuchillo y cortó las ataduras y la red que sujetaba al hombre mono; luego, los dos hombres examinaron el contenido de la habitación secreta. En un rincón había un pequeño horno, varias retortas y tubos de ensayo sobre una larga mesa, estantes con botellas y frascos, una pequeña biblioteca de ocultismo, magia negra, vudú. En una pequeña hornacina, ante la cual había una silla, se encontraba una esfera de cristal. Pero en el centro, dominándolo todo, se hallaba la gran esmeralda.

Lord la miró, hechizado, fascinado.

—Vale más de dos millones de libras esterlinas —dijo—, ¡y podemos llevárnosla! Quedan aún varias horas de oscuridad, y pueden pasar más horas, tal vez días, hasta que alguien descubra que Woora está muerto y la esmeralda ha desaparecido. Jamás nos alcanzarían.

—Olvidas a tus amigos que están aquí —le recordó Tarzán.

—Cualquiera de ellos haría lo mismo si tuviera oportunidad —arguyó Lord—. Encontrarán la libertad. Eso se lo hemos proporcionado. La esmeralda ha de ser nuestra.

—También has olvidado a los kaji. ¿Cómo pasarás por su región?

Lord hizo una mueca de disgusto.

—Siempre hay algo; pero tienes razón…, no podemos escapar, salvo con un grupo numeroso.

—Está la cuestión de si puedes escapar de Mafka incluso entonces —dijo Tarzán—. He visto pruebas de su poder. En comparación, el de Woora no era gran cosa.

—Bueno, entonces, ¿qué?

—Iré delante e intentaré deshacerme de Mafka —dijo Tarzán.

—¡Bien! Iré contigo.

El hombre mono meneó la cabeza.

—Debo ir solo. Los poderes ocultos de Mafka son tan fuertes que puede controlar las acciones de sus Víctimas incluso a gran distancia, aunque por alguna razón no tiene poder sobre mí. Pero podría tenerlo sobre ti. Ésa es la razón por la que debo ir solo; podría percibir la presencia de otra persona conmigo y a través de ella enterarse de mis planes: sus poderes son de lo más extraño.

Cuando dejó de hablar, Tarzán cogió la gran esmeralda y la envolvió en un pedazo de tela que había desgarrado de una colgadura de la pared.

Lord entrecerró los ojos.

—¿Para qué haces eso? —preguntó.

—Me llevo la esmeralda. Servirá para asegurarme audiencia con Mafka.

Lord emitió una breve y fea carcajada.

—¿Crees que puedes marcharte con eso? —preguntó—. ¿Por quién me tomas, por un tonto?

Tarzán conocía la codicia de los hombres. Ésta era una de las razones por las que le gustaban tanto las bestias.

—Si tratas de detenerme —dijo— sabré que eres un tonto; ya has visto lo que he hecho con la pantera y con qué facilidad.

—¿Qué pretendes hacer con dos millones de libras? ¿Tal vez tres millones? Sólo Dios es capaz de calcular cuánto vale. Hay suficiente para los dos.

—Pero yo no quiero nada —replicó el hombre mono—. Tengo toda la riqueza que necesito. Y voy a utilizarla para llevarme a parte de mi gente lejos de Mafka. Cuando lo haya hecho, me importará un comino cuanto ocurra con la esmeralda.

Ató dos cuerdas al paquete que contenía la esmeralda. Una se la ató a la

cabeza, la otra en la cintura para mantener el paquete cerca del cuerpo. Cogió el cuchillo que Lord había dejado sobre la mesa y lo envainó; luego encontró un trozo largo de cuerda que enrolló y se echó al hombro.

Lord le miraba con expresión hosca. Recordaba la pantera y sabía que se hallaba indefenso y no podía impedir que el extranjero se llevara la esmeralda.

—Ahora me voy —dijo Tarzán—. Espera un día, y después sígueme con todos los que se quieran marchar. Tanto si tengo éxito como si no, es posible que tengáis que pelear para abriros camino a través de los kaji, pero si Mafka está fuera de circulación, tendréis muchas más posibilidades. Si lo consigo, esconderé la esmeralda en el Neubari, cerca de la desembocadura del Mafa, y seguiré adelante con mis asuntos. Al cabo de unas tres semanas regresaré; entonces devolveré la esmeralda a los zuli.

—¡A los zuli! —exclamó Lord—. ¿Dónde entro yo? La esmeralda me pertenece, y tú estás intentando engañarme para quedártela. ¿Es ésta mi recompensa por salvarte la vida?

Tarzán se encogió de hombros.

—No es asunto mío —dijo—. No me importa quién se quede con la esmeralda. Tú me dijiste que había un plan para apoderarse de ella y con los beneficios financiar a todos los zulis que desearan marcharse y vivir en la civilización. No sabía que tenías intención de traicionar a tus camaradas.

Los ojos de Lord no podían mirar a los del hombre mono y se sonrojó cuando repuso:

—Me ocuparé de que reciban su parte —dijo—, pero quiero controlarlo. ¿Qué saben ellos de negocios? Se lo quitarían todo en cuestión de un mes.

—Entonces, hasta dentro de tres semanas en el Neubari —dijo el hombre mono; se dio media vuelta y salió del aposento.

Mientras Tarzán salía por la ventana de la habitación exterior y se disponía a cruzar el recinto donde yacía el cuerpo de la pantera negra, Lord abrió la puerta que conducía a la sala del trono y se apresuró a ir a la sala de la guardia, con la mente ocupada en un plan basado en la creencia de que el extraño pretendía fugarse con la gran esmeralda y quedársela.

VII

MAGIA VERDE

LOS GUARDIAS que estaban en el corredor de la sala del trono se quedaron tan sorprendidos al ver a alguien saliendo de ésta a aquellas horas de la noche que Lord pasó ante ellos antes de que se recuperaran de su asombro. Le persiguieron, gritándole órdenes para que se detuviera, hasta el umbral de la sala de la guardia donde, para entonces, todas las mujeres guerreras se habían despertado y empuñaban ya sus armas.

Lorro fue la primera en reconocer al inglés.

—¿Qué ocurre, Lord? —preguntó—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has salido de la celda? ¿Qué ha ocurrido?

—¡La gran esmeralda! —exclamó Lord—. El kaji ha matado a Woora y robado la gran esmeralda.

—¡Ha matado a Woora! —exclamaron media docena de mujeres al unísono—. ¿Quieres decir que Woora está muerto?

—Sí, sí —respondió Lord con impaciencia—. Pero ha robado la esmeralda. ¿Puedes entenderlo?

—¡Woora está muerto! —gritaron las mujeres, que salieron en tropel hacia la calle de la aldea para difundir la feliz noticia.

En la noche, a poca distancia de la aldea. Tarzán oyó el alboroto, seguido por las toscas notas de una primitiva trompeta. Reconoció la llamada a las armas a la que ahora se añadía el redoblar de tambores de guerra, y supuso que Lord había dado la voz de alarma y estaba organizando una persecución.

El hombre mono aumentó su velocidad, avanzando sin error por el sendero que había cruzado una sola vez, y esto siendo de noche; y detrás de él Iba toda la tribu de mujeres guerreras zuli con sus hombres blancos y sus esclavos negros.

Lord, al fin, había logrado grabar en la mente de los zuli que la muerte de Woora era un beneficio inútil si no poseían la esmeralda que iba a

proporcionarles riqueza e independencia en el mundo exterior; por eso era una multitud furiosa y sedienta de sangre la que perseguía al Señor de la Jungla a través de la noche africana.

A los oídos del hombre mono llegó claramente el fragor de la persecución, y adivinó el carácter de los perseguidores. Si le encontraban, no podía esperar ni la victoria ni misericordia. Eran demasiados para uno solo, estaban demasiado furiosos y eran demasiado salvajes para llegar a un acuerdo. Sólo la astucia de la bestia salvaje que aquel entorno y el entrenamiento habían implantado en él podía salvarle contra toda probabilidad.

Mientras corría por el sinuoso sendero que discurría río arriba hacia la bifurcación era muy consciente de una presencia que no podía ver. Sus aguzados sentidos le indicaban que estaba solo, sin embargo persistía la sensación de que no se encontraba solo. Algo se movía con él, pegado como si fuera su sombra. Se detuvo a escuchar. La cosa parecía estar tan cerca que debería oírla respirar, pero no oía nada. Su aguzado olfato buscaba una pista, mas no encontró ninguna.

Siguió trotando e intentando razonar el misterio. Incluso trató de convencerse de que era víctima de una ilusión; pero Tarzán nunca había sufrido ilusiones, sólo había oído decir que otros a veces las sufrían. Y la presencia siempre estaba con él, acosándole como un fantasma.

Sonrió. Quizás era eso: el fantasma de Woora. Y entonces, de pronto, se le ocurrió la verdad. ¡Era la gran esmeralda!

Parecía imposible, sin embargo no podía ser otra cosa. La misteriosa piedra poseía alguna cualidad en común con la vida, un aura que, tal vez, era hipnótica. Era concebible que fuera eso mismo lo que proporcionaba a Woora los poderes ocultos que le habían hecho tan temible, tan poderoso. Lo cual podía explicar en parte el cuidado con que había protegido la piedra.

Si era cierto, podía alcanzar el mismo estado con el Gonfal, el gran diamante de los kaji. Sin él, el poder de Mafka desaparecería. El hombre mono se preguntó si el poder de Mafka se doblaría si lograba reunir el diamante y la esmeralda.

¿Cómo afectarían estas piedras al poder de los demás? ¿La simple posesión de una de ellas proporcionaba a cualquier mortal poderes semejantes a los que poseían Woora y Mafka? Esta idea intrigaba a Tarzán. Dejó que su mente jugueteara con ella durante un rato, mientras corría río

arriba; luego tomó una decisión.

Se volvió bruscamente a la derecha, abandonando el sendero, y buscó un lugar donde esconderse. Después encontró una gran roca al pie de la pared del cañón. Detrás de ella quedaría oculto a la vista de cualquiera que pasara por el sendero. Siempre cauto, miró alrededor en busca de una vía de retirada, si ésta se hacía necesaria, y vio que podía escalar fácilmente la cara del cañón; luego se situó detrás de la roca y esperó.

Oyó que los zuli venían por el sendero. No hacían ningún esfuerzo para ocultar su presencia. Era evidente que estaban muy seguros de que el fugitivo no podría escapar de ellos.

Ahora la cabeza de la columna apareció a la vista. La dirigía Lord. Eran más de cincuenta hombres, la mayoría blancos, y trescientas o cuatrocientas mujeres guerreras. Tarzán concentró sus esfuerzos en estas últimas.

—¡Volved atrás! ¡Volved atrás! —gritó—. Volved a la aldea y quedaos allí.

Las mujeres siguieron su camino, aparentemente sin inmutarse; sin embargo Tarzán notaba la presencia de la esmeralda con más fuerza que nunca. La tomó entre sus manos y retiró la piel en la que la había envuelto. Su pulida superficie, que reflejaba la luz de la luna, emitió unos rayos que envolvían al hombre mono en un resplandor sobrenatural.

Cuando sus manos desnudas tocaron la piedra sintió un hormigueo en los brazos, en todo el cuerpo, como si le estuviera atravesando una leve corriente eléctrica. Notó una oleada de nuevo poder, un poder extraño, misterioso, que nunca había poseído. De nuevo instó a las mujeres a que regresaran, y ahora sabía que lo harían, ahora que conocía sin duda alguna su propio poder.

Las mujeres se detuvieron y dieron media vuelta.

—¿Qué ocurre? —preguntó uno de los hombres.

—Regreso —respondió una mujer.

—¿Por qué?

—No lo sé. Sólo sé que tengo que regresar. No creo que Woora esté muerto. Me está diciendo que vuelva. Nos está llamando a todas para que regresemos.

—¡Tonterías! —exclamó Lord—. Woora está muerto. He visto cómo le mataba. Le ha aplastado el cráneo.

—No obstante, nos llama para que regresemos.

Las mujeres ya empezaban a dar media vuelta en el camino. Los hombres se mostraban indecisos.

Entonces Lord dijo en tono bajo:

—Dejemos que se marchen —y todos se quedaron mirando a las mujeres hasta que desaparecieron tras un recodo del camino.

—Somos más de cincuenta —dijo entonces Lord—, y no necesitamos a las mujeres. Seremos menos a repartir cuando nos hagamos con la esmeralda.

—Todavía no la tenemos —le recordó otro.

—Será nuestra si alcanzamos al kaji antes de que entre en su aldea. Es un tipo duro, pero entre cincuenta podemos matarle.

Tarzán, detrás de la roca, le oyó y sonrió; fue sólo una sombra de sonrisa, una sonrisa triste.

—¡Vamos! —dijo Lord—. En marcha. —Pero no se movió. Nadie se movió.

—Bueno, ¿por qué no echas a andar? —preguntó uno de los otros.

Lord palideció. Parecía asustado.

—¿Por qué no lo haces tú? —preguntó.

—No puedo —dijo el hombre— y tú tampoco. Lo sabes. Es el poder de Woora. La mujer tenía razón: no está muerto. ¡Dios mío! ¡Cuál no será su castigo!

—Os digo que está muerto —rugió Lord—, más muerto que mi abuela.

—Entonces se trata de su fantasma —sugirió uno de los hombres con voz temblorosa.

—¡Mirad! —gritó uno, señalando.

Todos miraron al mismo tiempo en la dirección que su compañero señalaba. Uno que había sido católico se santiguó. Otro rezaba por lo bajo. Lord profería maldiciones.

Detrás de una gran roca apartada del camino se percibía una luminosidad de color verde, débil, temblorosa, que enviaba tenues rayos de luz de color esmeralda, compitiendo con la suave luz de la luna.

Los hombres se quedaron como hechizados, con los ojos fijos en el milagro. Entonces apareció un hombre detrás de la roca: un gigante bronceado vestido sólo con un taparrabos.

—¡El kaji! —exclamó Lord.

—Y la gran esmeralda —dijo otro—. Ahora es nuestra oportunidad.

Pero ninguno llevaba armas, nadie avanzó hacia el extraño. Sólo podían

sentir deseos; sus voluntades no podían ordenarles que desobedecieran al que poseía el misterioso poder de la esmeralda.

Tarzán se acercó a ellos. Se detuvo y les miró, examinándoles.

—Sois más de cincuenta —dijo—. ¡Vendréis conmigo a la aldea de los kaji! Varios de los míos son prisioneros allí. Los liberaremos; después saldremos todos del territorio de los kaji e iréis adonde queráis.

No les preguntó, se lo dijo; pues él y ellos sabían que mientras poseyera la gran esmeralda no tenía que preguntar.

—Pero la esmeralda… —terció Lord— prometiste repartirla conmigo.

—Cuando, hace unos minutos, planeabas matarme —replicó el hombre mono—, perdiste el derecho a que cumpla esa promesa. Asimismo, desde entonces, he descubierto el poder de la esmeralda. La piedra es peligrosa. En manos de un hombre como tú podría causar un daño incalculable. Cuando todo haya terminado, irá a parar al Neubari donde ningún hombre la encontrará jamás.

Lord ahogó un grito.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡No serás capaz de hacer tal cosa! ¡No puedes tirar una fortuna de dos o tres millones de libras! No, sólo lo dices por decir. No quieres repartirla, eso es todo. Quieres quedártela toda para ti.

Tarzán se encogió de hombros.

—Piensa lo que quieras —dijo—, no importa. Ahora me seguiréis.

Y así emprendieron de nuevo el camino por el sendero que atravesaba la división y descendía hasta el territorio de los kaji.

Era el anochecer del día siguiente cuando, desde un leve promontorio. Tarzán vio por primera vez la ciudad de Kaji y la fortaleza de Mafka. Estaba construida en un lado de un valle cerca de la cara perpendicular de un acantilado de piedra caliza. Parecía un lugar mucho más grande que la aldea de los zuli de la que acababa de escapar. Se quedó mirándola fijamente unos momentos; luego se volvió a los hombres que estaban agrupados detrás de él.

—Venimos de lejos y hemos comido poco —dijo—. Muchos de vosotros estáis cansados. No será oportuno acercarnos a la ciudad hasta bien entrada la noche; por lo tanto, descansaremos. —Cogió una lanza de uno de los hombres y trazó una larga línea en el suelo con la punta afilada —. No podéis cruzar esta línea —dijo—, ninguno de vosotros. —Luego devolvió la lanza a su propietario, se alejó un poco de la línea que había trazado entre ellos y se tumbó en el suelo. Apoyó una mano en la reluciente

superficie de la esmeralda, y así durmió.

Los otros, alegrándose de tener oportunidad de descansar, se tumbaron de inmediato y pronto estuvieron todos dormidos. No, todos no. Lord permaneció despierto, fascinados sus ojos por el leve resplandor de la joya que evocaba en su mente los antros de libertinaje de la civilización que su riqueza podría comprar.

Pronto se hizo noche cerrada. La luna aún no había salido y nada se veía. Sólo el aura verde que rodeaba al hombre mono aliviaba la absoluta oscuridad. A su extraño resplandor Lord vio al hombre al que él llamaba el Kaji. Observó la mano que descansaba sobre la esmeralda: observó y esperó, pues Lord conocía muy bien el poder de la gran piedra y la manera en que era conferido a su poseedor.

Hizo planes; algunos los descartó. Esperó. Tarzán se movió dormido; su mano resbaló de la cara de la esmeralda, y entonces Lord se levantó. Cogió su lanza con firmeza y se arrastró con cautela hacia el hombre que dormía. Tarzán llevaba dos días sin dormir, y se sumió en el sueño del agotamiento.

Junto a la línea que Tarzán había trazado en el suelo Lord vaciló un instante; luego la cruzó y supo que el poder de la esmeralda había desaparecido del extranjero cuando la mano de éste resbaló. Durante muchos años Lord había observado a Woora y sabía que siempre, cuando el mago concentraba su voluntad en otro, alguna parte de su cuerpo estaba en contacto con la esmeralda; pero exhaló un suspiro de alivio al ver confirmada su esperanza.

Se acercó al hombre mono con la lanza en la mano, a punto. Llegó junto a él y se quedó de pie en silencio un instante; luego se inclinó y cogió la esmeralda.

El plan para matar a Tarzán era uno de los que había descartado. Temía que aquel hombre gritara antes de morir y despertara a los demás; y esto no entraba en el plan de Lord, que era apoderarse de la esmeralda y quedársela para él.

Lord se alejó en la noche, escabulléndose con sigilo.

VIII

LA TRAMPA PARA LEOPARDOS

EL HOMBRE MONO despertó con sobresalto. La luz de la luna le daba de pleno en la cara. Al instante supo que había dormido demasiado. Percibió que ocurría algo. Palpó en busca de la esmeralda, y al no notarla miró hacia donde debía estar. Había desaparecido. Se puso en pie de un salto y se acercó a los hombres que dormían. Una rápida mirada confirmó su primera sospecha: ¡Lord se había marchado!

Examinó a los hombres. Eran cincuenta. Sin la esmeralda no tenía poder sobre ellos, no podría controlarlos. Serían enemigos. Se volvió y dio la vuelta al campamento hasta que captó el rastro de olor del ladrón. Se encontraba donde esperaba encontrarlo: bajando por el valle del Mafa hacia el valle del Neubari.

No sabía cuánto rato hacía que Lord se había marchado. Podían ser dos horas, pero si hubieran sido dos semanas sería lo mismo. Ningún hombre podía escapar del Señor de la Jungla.

Siguió en la noche el fuerte rastro de olor que llegaba a su olfato. El sendero evitaba pasar por la ciudad de los kaji. El terreno era abierto y hacía una leve pendiente, la luna brillaba. Tarzán avanzaba con rapidez, mucho más que Lord.

Llevaba siguiendo al inglés cerca de una hora cuando vislumbró a lo lejos, al frente, una débil luz verdosa. Se movía un poco hacia la derecha en línea recta, y Tarzán sabía, pues había pasado de largo de la ciudad de los kaji, que Lord estaba dirigiéndose de nuevo al sendero directo. Atajando en linea recta el hombre mono adelantaría una distancia considerable. Al hacerlo aumentó su rapidez, avanzando velozmente con largos y ágiles pasos.

Avanzaba con rapidez cuando de pronto el suelo cedió bajo sus pies y se precipitó a un agujero negro. Cayó sobre tierra suelta y ramas delgadas que formaban un cojín, amortiguando la caída, de modo que no resultó

herido.

Cuando pudo ponerse en pie de nuevo descubrió que le resultaba dificil moverse entre las ramas, que cedían cuando las pisaba o se le enredaban en los pies si trataba de esquivarlas. Levantó la mirada y vio la boca del hoyo fuera de su alcance. Adivinó su finalidad. Probablemente era una trampa para leopardos, empleada por los kaji para capturar vivos a esos fieros felinos, y también se dio cuenta de la finalidad de la tierra suelta y las ramas que habían amortiguado su caída: no constituían un terreno firme desde el que pudiera el leopardo saltar a la libertad. Volvió a mirar hacia el borde del hoyo. Estaba muy arriba, muy por encima de su cabeza. Dudaba que un felino pudiera haber salido de allí si no hubiera habido ramas en el suelo; estaba seguro de que él no podría.

No podía hacer nada salvo esperar. Si fuera un hoyo nuevo, y lo parecía, los kaji llegarían al cabo de un día o dos; entonces le matarían o capturarían. Esto era todo lo que podía esperar. Ningún leopardo caería sobre él ahora que la boca del hoyo ya no estaba oculta por el follaje que él había atravesado.

Pensó en Lord y en el daño que podría hacer si salía al mundo exterior con la gran esmeralda de los zuli en su poder, pero no le preocupó mucho no haber logrado alcanzar al inglés. Lo hecho, hecho estaba. Había hecho lo que había podido. Él nunca se quejaba, nunca se preocupaba. Se limitaba a esperar el siguiente acontecimiento en la vida, sabiendo por experiencia que pasara lo que pasase le haría frente con los recursos naturales que no poseen los hombres corrientes. No era egoísta; simplemente, estaba seguro de sí mismo.

Transcurrió la noche y Tarzán la aprovechó para dormir. Sus nervios, no contaminados por la disipación, no estaban alterados en lo más mínimo por la situación apurada en la que se encontraba o por la inminencia de su captura o muerte. Durmió.

El sol estaba alto en el cielo cuando despertó. Escuchó con atención para oír el ruido que le había despertado. Era ruido de pisadas que se acercaban a él desde cierta distancia a través de la tierra. Se acercaron más. Tarzán oyó voces. ¡Así que venían hacia él! Se sorprenderían cuando vieran el leopardo que habían atrapado.

Se acercaron aún más y oyó que lanzaban exclamaciones de satisfacción cuando descubrieron que lo que cubría el hoyo estaba roto; luego se asomaron por el borde del hoyo. Vio las caras de varias mujeres

guerreras y algunos hombres. Estaban llenas de asombro.

—¡Un buen leopardo! —exclamó una.

—Mafka se alegrará de haber cogido a otro.

—Pero ¿cómo ha llegado hasta aquí? ¿Cómo ha podido pasar ante los guardias que hay a la entrada del valle?

—Saquémosle de ahí. ¡Eh, tú! Coge esta cuerda y átatela por debajo de los brazos.

Le arrojaron una cuerda.

—Sujetadla —dijo el hombre mono— y treparé por ella.

Hacía mucho tiempo que había decidido dejarse atrapar sin pelear, por dos razones. Una era que la resistencia sin duda significaría la muerte segura; la otra, que la cautividad le llevaría más cerca de Mafka y posiblemente haría más sencillo el rescate de Wood y sus amigos. A Tarzán no se le ocurrió considerar el hecho de que podría no ser capaz de escapar. No era propenso a considerar nada desde el punto de vista del fracaso. Quizás esto en sí mismo explicaba en cierto modo el hecho de que raras veces fracasaba cuando lo intentaba.

Los que estaban arriba sujetaron la cuerda mientras Tarzán subía trepando con la agilidad de un mono. Cuando estuvo en tierra firme, se vio frente a varias puntas de lanza. Eran ocho mujeres y cuatro hombres. Todos eran blancos. Las mujeres iban armadas; los hombres portaban una gruesa red.

Las mujeres le examinaron sin ambages, con atrevimiento.

—¿Quién eres? —preguntó una de ellas.

—Un cazador —respondió Tarzán.

—¿Qué haces aquí?

—Iba en busca del Neubari cuando caí en vuestra trampa. —¿Estabas saliendo?

—Sí.

—Pero ¿cómo pudiste entrar? Sólo hay una entrada a la ciudad de los kaji, y está protegida por guardias. ¿Cómo has esquivado a nuestras guerreras?

Tarzán se encogió de hombros.

—Es evidente que no entré por allí —dijo.

—No hay otro camino, te lo digo —insistió la guerrera.

—Pero yo vine por otro sitio. Entré en las montañas a varias marchas de aquí para cazar; ésta es la razón por la que vine desde el este. Cacé en la

región remota, procedente del norte. El camino era difícil. Buscaba una modo más fácil de llegar al Neubari. Ahora que estoy fuera del foso, seguiré mi camino.

—No tan deprisa —dijo la mujer que se había dirigido a él en primer lugar y que parecía dirigir la expedición—. Tú vienes con nosotros. Eres prisionero.

—De acuerdo —accedió el hombre mono—. Como queráis. Vosotros sois ocho lanzas y yo sólo un cuchillo.

Después, Tarzán no era ni siquiera un cuchillo, pues se lo quitaron. No le ataron las manos a la espalda, demostrando así el desprecio que sentían hacia la habilidad de los hombres. Algunas marchaban delante, otras detrás de Tarzán y los otros cuatro hombres cuando echaron a andar hacia la ciudad que podía verse a una distancia próxima. En cualquier momento el hombre mono podía haber hecho un intento de huida si lo hubiera deseado, y con muchas probabilidades a su favor debido a su gran rapidez; pero le complacía ir a la ciudad de los kaji.

Sus captoras hablaban sin cesar entre ellas. Hablaban de otras mujeres que no estaban presentes, siempre en términos despreciativos; se quejaban de las dificultades que experimentaban para peinarse; comparaban el corte y la calidad de los pellejos con que estaban confeccionados sus taparrabos, y cada una explicaba los méritos de alguna piel excepcionalmente rara que esperaba adquirir en el futuro.

Los cuatro hombres que marchaban con Tarzán trataron de entablar conversación con él. Uno era sueco, otro polaco, otro alemán y otro inglés. Todos hablaban la extraña lengua de las kaji: una mezcla de muchas lenguas. Tarzán les entendía, pero le costaba que le entendieran a menos que hablara en la lengua materna del único que hablaba en francés, que había aprendido con d'Arnot antes de aprender inglés. Sólo el sueco no entendía el francés, pero hablaba un poco de inglés, lengua que el alemán entendía pero no el polaco. Así pues, se hacía dificil mantener una conversación general. Le resultaba más fácil hablar con el inglés, cuyo francés era escaso, en su lengua común.

Oyó que se dirigían a este hombre con el apelativo Troll, y recordó que Stanley Wood le había dicho que así se llamaba uno de sus cazadores blancos. El hombre era bajo y robusto, con los hombros anchos y encorvados y los brazos largos que le daban un aspecto como de gorila. Sus músculos eran fuertes. Tarzán se acercó un poco a él.

—¿Estabas con Wood y Van Eyk? —preguntó.

El hombre miró a Tarzán con sorpresa.

—¿Les conoces? —preguntó.

—Conozco a Wood. ¿Le han capturado?

Troll asintió.

—No se puede huir de este maldito lugar. Mafka siempre te hace volver, si no te mata. Wood estuvo a punto de lograrlo. Un compañero… —Se interrumpió—. Eh, ¿eres Clayton?

—Sí.

—Wood me habló de ti. Debería haberte reconocido enseguida por la descripción que me hizo de ti.

—¿Sigue vivo?

—Sí. Mafka no le ha matado aún, pero está muy dolido. Nadie ha estado nunca tan cerca de escapar. Supongo que eso hizo que el viejo zoquete se cagara en los pantalones… sólo que no lleva pantalones. Una gran expedición de blancos podía ponérselo difícil, digamos un batallón de soldados ingleses. ¡Por Dios, cuánto me gustaría verles llegar!

—¿Y qué me dices del Gonfal? —preguntó Tarzán—. ¿No podría detenerles, igual que hace con los demás, con el poder del gran diamante?

—Nadie lo sabe, pero creemos que no. Porque si pudiera, ¿por qué tiene tanto miedo de que uno de nosotros escape?

—¿Crees que Mafka tiene intención de matar a Wood? —Estamos casi seguros de ello. No sólo está dolido porque estuvo a punto de escapar, sino que aún lo está más porque Wood se ha enamorado de Gonfala, la reina; y al parecer Gonfala se mostraba un tanto indulgente con Wood. Eso también estaba mal, porque ella es negra.

—Wood me dijo que era blanca.

—Es más blanca que tú, pero mira a esas damas de aquí, ¿no son blancas? Parecen blancas, pero todas llevan sangre negra en sus venas. Pero nunca se lo recuerdes. ¿Te acuerdas de la frase de Kipling: «Me clavó un cuchillo una noche porque yo deseaba que ella fuera blanca?». Bueno, eso es; ésa es la respuesta. Ellas quieren ser blancas. Sólo Dios sabe por qué; nadie las ve nunca salvo nosotros, y a nosotros no nos importa de qué color sean. En lo que a mí respecta podrían ser verdes. Estoy casado con seis de ellas. Me obligan a trabajar mientras ellas están sentadas y charlan sobre peinados y taparrabos. ¡Dios mío! Odio ver cabello y taparrabos. Cuando no hacen eso están criticando a alguna mujer que no está presente.

»Tengo una mujer en Inglaterra. Creía que era mala. Hui de ella, y mira dónde he caído. Ahora tengo seis.

Troll siguió hablando sin parar hasta que llegaron a la ciudad. Tenía más problemas que la ventanilla de cambio en unos grandes almacenes.

La ciudad de Kaji estaba amurallada con bloques de piedra caliza extraída del acantilado contra el que estaba construida. Los edificios que estaban dentro del recinto también eran de piedra caliza. Tenían uno o dos pisos, salvo el palacio de Mafka, que se elevaba cuatro pisos.

El palacio y la ciudad tenían aspecto de haber sido construidos hacía mucho tiempo; algunas partes del palacio y algunos de los edificios estaban mucho más estropeados por la erosión del tiempo que otros. Había hombres negros y blancos y mujeres guerreras en las calles. Unas cuantas niñas jugaban al sol; había cabras lecheras por todas partes. El hombre mono observó estas cosas y otras muchas mientras le conducían por la calle principal hacia el palacio de Mafka.

Oyó que las mujeres hablaban de él y le evaluaban como unos granjeros podrían hablar de un toro de campeonato. Una de ellas comentó que debería valer un buen precio. Pero él siguió caminando, aparentando una absoluta indiferencia hacia todas ellas.

El interior del palacio le recordó el de Woora, salvo que aquí el material era mucho más rico y abundante. Mafka estaba más cerca de la fuente de suministros. Aquí estaba el botín de muchos safaris. Tarzán se preguntó cómo había podido conseguir algo Woora.

Los cuatro hombres habían sido despachados en la ciudad; sólo las ocho mujeres acompañaron a Tarzán a palacio. Les habían hecho parar en la entrada, fuertemente protegida por guardias, y habían esperado allí mientras enviaban recado de su presencia al interior; luego, con varias guardias como escolta, les dejaron entrar en palacio.

Siguieron un largo corredor hasta otra puerta fuertemente custodiada; luego les hicieron entrar en una gran cámara. Al fondo de ella, una figura se agazapaba en un trono. Al verle, Tarzán se sorprendió tanto que estuvo a punto de demostrar alguna emoción: ¡era Woora!

A su lado, en otro trono, estaba sentada una hermosa muchacha. Tarzán supuso que era Gonfala, la reina. ¡Pero Woora! Había visto con sus propios ojos cómo mataban a aquel hombre. ¿Llegaba hasta tan lejos la magia que podía resucitar a los muertos?

Cuando le hicieron avanzar y detenerse ante el trono esperó a que

Woora le reconociera, le mostrara el resentimiento que debía albergar porque le habían desbaratado sus planes y robado la esmeralda; pero el hombre no dio muestras de haber visto nunca a Tarzán.

Escuchó el informe del cabecilla del grupo que había capturado al hombre mono, pero mantenía los ojos clavados en el prisionero. Parecían estar taladrándole, sin embargo no daba muestras de reconocerle. Cuando el informe hubo terminado, el mago meneó la cabeza con impaciencia. Parecía desconcertado y preocupado.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy inglés. Estaba cazando.

—¿Para qué?

—Para comer.

Mientras el mago interrogaba a Tarzán mantenía una mano sobre un inmenso diamante que descansaba en un pedestal a su lado. Era el Gonfal, el gran diamante de los kaji, que otorgaba a su poseedor los mismos poderes misteriosos inherentes a la gran esmeralda de los zuli.

La muchacha que estaba sentada en el segundo trono permanecía callada y con expresión hosca, fijos también sus ojos en el hombre mono. Lucía un peto de oro virgen con lentejuelas también de oro en el estómago. La falda estaba hecha de pieles de leopardos nonatos, suaves y pegadas al cuerpo. Calzaba unas delicadas sandalias, y en la parte superior de los brazos y en las muñecas y tobillos llevaba muchos aros de cobre y oro. Una ligera corona descansaba sobre su cabeza rubia. Era el símbolo del poder, pero Tarzán sabía que el verdadero poder residía en la extraña y espantosa figura que estaba a su lado, vestida sólo con un viejo y sucio taparrabos.

Por fin el hombre hizo un gesto de Impaciencia.

—Lleváoslo —ordenó.

—¿No tengo que elegirle esposas? —preguntó Gonfala—. Las mujeres pagarían bien por éste.

—Todavía no —respondió su compañero—. Existen razones por las cuales debo observarle un tiempo. Probablemente será mejor destruirle que dárselo a las mujeres. ¡Lleváoslo!

La guardia condujo al hombre mono a un piso superior y le hizo entrar en una gran cámara. Allí le dejaron solo y cerraron la puerta con cerrojo cuando se marcharon. El aposento estaba vacío salvo por dos bancos. Varios ventanucos en la pared que daba a la ciudad proporcionaban luz y ventilación. En la pared opuesta había una enorme chimenea en la que,

aparentemente, nunca se había encendido fuego.

Tarzán investigó su prisión. Descubrió que las ventanas estaban demasiado altas para ofrecerle una vía de escape sin ayuda de una cuerda, y no disponía de ninguna. La chimenea era la única otra característica del aposento que podría despertar algún interés. Era inusualmente grande, tan profunda que parecía una cueva, y cuando entró en ella no tuvo que agacharse. Se preguntó por qué habían construido una chimenea tan grande si jamás la utilizaban.

Al entrar en ella levantó la mirada, pensando que podría encontrar una salida si el humero era de un tamaño proporcionado a la cámara para el fuego. Sin embargo, para su decepción, había una cúpula; no entraba ni el más mínimo rayo de luz que indicara que había una abertura que conducía al exterior.

¿Era posible que la chimenea hubiera sido construida simplemente como adorno arquitectónico para la cámara, que fuera falsa? Parecía sumamente improbable, ya que la habitación no tenía ningún otro adorno; tampoco la chimenea en sí constituía ninguna maravilla arquitectónica, pues no era más que una abertura en la pared.

¿Cuál podía ser, pues, su finalidad? Esta pregunta estimuló la activa imaginación del Señor de la Jungla. Por supuesto, era posible que hubiera un humero pero que lo hubiesen cerrado; y ésta sería la explicación obvia por la que la chimenea no daba muestras de haber sido utilizada. Sin embargo, no era así; no había la más mínima decoloración en el interior; jamás había ardido ningún fuego allí dentro.

Tarzán alzó los brazos todo lo que pudo pero no tocó techo; luego pasó los dedos por la pared posterior de la cámara del fuego. Justo en ese punto las yemas de los dedos palparon un saliente. Se puso de puntillas, se agarró con firmeza al saliente con ambas manos y se aupó lentamente. Incluso cuando sus brazos estuvieron rectos y se hubo elevado al máximo su cabeza no tocó techo alguno. Inclinó su cuerpo poco a poco hacia delante hasta que se pudo tumbar en el saliente. El hueco, pues, era bastante profundo.

Recogió las piernas y luego se puso en pie despacio. Levantó una mano por encima de su cabeza y a unos treinta centímetros palpó la piedra del techo: había mucho espacio. Lateralmente, la abertura tenía unos noventa centímetros de ancho.

Alargó el brazo hacia delante para descubrir su profundidad, pero su

mano no tocó nada; entonces avanzó despacio unos pasos: nada. Moviéndose con cautela avanzó a tientas. Pronto se convenció de lo que había sospechado. Se encontraba en un corredor, y el secreto de la «chimenea» estaba parcialmente revelado. Mas, ¿adónde conducía el corredor?

Reinaba la oscuridad. Podía encontrarse al borde de un pozo sin sospecharlo. Si había corredores que se ramificaban podía perderse irremediablemente en cuestión de minutos; así que mantenía la mano izquierda en contacto permanente con la pared de ese lado; caminaba despacio, palpando con el pie antes de dar un paso, y con la mano derecha al frente.

Así recorrió una considerable distancia, pues el corredor giraba poco a poco hacia la izquierda hasta encontrarse en ángulo recto con la dirección que había tomado en un principio. Entonces vio una débil luz que aparentemente procedía del suelo del corredor. Cuando estuvo más cerca vio que procedía de una abertura que había en el suelo. Se paró en el borde y miró abajo. A unos dos metros vio un enlosado de piedra: era el suelo de una chimenea. Evidentemente aquel pasadizo secreto iba de una falsa chimenea a otra.

Escuchó con atención pero no oyó nada más que lo que podía ser una respiración muy suave, un sonido casi demasiado bajo para ser captado aun por el aguzado oído del hombre mono, pero su olfato captó el leve aroma de una mujer.

Por un instante Tarzán vaciló; luego se dejó caer suavemente al suelo de la chimenea. No hizo ningún ruido. Ante él se encontraba una cámara de lujo bárbaro. En una ventana de la pared opuesta, de cara a la ciudad, se erguía una muchacha de cabellos dorados, de espaldas a la chimenea.

Tarzán no necesitó verle el rostro para saber que era Gonfala.

IX

EL FINAL DE CORREDOR

SIN HACER ruido entró en la cámara y avanzó hacia el extremo de la habitación más próximo a la puerta. Pretendía llegar a ella antes de que la muchacha le descubriera. Prefería que no supiera cómo había entrado en la habitación. Un pesado cerrojo de madera cerraba la puerta por dentro. Llegó a la puerta sin llamar la atención de la joven y puso una mano en el cerrojo.

Lo descorrió despacio y sin hacer ruido; luego se alejó de la puerta y se dirigió hacia la ventana donde la muchacha seguía absorta en sus pensamientos. El hombre mono veía su perfil. Ya no tema expresión hosca, sino inefablemente triste.

Tarzán se hallaba muy cerca de ella cuando la joven se dio cuenta de su presencia. No le había oído. Sólo que de pronto fue consciente de que no se hallaba sola y se volvió con gesto lento. Demostró su sorpresa abriendo un poco más los ojos e inspirando un poco más profundamente; no lanzó ninguna exclamación.

—No tengas miedo —dijo él—. No he venido para hacerte daño.

—No tengo miedo —replicó ella—. Hay muchas guerreras que acudirán si las llamo. Pero ¿cómo has entrado aquí? —Miró hacia la puerta y vio que el cerrojo no estaba corrido—. Debo de haber olvidado correr el cerrojo de la puerta, pero no entiendo cómo has evitado la guardia. Aún está ahí, ¿no?

Tarzán no respondió. Se quedó mirándola, maravillado ante el sutil cambio que se había operado en ella desde que la había visto en la sala del trono poco antes. Ya no era la reina, sino una muchacha, dulce y atractiva.

—¿Dónde está Stanley Wood? —preguntó él.

—¿Qué sabes de Stanley Wood? —preguntó a su vez ella.

—Soy amigo suyo. ¿Dónde está? ¿Qué van a hacer con él?

—¿Eres amigo suyo? —exclamó ella, asombrada, con los ojos

desorbitados—. Pero no, no importa; por muchos amigos que tenga, nada le puede salvar.

—¿Te gustaría que se salvara?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no me ayudas? Tú tienes poder.

—No, no puedo. No lo entiendes. Soy reina. Soy yo quien debe sentenciarle a muerte.

—Le ayudaste a escapar una vez —le recordó Tarzán.

—¡Calla! No hables tan alto —le previno ella—. Mafka ya sospecha algo. Si lo supiera, no sé lo que nos haría a él y a mí. Pero sé que sospecha. Por eso estoy confinada en esta habitación con una fuerte guardia. Él dice que es para mi protección, pero yo sé que no es así.

—¿Dónde está este tal Mafka? Me gustaría verle. —Ya le has visto. Te han llevado ante él en la sala del trono.

—Ése era Woora —objetó Tarzán.

Ella hizo gestos de negación con la cabeza.

—No. ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza? Woora está con los zuli.

—¿O sea que ése era Mafka? —exclamó el hombre mono, y entonces recordó la teoría de Lord de que Mafka y Woora eran gemelos idénticos.

—Pero creía que no estaba permitido a nadie ver a Mafka.

—Eso te lo dijo Stanley Wood —dijo ella—. Es lo que él creía; es lo que le dijeron. Mafka estuvo muy enfermo durante mucho tiempo. No se atrevía a que se supiera. Tenía miedo de que alguien aprovechara la ocasión para matarle. Pero a ti quería verte. Deseaba ver un hombre que pudiera entrar en nuestra región y acercarse a la ciudad como tú lo has hecho sin saberlo. Yo misma no lo entiendo, y vi que le inquietaba que hablara contigo. ¿Quién eres? ¿Qué eres? ¿Cómo has entrado en mi aposento? ¿Tienes los mismos poderes que Mafka?

—Tal vez —dijo él. No le perjudicaría que ella creyera que poseía tales poderes. Habló entonces en tono bajo y la observó detenidamente—. Te gustaría ver escapar a Stanley Wood; te gustaría ir con él. ¿Por qué no me ayudas?

Ella le miró con impaciencia. Él vio el deseo en sus ojos.

—¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó la muchacha.

—Ayúdame a ver a Mafka… a solas. Dime dónde puedo encontrarle.

Ella tembló, y el miedo que sentía se reflejó en su expresión.

—Sí —dijo—, puedo decírtelo. Si tú… —Se interrumpió. Su expresión cambió; su cuerpo se puso tenso. Sus ojos se tornaron duros y fríos: crueles. En su boca apareció la expresión hosca de la primera vez que el hombre mono la había visto en la sala del trono. Recordó que Wood le había dicho que a veces era un ángel y a veces un demonio. La metamorfosis se había producido ante sus ojos. Mas, ¿cuál había sido su causa? Era posible, por supuesto, que padeciera alguna forma de demencia; sin embargo, lo dudaba. Creía que había alguna otra explicación.

—Sigue —dijo él—. Estabas diciendo…

—¡La guardia! ¡La guardia! —gritó ella—. ¡Socorro!

Tarzán se precipitó hacia la puerta y corrió el cerrojo. Gonfala sacó una daga de su cinturón y dio un salto hacia él. Antes de que pudiera clavárselo, el hombre mono le agarró la muñeca y le arrancó el arma.

La guardia golpeaba la puerta y gritaba que las dejaran entrar. El hombre mono aferraba a Gonfala por el brazo; sostenía la daga listo para clavársela.

—Diles que estás bien —ordenó en un susurro—. Diles que se marchen. Ella gruñó e intentó morderle la mano. Entonces gritó aún más fuerte pidiendo ayuda.

En el lado opuesto a la puerta, donde la guardia intentaba entrar, había una segunda puerta cerrada con cerrojo por dentro igual que la otra. El hombre mono arrastró hacia ella a Gonfala, que no paraba de gritar. Descorrió el cerrojo y abrió la puerta. Detrás había otra cámara en cuya pared de enfrente vio una tercera puerta. Comunicaba con una serie de cámaras que sería conveniente recordar.

Empujó a Gonfala hacia la primera cámara y corrió el cerrojo. Las guerreras de la guardia ahora golpeaban con gran fuerza. Era evidente que pronto derribarían la puerta y lograrían entrar en el aposento.

Tarzán cruzó la estancia hasta la chimenea y saltó a la boca del pasadizo secreto justo en el momento en que la puerta caía y la guardia entraba en la cámara. Esperó allí, aguzando el oído. Oía a Gonfala gritar en la habitación contigua y golpeando la puerta, que enseguida fue abierta.

—¿Dónde está? —preguntó—. ¿Le habéis cogido?

—¿A quién? Aquí no hay nadie —replicó un miembro de la guardia.

—El hombre, el prisionero que hoy mismo han traído.

—Aquí no había nadie —insistió una guerrera.

—Id enseguida a notificar a Mafka que se ha escapado —ordenó—.

Algunas de vosotras id a la habitación en la que se le ha encerrado y descubrid cómo ha salido. ¡Deprisa! No os quedéis ahí paradas como idiotas. ¿Suponéis que no sé lo que he visto? Os digo que estaba aquí. Me ha cogido la daga y me ha empujado hasta esa habitación. ¡Marchaos ya! Pero que se quede alguna. Puede que vuelva.

Tarzán no esperó a oír más y rehízo el camino por el pasadizo hasta la habitación en la que le habían encarcelado. Dejó la daga de Gonfala en el saliente del interior de la chimenea, y apenas se había sentado en uno de los bancos de la habitación cuando oyó pasos en el corredor; luego se abrió la puerta y media docena de mujeres guerreras se precipitaron dentro.

Mostraron gran sorpresa cuando le vieron sentado tranquilamente en su celda.

—¿Dónde has estado? —preguntó una.

—¿Adónde podría ir? —replicó el hombre mono.

—Estabas en el aposento de Gonfala, la reina.

—Pero ¿cómo puedo haber ido? —preguntó Tarzán.

—Eso es lo que queremos saber.

Tarzán se encogió de hombros.

—Alguien está loco —dijo—, pero no soy yo. Si creéis que he estado allí, ¿por qué no vais y se lo preguntáis a la reina?

Las guerreras menearon la cabeza.

—¿Para qué? —dijo una—. Él está aquí; es lo único que tenemos que saber. Que Mafka resuelva el misterio.

Entonces se marcharon de la habitación.

Transcurrió una hora durante la cual Tarzán no oyó nada; luego se abrió la puerta y una mujer guerrera le ordenó que saliera. Escoltado por una docena de guerreras le llevaron por un largo corredor hasta un aposento situado en la misma planta de palacio. Su sentido de la orientación le indicó que el aposento era una de la serie de habitaciones contiguas a la de la reina.

Mafka se encontraba allí. Se hallaba de pie tras una mesa sobre la que descansaba algo cubierto con un paño. Asimismo reposaba sobre la mesa el gran diamante de los kaji, el Gonfal. Mafka tenía la mano derecha posada sobre él.

El aguzado olfato del hombre mono percibía olor a sangre, y sus ojos vieron que el paño que cubría el objeto depositado encima de la mesa estaba manchado de sangre. ¿Sangre de quién? Algo le decía que le habían

llevado allí para que viera lo que estaba debajo de aquel paño, fuera lo que fuese.

Se quedó de pie ante el mago, con los brazos cruzados sobre el pecho, su mirada segura fija en la grotesca figura que tenía frente a él. Durante unos minutos los dos permanecieron en silencio, librando una extraña batalla de mentes. Mafka intentaba sondear la de su prisionero, y Tarzán lo sabía, pero su defensa era pasiva. Estaba seguro de que el otro no podía controlarle.

Mafka estaba Irritado. La frustración era una experiencia nueva para él. La mente del hombre que tenía ante sí era un libro sellado. Sintió algo de miedo ante su presencia, pero la curiosidad le impulsaba a mirarle. Le impedía ordenar su muerte. Deseaba sondearle, ansiaba romper el sello. En el interior de aquel libro había algo extraño y nuevo. Mafka estaba decidido a enterarse de lo que era.

—¿Cómo has llegado hasta el aposento de la reina? —preguntó de pronto.

—Si he estado en el aposento de la reina, ¿quién lo sabría mejor que Mafka? —preguntó Tarzán—. Si hubiera estado allí, ¿quién sabría cómo he llegado mejor que Mafka?

El mago parecía incómodo. Meneó la cabeza con enojo.

—¿Cómo has llegado allí? —preguntó.

—¿Cómo sabes que he estado allí? —replicó el hombre mono.

—Gonfala te ha visto.

—¿Está segura de que era yo en persona, o sólo un fruto de su imaginación? ¿No sería posible que el gran Mafka le hiciera creer que yo estaba allí cuando no lo estaba?

—Pero no lo he hecho —gruñó el mago.

—Quizá lo ha hecho otro —sugirió Tarzán. Ahora estaba seguro de que Mafka desconocía por completo la existencia del pasadizo secreto por el que había accedido al aposento de Gonfala. Posiblemente aquella parte del palacio pertenecía a un período anterior a Mafka, pero ¿por qué nadie había investigado las chimeneas, que era evidente que no estaban construidas para encender fuego? Había una en la misma habitación en la que estaba Mafka y sin duda había estado allí en otras muchas ocasiones. Tarzán se preguntó si también daba a un corredor y adónde conduciría éste, pero tenía poco tiempo para hacer conjeturas, ya que Mafka le lanzó otra pregunta.

—¿Quién tiene ese poder sino Mafka? —preguntó el mago con

altanería, pero había algo de incertidumbre en su actitud. Era más un reto que una declaración de hechos.

Tarzán no respondió, y Mafka pareció haber olvidado que había hecho una pregunta, ya que siguió examinando con atención al hombre mono. Este último, indiferente, recorrió el interior de la estancia con una mirada ociosa que no pasó nada por alto. Por las puertas abiertas que daban a otros aposentos vio un dormitorio y un taller. Este último era similar al que había visto en el palacio de Woora. Era evidente que se trataba de la suite privada de Mafka.

De pronto el mago lanzó otra pregunta.

—¿Cómo has podido llegar hasta Zuli sin que mis centinelas te vieran?

—¿Quién ha dicho que he estado en Zuli? —preguntó Tarzán.

—Tú has matado a mi hermano. Has robado la gran esmeralda de los zuli. Venías a matarme. Preguntas quién ha dicho que hayas estado en Zuli. El mismo hombre que me ha contado todas estas otras cosas. ¡Este hombre! —y apartó el paño que cubría el objeto que había sobre la mesa.

Mirando con los ojos fijos al hombre mono estaba la cabeza del inglés. Lord, ya su lado se encontraba la gran esmeralda de los zuli.

Mafka observaba a su prisionero con atención para ver cómo reaccionaba a este asombroso y dramático punto culminante de la entrevista, pero estaba henchido de satisfacción. La expresión en el rostro de Tarzán no experimentó cambio alguno.

Por un momento reinó el silencio; luego habló Mafka.

—Así mueren los enemigos de Mafka —dijo—. Así moriréis tú y los otros que han traído la intriga y el descontento a Kaji. —Se volvió al capitán de la guardia—. Lleváoslo. Encerradle de nuevo en la cámara del sur con los otros agitadores que han de morir con él. Aciago el día que los trajo a Kaji.

Fuertemente custodiado, Tarzán fue devuelto a la habitación en la que había estado confinado. Por las instrucciones que Mafka había dado al capitán de la guardia esperaba encontrar otros prisioneros a su regreso; pero se hallaba a solas. Se preguntó con indiferencia quiénes serían sus futuros compañeros, y después se acercó a una de las ventanas y miró hacia el otro lado de la ciudad y el ancho valle del Kaji.

Se quedó allí mucho rato tratando de formular algún plan mediante el que pudiera ponerse en contacto con Wood y hablar del medio mediante el cual se pudiera asegurar la huida del americano. Tenía un plan propio, pero

necesitaba los conocimientos que Wood poseía respecto a ciertos asuntos relacionados con Mafka y los kaji antes de poder sentirse razonablemente seguro de su éxito.

Mientras reflexionaba sobre lo aconsejable de volver al aposento de Gonfala y buscar de nuevo la cooperación que sabía que ella había estado a punto de darle cuando la súbita transformación de Jekyll y Hyde produjo el extraordinario cambio en ella, oyó ruido de pasos que discurrían por delante de la puerta de su celda; entonces descorrieron el cerrojo y se abrió la puerta, y cuatro hombres fueron empujados dentro bruscamente. Detrás de ellos, la puerta se cerró con un golpe y se corrió de nuevo el cerrojo.

Uno de los cuatro hombres era Stanley Wood. Al ver a Tarzán profirió una exclamación de asombro.

—¡Clayton! ¿De dónde sales? ¿Qué demonios haces aquí?

—Lo mismo que tú: esperar a que me maten.

—¿Cómo te han capturado? Creía que eras inmune… que no podían controlarte.

Tarzán le contó la desventura de la trampa para leopardos; luego Wood le presentó a los otros tres. Eran Robert Van Eyk, socio de Wood, y Troll y Spike, los dos cazadores blancos que le habían acompañado en su safari. A Troll ya le conocía.

—No he tenido oportunidad de decirle a Wood que te había visto —explicó Troll—. Ésta es la primera vez que le veo. Él estaba en la nevera, y yo acababa de ser arrestado. Ni siquiera sé por qué, ni qué van a hacer conmigo.

—Puedo decirte lo que tienen Intención de hacerte —dijo Tarzán—. Van a matarnos a todos.

Mafka acaba de decírmelo. Dice que todos vosotros sois unos agitadores.

—No hace falta ser psicoanalista para imaginar eso —observó Van Eyk—. Si hubiéramos tenido tiempo le habríamos enseñado lo que son problemas, pero ¿qué vas a hacer contra un pájaro como ése? Sabe lo que estás pensando antes de que lo pienses.

—No nos habríamos metido en este lío si no hubiera sido porque Wood se lió con Gonfala —se quejó Spike—. Nunca he visto que no se tengan problemas con cualquier grupo de salvajes si te mezclas con sus mujeres, en especial los negros. Pero un tipo que ronde a una fulana negra puede estar seguro de que los tendrá.

—Cierra esa sucia boca —espetó Wood— te la cerraré yo. —Dio un rápido paso hacia Spike y lanzó un perverso derechazo a la mandíbula del otro. Spike dio un paso atrás y Van Eyk se interpuso entre ellos.

—¡Basta! —ordenó—. Ya tenemos suficiente sin que nos peleemos entre nosotros.

—Tienes toda la razón —coincidió Troll—. Le daremos un puñetazo en la cabeza al próximo que inicie algo parecido otra vez.

—También tienes razón —dijo Wood—, pero Spike tiene que pedir disculpas o le mataré a la primera ocasión que tenga. Tiene que retirar sus palabras.

—Será mejor que te disculpes, Spike —aconsejó Van Eyk. El cazador miró con gesto hosco y ceñudo. Troll se acercó y le susurró.

—De acuerdo —dijo Spike por fin—, lo retiro. No he querido ofenderte.

Wood asintió.

—Muy bien —dijo—, acepto tus disculpas —y se volvió para ir a reunirse con Tarzán, que había estado junto a una ventana como silencioso espectador de lo que acababa de ocurrir.

Permaneció un rato callado; luego meneó la cabeza con abatimiento.

—El problema es —dijo en tono bajo— que sé que Spike tiene razón. Ella debe de tener sangre negra, todas la tienen; pero a mí no me importa, estoy loco por ella y ya está. Si la vieras lo entenderías.

—La he visto —dijo el hombre mono.

—¿Qué? —exclamó Wood—. ¿Tú la has visto? ¿Cuándo?

—Poco después de que me trajeran aquí —dijo Tarzán.

—¿Quieres decir que ha venido a verte?

—Estaba en el trono con Mafka cuando me han llevado ante él —explicó Tarzán.

—Ah, sí; entiendo. Creía que tal vez habías hablado con ella.

—Lo he hecho…, después, en su aposento. He encontrado una manera de llegar hasta allí.

—¿Qué te ha dicho? ¿Cómo estaba? No la he visto desde que regresé. Tenía miedo de que le hubiera ocurrido algo.

—Mafka sospecha que te ayudó a escapar. La tiene encerrada y bien custodiada.

—¿Dijo algo de mí? —preguntó Wood con impaciencia.

—Sí, quiere ayudarte. Al principio estaba entusiasmada y se mostró

amigable; luego, de forma brusca y aparentemente sin razón alguna, se puso de malhumor y agresiva, llamando a gritos a la guardia.

—Sí, ella es así: dulce y adorable un momento y al siguiente, una diablesa. Nunca he logrado entenderlo. ¿Supones que está… bueno, que no está muy bien mentalmente?

El hombre mono hizo gestos de negación con la cabeza.

—No —dijo—, no lo creo. Me parece que hay otra explicación. Pero ahora no nos incumbe. Sólo nos interesa una cosa: salir de aquí. No sabemos cuándo Mafka tiene intención de quitarnos de en medio ni cómo. Hagamos lo que hagamos, debemos hacerlo de inmediato; pillarle por sorpresa.

—¿Cómo vamos a sorprenderle, si está encerrado en una habitación y protegido por la guardia? —preguntó Wood.

—Te sorprenderás —replicó Tarzán, esbozando una leve sonrisa—; igual que se sorprenderá Mafka. Dime, ¿podemos confiar en cualquier ayuda que podamos proporcionar nosotros mismos… los cinco? ¿Y los otros prisioneros? ¿Se unirán a nosotros?

—Sí, prácticamente todos…, si pueden. Pero, ¿qué podemos hacer contra Mafka? Estamos perdidos antes de empezar. ¡Si al menos pudiéramos coger el Gonfal! Creo que ésa es la fuente de todo su poder sobre nosotros.

—También podríamos hacerlo —dijo Tarzán.

—Imposible —replicó Wood—. ¿Qué piensas. Bob? —preguntó a Van Eyk, que acababa de reunirse con ellos.

—Ni una probabilidad entre un millón —respondió Van Eyk—. Conserva esa vieja piedra en su aposento por la noche, o mejor dicho, en realidad allí donde esté él está el Gonfal. Su aposento siempre está cerrado con llave y custodiado por guardias, guerreras apostadas ante la puerta constantemente. No, nunca podríamos cogerlo.

Tarzán se volvió a Wood.

—Creía que me habías dicho en una ocasión que parecían muy descuidados con el Gonfal… que tú lo habías tocado.

Wood sonrió.

—Lo creía, pero desde que volví he visto que no. Una de las mujeres me lo ha dicho. Al parecer Mafka tiene algo de químico. Posee un laboratorio y juega en él a menudo; química corriente, además de su línea principal de magia negra. Bueno, aprendió a hacer diamantes falsos, de

modo que hizo una imitación del Gonfal y eso es lo que yo toqué. Dicen que deja el falso Gonfal donde pueda verse y por la noche esconde el auténtico cuando se acuesta; de modo que si, por alguna casualidad, alguien pudiera entrar en su habitación y robarlo, se llevaría la piedra falsa. Pero tiene que guardar el Gonfal cerca de él igualmente, o se encontraría más o menos indefenso ante cualquier enemigo.

—La única oportunidad de sorprenderlo sería entrar por la noche en el aposento de Mafka —señaló Van Eyk— y eso no se puede hacer, simplemente.

—¿Sus aposentos están conectados con los de Gonfala? —preguntó Tarzán.

—Sí, pero por la noche el viejo cierra con llave la puerta que los comunica. No quiere correr riesgos, ni siquiera con Gonfala.

—Creo que podemos entrar en el aposento de Mafka —dijo el hombre mono—. Voy a averiguarlo.

—¿Que vas a ir? —exclamó Wood—. Me gustaría saber cómo.

—No dejes que nadie me siga —advirtió el hombre mono—. Regresaré.

Los dos americanos menearon la cabeza con escepticismo cuando Tarzán se dio la vuelta y cruzó la habitación; luego le vieron entrar en la chimenea y desaparecer.

—¡Que me condenen! —exclamó Van Eyk—. ¿Quién es ese tipo?

—Un inglés llamado Clayton —respondió Wood—. Al menos eso es todo cuanto sé de él, y eso me lo dijo él mismo.

—Si existe un tipo como Tarzán de los Monos, diría que es él —dijo Van Eyk.

—Es lo que pensé cuando le conocí. Bueno, se traslada a través de los árboles como Tarzán, para comer caza con arco y flechas y lleva el animal al campamento cargado al hombro a través de los árboles.

—¡Y ahora mira lo que ha hecho! Ha subido por el humero como un… un… bueno, como algo, sea lo que sea lo que sube por un humero.

—Humo —sugirió Wood—, pero él volverá, y el humo no vuelve… salvo en algunas ocasiones.

Tarzán siguió el corredor como había hecho antes hasta que llegó a la abertura que daba a la cámara de Gonfala; luego rehízo sus pasos una breve distancia y regresó a tientas de nuevo con la mano derecha tocando el costado del pasadizo en lugar de la izquierda como antes; no le sorprendió

descubrir que el túnel seguía una vez pasado el aposento de Gonfala. Era lo que esperaba, lo que había mantenido su esperanza.

Ahora, pasada la abertura que daba a la habitación de Gonfala, tocó de nuevo la pared de la mano izquierda y, alejándose un poco, llegó a otra abertura que calculó que estaría aproximadamente al otro lado del centro del aposento de al lado, que era uno de la suite de Mafka. No se paró aquí, sino que siguió hasta que hubo localizado otras tres aberturas. Aquí terminaba el corredor.

Avanzó hasta el borde del humero y miró abajo hacia la chimenea. Era de noche, pero de la abertura de abajo salía una leve iluminación. Era un resplandor verdoso, ahora muy conocido.

Escuchó. Oyó los ronquidos de alguien que dormía profundamente. ¿Había alguien más en el aposento de abajo, o el que dormía estaba solo? Su aguzado olfato buscó la respuesta.

Con la daga de Gonfala en una mano, Tarzán se dejó caer ágilmente al suelo de la chimenea que se abría a la habitación donde yacía el durmiente.

X

HACIA LA LIBERTAD

ANTE ÉL se encontraba una gran cámara con una sola puerta, cerrada con grandes cerrojos por dentro. El que dormía era evidente que lo hacía con miedo. Era Mafka. Yacía sobre un estrecho catre. A un lado, sobre una mesa, descansaba el Gonfal y la gran esmeralda de los zuli, y junto a ellos un alfanje y una daga. Al otro lado del catre había otra mesa con armas parecidas. Todas se hallaban al alcance del que dormía. En una de las mesas había una única lamparilla encendida.

Tarzán se acercó sin hacer ruido hasta el catre y se apoderó de las armas; primero las de un lado y luego las del otro. A continuación tomó la gran esmeralda y el Gonfal, los llevó hasta la chimenea y los colocó en el saliente de la boca del corredor; después se acercó de nuevo al catre. Mafka seguía dormido, pues el hombre mono se movía silencioso como un fantasma en la noche.

Puso una mano en el hombro del mago y le sacudió levemente. Mafka despertó con sobresalto.

—Quédate quieto y no te haré daño. —La voz de Tarzán era baja, pero era la voz autoritaria del que conoce su poder.

Mafka miró como un salvaje alrededor del aposento como si buscara ayuda, pero no había nadie.

—¿Qué quieres? —La voz le temblaba—. Dime lo que quieras y será tuyo, si no me matas.

—Yo no mato a ancianos ni a mujeres o a niños a menos que ellos me obliguen a hacerlo. Mientras mi vida esté a salvo, la tuya también lo estará.

—Entonces, ¿por qué has venido aquí? ¿Qué quieres? —Nada que puedas darme. Lo que quiero, lo cojo.

Puso a Mafka sobre su estómago y le ató las muñecas, los tobillos y las rodillas con tiras de tela arrancadas de la ropa de la cama; después le tapó la boca para que no pudiera dar la voz de alarma. También le tapó los ojos

para que no viera cómo había entrado en su aposento.

Hechas estas cosas, volvió al corredor y de nuevo fue a tientas al aposento de Gonfala, dejando las dos grandes gemas donde las había puesto. Confiaba en que jamás las encontrara otro que no fuera él, tan seguro estaba de que aquellos corredores eran absolutamente desconocidos a los ocupantes actuales del palacio.

A la entrada del aposento de Gonfala volvió a escuchar, pero sus sentidos no detectaron ninguna presencia en la habitación de abajo. Cuando entró en ella, una rápida mirada le aseguró que estaba vacía. Una sola lamparilla pequeña la iluminaba débilmente. En el otro extremo de la habitación había una puerta entreabierta. Se acercó a ella y la abrió.

Cuando lo hizo, Gonfala se incorporó en su diván cerca del centro de la habitación y le miró.

—¡Has vuelto! Esperaba que lo hicieras. Has elegido un buen momento.

—Eso me ha parecido; él duerme.

—¿Entonces lo sabes?

—Lo he supuesto.

—Pero ¿por qué has vuelto?

—Wood y sus tres amigos están prisioneros. Todos morirán.

—Sí, lo sé. Son órdenes mías. —Una mueca de dolor y de repugnancia asomó en su semblante.

—Puedes ayudarme a que escapen. ¿Lo harás?

—No serviría de nada. Sólo les haría volver arrastrándose, y su castigo sería aún peor del que pueden esperar ahora. Es inútil.

—Si Mafka no interfiriera, ¿las mujeres te obedecerían?

—Sí.

—¿Adónde irías?

—A Inglaterra.

—¿Por qué a Inglaterra?

—Uno que siempre fue bueno conmigo, pero que ahora está muerto, me dijo que si alguna vez escapaba me dirigiera a Inglaterra. Me dio una carta para que me la llevara.

—Bien, coge tu carta y prepárate. Vas a escapar. Volveremos a por ti dentro de un rato; Wood, sus amigos y yo. Pero tendrás que ayudarnos. Tendrás que dar las órdenes necesarias a las mujeres para que nos dejen pasar a todos.

Ella hizo exagerados gestos de negación con la cabeza.

—No servirá de nada, te lo digo. Él nos atrapará a todos.

—No te preocupes por eso. Sólo prométeme que harás lo que te pido.

—Te lo prometo, pero significará la muerte para mí y para vosotros.

—Entonces, prepárate; volveré con los otros dentro de unos minutos.

Salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí, y fue enseguida al corredor. Un momento después se dejó caer en la habitación donde Wood y sus compañeros estaban encerrados. Reinaba la oscuridad. Habló con ellos en voz baja, ordenándoles que le siguieran. Pronto se encontraron todos en el corredor.

Tarzán encabezaba la marcha hacia la habitación de Mafka, iluminando el camino el resplandor de las grandes gemas a medida que se acercaban al final del corredor.

Spike contuvo el aliento, atónito.

—¡Dios mío! ¡La gran piedra! —exclamó.

Troll se detuvo ante las radiantes piedras y las contempló unos instantes en fascinado silencio.

—Esa otra… debe de ser la gran esmeralda de los zuli. ¡Las dos! ¡Dios mío! Deben de valer millones.

Hizo ademán de tocarlas pero apartó la mano con terror. Conocía el poder que poseían y lo temía.

Tarzán se dejó caer a la chimenea y los demás le siguieron. Cuando se reunieron en torno al catre de Mafka, Wood y sus compañeros se quedaron mudos de asombro al ver que el viejo mago yacía atado e indefenso.

—¿Cómo lo has hecho? —exclamó Wood.

—Primero le he quitado las gemas. Creo que todo su poder reside en ellas. Si estoy en lo cierto, podemos escapar de aquí. Si estoy equivocado… —El hombre mono se encogió de hombros.

Van Eyk asintió.

—Creo que tienes razón. ¿Qué vamos a hacer con este viejo diablo?

Troll cogió uno de los alfanjes que había junto al catre.

—¡Te mostraré lo que vamos a hacer con él!

Tarzán agarró la muñeca del hombre.

—No tan deprisa. Las órdenes las doy yo.

—¿Quién lo ha dicho?

Tarzán arrancó el arma de la mano de Troll y le dio una bofetada en la cara con la mano abierta. El golpe le hizo retroceder por la habitación hasta

ir a caer contra la pared hecho un ovillo.

Troll se puso en pie tambaleante, palpándose la mandíbula.

—Pagarás por esto. —La voz le temblaba de rabia.

—Cállate y haz lo que te diga. —La voz del hombre mono no demostraba emoción alguna. Sin embargo, era una voz que imponía obediencia. Luego se volvió a Wood—. Tú y Van Eyk coged las gemas. Troll y Spike llevarán a Mafka.

—¿Adónde vamos? —preguntó Van Eyk con aprensión. Sabía que en el corredor de la suite de Mafka había una guardia de mujeres guerreras.

—Primero iremos a los aposentos de Gonfala. Son contiguos a los de Mafka.

—Dará la voz de alarma, y tendremos a todo el ejército sobre nosotros —objetó Spike.

—No te preocupes por Gonfala; haz lo que digo. Sin embargo, es mejor que cojas estas armas. Podría suceder algo, claro.

Wood y Van Eyk cogieron la gran esmeralda y el Gonfal del saliente de la chimenea; luego Troll y Spike levantaron a Mafka, que temblaba de terror; y todos siguieron a Tarzán hasta la puerta del aposento. Cruzaron la habitación contigua y la siguiente, y llegaron a la puerta que daba a la suite de Gonfala. Igual que las otras puertas, estaba cerrada por dentro. El hombre mono descorrió los cerrojos y abrió la puerta.

Gonfala estaba de pie en el centro de la habitación cuando entró el grupo. Iba vestida como para ir de viaje, con una larga túnica de pieles de leopardo y pesadas sandalias. Una estrecha tira de piel de ante con abalorios le recogía su cabello dorado. Al ver a Mafka, atado, amordazado y con los ojos tapados, ahogó un grito y se apartó con miedo. Entonces vio a Wood y corrió hacia él.

La rodeó con un brazo.

—No tengas miedo, Gonfala. Vamos a sacarte de aquí. Es decir, si quieres venir con nosotros.

—Sí; a cualquier parte… contigo. ¡Pero él! ¿Qué vais a hacer con él? —Señaló a Mafka—. Nos arrastrará a todos de vuelta, vayamos adonde vayamos, y nos matará; o nos matará allí. Mata a todo el que escapa.

Spike espetó con malignidad.

—Deberíamos matarle ahora.

Van Eyk miró a Tarzán.

—Estoy de acuerdo con Spike. ¿Por qué no podemos hacerlo si se trata

de su vida o la nuestra?

El hombre mono hizo gestos de negación con la cabeza.

—No conocemos el carácter de las mujeres kaji. Este hombre debe de ser una deidad para ellas. Representa su poder; es su poder. Sin él sólo serían una tribu de mujeres que podría ser presa de cualquier otra tribu. Vivo lo es todo para nosotros, como rehén.

Wood asintió.

—Creo que Clayton tiene razón.

La discusión se vio interrumpida al oír un alboroto en el corredor al que daban los aposentos de Mafka y de Gonfala. Golpearon la puerta del aposento de Mafka y llamaron a gritos al mago.

Tarzán se volvió a Gonfala.

—Llama a alguna guerrera con autoridad y entérate de lo que quieren. Nosotros esperaremos en la habitación de aliado. ¡Vamos!

Indicó a los demás que le siguieran y se dirigió al aposento contiguo.

Gonfala cruzó la habitación y golpeó un tambor que estaba en el suelo cerca de la puerta que daba al corredor. Lo golpeó tres veces; luego descorrió el cerrojo que cerraba la puerta por dentro. Un instante después se abrió la puerta y una mujer guerrera entró en el apartamento. Hincó una rodilla en el suelo ante la reina.

—¿Qué significa todo ese ruido en el corredor? ¿Por qué llaman a Mafka tan temprano?

—Vienen los zuli, Gonfala. Vienen para hacernos la guerra. Han enviado un esclavo para pedir que les devolvamos su gran esmeralda. Son muchos. Invocamos el poder de Mafka para debilitar a los zuli y poder matar a muchos de ellos y hacer que el resto se marche.

—No tienen poder alguno. Woora ha muerto y nosotros tenemos la gran esmeralda. Di a las guerreras que yo, Gonfala la reina, les ordeno que salgan y maten a los zuli.

—Los zuli ya están a las puertas de la ciudad. Nuestras guerreras tienen miedo, pues no reciben poder de Mafka. ¿Dónde está Mafka? ¿Por qué no responde a los ruegos de las kaji?

Gonfala dio un golpe en el suelo con el pie.

—Haz lo que te ordeno. No estás aquí para hacer preguntas. Ve a las puertas de la ciudad y defiéndela. Yo, Gonfala, daré a mis guerreras poder para derrotar a los zuli.

—Déjanos ver a Mafka. —Insistió malhumorada la mujer.

Gonfala tomó una rápida decisión.

—Muy bien. Ocúpate de que se obedezcan mis órdenes de defender la ciudad; después, ve a la sala del trono y verás a Mafka. Lleva contigo a las capitanas.

La mujer se retiró y la puerta se cerró. Tarzán entró de inmediato en la habitación.

—Lo he oído. ¿Qué plan tienes?

—Simplemente, ganar tiempo.

—Entonces, ¿no tienes intención de llevar a Mafka a la sala del trono para que le vean?

—No. Eso sería fatal. Si le llevamos allí atado, amordazado y con los ojos vendados podrían matarnos a todos. Si le damos la libertad, él nos matará.

—No obstante, creo que es un buen plan. Lo haremos. Una sonrisa torva asomó a los labios del hombre mono.

—Estás loco.

—Tal vez, pero si intentamos huir ahora, no podremos salir de Kaji sin luchar; y no me gusta luchar con mujeres. Creo que hay otro modo. ¿Sabes dónde se guarda el falso Gonfal?

—Sí.

—Ve a buscarlo y tráelo enseguida. Envuélvelo con una piel para que nadie pueda verlo. No se lo digas a nadie. Sólo tú y yo debemos saberlo.

—¿Qué vas a hacer?

—Espera y verás. Haz lo que te digo.

—Dividas que soy reina. —Se irguió con orgullo.

—Sólo sé que eres una mujer a la que le gustaría escapar de Kaji con el hombre al que ama.

Gonfala se sonrojó, pero no replicó. Salió de la habitación enseguida para ir a los aposentos de Mafka.

Sólo estuvo fuera unos instantes. Cuando volvió llevaba un paquete envuelto en una piel. Tarzán se lo cogió.

—Ahora estamos listos. Llévanos a la habitación del trono.

Llamó a los demás, que estaban en la habitación contigua; luego se volvió de nuevo a la reina y preguntó:

—¿Hay algún camino privado que conduzca a la sala del trono?

Gonfala asintió.

—Por aquí. Seguidme.

Les condujo a los aposentos de Mafka donde abrió una puertecita que daba paso a un tramo de escaleras, y ellos la siguieron por allí hasta llegar a otra puerta que se abría al estrado donde se encontraban los tronos.

La sala del trono estaba vacía. Las capitanas aún no habían llegado. Siguiendo instrucciones de Tarzán. Wood colocó el Gonfal en el pedestal aliado del trono; Troll y Spike sentaron a Mafka, atado, amordazado y con los ojos tapados, en su trono; Gonfala se sentó en el otro. Tarzán se quedó junto a la mesa en la que estaba el Gonfal. Los otros se quedaron detrás de los tronos. Van Eyk escondía la gran esmeralda de los zuli bajo una piel que tomó del suelo del estrado.

Aguardaron en silencio. Todos menos Tarzán estaban tensos por el nerviosismo. Después oyeron ruido de pasos que se acercaban por el corredor que daba a la sala del trono. Se abrieron las puertas y entraron en fila todas las capitanas de los kaji.

Entraron con la cabeza baja en gesto de reverencia hacia su reina y el gran poder de su mago. Cuando levantaron la vista se hallaban cerca del estrado. Al ver a Mafka lanzaron fuertes gritos de asombro y de ira. Miraron a los extranjeros que estaban en el estrado; luego sus ojos se centraron en la reina.

Uno de ellos se adelantó.

—¿Qué significa esto, Gonfala? —preguntó en tono amenazador.

Respondió Tarzán.

—Significa que el poder de Mafka ha desaparecido. Toda la vida os ha tenido en la palma de su mano. Os ha hecho luchar para él. Se ha llevado los mejores frutos de vuestras conquistas. Os ha mantenido prisioneras aquí. Le temíais y le odiabais, pero sobre todo le temíais.

—Nos ha dado poder —respondió la guerrera—. Si ese poder ha desaparecido, estamos perdidas.

—No ha desaparecido, pero Mafka ya no lo posee.

—¡Matadles! —gritó una de las capitanas.

El mismo grito brotó de muchas gargantas.

—¡Matadles! ¡Matadles! —gritaban como salvajes mientras avanzaban hacia el estrado.

Tarzán puso una mano sobre el Gonfal.

—¡Deteneos! ¡Arrodillaos ante vuestra reina! —Su voz era baja. En el estruendo de los gritos sus palabras probablemente llegaron a oídos de muy pocas guerreras, si es que llegaron a alguno, pero se pararon y se

arrodillaron simultáneamente.

El hombre mono volvió a hablar.

—¡En pie! Id a las puertas de la ciudad y haced venir a las capitanas de los zuli. Vendrán. La lucha cesará. Las guerreras se volvieron y salieron en fila de la sala.

Tarzán se volvió hacia sus compañeros.

—Ha funcionado. Sabía que sería así. Sea cual sea este extraño poder, es inherente al Gonfal. La gran esmeralda posee el mismo poder místico. En manos de hombres perversos es mala. Aunque quizá pueda utilizarse para algo bueno.

Gonfala escuchaba con atención. Los ruidos de la batalla cesaron; después resonaron pisadas en el largo corredor que conducía a la entrada al palacio.

—¡Vienen! —susurró.

Cincuenta mujeres guerreras entraron en la sala del trono de la reina de los kaji. La mitad eran kaji y la mitad zuli. Constituían una salvaje compañía. Muchas de ellas sangraban, heridas. Se miraban con hosquedad unas a otras así como a los que estaban en el estrado.

Tarzán les habló.

—Ahora estáis libres de las reglas de Woora y Mafka. Woora está muerto. Os devolveré a Mafka después para que hagáis lo que queráis con él. Su poder desaparece si no tiene el Gonfal. Vamos a abandonar vuestra región. Gonfala vendrá con nosotros. Todos los prisioneros y esclavos que lo deseen pueden acompañarnos. Cuando nos encontremos a salvo devolveremos el Gonfal a una de vuestras guerreras que nos acompañará con tres compañeras, no más. Está amaneciendo. Nos iremos enseguida. Aquí está Mafka.

Levantó al viejo mago en sus brazos y se lo entregó a las mujeres guerreras.

Entre un silencio mortal el grupito de hombres blancos salió de la sala del trono con Gonfala, la reina de los kaji. Tarzán llevaba el Gonfal de modo que todos pudieran verlo. Van Eyk llevaba la gran esmeralda de los zuli escondida bajo una envoltura de piel.

En la calle principal de la ciudad les esperaba un grupito formado por hombres negros y blancos, convocados por Tarzán mediante la nigromancia del Gonfal. Eran los esclavos y prisioneros de los kaji.

—Nos vamos de esta región —les dijo—; el que quiera puede

acompañarnos.

—Mafka nos matará —objetó uno.

Se oyeron agudos gritos procedentes del interior del palacio, pero fueron ahogados por gritos salvajes de rabia y de odio.

—Mafka jamás volverá a matar —declaró el hombre mono.

XI

TRAICIÓN

MARCHARON en paz por el territorio de los kaji bajo la protección de Tarzán y el Gonfal. Los que habían sido prisioneros y esclavos durante años estaban llenos de nerviosa aprensión. No podían creer aquel milagro que, aparentemente, les había arrebatado de las garras del viejo mago que les había dominado y aterrorizado durante tanto tiempo. Al principio esperaban que les mataran o arrastraran de nuevo a cierta tortura y muerte; pero no ocurrió nada y al fin llegaron al valle del Neubari.

—Os dejaré aquí —dijo Tarzán—. Iréis hacia el norte. —Entregó el Gonfal a Van Eyk—. Guárdalo hasta mañana; luego, dáselo a una de estas mujeres. —Señaló a las tres guerreras que les habían acompañado desde Kaji; después se volvió a ellas—. Quedaos con la piedra; y si alguna de vosotras puede utilizarla, que lo haga para hacer el bien y no el mal.

»Wood, lleva la gran esmeralda de los zuli en depósito para Gonfala. Espero que le procure felicidad, pero es probable que no sea así. Al menos, sin embargo, no tiene por qué quererla nunca.

—¿Y nosotros qué? —preguntó Spike.

El hombre mono meneó la cabeza.

—Vosotros podéis marcharos… adonde queráis. Es mucho más de lo que habríais podido esperar hace unos días.

—¿Quieres decir que vas a devolver la gran piedra a los negros y nosotros no vamos a recibir nada? No es justo. Mira todo lo que nos ha pasado. No puedes hacerlo.

—Ya lo he hecho.

Spike se volvió hacia los otros.

—¿Vais a tolerar esto? —gritó enojado—. Las dos piedras nos pertenecen a todos nosotros. Deberíamos llevárnoslas a Londres y venderlas y dividir las ganancias en partes iguales.

—A mí me basta haber escapado con vida —diJo Van Eyk—. Creo que

Gonfala tiene derecho a una de las piedras; la otra será suficiente para que los kaji y los zuli lleven a cabo sus planes de salir al mundo. Les engañarán de todos modos, pero tendrán lo que desean.

—Creo que deberíamos dividirlas —dijo Troll—. Nosotros deberíamos sacar algo de todo esto.

Algunos de los hombres blancos que habían sido liberados estuvieron de acuerdo con él. Otros dijeron que lo único que querían era llegar a casa vivos y cuanto antes dejaran de ver las dos piedras más satisfechos estarían.

—Son malas —dijo uno de los hombres—. No harán bien a nadie.

—Yo me arriesgaría —gruñó Spike.

Tarzán le miró con frialdad.

—No la conseguirás. Os he dicho a todos lo que tenéis que hacer. Me dirigiré hacia el sur antes de que salgáis de la región. Me enteraré de si no lo habéis hecho. Procurad seguir mis instrucciones.

Había caído la noche. El pequeño grupo de fugitivos, quizás un centenar, estaba montando un campamento y preparando la comida que habían traído de Kaji. Los negros, que habían sido esclavos, naturalmente asumieron el papel de porteadores y criados personales de los blancos. Se había realizado un leve intento de organización, actuando Wood y Van Eyk como lugartenientes del hombre al que sólo conocían como Clayton, el cual había asumido la jefatura con la misma naturalidad con que los otros habían aceptado el acuerdo.

Permaneció de pie entre ellos observando los preparativos para la noche; luego se volvió a Wood:

—Tú y Van Eyk os haréis cargo. No tendréis problemas a menos que Spike los cree. Vigiladle. Tres marchas al sur encontraréis aldeas amigas. Después, será fácil.

Eso fue todo. Se volvió y desapareció en la noche. No hubo despedidas, largas e inútiles.

—Bueno —dijo Van Eyk—, ha sido muy informal.

Wood se encogió de hombros.

—Él es así.

Gonfala aguzó la vista en la oscuridad.

—¿Se ha marchado? ¿Creéis que regresará?

—Cuando termine el asunto que se lleva entre manos, quizá. Para entonces es posible que hayamos salido del país.

—Me sentía muy segura cuando estaba con nosotros. —La muchacha

se acercó y se quedó junto a Wood—. También me siento segura contigo, Stanley; pero él…, él parecía ser parte de África.

El hombre hizo gestos de asentimiento y la rodeó con un brazo.

—Cuidaremos de ti, querida, pero sé cómo te sientes. Yo me sentía igual cuando él estaba cerca. No tenía ningún sentimiento de responsabilidad, ni siquiera por mi propio bienestar. Simplemente daba por sentado que él se ocuparía de todo.

—A menudo me pregunto quién es —dijo Van Eyk con aire reflexivo—, de dónde ha salido, qué hace en África. Me pregunto…, me pregunto si podría ser… si…

—¿Si qué?

—Si podría ser un Tarzán.

Wood se echó a reír.

—¿Sabes?, yo pensé lo mismo. Por supuesto, tal persona no existe; pero este tipo, Clayton, posee todas las características.

El muchacho negro que cocinaba para ellos les llamó entonces para que fueran a cenar. No era mucho, y decidieron que Spike y Troll deberían cazar algo al día siguiente.

De pronto Wood se echó a reír… con un poco de desdén.

—¿Con qué? —preguntó—. Tenemos lanzas y cuchillos. ¿Qué podemos cazar con eso?

Van Eyk asintió.

—Tienes razón. ¿Qué vamos a hacer? Tenemos que comer carne. Hasta que lleguemos a esas aldeas amigas hemos de confiar en la caza. No habrá nada más.

—Si vemos alguna posible presa, tendremos que enviar ojeadores y perseguirla para que vaya hacia las lanzas. Así deberíamos conseguir algo.

Van Eyk sonrió.

—Si tenemos la suerte de encontrar algo con *angina pectoris*, la emoción podría matarlo.

—Bueno, cazan grandes animales con lanzas —insistió Wood.

El rostro de Van Eyk se iluminó. Chasqueó los dedos.

—¡Ya lo tengo! ¡Arcos y flechas! Alguno de nuestros negros debe de saber hacerlos y utilizarlos bien. ¡Eh, Kamudi! ¡Ven!

Uno de los negros se levantó sobre sus callosas plantas de los pies que había tenido escondidas al estar sentado en el suelo y se acercó.

—Sí, *bwana*, ¿me has llamado?

—Dime, ¿alguno de vosotros puede matar algún animal con un arco y flechas?

Kamudi sonrió.

—Sí, *bwana*; todos pueden hacerlo.

—¡Estupendo! ¿Crece por aquí algo de lo que utilizáis? —El tono de voz de Van Eyk era impaciente y aprensivo al mismo tiempo.

—Junto al río; hay mucho.

—¡Bien! Es fantástico. Cuando los muchachos hayan terminado de cenar, llévales allí y coged suficiente material para confeccionar arcos para cada uno y muchas flechas. Haced unos cuantos esta noche. Si no los tenemos, mañana no vais a comer. ¿Entiendes?

—Sí, *bwana*; después de cenar.

La noche era suave como el terciopelo. Brillaba la luna llena derramando su luz sobre el campamento, haciendo palidecer las ascuas de las fogatas que se estaban apagando allí donde los hombres habían cocinado su sencilla comida. Los negros estaban ocupados confeccionando arcos y flechas, toscos pero adecuados.

Los blancos se habían reunido formando pequeños grupos. Habían montado un refugio para Gonfala, y delante de éste ella. Wood y Van Eyk yacían sobre pieles que habían traído de Kaji y hablaban del futuro; Gonfala, de las maravillas que le esperaban en la desconocida civilización, pues Iba a Ir a Londres. Los hombres hablaban de América, de sus familias y viejos amigos, que hacía mucho tiempo que debían de haberles dado por muertos.

—Con lo que saques de la gran esmeralda de los zuli serás una mujer muy rica, Gonfala. —Wood habló con un poco de pesar—. Tendrás una bonita casa, maravillosos vestidos y pieles, automóviles y muchos criados; y habrá hombres… ah, muchos hombres.

—¿Por qué tendré hombres? Yo sólo quiero a uno.

—Pero ellos te querrán a ti, por ti misma y por tu dinero. —Esa idea pareció entristecer a Wood.

—Deberás tener mucho cuidado —dijo Van Eyk—. Algunos de esos tipos te fascinarán.

La muchacha se encogió de hombros.

—No tengo miedo. Stanley se ocupará de mí. ¿Verdad que lo harás. Stanley? —Si me dejas, pero…

—Pero ¿qué?

—Bueno, verás, nunca has conocido ningún hombre como los que vas a conocer. Puede que encuentres a alguno que… —Wood vaciló.

—¿Alguno que qué? —insistió ella.

—Que te guste más que yo.

Gonfala se rió.

—No me preocupa.

—Pero a mí sí.

—No tienes que preocuparte. —Los ojos de la muchacha nadaban en la humedad de la adulación.

—Eres tan joven, inocente e inexperta. No tienes ni la más remota idea de lo que te espera ni de los tipos de hombres que hay en el mundo, en especial en el mundo civilizado.

—¿Son tan malos como Mafka?

—De un modo diferente son peores.

Van Eyk se puso en pie y se desperezó.

—Voy a dormir un poco —dijo—. Vosotros dos será mejor que hagáis lo mismo. Buenas noches.

Le dieron las buenas noches y le observaron mientras se alejaba; luego la muchacha se volvió a Wood.

—No tengo miedo —dijo—, y tú no debes tenerlo. Nos tendremos el uno al otro, y en lo que a mí concierne, no cuenta nadie más en el mundo.

Él le cogió la mano y se la acarició.

—Espero que siempre tengas esos sentimientos, querida. Es lo que yo siento; es lo que sentiré siempre.

—Entonces, nada se interpondrá nunca entre nosotros. —Puso la palma de la mano debajo de la del hombre y apretó los dedos.

Estuvieron hablando un rato más e hicieron planes como han hecho los amantes desde tiempo inmemorial; y después él se fue a acostar a poca distancia y Gonfala a su refugio, pero no podía dormir. Era demasiado feliz. Le parecía que no podía perder un solo instante de aquella felicidad durmiendo, perder minutos de un arrebato que no recordaba haber sentido jamás.

Al cabo de un rato se levantó y se adentró en la noche. El campamento dormía. La luna había descendido hacia el oeste y la muchacha caminó en la densa sombra de los viejos árboles entre los que habían montado el campamento. Iba despacio y en silencio, en el estado de beatífica pasión engendrada no sólo por su amor sino por la sensación, desconocida hasta

entonces, de libertad, que experimentaba desde que se había librado del dominio de Mafka.

Ya no era objeto de aquellos odiados ataques de crueldad y ganas de vengarse que ahora se daba cuenta no eran características verdaderas suyas sino estados que le habían sido impuestos mediante los poderes hipnóticos del viejo mago.

Se estremeció al recordarle. Tal vez fuera su padre, pero ¿y qué? ¿Qué amor y ternura de padre le había dado jamás? Intentó perdonarle; intentó tener un pensamiento bondadoso hacia él; pero no, no podía. Le había odiado cuando vivía; seguía odiándole en su recuerdo al estar muerto.

Haciendo un esfuerzo se quitó de la cabeza estos deprimentes recuerdos y trató de centrar sus pensamientos en la felicidad que ahora disfrutaba y de la que disfrutaría durante mucho tiempo en el futuro.

De pronto, se dio cuenta de que oía voces cerca de ella.

—Este tío está loco. Qué agallas, devolver el Gonfal a los negros. Debería ser nuestro, y la esmeralda también. ¡Piensa en ello, Troll! ¡Casi cinco millones de libras! Es lo que esas piedras juntas valdrían si las hubiéramos llevado a Londres o a París.

—Y le da la esmeralda a esa maldita bruja negra. ¿Qué hará con ella? El americano se la quedará. Ella cree que está enamorado de ella, cree que se van a casar; pero quién ha oído que un americano se case con una negra… Tienes razón, Spike. Está mal. ¿Por qué…?

La muchacha no esperó a oír más. Se volvió y regresó a toda prisa, en silencio, a través de la oscuridad; su sueño se había hecho trizas, su felicidad había desaparecido.

Wood despertó temprano y llamó a Kamudi.

—Despierta a los muchachos —ordenó—. Saldremos pronto. —Luego llamó a Van Eyk y los dos se encargaron de dirigir los preparativos para la marcha del día—. Dejaremos que Gonfala duerma todo lo que pueda —dijo—. Tal vez sea un día muy duro.

Van Eyk avanzaba a tientas a la poca luz del amanecer, palpando las hierbas sobre las que había montado su lecho. De pronto lanzó un juramento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Wood.

—¡Stan, el Gonfal ha desaparecido! Anoche estaba justo bajo el borde de estas pieles.

Wood hizo una búsqueda apresurada en su propio lecho; luego otra,

más atenta. Cuando habló estaba atónito, consternado.

—La esmeralda también ha desaparecido, Bob. ¿Quién puede haber…?

—¡Las kaji! —la voz de Van Eyk sonó con convicción.

Juntos, los dos hombres se apresuraron a ir a la parte del campamento donde las mujeres guerreras se habían acostado para pasar la noche; Y allí, levantándose de las pieles donde habían dormido, se encontraban las tres.

Sin preliminar alguno, explicación ni disculpa, los dos hombres registraron los lechos donde habían yacido las mujeres.

—¿Qué buscáis? —preguntó una de ellas.

—El Gonfal —respondió Van Eyk.

—Lo tienes tú —dijo la mujer—, no nosotras.

El breve amanecer ecuatorial había dado paso a la plena luz del día cuando Wood y Van Eyk completaron el registro del campamento y se dieron cuenta de que faltaban Spike y Troll.

Wood tenía expresión de abatimiento y desesperanza.

—Habrías debido adivinarlo enseguida —dijo—. Esos dos se quedaron dolidos cuando Clayton devolvió el Gonfal a las kaji y la esmeralda a Gonfala.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Van Eyk.

—Tendremos que seguirles, claro está; pero eso no es lo que me preocupa ahora, sino decírselo a Gonfala. Esperaba mucho de la venta de la esmeralda, ya que no parábamos de decirle las cosas maravillosas que podría comprar y lo que podría hacer con tanto dinero. ¡Pobre chica! Por supuesto, yo tengo suficiente para vivir los dos, y ella puede disponer de todo. Pero no será lo mismo para ella, porque deseaba mucho ser independiente y no ser una carga para mí… ¡como si pudiera ser una carga!

—Bueno, tienes que decírselo; y ahora es tan buen momento como cualquier otro. Si hemos de ir tras esos pájaros, es mejor que emprendamos la marcha enseguida.

—De acuerdo. —Se dirigió hacia el refugio de Gonfala y la llamó. No obtuvo respuesta. La llamó de nuevo en voz más alta; y luego una y otra vez, sin resultado alguno. Entonces entró. Gonfala no se encontraba allí.

Salió, pálido y tembloroso.

—Deben de habérsela llevado también a ella, Bob.

El otro meneó la cabeza.

—Habría sido imposible hacerlo sin que oyéramos ruidos… si ella hubiera intentado despertarnos.

Wood reaccionó con enojo.

—¿Quieres decir…?

Van Eyk le interrumpió y le puso una mano en el hombro.

—No sé más de lo que sabes tú, Stan. Sólo estoy señalando un hecho evidente. Lo sabes tan bien como yo.

—Pero la deducción…

—Tampoco puedo evitar esa deducción. No pueden haberse llevado a Gonfala por la fuerza sin despertarnos; por lo tanto, o bien ella se ha ido con ellos voluntariamente, o no se ha ido.

—Esto último es imposible. Gonfala jamás huiría de mí. Si anoche mismo hacíamos planes para nuestro futuro, cuando nos hubiéramos casado.

Van Eyk meneó la cabeza.

—¿En algún momento te has parado a pensar realmente en lo que eso significaría. Stan? ¿Qué significaría para los dos en el futuro… en América? Pienso tanto en su felicidad como en la tuya, amigo. Estoy pensando en el infierno en la tierra que serían vuestros destinos: el suyo y el tuyo. Sabes tan bien como yo lo que una gota de sangre de color significa para un hombre o una mujer en la gran democracia de Estados Unidos. Los dos seríais rechazados por los negros y por los blancos. No estoy hablando con prejuicios personales, sólo estoy señalando un hecho. Es duro, cruel y terrible, pero aun así es un hecho.

Wood asintió con triste aquiescencia. No había ira en su voz cuando replicó:

—Lo sé tan bien como tú, pero iría al infierno por ella. He vivido en el infierno por ella, y doy gracias a Dios por haber tenido oportunidad de hacerlo. La quiero mucho.

—Entonces, no hay más que decir. Si eso es lo que sientes, estoy contigo. No volveré a mencionarlo, y si alguna vez te casas mis sentimientos hacia ti o hacia ella nunca cambiarán.

—Gracias, amigo; estoy seguro de ello. Y ahora, pongámonos en marcha y vayamos en su busca.

—¿Aún crees que ellos se la llevaron?

—Tengo una teoría. Tienen el Gonfal y la gran esmeralda de los zuli. Ya viste cómo Clayton utilizaba ese misterioso poder para que los kaJI y los zuli se doblegaran a su voluntad. Ellos lo utilizaron para impulsar a Gonfala a acompañarles sin hacer ruido. Conoces la experiencia que yo

tuve. Mafka me apartó de Clayton del mismo modo.

—Supongo que tienes razón. No había pensado en eso, pero ¿por qué querrían a Gonfala?

Van Eyk pareció incómodo, y el otro hombre se fijó en ello.

—¿No querrás decir que…? —exclamó.

Van Eyk se encogió de hombros en gesto de indefensión.

—Son hombres —dijo—, y no del tipo muy elevado.

—Tenemos que encontrarla, ¡démonos prisa! —Wood se hallaba en un estado frenético.

Algunos negros siguieron el rastro de los dos hombres, que conducía hacia el sur, y comenzó la caza del hombre.

XII

ENCUENTRO

TRANSCURRIERON dos semanas. Tarzán regresaba del norte con la información que buscaba. A veces pensaba en los dos americanos y Gonfala y los prisioneros que había liberado de los kaji y se preguntaba cómo se las apañaban. Eran suficientes para abrirse paso sin peligro hasta las tribus amigas, y después habría sido muy sencillo llegar a los primeros puestos de la civilización. Imaginaba que para entonces seguían su camino sin problemas con un buen safari de porteadores expertos y provisiones en abundancia. Sabía que los americanos eran muy capaces de soportar los gastos que ellos representaban aunque no pudieran financiarse con la seguridad que proporcionaba la gran esmeralda de los zuli.

Era media tarde cuando el Señor de la Jungla seguía un sendero de caza en la linde de un bosque. Un leve viento le daba en la cara, haciendo ondear su cabello negro, y llevó hasta su olfato prueba de cosas que no se veían pero que se encontraban más adelante. Después le llegó el acre olor de Numa, el león. Era un león viejo, pues su olor era más fuerte que el de un cachorro o un león joven.

Para Tarzán no era más que otro león. Le prestó poca atención hasta que el viento hizo llegar débilmente hasta su olfato otro olor, el rastro de olor de una tarmangani, una hembra… una mujer blanca. Aquel olor procedía de la misma dirección que el de Numa. Juntos presagiaban una tragedia.

Tarzán se subió a los árboles. Los senderos de caza son sinuosos. A través de los árboles podía avanzar en línea recta, acortando la distancia hasta su destino, y a través de los árboles podía moverse con increíble agilidad. Habían sido su elemento natural desde la infancia, cuando su madre adoptiva, Kala, la hembra simio, le alejaba velozmente del peligro.

La mujer, demacrada, desaliñada, muerta de hambre, exhausta, avanzaba lentamente y sin esperanza por el sendero. Sus sentidos estaban

embotados por la fatiga y el sufrimiento. No oyó nada, sin embargo algún instinto le hizo echar una mirada atrás; entonces vio el león. Avanzaba suave y lentamente detrás de ella. Cuando vio que le habían descubierto, enseñó los colmillos y rugió.

La mujer se detuvo y se encaró con él. No tenía fuerzas suficientes para subirse a un árbol en busca de seguridad. Sabía que huir era inútil. Se quedó donde estaba, con los ojos desorbitados y desesperada, aguardando el fin. No le importaba. No tenía nada por lo que vivir. Sólo rogaba que la muerte le llegara con misericordiosa rapidez.

Cuando se detuvo, el león también se paró. La estaba mirando con fiereza. De pronto echó a correr hacia ella. Unos pasos más y la atacaría… aquel ataque veloz e inmisericorde del rey de las fieras que es la culminación de la ferocidad. Parecía que se agazapaba, casi pegándose al suelo, y después un horrible rugido brotó de su garganta salvaje cuando dio un salto hacia delante.

La mujer puso ojos desorbitados, primero de horror y después de sorpresa, pues cuando el león atacó, un hombre semidesnudo se dejó caer de una rama que sobresalía y cayó sobre el lomo de la bestia. Oía rugidos y gruñidos del hombre mezclados con los de la bestia, y se estremeció. Vio un cuchillo relucir en el aire, una, dos veces. Luego, con un espantoso rugido final, el león se desplomó, muerto.

El hombre saltó al suelo. Entonces le reconoció, y un sentimiento de alivio y de seguridad se apoderó de ella. Duró sólo un instante, pues enseguida resonó el fuerte grito de victoria del simio macho mientras Tarzán colocaba un pie sobre el animal muerto y lanzaba el extraño grito que tantas veces había resonado en otros bosques y junglas, desiertos y llanuras.

Luego bajó la mirada a la mujer.

—¡Gonfala! ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué haces aquí sola?

Ella le contó un poco, sólo que tenía la sensación de que haría desdichada la vida de Wood y por eso había huido. Se había dirigido hacia el norte porque sabía que él iba hacia el sur. Esperaba encontrar alguna aldea donde la acogieran; pero no había encontrado nada, y por eso había dado media vuelta con intención de regresar a Kaji y a las únicas personas que conocía como suyas.

—No puedes regresar allí —le dijo Tarzán—. Sin la protección de Mafka te matarían. —Sí, supongo que lo harían; pero ¿a qué otro sitio

puedo ir?

—Vendrás conmigo. Wood guardará la esmeralda para ti. Tendrás todo el dinero que necesites jamás. Puedes vivir donde desees, segura y con comodidad.

Esto fue semanas antes de que el hombre mono llevara a la muchacha a su hogar, al cómodo bungaló donde su esposa le dio la bienvenida y la consoló. Todo ese tiempo habían buscado noticias de Wood, Van Eyk y su grupo, mas no obtuvieron ninguna. Su absoluta desaparición le parecía un misterio a Tarzán y planeó partir para resolverlo. Sin embargo, el tiempo significa poco para el hombre mono. Había que hacer otras cosas, y pasaban los días.

Sin embargo, el tiempo mismo iba acercando la solución.

Dos hombres blancos con un pequeño safari cruzaban a pie un lúgubre bosque: húmedo, oscuro, deprimente. Parecía interminable.

—Si alguna vez dos personas han estado total y absolutamente perdidas, ésas somos nosotros. —Wood se había detenido y quitado el casco que le protegía del sol para secarse el sudor de la frente.

—Estamos tan perdidos como nuestros guías —le recordó Van Eyk.

—Si seguimos hacia el este deberíamos encontrar alguna aldea donde conseguir otros más expertos.

—De acuerdo, sigamos.

Tras recorrer unos ochocientos metros salieron del bosque y se hallaron en el linde de una amplia llanura en suave pendiente.

—¡Qué alivio! —exclamó Van Eyk—. Un poco más de ese bosque y me habría vuelto loco.

—¡Mira! —Wood tomó a su compañero del brazo y señaló—. ¡Hombres!

—Parece un grupo de guerreros. ¿Ves esas plumas? Quizá sería mejor que nos echáramos al suelo.

—Bueno, ya no tenemos ninguna posibilidad. Nos han visto. Ahí vienen.

Los dos hombres se quedaron en pie observando un grupo de doce guerreros que se acercaban a ellos.

—Vaya, qué guapos están —comentó Wood.

—Espero que también sean buenos.

Los negros se pararon a una docena de pasos de los hombres blancos; luego, uno que a todas luces era su cabecilla se acercó más.

—¿Qué hacen los *bwanas* en esta región? —preguntó en buen inglés—. ¿Están cazando?

—Nos hemos perdido —explicó Wood—. Queremos conseguir guías para que nos saquen de aquí.

—Venid —indicó el negro—. Os llevaré al gran *bwana*.

—¿Cómo se llama? —preguntó Van Eyk—. Tal vez le conozcamos.

—Es Tarzán.

Los dos blancos se miraron con asombro.

—¿No pretenderás decirme que Tarzán existe realmente? —preguntó Wood.

—Quien diga que no existe no dice palabras verdaderas. Dentro de una hora le veréis.

—¿Cómo te llamas?

—Muviro, *bwana*.

—Bueno, dirígenos. Muviro; estamos listos.

Una hora más tarde los dos hombres se hallaban de pie en el amplio porche de un bungaló aguardando a que saliera su anfitrión.

—¡Tarzán! —murmuró Van Eyk—. No parece posible. Éste debe de ser él. —Se oía ruido de pasos que se aproximaban en el interior de la casa, y un instante después apareció un hombre en la puerta del porche.

—¡Clayton! —exclamaron los dos hombres al mismo tiempo.

—Me alegro de veros —dijo Tarzán—. No he podido tener noticias vuestras, y estaba preocupado. ¿Dónde habéis estado?

—La noche en que te fuiste, Spike y Troll robaron el Gonfal y la gran esmeralda y se largaron. Se llevaron a Gonfala. Hemos estado buscándoles. El primer día perdimos su rastro en una zona rocosa. No volvimos a encontrarlo. Algunos de nuestros negros creían que habían ido hacia el sur y el oeste. Buscamos en esa dirección y nos perdimos.

—¿El Gonfal y la gran esmeralda han desaparecido? Bueno, quizá dé lo mismo. Habrían traído más desdicha que nada. Las riquezas suelen hacerlo.

—¡Malditas piedras! —exclamó Wood—. Es a Gonfala a quien quiero encontrar. Me importan un comino esas piedras.

—Creo que la encontraremos. No me resulta dificil encontrar a quien sea en África. Pero ahora os enseñaré vuestras habitaciones. Encontraréis un baño y ropa limpia; alguna cosa os irá bien, estoy seguro. Cuando estéis listos, salid al patio; nos reuniremos allí.

Van Eyk fue el primero en entrar en el patio, un paraíso florido en cuyo

alrededor estaba construida la casa. Había una muchacha de pelo rubio tumbada en una tumbona de junco, con un ejemplar del *London News* en la mano. Al oírle, se volvió. Abrió los ojos como platos, atónita.

—¡Bob! —brotó de sus labios mientras se ponía en pie de un salto.

—¡Gonfala!

—¿Dónde está? ¿Está bien?

—Sí, está aquí. ¿Cómo escapaste de Spike y Troll? —¿Escapar de Spike y Troll? En ningún momento he estado con ellos.

—¿Te marchaste sola? ¿Por qué te fuiste?

Le contó lo que había oído decir a Spike y Troll.

—Supe entonces que estropearía la vida de Stanley. Sabía que él me amaba. Nunca creí que me quisiera sólo por la esmeralda. Y yo le amaba. Le amaba demasiado para dejar que se casara conmigo. Quizá cuando tuviera tiempo de reflexionar se alegraría de que me hubiera ido.

Van Eyk meneó la cabeza.

—No, te equivocas. He hablado con él del asunto, y esto es lo que dijo, más o menos tal como recuerdo sus palabras: «He estado en el infierno por ella. Viviría en el infierno por ella, y doy gracias a Dios por esa oportunidad. La quiero mucho». Creo que más o menos estas fueron sus palabras.

Las lágrimas acudieron a los ojos de la muchacha.

—¿Podré verle pronto?

—Estará aquí en un minuto. Ahí viene. Me marcho. Ella le dio las gracias con la mirada. Cuando Wood entró en el patio y la vio, se quedó quieto y la miró unos instantes, devorándola con la mirada. No dijo una sola palabra ni hizo pregunta alguna, sólo se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos. Sus voces estaban demasiado llenas de lágrimas de felicidad para pronunciar palabra alguna.

Al cabo de un rato, cuando fueron capaces de hablar, cada uno contó su historia al otro. Después supieron que nada podría interponerse jamás entre ellos.

Al atardecer, con los otros, discutieron sus planes para el futuro. Wood decía que se casarían e irían enseguida a América.

—Antes debo ir a Londres —dijo Gonfala—. Tengo una carta para llevar a la Oficina Colonial. Ya lo sabes, te lo conté. Déjame ir. No sé leerla. No me enseñaron a leer.

Se fue a su habitación y volvió con la carta. Estaba amarillenta por el

tiempo. Se la entregó a Tarzán.

—Por favor, léela en voz alta —pidió.

Tarzán desdobló la hoja de papel y leyó:

A quien pueda interesar:

Entrego esta carta a mi hija para que la lleve a Londres como identificación si alguna vez tiene la fortuna de escapar de los kaji. Éstos mataron a su madre poco después de que ella naciera y fue educada para ser reina de dicha tribu. La llaman Gonfala. Nunca me he atrevido a decir que es mi hija, ya que Mafka me ha amenazado con matarla si alguna vez se entera de que él no es su padre.

MOUNTFORD

XIII

CANÍBALES

UN SOL bajo proyectaba largas sombras hacia el este; el cansado día se preparaba para dejar sus cargas. Muy a lo lejos rugió un león. Era el preludio de otra noche africana, majestuosa como el rey de las bestias e igual de salvaje.

Un grupo de ocho hombres dejaron sus pertenencias en el suelo y prepararon un campamento junto a una charca. Dos de ellos eran blancos. Igual que sus compañeros negros iban armados con arcos y flechas y lanzas cortas; no había ni un arma de fuego entre ellos.

Algunos hombres llevaban carne de la última presa cazada, y había dos paquetes envueltos en pieles al lado de sus armas, no había nada más. Era un safari pobremente equipado, si es que se le podía llamar equipado.

Los negros eran silenciosos, hablaban en susurros mientras cocinaban la carne para la comida de la noche. Los hombres blancos estaban malhumorados y ceñudos.

Uno de ellos señaló con la cabeza hacia los negros.

—Esos tipos casi están muertos de miedo.

El otro asintió.

—Territorio caníbal, y lo saben.

Su compañero permaneció sentado mirando con ceño los dos paquetes envueltos con piel durante un largo rato de silencio.

—Yo también tengo miedo, Troll —dijo por fin—. Miedo de estas cosas. Creo que portan consigo una maldición.

Troll se encogió de hombros.

—Podría aceptar muchas maldiciones por seis millones de libras.

—Sí, si salimos vivos de aquí.

—Eso no me preocupa. Lo que me inquieta es toparme con ese tipo, Clayton. Nos quitará las piedras.

—Se fue hacia el norte.

—Pero dijo que regresaría, y también dijo que sabría si no habíamos hecho bien las cosas. No me gusta ese tipo.

Se quedaron en silencio, masticando la carne medio cocida de un duro jabalí viejo que los negros habían matado el día anterior. Desde el bosque, que llegaba casi hasta la charca, unos ojos les observaban. El león volvió a rugir.

—Ese tipo se está acercando —observó Spike—. Espero que no sea caníbal.

Troll se removió inquieto.

—¡Cierra el pico! —gruñó—. ¿No puedes pensar en algo agradable, para variar?

—Estando tan lejos ninguna arma pondría nervioso a nadie. ¡Mira estas malditas cosas! —Dio una patada a su arco y haz de flechas que estaban a sus pies—. Podría matar un conejo con ellas, si le diera; pero no podría darle a un elefante aunque estuviera a diez pasos, y ya sabes qué clase de blanco es un león cuando ataca.

—¡Oh, por el amor de Dios, cállate!

Quedaron en silencio de nuevo. La sombra del bosque les cubría y se extendía por la llanura, pues el sol se había puesto. De pronto se oyó un grito asustado:

—¡*Bwana*! ¡Mira! —Uno de los negros señalaba hacia el bosque.

Los hombres blancos se giraron en redondo poniéndose en pie. Hacia ellos corrían una docena de guerreros negros. Spike se inclinó para coger su arco y flechas.

—¡Déjalo! —advirtió Troll—. No somos suficientes, y de todos modos puede que sean amistosos.

Spike se irguió con las manos vacías. Uno a uno los negros de su grupo se levantaron lentamente.

Los extraños se acercaban con cautela, preparadas sus armas. Se pararon a una docena de pasos del campamento, con su cabecilla de rostro serio un poco más adelante. Examinó a los dos hombres blancos y a sus seis porteadores con arrogancia, despreciativo. Troll hizo el signo de la paz.

El cabecilla se adelantó con grandes pasos seguido por sus guerreros.

—¿Qué hacéis en el territorio de los bantango? —preguntó.

—Buscamos guías —respondió Troll en el mismo dialecto—. Gran safari detrás de nosotros, muchas armas, vendrán pronto; luego nos marcharemos. Esperamos a que lleguen.

—Mientes —dijo el jefe—. Mi hombre dos días os sigue; luego viene a mí. Ningún gran safari. Ninguna arma. Mientes.

—¿Qué te he dicho? —observó Spike—. Son una maldición para nosotros… y mira qué dientes tan afilados tienen. Ya sabes lo que significan los dientes afilados.

—Te dije que era territorio caníbal —replicó Troll, sin convicción.

—Por todos los santos, daría las dos piedras por un arma —gimió Spike.

—¡Las piedras! —exclamó Troll—. ¡Eso es! ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes?

—¿Ocurrírsenos qué?

—El Gonfal. Podemos utilizarlo como solía hacer el viejo Mafka: ponle una mano encima y harás que cualquier tipo haga lo que quieras que haga.

—¡Caray! Es buena idea. Hacer que se marchen de aquí. —Se detuvo y empezó a desenvolver el Gonfal, el gran diamante de los kaji.

El jefe dio un paso al frente.

—¿Qué tenéis ahí? —preguntó.

—Gran medicina —respondió Troll—. ¿Te gustaría verla? El jefe asintió. —Me gusta, me lo llevo. Había caído la rápida noche ecuatorial. Sólo las fogatas para cocinar del pequeño campamento iluminaban la tensa escena. Desde las profundas sombras un gran león observaba.

Spike deshizo las ligaduras que ataban el envoltorio del Gonfal, y con manos temblorosas retiró la piel y dejó al descubierto la gran piedra que relucía y centelleaba a las luces en movimiento de las fogatas de cocinar. El jefe retrocedió ahogando un grito de asombro. No sabía qué era la piedra, pero su brillo le sobrecogió.

Troll se hincó sobre una rodilla al lado del Gonfal y puso una mano encima.

—¡Iros! —ordenó al jefe—. Dejad vuestras armas, todos; ¡y largaos!

El jefe y los guerreros se quedaron mirando el Gonfal y a Troll. No dejaron sus armas y no se marcharon. Como no ocurría nada, recuperaron la confianza.

—No dejéis las armas; no os marchéis —dijo el jefe—. Nos quedamos. Me lo llevo. —Señaló el Gonfal—. Tú vienes a nuestra aldea. Me perteneces.

—Será mejor que os marchéis —insistió Troll. Trató de que su voz sonara autoritaria, pero no lo consiguió.

—¿Qué le está pasando al Gonfal? —preguntó Spike.

—No funciona.

—Déjame probar. —Spike se inclinó y colocó la palma de la mano sobre la piedra—. Vosotros, arrojad las armas y será mejor que lo hagáis antes de que nuestra gran medicina os mate —gritó en tono amenazador.

El jefe se acercó y dio una patada a Spike en la cara, haciéndole caer de espaldas. Sus guerreros se precipitaron hacia él lanzando fuertes gritos de guerra y blandiendo sus armas, y luego, desde la oscuridad exterior llegó un estruendoso rugido que estremeció la tierra y un gran león cargó contra la salvaje pelea.

Saltó por encima de Spike, que estaba postrado, y pasó junto a Troll rozándole y cayendo sobre el aterrorizado jefe y sus guerreros.

Troll fue rápido en aprovechar la oportunidad de escapar. Recogió el gran diamante y gritó a Spike y a los porteadores que le siguieran y cogieran la otra piedra; luego echó a correr hacia el bosque.

Unos cuantos gritos, mezclados con salvajes gruñidos, resonaron en sus oídos unos breves instantes; luego se hizo el silencio.

Toda la noche siguieron cerca del linde del bosque, y no pararon hasta llegar a un arroyo poco después de que se hiciera de día. Entonces se arrojaron al suelo, exhaustos.

Al comer una vez más la carne del viejo jabalí se animaron y hablaron por primera vez durante horas.

—Supongo que no sabemos hacer funcionar la piedra —se aventuró a decir Troll.

—¿Por qué hablas en plural? —preguntó Spike—. A mí me ha funcionado.

—¿A ti?

—Claro. ¿No les he dicho que morirían si no obedecían? ¿Y no ha ocurrido? El Gonfal ha llamado al viejo carnívoro. ¿Recuerdas la lámpara que aquel tipo solía frotar…?, he olvidado su nombre, pero esto funciona igual en mi caso. Lo froto y digo un deseo, ¡y ya está!

—¡Caray!

—Bien, ¿no lo he hecho?

—No. Ese león ya venía mucho antes de que tocaras la piedra. Ha olido la carne, eso es lo que lo ha hecho venir, no tú y tu maldita piedra.

—Te lo enseñaré. A ver, dámelo.

Spike le cogió el diamante a Troll, lo destapó y colocó la palma de la

mano sobre su reluciente superficie. Miró fijamente a su compañero.

—¡Siéntate! —ordenó.

Troll sonrió burlonamente y aconsejó a Spike que se fuera al infierno. Este último se rascó la cabeza con momentánea confusión; luego se le iluminaron los ojos.

—¡Ya está! —exclamó—. Tengo una idea mejor.

Trazó una línea en el suelo con un palo.

—Ahora digo que no puedes cruzar esa línea… y no puedes.

—¿Quién dice que no puedo? —preguntó Troll, cruzando la línea.

—Supongo que puede que haya algo que no entiendo de todo esto —admitió Spike—. Ese Clayton lo hizo con los kaji y los zuli. Tú mismo lo viste.

—Gonfala estaba allí —le recordó Troll—. Tal vez ahí esté la respuesta. Quizá no funciona si no está ella.

—Tal vez —admitió Spike—, pero el hechicero zuli hace lo mismo con la esmeralda, y él no tenía a Gonfala.

—Bueno, prueba con la esmeralda, pues.

—Dámela.

—No la tengo.

—Debe de tenerla alguno de los chicos.

—Te dije que la trajeras.

—Siempre la lleva uno de los chicos —insistió Spike, volviéndose a los porteadores que estaban tumbados en el suelo—. ¡Eh, vosotros! ¿Quién tiene la gran piedra? —Ellos le miraron con expresión de no entender; luego se miraron unos a otros.

—No la tenemos —dijo uno—. No la trajimos.

—¡Maldita sea! —exclamó Troll—. ¡Qué tipos tan raros sois, dejar una piedra que vale tres millones de libras al menos en territorio caníbal!

XIV

SECUESTRADA

¿CANSADA? —preguntó Wood.

Gonfala negó con la cabeza.

—En absoluto.

—Lo estás haciendo bastante bien para ser una chica que nunca ha hecho nada más cansado que estar sentada en un trono —se rió Van Eyk.

—Te sorprenderías. Probablemente puedo correr más y durante más tiempo que ninguno de vosotros. Solía cazar con las kaji. Mafka insistía en ello; mucho ejercicio. Él creía firmemente en el ejercicio para todos menos para Mafka.

—Me alegro —dijo Wood—, pues nos quedan dos largas marchas entre este campamento y la terminal del tren. Me alegraré cuando todo haya terminado. A decir verdad, estoy harto de África. Espero no volver jamás.

—No me extraña, Stanley; estuviste a punto de quedarte durante mucho tiempo.

—Sí, la eternidad es mucho tiempo. —Wood hizo una mueca—. Incluso ahora me cuesta creer que hayamos escapado.

—Es increíble —coincidió Gonfala—. Somos las primeras personas que han escapado de Mafka; y él ha estado aquí quién sabe cuánto tiempo; los kaji decían que siempre. Ellos creían que había creado el mundo.

Los tres habían acampado al final de un día de marcha camino de la civilización. Disponían de un safari bien equipado, en el que podían confiar, proporcionado por Tarzán. Los hombres tenían intención de dedicar un día a la caza, ya que se encontraban en una excelente zona para practicarla; después realizarían las dos largas marchas hasta la terminal del tren. El retraso para cazar era una concesión de Wood a Van Eyk, infatigable Nemrod, que había obtenido permiso del Señor de la Jungla para llevarse algunos trofeos para su colección particular.

Al caer la noche, la luz de su fogata para ahuyentar las bestias arrojaba

vacilantes sombras por todo el campamento y lucía a lo lejos en la noche, atrayendo y repeliendo a los grandes carnívoros en cuyos dominios habían penetrado, pues éste era territorio de leones. Atraía también a otros ojos que se hallaban a uno o dos kilómetros al norte.

—Me pregunto qué puede ser eso —dijo Spike.

—Una fogata —gruñó Troll—, qué crees que es… ¿un iceberg?

—Muy gracioso.

—No tan gracioso como un tipo que huye y deja una esmeralda que vale tres millones de libras con un hatajo de caníbales.

—Por el amor de Dios, deja de hablar de eso; la dejé igual que tú. Lo que quiero decir es que debe de haber hombres junto a esa fogata; me pregunto quiénes pueden ser.

—Nativos, quizá.

—O cazadores blancos.

—¿Qué importa? —dijo Troll.

—Podrían ayudarnos a encontrar el camino.

—¿Y decirle a ese tal Clayton dónde estamos? Estás loco.

—¿Cómo sabes que está por aquí? Quizá nunca hayan oído hablar de él.

—Está en todas partes. Todo el mundo ha oído hablar de él. Dijo que se enteraría si engañábamos a Stanley. Después de ver lo que hizo en el territorio de los kaji, le creo capaz de cualquier cosa… es omnívoro.

—Signifique eso lo que signifique.

—Eres un ignorante.

—Bueno, da igual, creo que deberíamos averiguar quién ha hecho esa fogata. Si son una cosa, será mejor que nos larguemos de aquí, si son la otra, podemos pedirles que nos indiquen el camino.

—Puede que por fin hayas dicho algo inteligente. No nos haría ningún daño echar un vistazo.

—Ese fuego puede estar muy lejos, y …

—¿Y qué?

—Es territorio de leones.

—¿Tienes miedo?

—Claro que tengo miedo. Igual que tú, a menos que seas más tonto de lo que creía. Nadie más que un tonto no tendría miedo en territorio de leones, por la noche, y desarmados.

—Nos llevaremos a un par de negros. Dicen que a los leones les gusta

la carne oscura.

—De acuerdo; pongámonos en marcha.

Guiados por el fuego, los cuatro hombres se aproximaron al campamento de Wood y Van Eyk, y después de efectuar un reconocimiento, fueron a esconderse en unos arbustos donde pudieran ver sin ser vistos.

—¡Caray! —susurró Spike—. ¡Mira quién está ahí!

—¡Gonfala! —dijo Troll con voz ahogada.

—Y Wood y Van Eyk.

—¡Vaya con esos dos! ¡Si tuviéramos a la chica!

—¿Para qué la queremos?

—Cada vez tienes menos cerebro. ¡Para qué la queremos! Si la tuviéramos podríamos hacer que el diamante funcionara igual que con Mafka, igual que con Clayton. Estaríamos a salvo; nada ni nadie podría hacernos daño.

—Bueno, pero no la tenemos.

—¡Cierra el pico! Escucha lo que dicen.

La voz de los tres blancos que estaban junto a la fogata llegaba con claridad a Troll y Spike. Van Eyk hacía planes para la cacería del día siguiente.

Creo realmente que Gonfala debería quedarse en el campamento y descansar, pero como insiste en ir, tú y ella podéis ir juntos. Si fuéramos tres hombres podríamos ir más lejos y cubrir más terreno.

—Puedo hacer lo mismo que un hombre —insistió Gonfala—. Podéis contar con que somos tres hombres.

—Pero Gonfala…

—No seas tonto, Stanley. No soy como las mujeres que has conocido en tus países civilizados. Por lo que me has contado, estaré tan indefensa y tendré tanto miedo allí como ellas aquí; pero aquí no tengo miedo. Así que mañana iré a cazar con vosotros y ahora me vaya acostar. Buenas noches, Stanley. Buenas noches, Bob.

—Bueno, supongo que ya está todo dicho —observó Wood, con una sonrisa irónica—, pero cuando te lleve al país de Dios tendrás que tener cuidado conmigo. Buenas noches.

—Tal vez —dijo Gonfala.

El fresco de la noche aún flotaba como vapor bajo el nuevo sol cuando los tres cazadores partieron de su campamento, y aunque la caza había sido

básicamente idea de Van Eyk, todos los demás estaban impacientes por abatir un león.

Mientras tomaban el café del desayuno habían hecho apuestas sobre quién tendría la suerte de ser el que obtuviera el primer trofeo, con la consecuencia de que se había engendrado un poco de amistosa rivalidad. Que cada uno podría hacerlo parecía perfectamente posible, ya que la noche había estado llena de continuos rugidos de los grandes carnívoros.

Poco después de abandonar el campamento los tres se separaron; Van Eyk siguió recto hacia el este, Wood se dirigió hacia el sur y Gonfala hacia el norte; cada uno iba acompañado de un porteador armado, y algunos miembros del safari siguieron a Van Eyk y a Wood, o creyendo que era más probable que uno de los hombres matara un león que la muchacha, o, quizá, porque se sentían más seguros detrás de las armas de los hombres.

Por detrás de una roca protuberante en la cima de una colina baja al noroeste del campamento de Wood y Van Eyk, Spike y Troll observaron su partida; mientras debajo de ellos, ocultos a la vista, los seis hombres de su safari aguardaban. Los dos blancos observaron que Gonfala y su porteador armado se acercaban cruzando una gran llanura. La dirección que ella tomaba sugería que pasaría un poco al este de donde ellos se encontraban, pero que entonces estaría a la vista de Van Eyk y posiblemente también de Wood.

Este último no estaba nada contento con lo que se había planeado para el día; no le gustaba la idea de que Gonfala fuera sola tras el león sólo con un porteador armado, pero la muchacha le había rebatido todas sus objeciones. Sin embargo, él había insistido en enviar como porteador armado a un hombre de conocido valor que también era buen tirador; ya él le había dado instrucciones de estar siempre listo con el segundo rifle en el caso de que Gonfala se metiera en un lugar difícil y, dejando aparte la costumbre, disparara él mismo a cualquier león que atacara.

Mientras Gonfala había tenido poca experiencia con armas de fuego hasta unas semanas atrás, le consolaba un poco pensar que, incluso en tan breve tiempo, se había convertido en una excelente tiradora, y en lo que se refería a su temple, no tenía motivos para estar ansioso. Lo que no podía saber, por supuesto, es que la mayor amenaza la constituían los dos hombres que la observaban desde su rocoso escondite en lo alto de la colina.

Gonfala pasó la colina bajo los ojos de Spike y Troll y luego cruzó una

elevación baja que era continuación de la colina que descendía hasta la llanura, ya partir de entonces quedó oculta a la vista de Van Eyk y de Wood. El terreno en el que ahora penetró era accidentado, con barrancos y protuberantes rocas, arbustos bajos y algún árbol de vez en cuando, de modo que a Spike y a Troll les fue relativamente fácil seguirla sin peligro de ser descubiertos; y eso hicieron, manteniéndose detrás de ella y vislumbrándola sólo de vez en cuando durante la hora siguiente.

Sin sospechar el hecho de que ocho hombres le seguían los pasos, Gonfala prosiguió su aparentemente infructuosa búsqueda de un león, manteniéndose constantemente un poco hacia el oeste debido a una cadena de colinas bajas que se extendía a su derecha, y así iba aumentando la distancia entre ella y sus dos compañeros. Acababa de llegar a la conclusión de que todos los leones habían abandonado el país cuando oyó, débil y lejano hacia el este, el ruido de dos disparos de rifle.

—Alguien ha tenido suerte —dijo a su porteador armado—. Supongo que nos hemos equivocado de dirección.

—No, Mensahib —susurró él, señalando—. ¡Mira! ¡Simba!

Ella miró rápidamente en la dirección que él señalaba, y entre las hierbas, bajo un árbol, vio la cabeza de un león, los ojos verde amarillentos que la miraban fijamente. La bestia se encontraba aproximadamente a un centenar de metros; estaba tumbada y como sólo era visible su cabeza resultaba un blanco muy difícil. Gonfala sabía que un disparo frontal sólo serviría para enfurecerle y precipitar un ataque.

—No le prestes atención —susurró ella—; intentaremos acercarnos e ir por un lado.

Entonces avanzó, no directamente hacia el león sino como para pasar un poco a su derecha; los ojos del animal no dejaron de seguirles, pero ni ella ni el porteador armado dieron muestras de darse cuenta de su presencia. Cuando se hubo acercado a unos cincuenta metros, Gonfala se paró y le miró de frente, pero el animal se quedó tumbado tranquilamente mirándola. Pero cuando ella dio unos pasos hacia él, enseñó sus grandes colmillos y gruñó.

Al llegar a una elevación que había detrás de ella, Spike se dio cuenta de la situación de un solo vistazo. Hizo señas a sus hombres de que se detuvieran y a Troll de que se acercara a él. Juntos observaron la tensa escena que se desarrollaba abajo.

—Ojalá se levantara —dijo Gonfala.

El porteador con el arma cogió una piedra y se la arrojó al león. La consecuencia fue inmediata y rápida. Lanzando un furioso rugido el león se puso en pie de un salto y atacó.

—¡Dispara, Mensahib!

Gonfala se hincó sobre una rodilla y disparó. El león dio un gran salto en el aire, quebrando el silencio sus furiosos rugidos. Había resultado herido, pero no se detuvo, pues aunque cayó de espaldas volvió a levantarse en un instante y se precipitaba hacia ellos a una velocidad terrorífica. Gonfala volvió a disparar y erró el disparo. Entonces el porteador armado apuntó y apretó el gatillo de su arma. Sólo se oyó un leve chasquido. El cartucho falló. El león se hallaba casi sobre Gonfala cuando el porteador, intranquilo por el fallo de su arma, se dio media vuelta y huyó. Sin querer había salvado la vida de Gonfala, pues al ver huir al hombre el león, que ya iba a saltar sobre Gonfala, siguió un instinto natural que ha salvado la vida de muchos cazadores y echó a correr persiguiendo al hombre. Gonfala volvió a disparar, y otra vez erró el tiro; pero eso no detuvo a la enfurecida bestia cuando se irguió sobre sus patas traseras y atrapó al porteador, cerrando sus grandes colmillos en la cabeza del hombre hasta que se encontraron en el centro del cerebro del mismo.

La muchacha estaba horrorizada y se quedó quieta, indefensa, mientras el enorme felino clavaba los colmillos en su víctima un momento y luego se desplomaba sobre el cuerpo del hombre, muerto.

—Eso —dijo Troll— es lo que yo llamo un golpe de suerte. No sólo cogemos a la muchacha, sino que conseguimos dos armas.

—Y sin ningún testigo —añadió Spike—. ¡Vamos!

Indicó a los demás que le siguieran y descendieron la pendiente hacia Gonfala.

Ella les vio casi de inmediato y por un momento pensó que sus compañeros se acercaban, pero después les reconoció. Sabía que eran hombres malos que habían robado el gran diamante y la esmeralda, pero no tenía motivos para creer que ella corriera ningún peligro.

Se acercaron a ella sonrientes y con aire amistoso.

—Te has escapado por los pelos —dijo Spike—. Lo hemos visto desde lo alto de ese montículo, pero no podíamos hacer nada para ayudarte aunque hubiéramos tenido armas, estábamos demasiado lejos.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó.

—Tratábamos de encontrar el camino que va a la terminal del tren —

explicó Spike—. Llevamos semanas perdidos.

Troll estaba recogiendo el arma y la munición del porteador muerto, y Spike contemplaba el espléndido rifle que empuñaba Gonfala.

—Nosotros también vamos a la terminal del tren —explicó ella—. Podéis volver al campamento conmigo e ir con nosotros.

—¡Qué agradable sería! —exclamó Spike—. Vaya, bonita arma llevas. Déjamela ver. —Ella le entregó el arma sin pensar; luego se acercó al cuerpo del porteador muerto.

—Está muerto —dijo—. Qué lástima. Tus hombres pueden llevarle al campamento.

—No vamos a ir a tu campamento —dijo Spike.

—¡Oh! —exclamó ella—. Bueno, ¿qué voy a hacer? No puedo llevarle yo sola.

—Tú tampoco vas a volver.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que acabas de oír: no vas a volver a tu campamento. Tú vienes con nosotros.

—Ah, no. No voy a ir.

—Oye, Gonfala —dijo Spike—. No quiero problemas contigo. No queremos hacerte ningún daño, así que será mejor que vengas por las buenas. Te necesitamos.

—¿Para qué? —Su voz era valiente, pero la inundaba el desánimo.

—Tenemos el Gonfal, pero no podemos hacer que funcione sin ti.

—¿Funcionar?

—Sí, funcionar. Actuaremos como Mafka y seremos reyes, en cuanto encontremos un territorio que nos guste. Viviremos también como reyes, a cuerpo de rey. Tú puedes ser reina, tener todo lo que quieras. Tal vez, incluso, me case contigo. —Sonrió.

—Al diablo —espetó Troll—. Me pertenece a mí igual que a ti.

Gonfala se encogió.

—No pertenezco a ninguno de vosotros. Los dos sois unos idiotas. Si se me lleváis, os seguirán y os matarán; o, al menos, se nos llevarán a mí y el Gonfal. Si sois un poco sensatos, me dejaréis marchar; después podéis llevaros el Gonfal a Europa. Me han dicho que allí con el dinero que valdría se podría comprar todo lo que uno quisiera el resto de su vida.

—En Europa tenemos pocas probabilidades de deshacernos de esa piedra —dijo Troll—. No, hermanita, lo tenemos todo planeado. Tú vienes

con nosotros y no se hable más.

XV

PISTAS

VAN EYK abatió a su león al segundo disparo, y unos minutos más tarde oyó los tres disparos de Gonfala. Wood, que no había tenido suerte, se sintió atraído por el disparo del arma de Van Eyk y se reunió con él. Aún temía por la seguridad de Gonfala, y ahora que Van Eyk tenía su trofeo, sugirió que enviaran el cuerpo del animal muerto al campamento mientras ellos iban a reunirse con Gonfala. Van Eyk accedió, y partieron en la dirección de la que habían procedido los disparos.

Buscaron durante dos horas sin obtener resultado alguno, llamándola a menudo y disparando de vez en cuando sus rifles; luego, más por casualidad que de forma premeditada, tropezaron con el lugar donde Gonfala había tenido su encuentro con el león. Allí yacía sobre el cuerpo del porteador muerto, pero Gonfala no estaba a la vista.

El suelo era duro y pedregoso, por lo que no daba ninguna indicación al ojo inexperto de los hombres blancos de que otros, aparte de Gonfala y el porteador, habían estado allí; de manera que supusieron que, al no tener a nadie que cortara o acarreara la cabeza del león al campamento, la muchacha había regresado sola y que, al haber venido desde otra dirección, no se habían cruzado con ella. Por lo tanto, estuvieron intranquilos, no sin motivo, hasta que llegaron al campamento y descubrieron que Gonfala no había vuelto.

Para entonces era bien entrada la tarde, pero Wood insistió en emprender la búsqueda enseguida, y Van Eyk secundó la sugerencia. Dividieron el safari en tres partes. Van Eyk y Wood encabezaban un grupo y partieron con rumbos ligeramente divergentes en la dirección general que Gonfala había tomado aquella mañana, mientras que el tercer grupo, con un jefe, recibió órdenes de permanecer en el campamento, manteniendo encendida una gran fogata y disparando de vez en cuando al aire para guiar a Gonfala si se encaminaba hacia el campamento sin encontrarse con Wood

o Van Eyk, y durante toda la noche Gonfala y sus captores oyeron el débil ruido de disparos de rifles a lo lejos, hacia el sur.

Hacia mediodía del día siguiente, exhaustos y desalentados, Wood y Van Eyk regresaron al campamento.

—Me temo que es inútil, amigo —dijo este último—; si estuviera viva habría oído nuestros rifles y habría respondido.

—No puedo creer que esté muerta —dijo Wood—; ¡no lo creeré!

Van Eyk meneó la cabeza.

—Sé que es duro, pero tienes que afrontar los hechos y razonar. No puede estar viva todavía en esta zona de leones.

—Pero tenía dos armas —insistió Wood—. Has visto que tomó el arma y la munición del porteador después de que él resultara muerto. Si un león la hubiera atacado, habría disparado al menos una vez, y no hemos oído ningún disparo.

—Puede que la haya cogido desprevenida; que la haya acechado cuando era oscuro y atacado antes de que ella se diera cuenta de que había un león cerca. Ya has visto cómo atacan; si no estás preparado sabes que lo tienes encima en un instante.

Wood asintió.

—Sí, lo sé. Supongo que tienes razón, pero no abandonaré… todavía no.

—Bueno, Stan, yo tengo que regresar a casa. Si creyera que existe la más remota probabilidad me quedaría, pero sé que no la hay. Será mejor que vengas conmigo y procures olvidarla lo antes posible. Aquí no podrías hacerlo jamás, pero en casa todo será diferente.

—Es inútil; vete tú. Yo me quedo.

—Pero ¿qué vas a hacer solo?

—No intentaré hacer nada solo. Acudiré a Tarzán; él me ayudará. Si alguien puede encontrarla o saber dónde la mataron es él.

Diez días más tarde Wood llegó con andar cansado al campamento que no había abandonado salvo en diarias búsquedas infructuosas de su Gonfala. No había vuelto para pedir ayuda a Tarzán, sino que había enviado una larga carta al hombre mono mediante un corredor. Cada día durante diez días había peinado la zona en kilómetros a la redonda, y cada día estaba más convencido de que Gonfala no había muerto. No había encontrado ni rastro de que ningún león hubiera matado a un ser humano, ni un retal de ropa, ninguna señal de las dos armas o de la munición que

Gonfala llevaba consigo: aunque había encontrado muchos animales muertos por leones: cebras, antílopes, ñúes. Pero había encontrado otra cosa que reforzó su idea de que Gonfala debía estar viva: el campamento de Spike y Troll. Se hallaba a poca distancia al norte de su propio campamento. Gonfala debía de haber pasado cerca de allí la mañana en que había partido para cazar. Qué tipo de hombres habían acampado allí no podía saberlo, pero supuso que eran nativos pues no había señales de hombres blancos: ninguna lata vacía, ninguna prenda de ropa desechada, ninguna indicación de que se había plantado una tienda de campaña.

Quizá, pues, el destino de Gonfala había sido peor que la misericordiosa muerte que el rey de las bestias le habría otorgado. Ese pensamiento le empujó a la desesperación y llenó su mente de enfurecidas Imágenes de venganza. Tales eran sus pensamientos que se arrojó a su catre con desesperado desconcierto para reprocharse, como había hecho miles y miles de veces, el haber permitido a Gonfala ir a cazar sola aquel día; ¡cuánto tiempo parecía haber transcurrido, cuántos siglos de amargo sufrimiento!

Una figura oscureció el umbral de la tienda, y Wood se volvió a mirar. Cuando vio de quién se trataba se puso en pie de un salto.

—¡Tarzán! Dios mío, creía que no llegarías jamás.

—Me puse en marcha en cuanto recibí tu carta. Has estado buscando, claro, ¿qué has descubierto?

Wood le contó que no había encontrado ninguna prueba de que Gonfala hubiera caído presa de los leones, pero que había hallado un campamento en el que había habido hombres poco tiempo atrás.

—Es interesante —comentó Tarzán—. Ahora es demasiado tarde para ir a investigar; mañana le echaré un vistazo.

A la mañana siguiente, temprano, Wood y el hombre mono estaban en el campamento desde el que Spike y Troll habían sido atraídos por la fogata que les había llevado a descubrir la presencia de Gonfala. Tarzán examinó el terreno y los alrededores minuciosamente. Toda su vida de experiencia, sus entrenados poderes de observación, su sensible olfato revelaron datos que para el americano eran como un libro cerrado. La madera chamuscada de las fogatas apagadas, la hierba aplastada, los desperdicios, todo le decía algo.

—Era un campamento muy pobre —dijo por fin—. Quizás acamparon diez o doce hombres. Tenían muy poca comida y llevaban muy pocos

fardos. Tenían fardos, y eso indica que eran hombres blancos; quizás uno, quizá dos; el resto eran nativos. Su comida era escasa. Eso sugiere que no disponían de armas de fuego, pues en esta zona hay muy buena caza; así que tal vez no había ningún hombre blanco. Sin embargo estoy seguro de que había alguno. Sólo tenían para comer carne de un viejo jabalí. Había algunos huesos partidos y habían extraído la médula. Eso sugiere nativos. Otros huesos no estaban partidos, y eso sugiere hombres blancos.

—¿Cómo sabes que llevaban fardos? —preguntó Wood, que no veía nada que le sugiriera algo más que el hecho de que alguien había estado allí y hecho fuego y comido. Veía los huesos desechados de su colación.

—Si miras con atención verás dónde se tumbaron en el suelo. Han estado al menos diez días; y las señales son leves, pero están ahí. Las hierbas están aplastadas y aún son visibles las señales de las cuerdas que ataban los fardos.

—Yo no veo nada —admitió Wood tras un escrutinio de cerca.

Tarzán esbozó una de sus raras sonrisas.

—Ahora veremos hacia dónde se fueron —dijo—. El rastro de olor de tantos hombres será evidente.

Siguieron hacia el norte el rastro de olor más reciente que salía del campamento sólo para perderse donde un gran rebaño de animales de caza que pacía lo había anulado; luego Tarzán lo captó de nuevo más lejos. Al final conducía al lugar donde yacían los cuerpos del porteador y del león.

—Tu teoría parece ser correcta —dijo el hombre mono—. Al parecer Gonfala fue capturada por este grupo.

—De eso hace once días —murmuró Wood en tono desesperado—. No hay forma de saber dónde están ahora, o qué le han hecho. Debemos seguirles sin perder tiempo.

—Nosotros no —replicó Tarzán—. Tú volverás a tu campamento. Y mañana partirás hacia mi casa. Cuando haya localizado definitivamente a Gonfala, si no puedo rescatarla sin ayuda —volvió a sonreír—, enviaré un mensaje mediante un corredor y podrás ir con una escolta de waziri.

—Pero ¿no puedo ir contigo? —preguntó Wood.

—Viajaré mucho más rápido si voy solo. Haz lo que te digo. Eso es todo.

Y eso fue todo. Wood se quedó observando la magnífica figura del hombre mono hasta que desapareció detrás de una elevación en la llanura; luego se volvió y se dirigió, desalentado, hacia el campamento. Sabía que

Tarzán tenía razón, que un hombre cuyos sentidos estaban embotados por generaciones de no utilizarlos sólo resultaría una carga para el hombre mono, siempre alerta.

Tarzán siguió el rastro durante dos días en dirección norte: luego una lluvia torrencial lo borró para siempre. Ahora se encontraba en el territorio de los bantangos, una tribu guerrera de caníbales y enemigos seculares de sus waziri. Sabía que si los que habían capturado a Gonfala habían ido por allí tal vez fueran bantangos, y por tanto decidió investigar a fondo antes de buscar más lejos. Si no eran bantangos, era posible que hubieran sido capturados por esta tribu, pues sabía que eran un grupo pequeño y mal equipado.

En cualquier caso, parecía que lo mejor era echar un vistazo a la aldea del jefe, al que, incuestionablemente, habrían llevado los importantes cautivos; pero dónde se hallaba la aldea no lo sabía el hombre mono. Al este había una cadena de montañas bajas que se extendía hacia el norte, y hacia allí encaminó sus pasos. Mientras ascendía empezó a vislumbrar aldeas al oeste y al norte, y por fin, desde la cima de una de las colinas más elevadas, pudo tener una vista de una considerable extensión de terreno en el que había muchas aldeas. La mayoría de ellas eran pequeñas y miserables, sólo un puñado de chozas rodeadas por endebles empalizadas hechas con palos.

El valle en el que se encontraban las aldeas estaba punteado de árboles, y al oeste lindaban con un bosque. Era una escena pacífica y adorable que prestaba cierto aire pintoresco incluso a las miserables chozas de los bantangos, no ajustándose a la bestialidad y al salvajismo de los habitantes. La belleza del aspecto no pasó inadvertida al hombre mono, cuya apreciación de la belleza o esplendor de la naturaleza, no embotada por la familiaridad, era una de sus principales fuentes de alegría de vivir. Al contemplar la muerte que sabía que tenía que llegarle como a todos los seres vivos su mayor pesar residía en el hecho de que jamás podría volver a ver las colinas, valles y bosques de su amada África; y por eso ese día, mientras yacía como un gran león en la cima de una colina, acechando su presa, aún fue sensible a las bellezas naturales que se extendían ante él. Tampoco le pasó inadvertida una gran aldea que se hallaba hacia el centro del valle, la más grande, con mucho, de todas las aldeas. Sabía que tenía que ser la aldea del jefe de los bantangos.

Descendió la noche sin luna, una negra mortaja que envolvía el bosque,

los árboles y las aldeas, ocultándolas a los ojos del observador; entonces el Señor de la Jungla se levantó y se desperezó. Tan iguales a los del león eran sus movimientos que uno habría esperado oír brotar de su garganta el rugido de la bestia. Ahora brillaban lucecitas en el valle, señalando las diversas aldeas con sus fogatas para cocinar. Hacia los fuegos de la más grande avanzaba con grandes pasos un lord inglés, desnudo salvo por un taparrabos.

En las colinas que abandonaba rugió un león. También él descendía a las aldeas, donde los nativos habían recogido sus pequeños rebaños en frágiles rediles. El hombre mono se detuvo y alzó el rostro hacia el cielo. Desde lo más profundo de su pecho surgió el grito salvaje del simio macho. Los salvajes de las aldeas se quedaron callados, mirándose unos a otros con aire interrogador. Los guerreros empuñaron sus armas, las mujeres apretaron a sus hijos contra su pecho.

—Un demonio —susurró uno.

—Una sola vez he oído ese grito —dijo el jefe de los bantangos—. Es el grito del dios-diablo de los waziri.

—¿Por qué iba a venir aquí? —preguntó un guerrero—. Las lluvias han venido muchas veces desde que atacamos el territorio de los waziri.

—Si no es él —dijo el jefe— es otro dios.

—Cuando era niño —dijo un anciano—, una vez fui con un grupo de ataque lejos, hacia el lugar donde duerme el sol, a un gran bosque donde viven los peludos hombres de los árboles. Lanzan un fuerte grito como ese, un grito que para el corazón y vuelve fría la piel. Quizá sea uno de los peludos hombres de los árboles. Estuvimos fuera mucho tiempo. La lluvias acababan de terminar cuando salimos de nuestra aldea; volvieron otra vez antes de que regresáramos. Yo era un gran luchador. Aquella noche maté a muchos guerreros. Me comí sus corazones; por eso soy tan valiente. —Nadie le prestaba la menor atención, pero él siguió divagando. Los otros aguzaban el oído por si se repetía el horripilante grito o se oía algún otro ruido que pudiera presagiar que se aproximaba un enemigo.

Tarzán se acercó a la empalizada que rodeaba la aldea del jefe. Un árbol del interior del recinto extendía sus ramas por encima. El hombre mono se acercó más e investigó. A través de las aberturas entre los palos que formaban la empalizada observó a los nativos. Poco a poco los tensos nervios de éstos se calmaron pues no se repitió el grito que les había alarmado y volvieron a sus tareas, las mujeres a cocinar y los hombres a la

costumbre inmemorial de los señores de la creación: no hacer nada.

Tarzán deseaba escalar la empalizada y alcanzar las ramas del árbol que se desparramaban sobre ella; pero deseaba hacerlo sin llamar la atención de los bantangos, y debido a la frágil construcción de la empalizada sabía que sería imposible en la quietud que reinaba en la aldea a la hora de la cena. Debía esperar. Quizá la oportunidad que buscaba se presentaría más tarde. Con la paciencia de la bestia salvaje que acecha su presa, el hombre mono esperó. Si era necesario, podía esperar una hora, un día, una semana. El tiempo significaba tan poco para él como para los simios que le habían criado, y sus contactos con la civilización no le habían esclavizado aún al fetiche del tiempo.

No vio nada en los restringidos límites de su visión, una parte de la aldea entre dos chozas justo a la entrada de la empalizada, que indicara que los bantangos tuvieran prisioneros blancos; pero sabía que si así era estarían confinados en una choza; y esto era, entre otras cosas, lo que tenía que saber antes de proseguir su búsqueda en otra parte.

La colación de la noche concluyó, los negros se sumieron en la somnolencia. La tranquilidad de la noche africana era quebrada solamente por los ocasionales rugidos del león que iba de caza, que se iba acercando cada vez más, un ruido tan familiar que no despertaba el interés ni de los negros de la aldea ni del observador que se encontraba fuera.

Transcurrió una hora. El león dejó de rugir, prueba de que se estaba acercando a su presa y la acechaba. Los negros se agitaron, avivado su interés al pasar el fenómeno de la digestión, y se sintieron motivados por la misma primitiva necesidad que llena el *Morocco* y otros antiguos lugares de bailarinas después del teatro. Un moreno maestro de música reunió a sus músicos con sus primitivos instrumentos y comenzó la danza. Era el momento que había estado esperando Tarzán. Entre el estruendo de los tambores y los gritos de los danzantes se encaramó a lo alto de la empalizada y pasó al árbol.

Desde una rama con buena vista examinó la escena que se desarrollaba abajo. Ahora veía la choza del jefe y al propio jefe. El viejo fantoche estaba sentado en un taburete observando a los que danzaban, pero ni en el jefe ni en los danzarines descubrió el hombre mono nada de su interés, que estaba centrado en algo que se hallaba a los pies del jefe: la Gran Esmeralda de los zuli.

No cabía error alguno. Sólo podía haber una piedra como aquella, y su

presencia allí produjo un río de razonamiento deductivo en la mente alerta del hombre mono que le llevó a conclusiones definitivas: que Spike y Troll habían estado cerca y que era lógico suponer que debían de haber sido ellos los que habían secuestrado a Gonfala. ¿Se encontraban entonces en la aldea de los bantangos? Tarzán lo dudaba; no había nada que Indicara la existencia de prisioneros en la aldea, pero tenía que saberlo con seguridad, así que esperó con la infinita paciencia adquirida gracias a la forma en que se había criado.

La noche fue transcurriendo, y por fin los que bailaban se cansaron y la calle de la aldea quedó desierta. Procedentes de las oscuras chozas se oían ruidos del sueño, ruidos nada agradables, apropiados para los compañeros de cama de olores nada agradables. De vez en cuando un niño se Inquietaba o un bebé gemía. Fuera de la empalizada rugió un león.

El hombre mono se dejó caer en silencio a la vacía calle. Fue de choza en choza como una sombra, buscando con su aguzado olfato los olores que le Indicaran, con la misma seguridad con que los ojos pudiesen ver dentro, si allí había un prisionero blanco. Nadie le oyó; ni siquiera algún canalla durmiente se enteró de nada. Cuando hubo hecho la ronda supo que aquellos a los que buscaba no se encontraban allí, pero debía saber más. Volvió a la choza del jefe. Ante ella, en el suelo, como una basura sin valor alguno, se encontraba la Gran Esmeralda de los zuli. Su extraña luz verde arrojaba un suave resplandor sobre el bronceado cuerpo del Señor de la Jungla, teñía la choza del jefe de un verde pálido y acentuaba la negrura de la baja entrada a ella.

El hombre mono se detuvo un momento, aguzando el oído; luego se detuvo y entró en la choza. Escuchó la respiración de los que estaban dentro. Por su respiración localizó a las mujeres y a los niños y al único hombre, el cual debía de ser el jefe. Se acercó a él y se arrodilló a su lado, inclinándose. Sus dedos fuertes como el acero se cerraron ligeramente en la garganta del durmiente. El roce le despertó.

—No hagas ningún ruido —susurró el hombre mono— si quieres vivir.

——¿Quién eres? —preguntó el jefe en un susurro—. ¿Qué quieres?

—Soy el dios-diablo —respondió Tarzán—. ¿Dónde están los dos hombres blancos y la mujer blanca?

—No he visto a ninguna mujer blanca —replicó el jefe.

—No mientas; he visto la piedra verde.

—Los dos hombres blancos la dejaron cuando huyeron —insistió el

jefe—, pero no había ninguna mujer blanca con ellos. El sol se ha levantado de su lecho más veces que dedos tengo en las dos manos y un pie desde que los hombres blancos estuvieron aquí.

—¿Por qué huyeron? —preguntó el hombre mono.

—Fuimos a su campamento. Llegó un león y nos atacó; los hombres blancos huyeron, dejando la piedra verde.

Una mujer se despertó y se incorporó.

—¿Quién habla? —preguntó.

—Dile que se calle —ordenó Tarzán.

—Cállate —espetó el jefe a la mujer— si no quieres morir… ¡es el dios-diablo!

La mujer ahogó un grito y se tumbó, hundiendo la cara en los sucios juncos que formaban su lecho.

—¿Qué dirección tomaron los hombres blancos? —preguntó el hombre mono.

—Venían del norte. Cuando huyeron se adentraron en el bosque hacia el oeste. No les seguimos. El león había matado a dos de mis guerreros y herido a otros.

—¿Era muy numeroso el safari de los hombres blancos?

—Sólo eran seis, aparte de ellos dos. Era un safari miserable. Tenían poca comida y ninguna arma. Eran muy pobres. —Su tono era de desprecio—. Te he dicho todo lo que sé. No hice ningún daño a los hombres blancos ni a sus sirvientes. Ahora vete. No sé nada más.

—Les robaste la piedra verde —acusó Tarzán.

—No. Ellos se asustaron y huyeron, y la dejaron olvidada; pero se llevaron consigo la piedra blanca.

—¿La piedra blanca?

—Sí, la piedra blanca. Uno de ellos la sostenía entre sus manos y nos dijo que dejáramos las armas y nos marcháramos. Dijo que era una poderosa medicina y que nos mataría si no nos marchábamos; pero nos quedamos y no nos mató.

El hombre mono sonrió en la oscuridad.

—¿Ha pasado por vuestra aldea alguna mujer blanca últimamente? Si me mientes regresaré y te mataré.

—Nunca he visto a una mujer blanca —respondió el jefe—. Si hubiera pasado alguna por mi territorio lo sabría.

Tarzán salió en silencio de la choza. Cuando se iba, recogió la Gran

Esmeralda y se subió al árbol que sobrepasaba la empalizada. El jefe exhaló un hondo suspiro de alivio y experimentó un sudor frío.

El hombre mono percibió con fuerza el olor de Numa, el león. Sabía que el gran felino estaba acechando cerca de la empalizada. No había peleado con Numa aquella noche y no deseaba tentar a un hambriento león que iba de caza, así que se acomodó en el árbol que daba a la aldea de caníbales para esperar a que Numa se hubiera saciado en otra parte.

XVI

TANTOR

GONFALA había caminado pesada y cansadamente día tras día hacia el norte, con Spike y Troll. Habían dado un gran rodeo para evitar el territorio de los bantangos, pues aunque tenían el Gonfal y a Gonfala no estaban convencidos de la eficacia de esta combinación que hasta entonces les había parecido todopoderosa.

Hasta ese momento la seguridad de Gonfala había residido en los celos que se tenían los hombres entre sí. Ninguno la dejaba nunca a solas con el otro. Por su culpa habían dejado de hablarse salvo cuando era estrictamente necesario, y cada uno temía siempre que el otro le asesinara. Para asegurarse su propia integridad, la muchacha velaba por la seguridad de los dos hombres como si les amara a los dos.

Uno de los negros llevaba el gran diamante, y ninguno de los dos hombres blancos intentó tocarlo sin despertar las salvajes objeciones del otro; pues ahora que Gonfala estaba con ellos cada uno temía que el otro empleara el poder mágico de la piedra para destruirle.

Spike iba en busca de una zona por la que había pasado en un safari varios años antes.

—Es un jardín corriente —explicó a Gonfala—, ¡y hay animales de caza! Es un hervidero de animales de caza; y son tan pacíficos, porque no se caza ninguno, que uno se podría acercar a ellos sin peligro y darle un golpe en la cabeza si lo deseara. Podríamos vivir como reyes y con muchos sirvientes también, pues los nativos son pacíficos y no hay muchos. Quiero decir, no demasiados. Podríamos dominarles fácilmente con el Gonfal y contigo.

—No creo que el Gonfal te sirviera de mucho —dijo la muchacha.

—¿Por qué no? —preguntó Troll.

—No sabéis utilizarlo. Hay que tener ciertos poderes mentales para tener éxito con el Gonfal.

—¿Tú los tienes? —preguntó Spike.

—Podía utilizarlo a menos que Mafka deseara impedírmelo. Él podía hacerlo, pues su mente era capaz de controlar la mía. Nunca he intentado utilizar esos poderes desde que Mafka murió.

—Pero ¿crees que podrías hacerlo? —La voz de Spike reflejaba el miedo que sentía. Había confiado mucho en el poder del Gonfal. Todos sus planes futuros dependían de que fuera capaz de controlar los actos de los demás a través de los misteriosos poderes del gran diamante, y ahora abrigaba dudas. Eso le acosaba día y noche.

—Creo que sí —respondió Gonfala—, pero no lo emplearé para ayudaros a ninguno de los dos a menos de tener la completa seguridad de que ninguno me hará daño.

—Ni se me ocurriría hacerte daño —le aseguró Spike.

—A mí tampoco, pero será mejor que no confíes en él —dijo Troll. Spike dio un paso hacia Troll, con el puño en alto.

—¡Sucio canalla —gritó—, es a ti a quien hay que vigilar! Pero no será necesario por mucho tiempo. Vaya romperte el cuello ahora mismo.

Troll dio un salto atrás y cogió su rifle.

—Acércate un solo paso y disparo —amenazó, apuntando al estómago de Spike con el arma.

—Será mejor que no lo hagas —le advirtió Spike—. Puede que necesites otra arma en alguna parte del territorio que tenemos que cruzar. Sólo con seis negros nunca lograrías cruzarlo.

—Aplícate el cuento —gruñó Troll.

—Vamos a dejarlo correr y a no pelearnos más; no nos lleva a ninguna parte.

—Ninguno de los dos me tendrá jamás —dijo Gonfala—, y por eso habéis tenido problemas. Me raptasteis cuando estaba con mis amigos y algún día os atraparán. Cuando lo hagan, será mejor para vosotros que no me hayáis hecho daño. Stanley Wood jamás abandonará la búsqueda hasta que me encuentre; y cuando le diga a Tarzán que me han raptado, podéis estar seguros de que me encontrarán y seréis castigados.

—¡Tarzán! —exclamó Spike—. ¿Qué tiene que ver Tarzán con todo esto?

—¿Sabes quién es? —preguntó Gonfala.

—Claro, todo el mundo ha oído hablar de él; pero nunca le he visto. Siempre he creído que no era más que la invención de alguien. ¿Qué sabes

de él? ¿Le has visto alguna vez?

—Sí, y vosotros también.

—Nosotros no —replicó Troll.

—¿Recordáis a Clayton? —preguntó la muchacha.

—Claro que recuerdo a Clayton. Ese tipo valía por dos… ¡Vaya! ¿No querrás decir que…?

—Sí. Clayton es Tarzán.

Troll parecía preocupado. Spike puso ceño; luego se encogió de hombros.

—¿Y qué si lo es? —preguntó—. Jamás podrá localizarnos…, no adónde vamos; y aunque lo hiciera, ¿qué podría hacer contra el Gonfal? Nosotros podríamos hacer con él lo que quisiéramos.

—Claro —coincidió Troll—; podríamos deshacernos de él así —y chasqueó los dedos.

—Oh, no podríais —dijo Gonfala.

—¿Y por qué no?

—Porque yo no os dejaría. No podéis utilizar el Gonfal sin mi ayuda, y cuando Tarzán y Stanley lleguen les ayudaré. Con el Gonfal puedo deshacerme de vosotros.

Los dos hombres se miraron. Después Spike se marchó y pidió a Troll que le acompañara. Cuando estuvieron fuera del alcance del oído de Gonfala se paró.

—Oye —dijo—, esa mujer nos tiene bien cogidos. Si alguna vez pone sus patas en esa piedra nuestra vida no valdrá nada.

—Parece que el Gonfal no va a servirnos de mucho —dijo Troll—. No podemos hacer que funcione sin ella; y si le dejamos a ella ponerle las manos encima, nos matará. ¿Qué vamos a hacer?

—En primer lugar, hemos de procurar que no lo toque. Uno de nosotros tiene que llevarlo encima; ella podría hacer que el negro le dejara tocarlo en algún momento en que no estemos cerca. Puedes llevarlo tú si quieres.

—Es lo que llevo diciendo mucho tiempo —le recordó Troll.

—Bueno, ahora es diferente —explicó Spike—. Ninguno de los dos puede hacer que la piedra funcione, y ninguno de los dos se atreve a dejársela tocar a ella; así que estamos a salvo mientras uno de nosotros tenga la piedra en su poder.

—Pero entonces, ¿de qué nos servirá la piedra? —Espera a llegar a ese territorio del que os he estado hablando. Entonces podremos hacer que la

señora se porte bien. Lo único que necesitamos es decirle que haga funcionar la piedra del modo más adecuado o nos la cargaremos a ella. Tendrá que hacerlo, también, porque adónde la llevo no podría encontrar jamás la salida una vez nos hubiera matado; o sea que no le serviría de nada.

Troll meneó la cabeza.

—Quizá nos matará de todos modos, sólo para ajustarnos las cuentas.

—Bueno, en cualquier caso, ahora no podemos hacer nada —dijo Spike —, así que vámonos. ¡Venga, negros! ¡Vamos. Gonfala! Andando…, hace una hora que el sol ha salido.

Cuando prepararon el campamento, lejos al norte de donde él se encontraba. Tarzán se detuvo en el linde del bosque que bordeaba el valle de los bantangos al oeste. Miró alrededor, aguzando bien sus sentidos; luego, con la punta de su lanza desmigajó la tierra situada en el centro de un triángulo formado por tres árboles y la sacó con las manos hasta que hubo hecho un agujero de treinta centímetros de profundidad. Arrojó en él la Gran Esmeralda de los zuli. Cuando hubo rellenado el agujero y lo hubo cubierto con las hojas y ramitas caídas que había separado cuidadosamente, ningún ojo humano habría podido detectar el escondrijo. Hizo un corte con el cuchillo en un árbol situado a quince pasos de uno de los tres árboles que formaban el triángulo. Sólo Tarzán podría encontrar el lugar. Si no volvía jamás, el rescate de una docena de reyes yacería allí hasta el fin de los tiempos, sin que nadie lo descubriera.

Incapaz de hallar el rastro que la tormenta había borrado, el hombre mono intentó deducir partiendo de cuanto sabía de los dos hombres, que ahora estaba seguro eran los secuestradores de Gonfala, y por su conocimiento de los acontecimientos que habían desembocado en el momento presente, el destino lógico al que se encaminaban.

Sabía que estaban familiarizados con los milagrosos poderes del Gonfal y que habían sido incapaces de aplicarlos. El jefe de los bantangas le había dicho que no habían logrado demostrar el valor de su gran medicina. O por casualidad o intencionadamente habían encontrado a Gonfala, y ¿qué más natural que suponer que con su ayuda podrían obrar las maravillas del Gonfal? ¿Y cuál sería el mejor lugar para utilizar estos poderes? Bueno, el territorio de los kaji, naturalmente, pues allí estarían más a salvo de ser descubiertos que casi en cualquier otro lugar de la tierra, y allí encontrarían una tribu acostumbrada al dominio de la piedra. Allí hallarían mujeres, y

Tarzán tenía la sensación de que si sabía juzgar a los hombres, esa circunstancia tendría un peso considerable para Troll y Spike. Así que Tarzán viajó hacia el norte por un sendero paralelo al que habían tomado Spike y Troll, pero a cierta distancia del oeste.

Durante dos días Tarzán avanzó hacia el norte y seguía sin encontrar rastro alguno de los que buscaba. Mató animales, comió y durmió, y avanzó incansable a través de bosques y llanuras.

Cuando pasaba por una franja boscosa junto al lomo de una cadena de colinas de densos bosques de bambú oyó un ruido que le hizo detenerse y escuchar. Se repitió: el débil bramido de un elefante en apuros. El hombre mono cambió de dirección y avanzó con cautela por el bosquecillo de bambú. Iba en la dirección del viento, así que dio un amplio rodeo para captar el rastro de olor de lo que le esperaba más adelante. Podría haber algo junto al elefante. La cautela de la bestia le ayudó e incitó los poderes de razonamiento del hombre.

Después el olor de Tantor, el elefante, le indicó que había dado la vuelta a su presa, e incluso más fuerte era el olor de Dango, la hiena; después le llegó, áspero y ronco, el espantoso bramido como una carcajada de la sucia bestia seguido por el quejumbroso grito pidiendo ayuda del elefante. Tantor se hallaba en una situación difícil, y el hombre mono avanzó para enterarse de la causa.

La amistad de Tarzán y Tantor era casi legendaria. Quizá nunca había visto a este elefante, pero aun así, para Tarzán sería Tantor: el nombre y la amistad pertenecían a todos los elefantes.

Al estar más cerca, avanzó con más cautela, como una bestia, siempre oliendo una trampa. Para las criaturas de la jungla, la constante vigilancia es el precio de la vida. Al fin estuvo tan cerca que al separar el bambú vio lo que había estado buscando. La parte superior del lomo de Tantor apenas era visible en una trampa para elefantes. En el borde del hoyo había un par de hienas, gruñendo y dando zarpazos, y en lo alto volaba en círculos Ska, el buitre; y con todas estas señales de mal augurio el hombre mono supo que Tantor corría un inminente peligro de muerte.

Separando el bambú, Tarzán penetró en el pequeño claro que habían hecho los que habían excavado el hoyo, una ampliación de una ancha senda de elefantes. Las hienas al punto pasaron su atención del elefante al hombre mono, y le miraron mostrándole los colmillos. Pero cuando el hombre avanzó, los animales retrocedieron gruñendo. Él no les hizo caso, pues

sabía que de ordinario Dango no atacaba a nadie más que a un hombre indefenso.

Cuando se acercaba a la trampa, Tantor le vio y bramó débilmente como advertencia.

La piel del elefante le colgaba floja en su gran cuerpo, lo que era señal de que había pasado mucho tiempo sin comer ni beber. Había caído en un hoyo que debía de haber sido excavado y luego abandonado, o porque la tribu que lo había excavado se había trasladado o porque ningún elefante había caído en él y habían dejado de visitarlo.

Tarzán habló a Tantor en la extraña lengua que empleaba con las bestias de la jungla. Quizá Tantor no comprendía las palabras —¿quién puede saberlo?— pero algo en el tono, tal vez, le transmitió la idea que el hombre mono deseaba hacerle llegar: que era amigo; pero Tantor necesitaba algo más que palabras amables, y por eso Tarzán empezó a cortar el bambú que tenía los brotes más tiernos y se los llevó a la bestia inmovilizada.

Tantor comió con avidez; el contenido de agua de los brotes le proporcionaba al menos un poco de la humedad que su gran cuerpo requería aún más que la comida; luego Tarzán se puso a trabajar con la lanza, el cuchillo y las manos en la tarea aparentemente hercúlea de excavar una rampa por la que Tantor pudiera salir a la libertad. Era trabajo no de una hora sino de muchas horas, y no se terminó hasta el día siguiente; entonces, débil y tambaleante, el gran paquidermo salió lentamente del hoyo. Era una bestia enorme, uno de los machos viejos más grandes que Tarzán había visto en su vida. Un colmillo, por algún curioso capricho de la naturaleza, era mucho más oscuro que el otro; y esto, junto con su gran tamaño, debía de haberle señalado entre los suyos como un macho distinguido.

Cuando salió del hoyo, su sensible trompa pasó sobre el cuerpo del hombre mono en lo que fue casi una caricia; luego, cuando Tarzán se encaminó una vez más hacia el norte, Tantor se volvió y avanzó despacio por la senda de los elefantes hacia el este y el agua más próxima.

Transcurrieron los días. Stanley Wood, que esperaba en la finca de Tarzán, estaba cada vez más nervioso, ya que no llegaban noticias del paradero de Tarzán. Suplicó a Muviro, jefe de los waziri, que le proporcionara una escolta y le dejara partir en busca de Gonfala; y al fin Muviro cedió a su insistencia y le dejó marchar con media docena de

guerreros como escolta.

Wood inició la búsqueda en el punto donde Tarzán le había dejado, donde los huesos limpios del león que Gonfala había matado se blanqueaban al sol. Sólo sabía que aquellos a los que buscaban se habían encaminado hacia el norte en aquel lugar. Era una búsqueda a ciegas y aparentemente sin esperanzas; pero significaba acción, y cualquier cosa era preferible a permanecer sentado sin hacer nada, con la mente destrozada por los temores y las dudas respecto al destino de Gonfala.

Cuando se acercaba al territorio de los bantango, los waziri, que conocían la naturaleza y temperamento de los habitantes, aconsejaron dar un rodeo para esquivarlos; y totalmente por casualidad eligieron una ruta hacia el este, la ruta que Spike y Troll habían elegido por la misma razón. Así sucedió que una semana más tarde recibieron la prueba definitiva de que se hallaban en el camino correcto. En una aldea de negros amistosos les dijeron que un safari de nueve personas, que incluían dos hombres blancos y una muchacha blanca, se había parado a pasar la noche con la tribu. El jefe les había proporcionado guías hasta la siguiente aldea amistosa situada al norte.

Wood habló con estos hombres y se enteró de que el jefe de la aldea a la que habían guiado el safari también les había proporcionado guías para la siguiente etapa de su viaje, y por primera vez en semanas el joven americano recuperó la esperanza. Supo que hasta entonces Gonfala había estado viva y en buen estado, y, de acuerdo con las Informaciones de los aldeanos, nada indicaba que la estuvieran maltratando.

La maravillosa habilidad del Señor de la Jungla para detectar huellas había quedado anulada por la fuerte lluvia, y luego la casualidad entró en juego y le puso en el camino equivocado y a Stanley Wood en el correcto.

Por insignificantes caprichos del destino como éste las vidas corrían peligro y los hombres morían.

XVII

EXTRAÑOS

SPIKE y Troll estaban parlamentando con el jefe de una tribu del norte. Habían llegado lejos, guiados de aldea en aldea por nativos amistosos. La suerte les había acompañado, pero ahora su buena fortuna parecía haber terminado. Intentaban convencer al viejo jefe de que les proporcionara guías para llegar a la siguiente aldea.

—No hay más aldeas —dijo.

No le gustaban aquellos hombres blancos. Los despreciaba porque su safari era pequeño y pobre, demasiado pobre incluso para robarles. No tenían más que dos rifles… y la muchacha. Había estado pensando en ella. También estaba pensando en un sultán negro del este al que podría vendérsela, pero se guardó esta idea para sí. No deseaba tener problemas con los hombres blancos. En una ocasión llegaron a su aldea soldados nativos con oficiales blancos y le castigaron por tratar mal al safari de unos cazadores blancos. Habían venido desde muy lejos sólo para eso, y el incidente le había infundido un gran respeto por el poder y el largo brazo del hombre blanco.

—¿Qué hay al norte? —preguntó Spike.

—Montañas —respondió el jefe.

—Es como el territorio donde está mi valle —dijo Spike a Troll—. Está rodeado de montañas.

Trató de explicar al jefe el valle que estaban buscando y la tribu que lo habitaba.

Una expresión de astucia asomó a los ojos del jefe. Deseaba deshacerse de aquellos hombres, y vio la manera en que podría hacerlo.

—Conozco ese valle —dijo—. Mañana os daré guías.

—Creo posible que no tengamos suerte —se quejó Spike a Troll cuando se sentó junto a Gonfala tras parlamentar con el jefe. La muchacha no preguntó por qué, pero de todos modos Spike se lo explicó.

—Ahora no tardaremos mucho en llegar a mi valle —dijo—. Allí estaremos a salvo.

—No estaréis a salvo —replicó Gonfala—. Tarzán y Stanley Wood vendrán pronto…, muy pronto.

—Jamás descubrirán adónde vamos.

—Los nativos les guiarán de aldea en aldea como os han guiado a vosotros —le recordó—. Será muy fácil seguiros.

—Sí —admitió Spike—, pueden seguirnos hasta donde esta gente nos lleve.

—Pero allí nos detendremos. Allí os encontrarán.

—No nos detendremos allí —dijo Spike—. No soy tan tonto. El valle al que esta gente nos lleva no es el mío, pero una vez allí sabré encontrar el otro. Lo crucé al salir de mi valle. Está a unas dos marchas al este del sitio adonde queremos ir. Cuando lleguemos a este primer valle, no necesitaremos guías para el resto del camino; así que cuando abandonemos este primer valle, les diré que vamos hacia la costa y echaremos a andar hacia el este; luego giraremos de nuevo hacia el norte e iremos hacia el oeste hasta mi valle. Y allí nadie nos encontrará jamás.

—Tarzán y Stanley Wood os encontrarán.

—Ojalá cerraras el pico con eso de Tarzán y Stanley Wood. Estoy harto de oír sus nombres. Me estás poniendo nervioso.

Troll permanecía sentado mirando con atención a Gonfala con los ojos entrecerrados. No había hablado mucho en todo el día, pero había observado atentamente a Gonfala. Cada vez que ella captaba su mirada, él desviaba la vista.

Hasta el momento habían podido sustentarse matando animales y cambiando la carne con los nativos por otros artículos alimenticios, sobre todo maíz y verduras. Aquella noche comieron opíparamente y se acostaron temprano. Gonfala ocupaba una choza ella sola; los dos hombres estaban en otra, cerca. La caminata del día había sido dura, y los músculos cansados junto con una comida pesada inducen a dormirse pronto y profundamente. Gonfala y Spike se quedaron dormidos apenas se tumbaron en sus esteras.

No le ocurrió lo mismo a Troll. Permaneció despierto mucho rato, pensando. Escuchó la pesada respiración de Spike que denotaba que dormía como un tronco. Escuchó los ruidos de la aldea. Poco a poco se fueron extinguiendo…, la aldea dormía. Troll pensó en lo fácil que sería matar a

Spike, pero le tenía miedo. Incluso cuando dormía le tenía miedo. Eso hacía que Troll le odiara más, pero no era el odio solamente lo que hacía que deseara matarle. Troll había estado soñando despierto sueños muy agradables. Spike era un obstáculo para que esos sueños se hicieran realidad, sin embargo no era capaz de reunir el valor necesario para matar al hombre que dormía; todavía no. «Más adelante», pensó.

Se arrastró hasta el umbral de la puerta de la choza y miró fuera. No había señales de vida en la aldea. El silencio casi era opresivo; se extendía en el negro vacío de la noche hasta más allá de la aldea. Cuando Troll se puso en pie en la calle tropezó con un recipiente de cocinar; el ruido que produjo al caer al suelo en el silencio pareció terrible. Maldiciendo por lo bajo el hombre se quedó inmóvil, aguzando el oído.

Spike, perturbado su sueño pero no despierto, se removió dormido y cambió de postura; se había quebrado el primer sueño profundo de primera hora de la noche. Después estaría más inquieto y se despertaría con más facilidad. Troll no le oyó moverse, y tras un rato de escuchar se alejó de puntillas. Se acercó con sigilo a la choza que ocupaba Gonfala.

La muchacha, ahora inquieta y desvelada, yacía con los ojos abiertos mirando fijamente la menor oscuridad enmarcada por el umbral de la puerta de su choza. Oyó que alguien se acercaba. ¿Pasarían de largo o entrarían a por ella? Semanas de peligro, semanas de recelos, semanas de estar constantemente en guardia habían forjado en ella la capacidad de percibir el peligro en los hechos más corrientes; de modo que ahora, de forma intuitiva, creía que alguien se acercaba a su choza. ¿Y con qué propósito, aparte de algo malo, iría alguien a su choza con sigilo por la noche?

Se incorporó apoyándose en las manos y se quedó agazapada, aguardando. Tenía todos los músculos tensos y apenas respiraba. Fuera lo que fuese, cada vez estaba más cerca. De pronto una mancha más oscura apareció en la abertura baja que formaba el umbral de la puerta. ¡Un animal o un hombre a cuatro patas estaba entrando!

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —Era un grito ahogado de terror.

—¡Calla! Soy yo. No hagas tanto ruido. Quiero hablar contigo.

Reconoció la voz, pero no acalló sus temores. El hombre se acercó a ella a rastras. Ahora estaba a su lado. Oía su respiración dificultosa.

—Vete —dijo ella—. Podemos hablar mañana.

—¡Escucha! —dijo él—. No querrá ir a ese valle y pasarte el resto de tu vida con Spike y un hatajo de negros, ¿verdad? Cuando lleguemos allí, me

matará y te tendrá sólo para él. Le conozco, es una auténtica rata. Sé buena conmigo y te sacaré de aquí. Tú y yo con el diamante triunfaremos. Iremos a Europa, a París.

—No quiero ir a ninguna parte contigo. ¡Vete! Sal de aquí antes de que llame a Spike.

—Un solo grito y te retuerzo el pescuezo. Vas a ser buena conmigo, quieras o no. —En la oscuridad alargó el brazo y la agarró, buscándole a tientas la garganta.

Antes de que la encontrara, ella tuvo tiempo de lanzar un solo grito y llamar:

—¡Spike!

Entonces Troll cerró los dedos en su garganta para estrangularla y la tumbó bajo su peso. Ella forcejeó y luchó, pegándole en la cara, arañándole los dedos que estaban en su garganta.

El grito despertó a Spike, que se incorporó sobre un codo al instante.

—¡Troll! —llamó—. ¿Has oído algo? —No obtuvo respuesta—. ¡Troll! —Alargó el brazo para tocar la estera donde debería estar su compañero. No se encontraba allí. Esto levantó al punto sus sospechas y, debido a su propia mente perversa, se centraron sin lugar a dudas en la verdad.

Dando una docena de grandes pasos llegó a la choza de Gonfala; y cuando cruzaba a gatas el umbral, Troll le recibió con un juramento y un gruñido. Los dos hombres se enzarzaron en una pelea y rodaron por el suelo, mordiendo, clavándose las uñas, arañándose, golpeándose, dándose patadas; de vez en cuando un fuerte grito de dolor puntuaba su pesada respiración. Gonfala permanecía agazapada en el fondo de la choza, aterrada por miedo a que uno de ellos matara al otro, eliminando el único factor de seguridad que ella poseía.

Se acercaron a ella rodando y se apartó. Ahora estaba situada más cerca del umbral de la puerta, lo que sugería la posibilidad de una huida temporal, que se apresuró a aprovechar. Al aire libre, empezó a preocuparse de nuevo por miedo a que uno de los hombres resultara muerto.

Vio que algunos nativos, a los que el alboroto había despertado, habían salido de sus chozas. Corrió hacia ellos, rogándoles que interrumpieran la pelea. El jefe se encontraba allí, y estaba enojado porque le habían molestado. Ordenó que varios guerreros fueran a separar a los hombres. Vacilaron, pero finalmente se aproximaron a la choza. Mientras lo hacían,

los ruidos de la pelea terminaron, y un instante después Spike salió arrastrándose y, tambaleándose, se puso en pie.

Gonfala temía que hubiera ocurrido lo peor. De los dos hombres, al que más temía era a Spike, pues aunque ambos eran brutos y carecían de decencia por igual, Troll no era tan valiente como su compañero y ella habría podido aprovechar su cobardía. Al menos, eso había creído hasta aquella noche; ahora no estaba tan segura. Pero sí estaba segura de que Spike siempre sería el más peligroso. Su único pensamiento ahora era escapar de él, aunque sólo fuera temporalmente. Encendido por su pelea, seguro de sí mismo sabiendo que Troll había muerto, ¿qué no sería capaz de hacer? Corrió hacia un extremo lejano de la aldea y se escondió entre una choza y la empalizada. A cada momento esperaba oír a Spike buscándola, pero él no llegó. Ni siquiera sabía que había salido de su choza donde creía que la había dejado con Troll muerto, y se había ido a su propia choza para curarse las heridas.

Pero Troll no estaba muerto. Por la mañana Spike le encontró ensangrentado y aturdido sentado en el suelo de la calle de la aldea, mirando el suelo fijamente. Para gran disgusto del primer hombre, Troll ni siquiera estaba gravemente herido. Levantó la mirada cuando Spike se acercaba a él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Spike le miró unos instantes con recelo; luego su expresión fue de asombro.

—Un maldito camión te ha pasado por encima.

—Un maldito camión —repitió Troll—. Ni siquiera lo vi.

Gonfala, que asomó la cabeza por la esquina de la choza tras la que se había escondido, vio a los dos hombres y exhaló un suspiro de alivio. Troll no estaba muerto; no iba a quedarse sola con Spike. Se acercó a ellos. Troll levantó la mirada hacia ella.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó.

Gonfala y Spike se miraron, y este último se dio unos golpecitos en la frente.

—Está un poco chiflada —explicó.

—No parece chiflada —dijo Troll—. Se parece a mi hermana… mi hermana… hermana. —Siguió mirándola fijamente, inexpresivo.

—Será mejor que comamos algo y nos pongamos en camino —interrumpió Spike. Parecía nervioso e intranquilo en presencia de Troll.

Una cosa es matar a un hombre, y otra muy distinta haberle hecho esto.

El trío, silencioso y preocupado, partió detrás de dos guías en dirección norte después de haber Ingerido la colación de la mañana. Spike Iba delante, Troll se mantenía cerca de Gonfala. A menudo la miraba, con expresión de desconcierto en los ojos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Gonfala tuvo una súbita inspiración. Quizá fuese una locura esperar que pudiera tener éxito, pero estaba desesperada.

—¡No me digas que no recuerdas el nombre de tu hermana! —exclamó. Troll la miró fijamente, sin expresión alguna en el rostro.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él de nuevo—. Todo está como confuso en mi memoria.

—Gonfala —dijo ella—. Recuerdas a tu hermana, ¿verdad?

—Gonfala; ah, sí… mi hermana.

—Me alegro de que estés aquí —dijo—, porque ahora no permitirás que nadie me haga daño, ¿verdad?

—¿Hacerte daño? Será mejor que nadie lo intente —exclamó él en tono beligerante.

El safari se había parado, y alcanzaron a Spike, que estaba hablando con los dos guías.

—Esos canallas no quieren ir más lejos —explicó—. No hemos andado ni ocho kilómetros y nos dejan, así, sin más.

—¿Por qué? —preguntó Gonfala.

—Dicen que el territorio que hay más adelante es tabú. Dicen que más adelante hay hombres blancos que les cogerán y les harán esclavos y les darán a comer a los leones. También han inculcado el miedo en nuestros porteadores.

—Volvámonos —sugirió la muchacha—. De todos modos, ¿para qué ir? Si te matan el Gonfal no te servirá de nada. Si nos volvemos y me devolvéis sana y salva a mis amigos, haré todo lo posible para que te den el Gonfal y te dejen marchar. Te doy mi palabra de que lo haré, y sé que Stanley Wood hará cualquier cosa que le pida.

Spike hizo gestos de negación con la cabeza.

—¡Ni hablar! Voy a ir adónde quiero ir, y tú vendrás conmigo. —Se inclinó hacia ella y la miró fija y descaradamente a los ojos—. Si tengo que elegir, renunciaré al Gonfal antes que a ti; pero no voy a renunciar a nada.

La muchacha se encogió de hombros.

—Te he dado una oportunidad —dijo—. Eres tonto de no aprovecharla.

Así que siguieron caminando sin guías y adentrándose en terreno desconocido; y cada nuevo día Spike confiaba en que aquel día tropezaría con el valle encantado de sus sueños, y cada noche profetizaba que sería al día siguiente.

El estado mental de Troll permaneció inalterable. Creía que Gonfala era su hermana, y mostraba hacia ella la poca consideración que en su tosca filosofía de la vida había que mostrar hacia cualquiera. El instinto protector del bruto macho se veía estimulado a favor de ella; y por este motivo estaba agradecida, no a Troll sino al destino. Dónde había estado, adónde Iba no parecía saberlo ni importarle. Caminaba pesadamente día tras día en embotado silencio, sin hacer preguntas, sin mostrar interés por nada ni nadie aparte de Gonfala. Estaba obsesionado con que ella corría peligro, y por eso constantemente llevaba uno de los rifles para protegerla mejor.

Durante muchos días habían estado en terreno montañoso en busca del inalcanzable valle, y al final de una dura caminata prepararon el campamento en el lomo de una montaña junto a un arroyuelo de agua cristalina. Cuando cayó la noche el cielo occidental se veía teñido del rojo dorado de una puesta de sol agonizante. Mucho después de que el fenómeno natural hubiera desaparecido en la negrura de la noche el resplandor rojo persistió.

Gonfala se quedó sentada contemplándolo, fascinada a pesar del letargo que sentía. Spike también lo observaba, con creciente excitación. Los negros lo miraban con temor. Troll estaba sentado con las piernas cruzadas, mirando fijamente el suelo.

Spike se sentó al lado de Gonfala.

—¿Sabes lo que es eso, chiquilla? —preguntó—. Sabes que no es ninguna puesta de sol, ¿verdad?

—Parece fuego. Un incendio en el bosque —dijo ella.

—Sí, es fuego. Nunca he estado allí, pero he visto antes esa luz. Imagino que procede del interior de uno de los volcanes, pero te diré lo que significa para nosotros: significa que hemos encontrado nuestro valle. Cuando estuve en ese valle una noche vi esa luz al sur. Lo único que hemos de hacer ahora es seguir andando un poco al oeste del norte, y quizás en cuatro o cinco marchas estemos allí; luego, muchachita, tú y yo nos instalaremos confortablemente para vivir.

La muchacha no respondió. Ya no tenía miedo, pues sabía que Troll

mataría a Spike si ella le pedía que lo hiciera; y ahora no tenía motivos para sentir miedo de estar a solas con Troll, aparte de la débil posibilidad de que recuperara la memoria.

El nuevo día encontró a Spike casi jovial, tan jubiloso estaba por la perspectiva de hallar pronto su valle; pero su jovialidad desapareció cuando vio que dos de sus seis hombres habían escapado durante la noche. Le entró un sudor frío hasta que comprobó que no se habían llevado el Gonfal. Decidió que a partir de entonces dormiría con la gran piedra a su lado, para no correr más riesgos. Ahora podía hacerlo sin levantar las sospechas de Troll, pues Troll no abrigaba sospechas. No prestaba atención al Gonfal y ni siquiera lo mencionaba nunca.

Hacia mediodía un gran valle se extendió ante ellos, cuya longitud discurría en la dirección por la que Spike deseaba viajar; así que descendieron hasta él para avanzar con facilidad después de sus largos días en las montañas.

El valle estaba parcialmente poblado de árboles, que crecían más profusamente junto al curso de un río que cruzaba el valle desde el extremo superior en diagonal y desaparecía en una hendidura de las colinas hacia el oeste; pero había áreas de considerable tamaño despejadas y cubiertas de exuberantes hierbas, mientras que el lado este del valle era un auténtico bosque de bambú.

Spike, que no sabía si el valle estaba habitado, ni, si lo estaba, conocía la naturaleza o genio de sus habitantes, decidió seguir la zona boscosa que bordeaba el río, aprovechando la protección que les prestaba. Junto al río encontró una ancha senda de elefantes, y por allí iban a una velocidad excelente cuando uno de los negros se detuvo de pronto, escuchó con atención y señaló al frente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Spike.

—Hombres, *bwana*…, vienen —respondió el negro.

—Yo no oigo nada —replicó Spike—. ¿Y tú? —preguntó a Gonfala.

Ella asintió.

—Sí, oigo voces.

—Entonces, será mejor que salgamos del camino y nos escondamos, al menos hasta que veamos de quién se trata. ¡Aquí, todos! Aquí hay un pequeño sendero que se desvía.

Spike dirigió el grupo hacia la izquierda del sendero principal, por una pequeña senda que serpenteaba a través de una vegetación bastante densa,

pero habían recorrido poco más de un centenar de metros cuando salieron a la llanura. Se detuvieron en el linde del bosque, aguardando y escuchando. Entonces llegaron claramente a sus oídos voces de hombres, cada vez más cerca, hasta que de pronto se les ocurrió que los hombres que oían se aproximaban por la senda que ellos habían elegido para escapar.

Spike buscó un lugar donde esconderse, pero no había ninguno. La espesa vegetación era casi impenetrable detrás de ellos, mientras que al otro lado la llanura se extendía por todo el valle hasta las colinas situadas al oeste. Como último recurso giró hacia el norte siguiendo el linde del bosque, instando a los demás a que se apresuraran hasta que se encontraron corriendo.

Gonfala miró atrás y vio el grupo que les había alarmado saliendo a la llanura. Primero aparecieron una docena de negros enormes, y cada par de ellos llevaba un león atado con una correa. Detrás de ellos iban seis hombres blancos vestidos de forma extraña. Incluso de lejos distinguió que sus vestiduras eran espléndidas. Siguiéndoles a continuación, iban unos veintitantos hombres blancos más. Iban vestidos de forma similar pero menos ostentosa. Portaban lanzas y también espadas. Uno de los guerreros llevaba algo que le colgaba al costado que, incluso de lejos, no podía confundirse por otra cosa: era una cabeza humana ensangrentada.

—Son hombres blancos —gritó Gonfala a Spike—. Tal vez sean amistosos.

—A mí no me lo parecen —replicó—. No voy a correr ningún riesgo después de todo lo que he pasado para traeros a ti y al Gonfal hasta aquí.

—Cualquiera sería mejor que tú —dijo la muchacha, y se paró.

—¡Vamos, no seas tonta! —exclamó él; y, volviendo atrás, la agarró y trató de arrastrarla.

—¡Troll! —gritó ella—. ¡Socorro!

Troll iba delante, pero se giró y, al ver que Spike y la muchacha forcejeaban, corrió hacia ellos. Tenía el rostro pálido y contraído por la rabia.

—Suéltala —bramó—. ¡Suelta a mi hermana!

Entonces saltó sobre Spike, y los dos cayeron al suelo, pegándose, dándose patadas y mordiéndose.

Por un instante Gonfala vaciló, indecisa. Miró a las dos bestias que rodaban por el suelo y luego se volvió en dirección a los extraños guerreros. Nadie, razonó, podía constituir mayor amenaza para ella que

Spike; pero pronto vio que la decisión ya había sido tomada: el grupo entero avanzaba en su dirección. Se quedó quieta y esperó a que se acercaran.

Habían recorrido aproximadamente la mitad de la distancia cuando un guerrero que iba a la cabeza se detuvo y señaló valle arriba. Por un instante vacilaron; luego se volvieron y echaron a correr por el valle, tirando los leones de sus correas y arrastrando tras ellos a sus guardianes, mientras los guerreros se mantenían en formación detrás de la fila de leones.

La muchacha se preguntó a qué se debía su repentina huida y miró en la dirección que había señalado el guerrero. Lo que vieron sus ojos la llenó de asombro. Una horda de elefantes, tal vez un centenar, con guerreros sobre sus lomos, avanzaba con rapidez hacia ellos. En el suelo, a los pies de Gonfala, Spike y Troll seguían mordiéndose, pegándose y dándose patadas.

XVIII

INGRATITUD

A STANLEY WOOD no le costó seguir el rastro de los secuestradores de Gonfala hasta el punto en el que sus guías les habían abandonado, y desde allí los expertos waziri siguieron hasta que se perdió el rastro en el linde de un bosque donde las pisadas de una horda de elefantes lo había borrado. Por mucho que buscaron no pudieron volver a encontrarlo. Para Wood, el misterio era absoluto; estaba desconcertado, desalentado.

Avanzaba pesadamente por el valle. ¡Si Tarzán estuviera allí! Él era el único que sabría encontrar respuesta al enigma.

—¡Mira, *bwana*! —exclamó uno de los waziri—. ¡Una ciudad!

Wood miró al frente, asombrado, pues en realidad había una ciudad. No era una aldea de nativos con chozas de techo de paja, sino una ciudad amurallada de blancos, cuyas cúpulas doradas y azul celeste se elevaban por encima de su reluciente fortificación.

—¿Qué ciudad es? —preguntó. Los waziri hicieron gestos de negación con la cabeza y se miraron entre sí.

—No lo sé, *bwana* —dijo uno—. Nunca había estado en este territorio.

—Quizá la Mensahib esté allí —sugirió un guerrero.

—Quizá —coincidió Wood—. Si sus habitantes no son amistosos nos harán prisioneros —reflexionó medio en voz alta—, y entonces nadie sabrá dónde estamos, dónde está probablemente Gonfala. No hemos de caer prisioneros todos nosotros.

—No —estuvo de acuerdo Waranji—, no todos hemos de caer prisioneros.

—Es una gran ciudad —dijo Wood—; debe de haber muchos guerreros. Si no son amistosos podrían apresarnos o matarnos a todos fácilmente, ¿no es así?

—Somos waziri —dijo Waranji con orgullo.

—Sí, lo sé, y sois grandes luchadores. También lo sé; pero por el amor

de Dios, siete hombres no podemos vencer a un ejército, aunque seis de nosotros seáis waziri.

Waranji menó la cabeza.

—Podríamos intentarlo —dijo—. No tenemos miedo.

Wood puso una mano sobre el hombro color ébano del otro hombre.

—Sois grandes guerreros, Waranji, y sé que iríais de cabeza al infierno por cualquier amigo del Gran *Bwana*, pero no vaya sacrificaros. Si esa gente es amistosa, un hombre estará tan seguro como siete; si no lo son, siete hombres no servirán mucho más que uno; así que voy a enviaros a casa. Decid a Muviro que no hemos encontrado a Tarzán. Decidle que creemos que hemos encontrado dónde está la Mensahib. No estamos seguros, pero parece razonable. Si os encontráis con Tarzán o ha regresado a casa, sabrá lo que hay que hacer. Si no le veis, Muviro tendrá que aplicar su propio criterio. Ahora, marchaos, ¡y buena suerte!

Waranji meneó la cabeza.

—No podemos dejar solo al *bwana* —dijo—. Déjame enviar a un guerrero con un mensaje; el resto nos quedaremos contigo.

—No, Waranji. Ya has oído mis órdenes. Marchaos.

De mala gana le dejaron. Les observó hasta que se perdieron de vista en el bosque; entonces dirigió sus pasos hacia la misteriosa ciudad que se divisaba a lo lejos.

Una vez más Tarzán de los Monos se hallaba de pie en el linde de la meseta elevada, en el límite occidental del valle de Onthar, y contemplaba Cathne, la ciudad de oro. Las casas blancas, las cúpulas doradas, el espléndido Puente de Oro sobre el río ante las puertas de la ciudad refulgían y centelleaban a la luz del sol. La primera vez que la había contemplado era un día oscuro y lúgubre; y había visto la ciudad como una ciudad de enemigos, porque entonces su compañero era Valthor de Athne, la Ciudad de Marfil, cuyos habitantes eran enemigos seculares de los de Cathne. Pero hoy, radiante bajo el sol, la ciudad no le ofrecía otra cosa que amistad.

Nemone, la reina que le habría matado, había muerto. Alextar, su hermano, había sido liberado de la mazmorra en la que ella le mantenía encerrado y coronado rey por los hombres que eran amigos de Tarzán: Thudos, Phordos, Gemnon y el resto del grupo leal que Tarzán sabía que le recibirían con agrado en Cathne. Tomos, que había gobernado con Nemone en calidad de consejero jefe, debía de estar o muerto o encarcelado. Ya no

sería una amenaza para el hombre mono.

Con agradable expectación, Tarzán descendió a gatas la empinada hondonada hasta el valle y se desvió cruzando el Campo de los Leones hacia la ciudad de oro. ¡El Campo de los Leones! ¡Qué recuerdos traía a su mente! El viaje a Xarator, el sagrado volcán, en cuya fiera boca los reyes y reinas de Cathne habían arrojado a sus enemigos desde tiempos inmemoriales; los juegos en la pista, los salvajes leones que vagaban por el valle de Onthar, por lo que le daba su otro nombre: el Campo de los Leones. Éstos eran los recuerdos que ese nombre le inspiraba.

El hombre mono cruzó osadamente el valle hasta encontrarse ante el Puente de Oro y los dos heroicos leones del mismo metal que flanqueaban el camino de acceso. La guardia había estado observando su avance por el valle durante un rato.

—Es Tarzán —dijo uno de ellos cuando el hombre mono aún se hallaba a casi un kilómetro de distancia; y cuando se detuvo ante las puertas todos acudieron a darle la bienvenida.

El capitán de la guardia, un noble al que Tarzán conocía bien, le acompañó a palacio.

—Alextar se alegrará de saber que has vuelto —dijo—. De no ser por ti tal vez ahora no sería rey… ni estaría vivo. Espera aquí, en esta antesala, hasta que dé el recado a Alextar.

La estancia y su mobiliario eran de un tipo común en los palacios del rey y los nobles de Cathne. El techo bajo era sostenido por una serie de columnas unidas, puertas talladas con mosaicos de oro y marfil incrustados daban al corredor y a un aposento contiguo, en el suelo de piedra había algunas pieles de león y varias gruesas alfombras de lana de diseño sencillo, las decoraciones murales describían escenas de batalla entre los hombres león de Cathne y los hombres elefante de Athne, y sobre los murales había un friso de cabezas —leones, leopardos, una enorme de elefante y varias cabezas humanas, las cabezas de guerreros, bellamente curtidas y con los adornos de marfil de los nobles de Athne—, trofeos de caza y de guerra.

El capitán de la guardia tardó mucho en regresar, y cuando lo hizo tenía el rostro enrojecido y alterado y le acompañaban veinte guerreros.

—Lo siento. Tarzán —dijo—, pero me han dado órdenes de arrestarte.

El hombre mono miró las veinte lanzas que le rodeaban y se encogió de hombros. Si estaba sorprendido o dolido no lo demostró. Una vez más era

la bestia salvaje atrapada por su enemigo secular: el hombre; y no daría al hombre la satisfacción de pedir siquiera una explicación. Le quitaron las armas y le condujeron a una habitación del segundo piso de palacio, directamente sobre la sala de la guardia. Era una celda mejor que la que había ocupado la primera vez en Cathne, cuando le habían encarcelado en un oscuro agujero con Phobeg, el guardián del templo, quien había enojado al dios y por ello merecía la muerte; esta habitación era más grande y estaba bien iluminada gracias a dos ventanas con barrotes.

Cuando le dejaron encerrado. Tarzán se acercó a una de las ventanas y miró hacia uno de los patios de palacio un momento; luego fue al banco que estaba adosado a una pared y se tumbó. Aparentemente inconsciente del peligro, o quizá despreciándolo, se quedó dormido.

Estaba oscuro cuando despertó al abrirse la puerta de su celda. Un hombre con una antorcha encendida se hallaba en el umbral. El hombre mono se levantó cuando el otro entró y cerró la puerta tras de sí.

—¡Tarzán! —exclamó; cruzó la celda y puso una mano en el hombro del otro: el gesto del hombre de Cathne era una señal de saludo, de amistad y lealtad.

—Me alegro de verte, Gemnon —dijo el hombre mono—. Dime, ¿Doria y sus padres están bien?, ¿y tu padre, Phordos?

—Todos están bien, pero no muy felices. Las cosas por aquí vuelven a ir mal, como debes de haber comprendido por el tratamiento que se te ha dado.

—Sabía que algo tenía que ir mal —admitió el hombre mono—, pero no sabía qué era, ni lo sé.

—Pronto lo sabrás —dijo Gemnon—. Nuestro país en verdad es desgraciado.

—Todos los países son desgraciados cuando hay hombres —observó el hombre mono—. Los hombres son las bestias más estúpidas. Pero ¿qué ha ocurrido? Creía que con la muerte de Nemone todos vuestros problemas habían terminado.

—Nosotros también, pero nos equivocábamos. Alextar ha resultado ser débil, cobarde, desagradecido. Casi inmediatamente después de ascender al trono se dejó influenciar por Tomos y SU grupo, y ya sabes lo que eso significa. Todos caímos en desgracia. Tomos es prácticamente quien gobierna Cathne, pero todavía no se ha atrevido a destruirnos. Los guerreros y el pueblo le odian, y él lo sabe. Si va demasiado lejos se

alzarán, y ése será el fin de Tomos.

»Pero háblame de ti. ¿Qué te trae de nuevo a Cathne?

—Es una larga historia —respondió Tarzán—. Para resumirla, una mujer joven fue secuestrada por dos hombres blancos. Ella y el hombre con el que iba a casarse estaban bajo mi protección. La estoy buscando. Hace varios días tropecé con dos negros que habían formado parte del safari de los hombres que han secuestrado a la chica. Describieron el territorio en el que el safari había estado cuando ellos huyeron. Se encontraba al sudeste de Xarator. Por eso estoy aquí. Voy a la zona sudeste de Xarator en un esfuerzo por encontrar el rastro.

—Me parece que no tendrás que buscar mucho —dijo Gemnon—. Creo que sé dónde está tu joven mujer, aunque no os servirá de mucho ni a ti ni a ella ahora que eres prisionero de Tomos. Como debes de saber, no te tiene mucha simpatía.

—¿Qué te hace pensar que sabes dónde está ella? —preguntó el hombre mono.

—Alextar me envía a menudo al valle de Thenar para atacar a los de Athne. Por supuesto, es el trabajo de Tomos, que espera que me maten. Hace muy poco estuve allí. El ataque no tuvo mucho éxito, pus éramos muy pocos. Tomos siempre envía escasos efectivos, y siempre son hombres a los que teme y de los que quiere deshacerse. Sólo cogimos una cabeza. Cuando salíamos vimos un pequeño grupo que no pertenecían a Athne. Eran cuatro o cinco esclavos, dos hombres blancos y una mujer blanca. Los hombres blancos estaban peleando. La mujer corrió hacia nosotros, lo que nos hizo pensar que deseaba escapar de los dos hombres con los que estaba. Íbamos a reunirnos con ella y hacer prisioneros a todos los del grupo cuando vimos un gran cuerpo de athneanos que se acercaban por el valle montados en sus elefantes de guerra. Éramos muy pocos para hacerles frente, así que huimos hacia el Paso de los Guerreros y escapamos. Naturalmente, supongo que los athneanos capturaron a la joven mujer y a los que estaban con ella y que ahora todos ellos se encuentran en la Ciudad de Marfil; pero, como ya te he dicho, saberlo no te ayudará mucho ahora, ya que Tomos te tiene a ti. —¿Y qué crees que me hará? ¿Tiene otro Phobeg?

Gemnon se rió.

—Jamás olvidaré cómo hiciste girar sobre tu cabeza al hombre más fuerte de Cathne hasta arrojarlo al público. Tomos perdió hasta su último

óbolo en aquella pelea; otra buena razón por la que no te tiene ninguna simpatía. No, no creo que vuelva a enfrentarte a un hombre esta vez, probablemente lo haga con un león. Incluso puede ser veneno o una daga; es más seguro. Pero esta noche estoy aquí para ayudarte. El único problema es que no tengo ningún plan. Un amigo mío está de capitán de la guardia esta noche. Así es como he podido llegar hasta ti, pero si tuviera que dejarte la puerta sin el cerrojo corrido y escaparas, su vida no valdría un óbolo. Tal vez a ti se te ocurra algo.

Tarzán meneó la cabeza.

—Antes tendré que conocer el plan de Tomos. Ahora mismo el único plan que tengo es que te marches antes de que te pillen aquí.

—¿Puedo hacer algo por ti, después de todo lo que hiciste por mí? Tiene que haber algo. —Podrías dejarme tu daga. Puede serme útil. La esconderé debajo de mi taparrabos.

Hablaron durante un rato antes de que Gemnon se marchara, y al cabo de unos minutos Tarzán se quedó dormido. No paseó por la celda, nervioso y preocupado. Su temperamento era más bien el del animal salvaje que el del hombre.

XIX

RETRIBUCIÓN

EL SOL es un viejo diablo imparcial. Brilla por igual sobre el justo y el banquero, el día de la boda de un hombre o el día de su muerte. El gran sol africano que, al fin y al cabo, es el mismo sol que luce sobre la ciudad de Medicine Hat en Canadá, brillaba con fuerza en este nuevo día en el que Tarzán iba a morir. Iba a morir porque Alextar lo había decretado… a sugerencia de Tomos. El sol incluso brillaba sobre Tomos; pero el sol está a muchos millones de kilómetros de distancia, muy lejos para ver sobre qué está brillando.

Llegaron hacia las once de la mañana y se llevaron a Tarzán de su celda. Ni siquiera se molestaron en darle agua o comida. ¿Qué necesidad tiene de comer o beber un hombre que está a punto de morir? Tenía mucha sed, y quizá, si lo hubiera pedido, los guardias le habrían dado agua, pues a fin de cuentas eran soldados comunes y no favoritos del rey, y por lo tanto se inclinaban más a ser generosos. Sin embargo, el hombre mono no pidió nada. No porque fuera conscientemente demasiado orgulloso; su orgullo era algo instintivo e inhibía incluso la insinuación de pedir un favor a un enemigo.

Cuando le sacaron del recinto de palacio a la avenida, lo que vieron sus ojos le advirtió del destino que había sido decretado para él. Aparecieron la procesión de nobles y guerreros, el carro tirado por leones del rey y un solo gran león sujeto con una correa por ocho fornidos negros. Tarzán ya había visto antes esta escena, cuando iba a ser la presa favorita de la gran Cacería del Rey, pero hoy no podía esperar un milagro igual que el que le había salvado de las fuertes fauces de Belthar en aquella otra ocasión.

Las mismas multitudes de ciudadanos flanqueaban la avenida; y cuando la procesión avanzó hacia el Puente de Oro y salió hacia el Campo de los Leones, las multitudes avanzaron con ella. Era una multitud amistosa, como la que se podría ver dirigiéndose hacia un partido de Pequeños contra

Mayores o el «clásico» del Ejército contra la Armada. No tenía más sed de sangre que los que se agolpan para ver al gran *Man Mountain Dean* y al Honorable *Mr*. Detton o un partido de hockey sobre hielo profesional en el *Madison Square Garden*, y ¿quién sería tan malvado como para sugerir que esa gente ansiaba caos y sangre? ¡Dios nos libre!

No quisieron correr ningún riesgo cuando sacaron a Tarzán de su celda. Veinte lanceros pregonaban el respeto con que se lo llevaban. Después le encadenaron al carro de Alextar, y el triunfo parecía marchar sobre ruedas.

En el Campo de los Leones la procesión se detuvo, y se formó el corredor de guerreros por el que la presa tenía que ser perseguida por el león. Desencadenaron al hombre mono, empezaron a apostar por el punto del corredor en el que el león alcanzaría y derribaría a su víctima y trajeron a la fiera para que oliera a la presa. Tomos estaba henchido de satisfacción. Alextar parecía nervioso: los leones le daban miedo. Jamás habría ido de cacería por propia voluntad. Tarzán le observaba. Vio a un joven a finales de la veintena, con ojos nerviosos que no paraban quietos, una barbilla que denotaba debilidad y una boca con un rictus de crueldad. Nada en él recordaba al que era hermano de la espléndida Nemone. Miró a Tarzán, pero bajó los ojos ante la mirada fija del hombre mono.

—¡Daos prisa! —espetó en tono quejumbroso—. Nos aburrimos.

Se dieron prisa, y con las prisas sucedió. En una fracción de segundo la escena relativamente pacífica se transformó en otra de pánico y caos.

Por accidente uno de los negros que sujetaba al león de caza con la correa cerró un poco el collar de la bestia, y lanzando un enojado rugido el experto asesino se volvió hacia los que se encontraban más cerca y atacó a la fila de lanceros que se hallaban entre él y la multitud de espectadores. Le recibieron una docena de lanzas mientras los ciudadanos desarmados huían despavoridos, pisoteando a los más débiles que se caían.

Los nobles daban órdenes a gritos. Alextar se quedó de pie en su carro, temblándole las rodillas, y suplicó que alguien le salvara.

—¡Cien mil dracmas al hombre que mate a la bestia! —gritó—. ¡Más! ¡Cualquier cosa que pida le será concedida!

Nadie parecía prestarle atención. Lo único que buscaban todos era salvarse a sí mismos. En realidad no corría ningún peligro, pues el león estaba ocupado en otra parte.

Las afiladas lanzas enfurecieron aún más al enloquecido carnívoro; sin embargo, por alguna razón no siguió atacando a los guerreros sino que, de

pronto, dio media vuelta y se precipitó directamente hacia el carro del rey. Ahora en verdad Alextar tenía motivos para estar aterrado. Tenía que correr, pero las rodillas le cedieron y se sentó en su vehículo dorado. Miró alrededor con aire indefenso. Estaba prácticamente solo. Algunos miembros de su noble guardia habían corrido a unirse al ataque al león. Tomos había huido en la dirección opuesta. Sólo quedaba la presa.

Alextar vio que el hombre sacaba una daga de su taparrabos y se agazapaba en el camino del león que iba a atacar. Oyó unos salvajes rugidos brotar de labios humanos. El león estaba a punto de saltar sobre él. Alextar lanzó un grito; pero, fascinado, sus ojos llenos de terror se clavaron en la salvaje escena que se produjo ante él. Vio que el león se levantaba para matar a su presa, y luego lo que ocurrió fue tan rápido que apenas pudo seguirlo.

Tarzán se inclinó y pasó por debajo de las grandes patas delanteras extendidas para capturarle; luego salió y saltó al lomo del león, rodeando con un fornido brazo la gruesa garganta del animal. Mezclados con los horribles rugidos de la bestia se oían los del hombre-bestia que estaba sobre su lomo. Alextar se quedó helado de terror. Intentó echar a correr, pero no fue capaz. Quisiera o no, debía quedarse sentado y contemplar aquel espantoso espectáculo: debía contemplar al león matar al hombre y luego saltar sobre él. Sin embargo, lo que más le aterraba eran los rugidos del hombre.

Los dos rodaban por el suelo. En el polvo del Campo de los Leones, a veces estaba encima el hombre y a veces el león; y de vez en cuando la daga de Gemnon brillaba a la luz del sol, refulgía cuando la hoja se hundía en el costado de la frenética bestia. Ahora los dos fueron rodeados por impacientes lanceros listos para arrojar una punta al corazón del león, pero no se presentaba ninguna oportunidad que no pusiera en peligro la vida del hombre. Pero llegó el fin. Con un supremo esfuerzo final por escapar de las garras del hombre mono, el león se desplomó. El duelo había terminado.

Tarzán se puso en pie de un salto. Por unos instantes examinó a los guerreros que le rodeaban con los ojos centelleantes de la bestia a punto de saltar sobre su presa; luego puso un pie sobre la carcasa del león muerto, alzó la cara a los cielos y de su gran pecho brotó el grito de triunfo del simio macho.

Los guerreros se apartaron cuando aquel extraño y horripilante grito hizo añicos el breve silencio del Campo de los Leones. Alextar volvía a

temblar. Había tenido miedo del león, pero aún temía más al hombre. ¿No lo llevó allí para que le matara el león al que acababa de matar? Y no era más que una bestia. Sus rugidos y su terrible grito así lo demostraban.

—¡Lleváoslo! —ordenó con voz débil—. ¡Lleváoslo!

—¿Qué hacemos con él? —preguntó un noble.

—¡Matadle! ¡Matadle! ¡Lleváoslo! —Alextar, ahora, casi gritaba.

—Pero te ha salvado la vida —le recordó el noble.

—¿Eh? ¿Qué? Ah, bueno; devolvedlo a su celda. Más tarde sabré qué hacer con él. ¿No ves que estoy cansado y no quiero que me molesten? —pidió en tono quejumbroso.

El noble bajó la cabeza avergonzado cuando ordenó a la guardia que acompañara a Tarzán de nuevo a su celda, y él fue caminando aliado de Tarzán, donde un noble jamás camina salvo si se trata de alguien de su propia casta.

—Lo que has hecho merece mejor recompensa que esto —comentó de regreso a la ciudad.

—Me parece recordar haberle oído ofrecer cualquier cosa que deseara al hombre que matara al león —dijo el hombre mono—. Eso y cien mil dracmas.

—Sí, has oído bien.

—Al parecer tiene mala memoria.

—¿Qué le habrías pedido?

—Nada.

El noble le miró con sorpresa.

—¿Nada pedirías?

—Nada.

—¿No deseas nada?

—Sí, pero no le pediría nada a un enemigo.

—Yo no soy tu enemigo.

Tarzán miró al hombre, y la sombra de una sonrisa asomó a su serio semblante.

—No me han dado agua desde ayer, ni he comido nada.

—Bien —dijo el noble, riendo—, tendrás las dos cosas… y sin pedirlas.

A su regreso a la ciudad metieron a Tarzán en otra celda; ésta se encontraba en el segundo piso de un ala de palacio que daba a la avenida. La puerta no tardó en abrirse y entró un guerrero con agua y comida. Mientras lo dejaba en el extremo del banco miró a Tarzán con admiración.

—He estado allí y te he visto matar al león de caza del rey —dijo—. Ha sido algo que un hombre sólo puede ver una vez en la vida. Te vi pelear con Phobeg ante Nemone, la reina. También aquello fue algo digno de ver. Salvaste la vida a Phobeg cuando podías haberle matado, cuando todos gritaban que le mataras. Después habría dado la vida por ti.

—Sí, lo sé —señaló el hombre mono—. ¿Phobeg sigue con vida?

—Oh, sí; y aún es guardián del templo.

—Si le ves, dile que le deseo lo mejor.

—Lo haré —prometió el guerrero—. Pronto le veré. Ahora debo irme. —Entonces se acercó a Tarzán y le dijo en un susurro—. No bebas vino, y si viene alguien mantén la espalda pegada a la pared y prepárate para pelear. —Luego se marchó.

—«No bebas vino» —masculló Tarzán. Sabía que el vino era el medio que solía utilizarse para administrar veneno en Cathne; y si mantenía la espalda pegada a la pared nadie podría apuñalarle por detrás. ¡Buen consejo! El consejo de un amigo que podía haber oído sin querer algo que le había incitado a dárselo. Tarzán sabía que tenía muchos amigos entre los guerreros de la Ciudad de Oro.

Se acercó a una de las ventanas y contempló la avenida. Vio un león que caminaba majestuosamente hacia el centro de la ciudad, sin prestar atención a los peatones y sin que éstos le hicieran caso. Sólo era uno de los muchos mansos leones que rondaban por las calles de Cathne durante el día. A veces se alimentaban de cadáveres que les arrojaban, pero en raras ocasiones atacaban a un hombre vivo.

Vio un reducido grupo de gente en el lado opuesto de la avenida. Hablaban con entusiasmo, mirando a menudo en dirección a palacio. Los peatones se paraban a escuchar y se unían a la concentración. Salió un guerrero de palacio y se paró a hablarles; después levantaron la mirada hacia la ventana donde se encontraba Tarzán. El guerrero era el que le había llevado comida.

Cuando la multitud reconoció al hombre mono empezó a vitorearle. Acudía gente de todas direcciones, algunas personas corrían incluso. Entre ellas se encontraban muchos guerreros. La multitud y el tumulto se fueron acrecentando. Cuando se hizo de noche trajeron antorchas. Un destacamento de guerreros salió de palacio. Lo mandaba un noble que pretendía dispersar a la multitud.

Alguien gritó.

—¡Liberad a Tarzán! —y la multitud al completo repitió el grito, como un cántico.

Se acercó un hombre muy corpulento, con una antorcha en la mano. A su luz Tarzán reconoció que era Phobeg, el guardián del templo. Agitó su antorcha hacia Tarzán y gritó:

—¡Vergüenza para Alextar! ¡Vergüenza! —y la multitud repitió ese grito y lo entonó al unísono.

El noble y los hombres de la guardia intentaron acallar y dispersar a la muchedumbre, y luego se produjo una pelea en la que a algunos hombres les rompieron la cabeza, otros resultaron heridos por espadas y otros atravesados por lanzas. Para entonces la turba era tan grande que llenaba la avenida y su talante era tumultuoso, y una vez se hubo derramado un poco de sangre enloqueció. Ante ella la guardia de palacio se hallaba indefensa, y los que sobrevivían se alegraban de retirarse a la seguridad que les ofrecía el palacio.

Entonces alguien gritó:

—¡Abajo Tomos! ¡Muerte a Tomos! —y la ronca voz de la multitud adoptó este nuevo grito, que pareció agitar a los hombres y empujarlos a una nueva acción, pues ahora avanzaron todos hacia las puertas de palacio.

Mientras golpeaban y empujaban los robustos portales, un hombre que estaba en la parte exterior de la multitud gritó:

—¡Los leones de caza! ¡Alextar nos ha soltado sus leones de caza! ¡Muerte a Alextar!

Tarzán miró hacia los establos reales, en la avenida, y allí, en verdad, había cincuenta leones sujetos con correas por sus cuidadores. Excitados por la gran multitud, irritados por el ruido, tiraban de sus cadenas, mientras la noche temblaba con sus estruendosos rugidos; pero la multitud, presa ahora de una locura demoníaca, permaneció impasible. Sin embargo, ¿qué podía hacer contra esta demostración de fuerza salvaje? Empezó a retroceder, lentamente, maldiciendo y gruñendo, lanzando gritos de desafío, pidiendo la libertad de Tarzán.

Involuntariamente brotó del pecho del hombre mono un gruñido, un gruñido de protesta porque le era imposible ayudar a aquellos que eran amigos suyos. Probó los barrotes de la ventana junto a la que estaba. Con su fuerza y su peso se doblaron un poco hacia dentro; luego aplicó ambas cualidades a un solo barrote. Éste se dobló y salió de su encaje en el marco, pues el blando hierro cedió a su gigantesca fuerza. ¡Con eso bastaba! Uno a

uno fue sacando en rápida sucesión los restantes barrotes y arrojándolos al suelo.

Tarzán se asomó a la ventana y miró afuera. Abajo había un patio cerrado. Estaba vacío. Un muro lo separaba de la avenida. Miró hacia la avenida y vio que la multitud seguía retrocediendo mientras los leones avanzaban. Tan atentos estaban todos a los leones que nadie vio que el hombre mono salía por la ventana y se dejaba caer al patio. Frente a él había una gran puerta de postigo, barrada por dentro. La cruzó para salir a la avenida justo frente a la multitud que se retiraba, entre ésta y los leones.

Una docena de personas le vieron y le reconocieron al instante; se oyó un fuerte grito, un grito de desafío con una nueva nota en él: una nota de renovada seguridad y júbilo.

Tarzán cogió una antorcha de uno de los ciudadanos.

—¡Traed las antorchas! —ordenó—. ¡Las antorchas y las lanzas en la primera línea! —Luego avanzó para ir al encuentro de los leones, y los hombres con las antorchas y las lanzas se precipitaron hacia el frente. Lo único que antes necesitaban era un cabecilla.

Todos los animales salvajes temen el fuego. El rey de las bestias no es una excepción. Los leones de caza de Alextar, rey de Cathne, se retiraron un poco cuando les pusieron frente a la cara las antorchas encendidas. Sus cuidadores les gritaban para azuzarles, lanzando maldiciones, pero no podían hacer nada. Uno de los leones, cuya melena ardía, se volvió de pronto, enojando a otro león, que se giró en redondo aterrorizado y confuso y echó a correr por la avenida hacia los establos.

Envalentonados por este éxito, los portadores de antorchas se precipitaron sobre los restantes leones, golpeándoles con fuego hasta que las bestias enloquecieron por el terror; y Tarzán, al frente, les instaba a seguir. Reinaba una gran confusión. Los roncos gritos de la multitud se mezclaban con los rugidos de los carnívoros y los alaridos de los hombres heridos. Para entonces los leones estaban dominados por el terror. Con las correas enredadas, los cuidadores en el suelo, las melenas ardiendo, no podían más. Los que aún estaban ilesos y podían correr corrieron. La turba quería perseguirlos, pero Tarzán les detuvo. Con la mano alzada les calmó al cabo de un momento.

—Dejad que los leones escapen —aconsejó—. Hay una diversión mejor. Yo voy a por Alextar y Tomos.

—Y yo voy contigo —resonó una voz a su lado. Tarzán se volvió y

miró al que había hablado. Era Phobeg, el guardián del templo.

—¡Bien! —exclamó el hombre mono.

—¡Vamos a por Alextar y Tomos! —gritó Phobeg.

Un rugido de aprobación brotó de la multitud.

—¡Las puertas! —gritó alguien—. ¡A las puertas! ¡A las puertas!

—Hay un modo más fácil —dijo Tarzán—. ¡Vamos!

Le siguieron hasta la puerta de postigo que sabía estaba sin barrar y por ella accedieron al recinto de palacio. Allí Tarzán conocía muy bien el camino, pues había estado como prisionero y como invitado de Nemone, la reina.

Alextar y algunos nobles se hallaban comiendo. El rey se asustó, pues no sólo oía los gritos de la multitud sino que le mantenían constantemente informado de todo cuanto ocurría fuera de palacio, y sabía que los leones de caza que él estaba seguro de que dispersarían a los agitadores habían huido. Había enviado a todos los guerreros disponibles en palacio a las puertas cuando los gritos de la multitud indicaron que ésta estaba a punto de precipitarse hacia ellas, y aunque todos los nobles le aseguraron que la multitud no podría vencer a sus luchadores, si las puertas no lograban contenerla, él seguía aterrorizado.

—Tuya es la culpa. Tomos —gimió—. Dijiste que encerrara al hombre mono y ahora, ¡mira lo que ha pasado! La gente quiere destronarme, incluso quiere matarme. ¿Qué haré? ¿Qué puedo hacer?

Tomos no se hallaba en mejor estado de nervios que el rey, pues había oído a la multitud pedir su muerte. Intentó trazar algún plan que pudiera salvarle, y entonces se le ocurrió uno.

—Ordena que liberen al hombre salvaje —dijo—. Dale dinero y honores. Envía enseguida recado a las puertas de que has hecho esto.

—Sí, sí —asintió Alextar; y volviéndose a uno de los nobles dijo—: Ve enseguida a buscar al hombre salvaje; y tú, ve a las puertas y di a la gente lo que he hecho.

—Más tarde —prosiguió Tomos— podemos ofrecerle una copa de vino.

El primer noble cruzó la estancia con premura y abrió de golpe una puerta que daba a un corredor desde el cual podía subir al segundo piso, donde Tarzán había sido encarcelado, pero no atravesó el umbral. Retrocedió con espanto y entró de nuevo en la sala.

—¡Tarzán ya está aquí! —exclamó.

Alextar y Tomos y los otros se pusieron en pie de un salto cuando por la puerta abierta les llegó el murmullo de la multitud que seguía al hombre mono; luego Tarzán entró en la estancia y, siguiéndole los pasos, iban Phobeg y los demás.

Alextar se levantó para huir, igual que Tomos; pero de un salto Tarzán cruzó la habitación y los agarró. Un noble sacó una espada para defender al rey; como las ratas que huyen de un barco que se hunde, estaban listos para abandonar a Alextar. Tan grande era el terror de éste que se hallaba a punto de sufrir un colapso. Se puso de rodillas y suplicó que no le mataran.

—No lo entiendes —dijo—, acabo de dar la orden de que te liberaran. Iba a darte tu dinero… te daré dinero…, te haré leonero…, te daré un palacio, esclavos, todo.

—Todo esto deberías haberlo pensado hoy en el Campo de los Leones, ahora ya es demasiado tarde. No habría aceptado tu oferta —añadió el hombre mono—, pero podrías haber salvado tu vida temporalmente y también tu trono, porque entonces tu pueblo no se habría enojado y disgustado tanto.

—¿Qué vas a hacerme? —peguntó el rey.

—Nada —respondió Tarzán—. Lo que tu pueblo te haga no es asunto mío, pero si no hacen rey a Thudos es que son idiotas.

Ahora Thudos era el primero de los nobles, como Tarzán sabía, y por sus venas corría regia sangre de una línea más antigua que la del rey de Cathne. Era un famoso y viejo guerrero, amado y respetado por el pueblo; y cuando la multitud que estaba en la habitación oyó a Tarzán gritó el nombre de Thudos, y los que estaban en el corredor hicieron correr la voz hasta la avenida, extendiéndola por toda la ciudad.

Alextar lo oyó, y su semblante se quedó blanco. Debía de haberse vuelto loco, como le había ocurrido a su hermana. Se puso en pie lentamente y se enfrentó a Tomos.

—Tú me has hecho esto —dijo—. Durante años me has tenido preso. Arruinaste la vida de mi hermana; tú y M'duze, Has arruinado mi vida y ahora me has hecho perder el trono. Pero no volverás a arruinar ninguna vida más —y al decir esto desenvainó su espada con tanta rapidez que nadie pudo detenerle, y dejó caer la hoja con toda su fuerza sobre el cráneo de Tomos clavándosela hasta la nariz.

Cuando el cuerpo se desplomó a sus pies estalló en carcajadas enloquecidas, mientras los que estaban en la estancia permanecían atónitos

y callados; luego, con la misma rapidez que antes, se clavó la punta de la espada en el corazón y se arrojó hacia delante.

Así murió Alextar, el último de los locos gobernantes de Cathne.

XX

ATHNE

LA PUERTA principal de Athne, la Ciudad de Marfil, da al sur, pues en esa dirección discurre el sendero que conduce a Cathne, la Ciudad de Oro, el bastión de los enemigos seculares de los athneanos. En esa dirección van los guerreros y los nobles de Athne en busca de mujeres y cabezas y otro botín; de esa dirección venían los grupos de ataque de Cathne, también en busca de mujeres, cabezas y otro botín; así que la puerta principal de Athne es resistente y está bien protegida. Se halla flanqueada por dos torres bajas y anchas en las que unos guerreros vigilan día y noche.

Ante la puerta se extiende una gran llanura donde se entrena a los elefantes, y los guerreros de Athne practican con sus poderosas monturas. Es polvorienta y nada crece en ella, sólo la resistente grama, e incluso ésta sobrevive a las pesadas pezuñas de los paquidermos en pequeñas parcelas diseminadas. Los campos de los athneanos se encuentran al norte de la ciudad y en ellos trabajan los esclavos; de modo que se podía llegar a la ciudad desde el sur sin vislumbrar señal alguna de vida humana.

Era primera hora de la tarde. El ardiente sol caía implacable sobre las torres de vigilancia. Los guerreros, lánguidos a causa del calor, jugaban a los dados, los que no estaban vigilando. Uno de estos últimos habló.

—Viene un hombre desde el sur —dijo.

—¿Cuántos? —preguntó uno de los que jugaban a dados.

—He dicho un hombre. Sólo veo a uno.

—Entonces no tenemos que dar la voz de alarma. Pero ¿quién podría venir solo a Athne? ¿Es un hombre de Cathne?

—Ya han venido desertores de allí en otras ocasiones. Quizás éste también lo sea.

—Aún está demasiado lejos para verlo con claridad —dijo el guerrero que había descubierto al extraño—, pero no parece cathneano. Su vestimenta me resulta extraña.

Fue aliado interior de la torre y, asomándose al borde del parapeto, llamó al capitán de la guardia. Un oficial de la guardia entró en la torre y miró hacia arriba.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Viene alguien procedente del sur —explicó el guerrero.

El oficial hizo gestos de asentimiento y subió la escalera que conducía a lo alto de la torre. Entonces los guerreros que jugaban a dados interrumpieron la partida y fueron al parapeto que daba al sur para echar un vistazo al extraño. Ahora estaba más cerca y vieron que llevaba un atuendo extraño para ellos.

—No es cathneano —dijo el oficial—, pero o es tonto o es un hombre muy valiente para venir solo a Athne.

Cuando Stanley Wood se acercaba a las puertas de Athne vio a los guerreros en las torres de vigilancia observándole, y cuando se encontraba bastante cerca le hablaron pero en una lengua que no comprendía.

—Amigo —dijo él, Y alzó la mano en señal de paz.

Después se abrió la puerta y salieron un oficial y varios guerreros. Intentaron hablar con él, y cuando descubrieron que no podían entenderse, le rodearon en formación y le acompañaron al interior de la ciudad.

Stanley se encontró en un extremo de una avenida flanqueada por edificios bajos ocupados por tiendas. Los guerreros que le habían hecho entrar en la ciudad eran blancos, así como la mayoría de gente que había en la avenida, aunque algunos eran de raza negra. Todos parecían sentir mucho interés por él, y pronto se vio rodeado por una gran multitud, que hablaba al mismo tiempo, señalándole, palpándole la ropa y las armas. Estas últimas pronto le fueron arrebatadas por la guardia; el oficial gritó algunas órdenes y los guerreros apartaron a la gente del camino y echaron a andar por la avenida con Wood.

Wood se sentía muy incómodo e indefenso debido a la incapacidad de conversar con los que estaban con él. Deseaba hacer muchas preguntas. Podía ser que Gonfala se encontrara en aquella ciudad y sin embargo él no saberlo nunca si no podía preguntar a nadie por ella. Decidió que lo primero que tenía que hacer era aprender la lengua de aquella gente. Se preguntó si serían amistosos. El hecho de que fueran blancos le infundía esperanzas.

¿Quiénes podían ser? Su atuendo, tan diferente de todo lo moderno, no le daba ninguna pista. Era como si hubieran salido de las páginas de un

libro de historia antigua, tan arcaicas eran sus armas y su vestimenta; pero no podía situarles exactamente. ¿Dónde se originaron esos extraños hombres y mujeres, más bien apuestos? ¿Cómo habían llegado a aquel valle desconocido de África? ¿Podían ser descendientes de colonizadores atlantes, extraviados allí después de que su continente quedara sumergido?

Vanas especulaciones. Fueran quienes fuesen, estaban allí y él no era ni su prisionero ni su invitado; más bien se inclinaba a creer lo primero. No se solía rodear a los invitados con guerreros armados.

Mientras avanzaban por la avenida Wood observó más de cerca la vestimenta de su escolta y de la gente con la que se cruzaban. El oficial que estaba al mando era un tipo apuesto, con el cabello negro, que caminaba con grandes pasos, aparentemente ajeno a los que se cruzaban con él; sin embargo, no había nada ofensivo en su actitud. Si había castas sociales, Wood se aventuró a suponer que aquel hombre pertenecía a la nobleza. La cinta que sujetaba su cabello llevaba un adorno de marfil tallado en el centro de la frente, un adorno que tenía forma de paleta curvada, cóncava, cuya punta se proyectaba por encima de la cabeza del hombre curvándose hacia delante. Llevaba muñequeras y tobilleras hechas de largas tiras planas de marfil, muy juntas y sujetas al cuerpo mediante correas de cuero pasadas por agujeros hechos en las tiras de marfil cerca de la parte superior e inferior. Las sandalias de piel de elefante que calzaban sus pies estaban sujetas también por correas de cuero a la parte baja de los tobillos. En cada brazo, bajo el hombro, portaban un disco de marfil en el que había un artilugio tallado; le rodeaba el cuello una franja de discos de marfil más pequeños tallados profusamente, y de ellos bajaba una correa hasta una cota de malla de cuero, que también estaba sujeta por correas de hombro. De cada lado de su tocado colgaba otro disco de marfil de gran tamaño, sobre el que había un disco más pequeño, cubriendo el primero sus orejas. Cada hombro iba cubierto por una pieza curvada de marfil, pesada, en forma de cuña, sujeta por las mismas correas que aseguraban la cota de malla. Iba armado con una daga y una espada corta.

Los guerreros que le acompañaban iban ataviados de forma similar, pero el marfil tallado era menos elaborado, y sus cotas de malla y sandalias eran de un cuero más tosco y confeccionado con menor esmero. En la espalda cada uno llevaba un pequeño escudo. Los guerreros corrientes portaban pesadas lanzas cortas, así como espadas y dagas. Por sus armas Wood dedujo que lo que en un primer momento había supuesto como

adornos de marfil eran sin lugar a dudas una armadura protectora.

El americano fue conducido a un gran recinto amurallado en el centro de la ciudad. Allí se erguían los edificios más ornamentados que jamás había visto. Había una gran estructura central y muchos edificios más pequeños, situado el conjunto en un jardín similar a un parque de considerable belleza que cubría una extensión de varios acres.

Junto a la entrada destacaba un pequeño edificio ante el cual deambulaban unos veinte guerreros. En el interior, un oficial estaba sentado a una mesa, y a su presencia llevaron a Wood; allí, el oficial que le había acompañado presentó su informe, evidentemente. Qué se decían Wood no podía saberlo, claro, pues no les entendía; pero cuando el primer oficial se marchó se dio cuenta de que le habían confiado a la custodia del otro.

Aunque iba vestido de forma similar, el segundo oficial no daba la impresión de ser de cuna o educación notable, lo que había sido tan perceptible en el primero. Era un tipo de aspecto fornido, grosero, y su apariencia no era muy diferente a la de muchos de los guerreros corrientes que Wood había visto. Cuando se encontró a solas con su prisionero empezó a hacerle preguntas a gritos, y al descubrir que Wood no le entendía, ni él a Wood, descargó un furioso puñetazo en la mesa.

Por fin llamó a algunos guerreros a los que dio instrucciones, y una vez más se llevaron a Wood fuertemente escoltado. Esta vez le condujeron a un lugar situado hacia la parte trasera del recinto, no lejos de un edificio bastante grande de un solo piso cuyo interior estaba destinado a conocer muy bien.

Lo arrojaron a un recinto en cuyo lado norte había un cobertizo abierto donde se hacinaban unos cincuenta hombres. Su alta valla formaba los restantes tres lados del cuadrángulo, cuyo exterior estaba patrullado por guerreros; y Wood se dio cuenta entonces de que definitivamente era prisionero y estaba lejos de ser alguien importante o preferido, ya que los otros internos de aquella prisión en su mayor parte eran tipos sucios y desaliñados, tanto blancos como negros.

Cuando Wood se acercó al cobertizo todos los ojos estaban clavados en él, y supo al instante que estaban haciendo comentarios sobre su persona; y por el tono de alguna carcajada ocasional, le pareció que era blanco de muchas bromas groseras. Percibía antagonismo y se sintió más solo de lo que se habría sentido si hubiera estado recluido a solas; y entonces oyó que alguien le llamaba por su nombre, alguien que estaba entre el grupo del

cobertizo.

Inmediatamente dos hombres se separaron de los demás y se dirigieron hacia él. Eran Spike y Troll. Una oleada de ira inundó al americano, porque su presencia allí les señalaba como los secuestradores de Gonfala.

Su rostro debió de traicionar sus emociones cuando avanzó hacia ellos, porque Spike levantó la mano en gesto de advertencia.

—Quieto —gritó—. La hostilidad no nos servirá de nada. Estamos en un aprieto, y ser hostil no nos ayudará a ninguno. Será mejor para todos que estemos juntos.

—¿Dónde está Gonfala? —preguntó Wood—. ¿Qué le habéis hecho?

—Se la llevaron el día que nos capturaron —dijo Troll—. Desde entonces no la hemos visto.

—Suponemos que está en palacio —dijo Spike—. Dicen que el gran tipo se ha enamorado de ella. Se apoderó de ella y del Gonfal, el muy sinvergüenza.

—¿Por qué la secuestrasteis? —preguntó Wood—. Si alguno de vosotros le ha hecho daño…

—¿Hacerle daño? —exclamó Troll—. ¿Crees que permitiría que alguien hiciera daño a mi hermana?

Spike le hizo un guiño por detrás de Troll y se dio unos golpecitos en la frente.

—Nadie le ha hecho daño —aseguró a Wood—, a menos que se lo hayan hecho después de que la separaran de nosotros. ¿Y por qué nos la llevamos? La necesitábamos. Sin ella el Gonfal no funcionaba.

—¡Maldita piedra! —masculló Wood.

—Creo que esa piedra en verdad está maldita —dijo Spike—. No ha traído más que mala suerte a todo el mundo. Míranos a mí y a Troll. ¿Qué hemos conseguido a cambio de nuestras penalidades? Perdimos la esmeralda; ahora hemos perdido el Gonfal, y lo único que hacemos es sacar porquería de los cobertizos de los elefantes, todo el día, y esperar a ver de qué manera van a acabar con nosotros.

Mientras hablaban otros prisioneros les rodearon, picados por la curiosidad que despertaba en ellos el recién llegado. Interrogaron a Wood, pero como no les entendía ni ellos a él, dirigieron sus preguntas a Spike, que respondía en una extraña jerga de dialectos africanos, signos y algunas palabras de la lengua athneana que había captado. Era un medio muy extraño de transmitir pensamientos, pero al parecer servía admirablemente

para su propósito.

Mientras Wood era objeto del interés de sus compañeros, empezó a considerar rápidamente la actitud que debería adoptar hacia Spike y Troll. Aquellos hombres eran unos bribones de primera, y sólo le provocaban la más amarga enemistad. Por el mal que habían hecho a Gonfala le parecía que merecían la muerte; sin embargo eran los únicos con los que podía hablar, los únicos con los que tenía Intereses en común. Su criterio le indicaba que Spike tenía razón cuando había dicho que deberían estar juntos. De momento, pues, ignoraría su justa ira contra ambos y uniría su destino al de ellos con la esperanza de que de alguna manera pudieran ser útiles a Gonfala.

—Quieren saber quién eres y de dónde vienes —dijo Spike—, y les he dicho que vienes de un país mil veces más grande que Athne y que eras alguien importante, más o menos como sus oficiales. Hay uno de ellos aquí, con nosotros. ¿Ves a ese tipo corpulento que está de pie con los brazos cruzados? —Señaló un tipo alto de aspecto elegante, que no se había acercado con los demás—. Es un petimetre, si es que he visto alguno. Nunca se relaciona con esta escoria; pero Troll y yo le caímos bien y nos está enseñando su lengua.

—Me gustaría conocerle —dijo Wood, pues su principal interés ahora era aprender la lengua de aquella gente a cuyas manos el destino le había arrojado.

—De acuerdo, ven. No es un mal tipo. Es lo que ellos llaman un hombre de los elefantes. Hicieron una especie de revolución hace unos meses y mataron a muchos de estos guías de elefantes, que no huyeron ni se unieron a los revolucionarios. Pero a este tipo no le mataron. Dicen que fue porque era un buen hombre y todo el mundo le apreciaba, incluso los revolucionarios. No quiso unirse a ellos, así que le encerraron en este cobertizo para que hiciera el trabajo sucio con los elefantes. Los revolucionarios de aquí son como los gángsteres de tu país. De todos modos, son una mala panda, siempre causan problemas a la gente decente y roban lo que no pueden hacer ellos mismos porque no tienen suficiente cerebro. Bueno, aquí estamos. Valthor, dale la mano a mi buen amigo Stanley Wood.

Valthor puso cara de asombro, pero estrechó la mano que Wood le tendía.

—¡Caramba! —exclamó Spike—. Siempre olvido que no sabes inglés.

—Entonces repitió la presentación en la lengua de la que conocía algunas palabras.

Valthor sonrió y aceptó la presentación.

—Dice que se alegra de conocerte —tradujo Spike.

—Dile que yo también —dijo el americano— y pregúntale si me ayudaría a aprender su lengua.

Cuando Spike hubo traducido sus palabras Valthor sonrió y asintió, e inmediatamente se inició una asociación que no sólo se transformaría en una auténtica amistad durante las siguientes semanas sino que permitió a Wood conocer lo suficiente la lengua athneana para poder comunicarse con todos a los que se dirigía.

Durante este tiempo trabajó con los otros esclavos en los grandes establos de elefantes de Phoros, el dictador que había usurpado la corona de Athne después de la revolución. La comida era pobre e insuficiente, el trabajo arduo y el tratamiento recibido áspero; en cuanto a los oficiales que estaban a cargo de los esclavos habían sido hombres de la clase más baja antes de la revolución, hallando una vía de escape para muchas inhibiciones cuando se les dio un poco de autoridad.

Durante todo este tiempo no supo nada del destino de Gonfala, pues naturalmente pocas noticias de palacio llegaban a los esclavos de los establos. Si estaba viva o muerta no podía saberlo; y este estado de constante incertidumbre y ansiedad le causaba más daño que las penalidades que se veía obligado a soportar.

—Si es bella —le había dicho Valthor—, creo que no debes temer por su vida. No quitamos la vida a las mujeres hermosas; ni siquiera los erythra lo harían.

—¿Quiénes son los erythra? —preguntó Wood.

—Los hombres que derrocaron al gobierno y elevaron a Phoros hasta el trono de Zygo, el rey de Athne.

—Es muy hermosa —dijo Wood—. Ojalá no fuera tan hermosa.

—Quizá no le haga ningún daño. Si conozco a Menofra, y creo que le conozco, tu amiga estará a salvo de las atenciones de Phoros; y si conozco a Phoros, no permitirá que nadie más la posea si es muy hermosa. Siempre aguarda y espera…, espera que algo le ocurra a Menofra.

—¿Quién es Menofra?

—Por encima de cualquier otra consideración, es una diablesa muy celosa y es la esposa de Phoros.

Poco consuelo era éste, pero era lo mejor que le era concedido a Wood. Sólo podía aguardar y no perder la esperanza. Había poco sobre lo que basar un plan de acción. Valthor le había dicho que podía haber una contrarrevolución para derrocar a Phoros y devolver el trono a Zygo; pero en el recinto de los esclavos había poca información para conjeturar siquiera cuándo —si acaso se podía hacer algún día— podría tener lugar, ya que no había medio de comunicación entre los que estaban confinados allí y los simpatizantes de Zygo que vivían en la ciudad, mientras que Zygo y la mayoría de sus leales nobles y séquito se hallaban escondidos en las montañas a las que habían escapado cuando la revolución dominó la ciudad.

Entre otras obligaciones que ya formaban parte del destino de Wood se encontraba la de ejercitar al elefante del que era encargado particular. Le habían elegido para este trabajo, junto con Valthor, Spike y Troll, debido a su mayor inteligencia que los esclavos corrientes del recinto. Había aprendido rápido y cabalgaba casi cada día en la llanura sur de la ciudad con una fuerte escolta de guerreros.

Un día, tras el período de ejercicio en el campo, que Siempre era a primera hora de la mañana, habían regresado a los establos y estaban cepillando y lavando su enorme montura cuando les ordenaron que volvieran a montar y salieran.

Camino de la llanura se enteraron por los guerreros que les acompañaban de que les enviaban a capturar un elefante salvaje que había estado dañando los campos.

—Dicen que se trata de una bestia horrible —dijo uno de los guerreros —, y si es tan malo no regresaremos todos.

—Con Zygo los nobles salían a capturar los elefantes salvajes, no los esclavos —dijo Valthor. El guerrero acercó su montura al noble athneano.

—Todos están demasiado borrachos para poder cabalgar. Si no estuvieran borrachos no tendrían valor para hacerlo. Los guerreros estamos hartos de ellos. A la mayoría nos gustaría volver a montar como auténticos guías de elefantes, como vosotros.

—Quizá lo hagáis —dijo Valthor— si tenéis valor.

—¡Eh, eh! —gritó un guerrero que iba más adelante.

—Lo han avistado —explicó Valthor a Wood, que cabalgaba a su lado.

Después ellos también vieron a la presa que salía de un bosque de bambú en el linde de la llanura.

Valthor lanzó un silbido.

—Es una gran bestia, y si es tan terrible como dicen nos divertiremos. Pero enviar esclavos inexpertos para cazarle es un crimen. Ten cuidado, Wood. Mantente lejos de su camino, digan lo que digan los guardias. Hazles creer que no puedes controlar a tu elefante. ¡Míralo! Viene directo hacia nosotros. Es malo de verdad… no nos tiene el más mínimo miedo, por Dyaus.

—Nunca he visto un elefante tan grande —dijo Wood.

—Ni yo —admitió Valthor—, aunque he visto muchos elefantes. Sin embargo tiene una imperfección; fíjate en ese colmillo. Es mucho más oscuro que el otro. Si no fuera por eso sería un buen elefante para el rey.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer? —preguntó Wood—. No veo cómo podremos capturar a esa bestia si ella no quiere.

—Le acercaremos algunas hembras e intentaremos guiarle suavemente hacia la ciudad y al gran corral que está junto a la puerta. ¡Mira eso, ahora!

El gran elefante alzó la trompa y barritó enojado. Era evidente que estaba a punto de atacar. El oficial que estaba al mando gritó a los esclavos órdenes de que condujeran a las hembras hacia el animal, pero el oficial no avanzó. Al igual que los otros tres que estaban con él era un erythros y no de la clase noble. Como no poseía ni su orgullo ni su código de honor, podía ordenar a los demás que corrieran peligro mientras él permanecía relativamente a salvo.

Algunos esclavos avanzaron, pero sin demostrar demasiado entusiasmo; luego la gran bestia atacó. Se precipitó directamente a la línea de hembras que se acercaban a él, dispersándolas a izquierda y derecha, y atacó al macho que montaba el oficial que estaba al mando.

Gritando órdenes, el oficial intentó hacer girar su montura y escapar, pero el macho que montaba estaba entrenado para pelear y poco sabía de huidas; además, su harén de hembras estaba allí y no iba a cederlo a ningún macho extraño sin pelear; así que, dividido entre sus inclinaciones naturales y su costumbre de obedecer las órdenes de su jinete, ni se enfrentó al macho que iba a atacarle ni se dio media vuelta, sino que, en su indecisión, se puso de lado. Yen esta posición el gran extraño le golpeó casi con el impulso de una locomotora desbocada.

Se cayó, arrojando pesadamente al suelo al oficial, pero el tipo se puso en pie al instante y echó a correr, con mucho la mayor estupidez que podía haber cometido, pues casi cualquier animal perseguirá cualquier cosa que

huya.

Sus roncos gritos pidiendo ayuda se mezclaron con el barrito del macho salvaje cuando éste pisoteó a su Víctima. Valthor arreó a la hembra que cabalgaba para que trotara, en un intento por desviar la atención del macho y aliviar el ataque, y Wood le siguió; por qué, no habría sabido explicarlo.

Valthor llegó tarde. El macho levantó al aterrado hombre, lo tiró tres veces al aire y luego lo arrojó al suelo y lo pisoteó hasta que sólo quedó una mancha oscura en el árido terreno.

Entonces fue cuando llegaron Valthor y Wood. Wood esperaba que se repitiera la escena que acababa de presenciar siendo él o Valthor la Víctima, pero nada de eso ocurrió.

El athneano guía a su hembra tranquilamente Junto al gran macho, que se quedó quieto con aire satisfecho removiendo la cola, disipándose aparentemente toda su locura al matar a su víctima; y Wood, siguiendo el ejemplo de Valthor, se acercó suavemente por el otro lado.

Durante ese tiempo Valthor tarareaba en voz baja una cancioncilla monótona utilizada por los guías de elefantes de Athne para calmar a las grandes bestias cuando se hallaban nerviosas o irritadas; y luego a la cadencia de su canto le añadió palabras, dando instrucciones a Wood para que los dos pudieran trabajar en armonía con el fin de llevar al macho salvaje a la ciudad y encerrarlo en el corral.

Entre las dos hembras, que conocían bien su papel, el macho fue guiado a su cautiverio, mientras los oficiales, los guerreros y los esclavos les seguían, felices y aliviados al no ser llamados para arriesgar su vida.

Valthor ya gozaba del respeto de sus compañeros prisioneros, así como de los guerreros que les vigilaban, y ahora Wood ocupó el lugar de una persona importante entre ellos.

Al día siguiente Wood tuvo prueba de que el rumor de su destreza al capturar al elefante salvaje había llegado a palacio cuando un oficial y un destacamento de guerreros fueron a buscarle para llevarle ante la presencia de Phoros.

—Desea ver al tipo que ayudó a Valthor a capturar a esa bestia —dijo el oficial.

Valthor se inclinó hacia él y susurró:

—Tiene alguna otra razón. No te enviaría a buscar sólo por eso.

XXI

PHOROS

LA NOCHE salía sigilosamente de su guarida en el este, con su séquito de misterio y actos oscuros y extrañas bestias que durante el día no se ven. Aunque el sol aún teñía el cielo occidental de un desvaído tono rojizo ya era oscuro y tenebroso en el Paso de los Guerreros que va del valle de Onthar al valle de Thenar.

En Onthar está Cathne, la Ciudad de Oro; en Thenar está Athne, la Ciudad de Marfil; en el Paso de los Guerreros estaba Tarzán de los Monos. Solo, se dirigía a Athne en busca de una pista para conocer el paradero de Gonfala.

Gemnon había tratado de disuadirle de ir sin escolta, igual que había hecho Thudos, a quien había ayudado a ocupar el trono de Cathne.

—Si no has regresado dentro de un tiempo razonable —le dijo Thudos—, enviaré un ejército a Athne para traerte de vuelta.

—Si no he regresado dentro de un tiempo prudencial —sugirió el hombre mono— bien puede ser que ya esté muerto.

—Quizás —accedió Thudos—, pero no te matarán a menos que sea necesario. Siempre andan escasos de esclavos para que hagan el trabajo de la ciudad, y jamás destruirían un espécimen tan bueno como tú. Al igual que nosotros, también necesitan hombres para luchar en la pista.

—Eso te gustaría más que restregar elefantes —dijo Gemnon, sonriendo.

Tarzán meneó la cabeza.

—No me gusta luchar ni matar, y hay cosas peores que restregar elefantes.

Y así se había marchado, decidiendo seguir una ruta que no le obligara a cruzar el valle de Thenar de día, ya que deseaba aproximarse y explorar Athne sin ser visto. Que ambos valles, en especial el de Onthar, albergaran muchos leones salvajes era un riesgo que tenía que correr; pero salvo por el

hecho en sí de cruzar Thenar, podía aprovechar la protección de los bosques que había en casi todo el camino.

El riesgo era grande, pues lo leones de Thenar no eran leones corrientes. Muchos de ellos eran leones de caza huidos de Cathne que se habían alimentado de carne humana y estaban entrenados para cazar hombres. Durante generaciones les habían criado para adquirir velocidad y resistencia; de modo que en todo el mundo no había bestias de presa más formidables que éstas.

Cuando cayó la noche, Tarzán oyó los rugidos de los grandes felinos en el valle que había abandonado. Con todos los sentidos alerta cruzó el Paso de los Guerreros y entró en el valle de Thenar. De momento aún no había oído rugir ningún león desde esa dirección. El viento le venía de cara. No le traía ningún rastro de olor de Numa, pero sabía que llevaba su olor en la dirección de los leones de caza de Cathne.

Apretó el paso, pues aunque había matado a muchos leones sabía que ningún ser vivo podía esperar sobrevivir a un ataque de estas bestias que a menudo iban de caza en manada.

Ahora se encontraba en la llanura de Thenar. Aún oía los rugidos de los leones de Onthar. De pronto adquirieron una nota diferente. La conocía bien. Le indicaba que habían captado el rastro de alguna criatura y la señalaban como su presa. ¿Era su rastro?

Al frente se elevaba una luna llena sobre las montañas, iluminando el suelo del valle, revelando la oscura franja de bosque mucho más adelante. Las salvajes voces de los leones se hicieron más fuertes y reverberaban en el cañón llamado el Paso de los Guerreros, que él acababa de cruzar; entonces Tarzán supo que los leones de caza de Cathne seguían su rastro.

Usted o yo no habríamos podido contar los leones por sus voces; pero Tarzán podía discernir la calidad distintiva o carácter de cada voz, y así supo que había cinco leones que le perseguían de forma implacable. Una vez más apretó el paso.

Calculó que los leones se encontraban aproximadamente a kilómetro y medio por detrás de él, y el bosque se hallaba a unos cinco kilómetros al frente. Si no se interponía ningún obstáculo podía llegar al bosque antes que los leones, pero estaba cruzando un terreno con el que no estaba familiarizado y que conocía sólo por las descripciones que le habían dado Gemnon y Thudos, y sabía que muy fácilmente podía haber alguna peculiaridad de la topografía del suelo del valle que le retrasara; un

profundo curso de agua seco con las orillas de tierra blanda sería suficiente.

Echó a correr, respirando de forma regular, apenas acelerados los latidos de su corazón por el ejercicio; pero los leones se acercaban aún más velozmente. Por el ruido de sus voces sabía que le estaban alcanzando. Aunque les conocía bien, se maravillaba de su resistencia, tan inusual en los leones, y le asombraban los resultados que podían alcanzarse mediante una cuidadosa crianza. Ahora, por primera vez, echó a correr; pues sabía que en el instante en que le avistaran correrían mucho más de lo que él podría correr en cualquier gran distancia. Entonces sería cuestión de quién podía mantener la mayor velocidad durante la distancia más larga.

Ningún obstáculo le retrasó y por fin llegó a menos de un kilómetro del bosque, con distancia y tiempo suficientes para confiar en que disponía de un margen de seguridad razonable; entonces ocurrió lo imprevisto. De las sombras del bosque apareció de pronto ante sus ojos un gran león.

Los que quieren vivir mucho tiempo en la jungla deben pensar rápido. Tarzán sopesó la situación sin perder el ritmo. El bosque era su meta; un león constituía una amenaza menor que cinco, y ese león solo era lo único que se interponía entre él y el bosque. Lanzando un rugido salvaje atacó al león.

La bestia había empezado a trotar hacia él; pero entonces se detuvo, vacilante. ¿Se quedaría quieto o atacaría? Esto dependía en gran medida de si era un león salvaje corriente o un león entrenado para la caza. Tarzán dedujo por el hecho de que vacilara en lugar de pasar al ataque que se trataba de lo primero.

Los cinco leones de Onthar estaban ganando terreno rápidamente. A la fuerte luz de la luna debían de haber avistado a su presa. Sus voces así lo proclamaban. Ahora atacaban. Si hubieran sido leones salvajes hubieran cazado en silencio una vez señalada su presa, pero la tierra temblaba con sus rugidos. Tarzán pensó que así malgastaban demasiada energía, pero sabía que estaban entrenados para ello, de modo que los cazadores podían seguirles incluso cuando estaban fuera de la vista.

Tarzán vio que el león que tenía frente a él vacilaba. Probablemente estaba sorprendido por la táctica del hombre, es decir, por una presa que le atacaba; y los rugidos de los cinco leones sin duda se sumaban a su nerviosismo. Sólo les separaban cincuenta metros, y el león no se había decidido todavía, cuando del pecho del hombre mono brotó el salvaje grito de desafío del simio macho. Esto fue la gota que colmó el vaso. El león

giró en redondo y se adentró a toda prisa en el bosque. Un momento después Tarzán se encaramó a un árbol amistoso cuando cinco enojados leones saltaban sobre él para alcanzarle.

Dado que encontró un lugar de descanso cómodo, el hombre mono rompió algunas ramas muertas y se las arrojó a los leones, llamándoles Dango. Ungo. Harta y otros nombres insultantes, atribuyéndoles a ellos y a sus antepasados gustos y costumbres horripilantes. Hombre tranquilo, casi taciturno, tenía práctica en el empleo de la jerga de la jungla que había aprendido de los grandes simios entre los que se había criado. Quizá los leones le entendían, quizá no. ¿Quién sabe? Sea como fuere, estaban muy enojados y daban grandes saltos en el aire en un vano esfuerzo por llegar hasta él, lo que no hacía más que enfurecerles aún más. Pero Tarzán no tenía tiempo que perder con ellos, y, avanzando entre los árboles, se alejó hacia el norte y la ciudad de Athne.

Se había propuesto llegar a la ciudad mientras ésta dormía, y sabía cómo acercarse por la información que le habían dado Gemnon y Thudos, quienes habían visitado a menudo Athne durante las treguas anuales cuando las dos ciudades comerciaban entre sí. Recorrió la mitad del camino rodeando la ciudad hacia el norte, menos protegida en este punto que en el sur.

Aquí se enfrentó con el mayor peligro, pues debía escalar el muro a la luz de la luna llena. Eligió un lugar lejos de la puerta norte, y se acercó con sigilo hacia la ciudad arrastrándose sobre el vientre a través de la vegetación que crecía en los campos cultivados. A menudo se paraba y escuchaba, pero no percibió señal de vida alguna en la muralla de la ciudad.

Cuando llegó a casi treinta metros de la muralla, se levantó y echó a correr hacia ella a toda velocidad, y la escaló como un gato hasta que sus dedos se cerraron en la parte superior; entonces se dio impulso y, tumbándose, miró al otro lado. Había un edificio parecido a un cobertizo adosado a la pared, y más allá había una calle estrecha. Tarzán se deslizó al tejado del cobertizo y un instante después se dejó caer a la calle.

Al punto asomó una cabeza por una ventana abierta y una voz de hombre preguntó:

—¿Qué haces ahí?, ¿quién eres?

—Soy Daimon —respondió Tarzán con un ronco susurro. De inmediato la cabeza se retiró y la ventana se cerró con un golpe. Tarzán, raudo en pensar, había aprovechado algo que Gemnon le había dicho: que los

athneanos creían en un mal espíritu que salía por la noche en busca de alguien a quien matar. Atribuían a Daimon todas las muertes inexplicables, en especial las que se producían por la noche.

Siguiendo las instrucciones que había recibido. Tarzán avanzó por las estrechas calles en sombras hacia el centro de la ciudad, y por fin llegó al recinto amurallado donde se encontraba el palacio. Le habían dicho que allí sólo encontraría guardias en las puertas norte y sur. Otras puertas, si había alguna, estaban fuertemente cerradas y raras veces se utilizaban.

Como Tarzán se aproximó al recinto desde el oeste no encontró ni puerta ni guardias. El muro era bajo en comparación con el que rodeaba la ciudad, y por tanto no constituyó ningún obstáculo para el hombre mono. Una vez hubo franqueado el muro se encontró en un jardín formado por árboles, arbustos y flores, un lugar encantador de suaves y dulces fragancias; pero de momento sus sentidos no estaban para eso, pues buscaba unos olores que no eran los de las flores.

Serpenteando entre edificios pequeños y otros jardines llegó a un gran edificio que sabía que debía de ser el palacio, y allí, para su sorpresa, vio varias habitaciones profusamente iluminadas. Había creído que todos estarían durmiendo con excepción de los guardias.

En el patio que flanqueaba este lado del palacio crecían varios árboles viejos, yen la seguridad de sus sombras Tarzán lo cruzó hasta el edificio y miró por una de las ventanas. Allí vio un gran salón de banquetes a lo largo del cual había una larga mesa a la que estaban sentados un centenar de hombres o más, la mayoría en diversos estados de embriaguez.

Había mucho ruido de charla y risas, y se estaban produciendo un par de peleas por las que nadie se interesaba salvo los contendientes. Los hombres, en su mayor parte, eran toscos, tipos de aspecto vulgar, en absoluto como los nobles de Cathne. El hombre situado a la cabecera de la mesa tenía una apariencia bestial. Golpeaba la mesa dando fuertes puñetazos y gritaba más como un toro que como un hombre.

Los esclavos iban y venían, trayendo más bebida y llevándose copas y platos vacíos. Algunos invitados aún comían, pero la mayoría de ellos concentraban sus energías y su talento en el asunto principal de la velada: beber.

—¿No os dije que la trajerais? —gritó el hombre corpulento de la cabecera de la mesa, dirigiéndose a la asamblea en general.

—¿Dijiste a quién que trajera qué? —preguntó otro que estaba sentado

más lejos, hacia el otro extremo de la mesa.

—¡¡A la muchacha!! —gritó el hombre corpulento.

—¿Qué muchacha, Phoros?

—«La» muchacha —repitió Phoros bebido.

—Ah, «la» muchacha —repitió alguien.

—Bueno, ¿por qué no la traéis?

—¿Traer a quién?

—Traer a «la» muchacha —repitió Phoros.

—¿Quién la trae? —preguntó otro.

—Tú la traes —ordenó Phoros.

El tipo al que se había dirigido hizo gestos de negación con la cabeza.

—Yo no —dijo—. Menofra me arrancaría la piel a tiras.

—No lo sabrá. Se ha ido a la cama —le aseguró Phoros.

—No voy a arriesgarme. Envía a un esclavo.

—Será mejor que no envíes a nadie —aconsejó un hombre sentado aliado de Phoros, alguien que no parecía tan borracho como los otros—. Menofra os cortaría la cabeza a ella y a ti.

—¿Quién es el rey? —preguntó Phoros.

—Pregúntaselo a Menofra —sugirió el otro.

—Yo soy el rey —afirmó Phoros. Se volvió a un esclavo. El tipo resultó que estaba mirando en otra dirección. Phoros le arrojó una pesada copa, que por poco no le dio en la cabeza.

—¡Eh, tú! Ve a buscar a la muchacha.

—¿Qué muchacha, mi amo? —pregunto el esclavo, tembloroso.

—Sólo hay una muchacha en Athne, hijo de perra. ¡Ve a buscarla!

El esclavo salió apresurado de la sala. Después siguió una discusión respecto a lo que haría Menofra si lo descubría. Phoros anunció que estaba harto de Menofra, y que si no se ocupaba de sus asuntos la dejaría de lado y se olvidaría de ella. Le pareció que era una buena broma y se rió de forma tan estentórea que se cayó del banco, pero algunos comensales parecían nerviosos y temerosos y miraron con aprensión hacia la puerta.

Tarzán observaba y escuchaba. Sintió repugnancia y vergüenza; vergüenza porque él pertenecía a la misma especie que aquellas criaturas. Desde pequeño había sido compañero de las bestias del bosque y la llanura, los órdenes inferiores; sin embargo nunca les había visto rebajarse al nivel del hombre. La mayoría de ellas eran valientes, con la posible excepción de los monos inferiores, que eran los que estaban más íntimamente ligados al

hombre. Si se hubiera visto impulsado a teorizar, sin duda habría invertido la teoría de Darwin sobre la evolución. Pero su mente estaba ocupada con otro pensamiento: ¿quién era LA muchacha? Se preguntó si no sería Gonfala, pero la llegada de una mujer corpulenta y de aspecto masculino, que entró con grandes pasos en la habitación seguida por el esclavo que había sido enviado en busca de la muchacha, puso fin a toda especulación. ¡Así que aquella era la muchacha! Tarzán la miró con leve asombro. Tenía las manos grandes y enrojecidas, un lunar con pelos en la barbilla y un bigote considerablemente perceptible. En otros aspectos era asimismo poco agradable.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó, mirando a Phoros echando chispas por los ojos—. ¿Por qué me has despertado a estas horas de la madrugada, miserable borracho?

Phoros se quedó con la boca abierta; miró como un loco alrededor como si buscara ayuda entre sus compañeros; pero no recibió ninguna. Los que no habían perdido el conocimiento estaban ocupados tratando de aparecer dignos y sobrios.

—Querida —dijo Phoros con ánimo de congraciarse con ella— queríamos que te unieras a nosotros y lo celebraras también.

—¡Ni querida ni nada! —espetó la mujer; luego entrecerró los ojos—. ¿Celebrar qué? —preguntó.

Phoros miró alrededor con aire indefenso. Con la mirada turbia y eructando, miró como un necio al hombre que estaba sentado a su lado.

—¿Qué celebrábamos, Kandos?

Kandos se removió intranquilo y se humedeció los labios resecos con la lengua.

—¡No me mientas! —gritó la mujer—. No tenías ninguna intención de llamarme a mí.

—¡Bueno, Menofra! —exclamó Phoros en un tono que pretendía ser tranquilizador.

La mujer giró en redondo hacia el asustado esclavo que tenía detrás.

—¿Te han dicho que fueras a buscarme?

—¡Oh, gran reina! Creía que se refería a ti —gimió el esclavo, hincándose de rodillas.

—¿Qué te ha dicho? —La voz de Menofra era casi un ladrido.

—Ha dicho: «Ve a buscar a la muchacha», y cuando le he preguntado qué muchacha, ha dicho: «Sólo hay una muchacha en Athne, hijo de una

cerda».

Menofra entornó los ojos en un gesto amenazador.

—La única muchacha en Athne, ¿eh? Sé a quién has enviado a buscar; a esa fresca de pelo rubio que trajeron con los dos hombres. ¿Crees que me has engañado? Pues no. Sólo has estado esperando tu oportunidad, y esta noche te has emborrachado lo bastante para reunir un poco de valor. Bueno, me ocuparé de ti; y cuando haya acabado contigo, me ocuparé de la única muchacha que hay en Athne. Te la enviaré, si queda algo de ti; te la enviaré a pedazos. —Se volvió hacia la sumisa y asustada compañía y gritó —: ¡Iros de aquí, cerdos, todos! —Luego se dirigió con grandes pasos a la cabecera de la mesa y agarró a Phoros por una oreja—. Y tú ven conmigo… ¡rey! —El título sonó como una injuria.

XXII

MENOFRA

TARZÁN se alejó de la ventana y caminó junto al edificio, levantando la mirada hacia el segundo piso. Allí supuso que estarían las cámaras para dormir. En alguna habitación de arriba, sin duda, se hallaba confinada Gonfala. Varias parras se encaramaban por la pared. Las probó, intentando encontrar una que resistiera su peso; y al fin tropezó con una hiedra que tenía un tallo tan grueso como su brazo, una vieja planta retorcida que se pegaba a la tosca pared con millones de raíces aéreas. Probó si resistiría su peso; luego, satisfecho porque aguantaría, empezó a ascender hacia una ventana situada directamente arriba.

Cerca de la ventana abierta se paró a escuchar, clasificando su sensible olfato los olores que salían de la cámara. En ella dormía un hombre. La respiración pesada le indicaba que el hombre estaba dormido. Sus estertores y olor le indicaban que el tipo estaba bebido. Tarzán pasó una pierna por el alféizar y entró en la habitación. Se movía sin hacer ruido, cruzando a tientas la oscuridad. Se lo tomó con calma, y poco a poco sus ojos se acostumbraron a la oscuridad del interior. Tenía el don, que algunos hombres poseen en común con los animales nocturnos, de poder ver en la negrura mejor que los demás hombres. Quizá se le había desarrollado debido a la necesidad. El que puede ver de noche en la jungla tiene más posibilidades de sobrevivir.

Pronto identificó una masa más oscura en el suelo, cerca de una pared lateral, como el hombre que dormía; sin embargo, eso no era difícil: los ronquidos del hombre proclamaban su ubicación. Tarzán cruzó la habitación y encontró una puerta. Hurgó con los dedos para encontrar una cerradura o un cerrojo y halló esto último. Chirrió un poco cuando lo corrió; pero no había que temer que despertara al hombre, y no lo hizo. La puerta se abría a un corredor débilmente iluminado, un corredor arqueado a cuyos lados había otras puertas así como las aberturas arqueadas que daban

a otros corredores.

Tarzán oyó voces. Eran voces fuertes de un furioso altercado, y luego oyó ruidos de refriega. Eran las voces de Menofra y Phoros. Después se oyó un fuerte grito seguido de un golpe seco, como el de un cuerpo que caía; luego, silencio. Tarzán esperó, aguzando el oído. Oyó que se abría una puerta más adelante en el corredor, en la dirección de donde antes venían las voces; entonces retrocedió y entró en la habitación que estaba detrás de él, dejando la puerta entreabierta para poder mirar fuera. Vio un hombre que salía de una puerta y se acercaba por el corredor. Era Phoros. Se tambaleaba un poco y en la mano derecha llevaba una espada corta ensangrentada. Su expresión era confusa y vacua. Pasó por delante de la puerta por la que Tarzán observaba y torció por otro corredor; luego el hombre mono salió al corredor y le siguió.

Cuando llegó al extremo del corredor por el que Phoros había girado, Tarzán vio al athneano hurgar con una llave en la cerradura de una puerta a poca distancia, y esperó hasta que hubiera abierto la puerta y entrado en la habitación; entonces el hombre mono le siguió corriendo. Quería llegar a la puerta antes de que Phoros pudiera cerrarla por dentro, si es que tenía esa intención: pero no la tenía. En realidad, en su descuido debido a la embriaguez, ni siquiera la cerró de golpe, y apenas acababa de entrar en la habitación cuando Tarzán empujó la puerta y le siguió.

El hombre mono se había movido con absoluto silencio, de modo que aunque se quedó detrás de Phoros, éste no se dio cuenta de su presencia. La habitación estaba iluminada por una simple lamparilla: una mecha que ardía en un recipiente poco profundo medio lleno de grasa. Tumbada en un rincón, con las manos y los pies atados, estaba Gonfala; en otro rincón, maniatado de forma similar, se encontraba Stanley Wood. Los dos vieron a Tarzán y le reconocieron al mismo tiempo, pero él se llevó un dedo a los labios para indicarles que no hicieran ruido. Phoros estaba de pie mirando con malicia a sus dos prisioneros, su gordo cuerpo oscilando inestable.

—Así que los amantes aún están aquí —se mofó—. Pero ¿por qué están tan separados? Eh, tú, estúpido, mírame; te enseñaré a hacer el amor con la muchacha. Ahora es mía. Menofra, la vieja arpía, está muerta. ¡Mira esta espada! ¿Ves esta sangre? Es la sangre de Menofra. Acabo de matarla. —Señaló a Wood con la espada—. Y en cuanto te haya enseñado cómo se debe comportar un amante te mataré a ti.

Se dirigió hacia Gonfala, y al hacerlo unos dedos de acero le aferraron

la muñeca con cuya mano sujetaba la espada, el arma cayó al suelo y él también se desplomó pesadamente.

—Calla o te mato —susurró una voz baja.

Phoros miró los fríos ojos grises de un gigante semidesnudo que se cernía sobre él y le apuntaba con su propia espada.

—¿Quién eres? —preguntó temblando—. No me mates. Dime qué quieres. Te daré lo que quieras si no me matas.

—Cogeré yo mismo lo que quiero. No te muevas. —Tarzán se dirigió hacia Wood y le cortó las ataduras—. Suelta a Gonfala —dijo—, y cuando lo hayas hecho ata a este hombre y amordázale.

Wood trabajó deprisa.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le preguntó Tarzán.

—Estaba buscando a Gonfala. Le seguí la pista hasta esta ciudad; entonces me hicieron prisionero. Hoy Phoros me ha llamado. De algún modo, probablemente por lo que alguno de los suyos había oído de boca de Spike y Troll, tenía la idea de que yo sabía hacer funcionar el Gonfal. Spike había estado alardeando de sus poderes, pero ni él ni Troll eran capaces de hacer nada con él. También dijeron a alguien que Gonfala era la diosa de la gran piedra, y por eso nos pusieron juntos y nos dijeron que le demostráramos alguna proeza mágica. Nuestro encuentro fue tan repentino e inesperado que nos abandonamos; debió de ser evidente para todos que estábamos enamorados. Bueno, Phoros lo captó; tal vez porque estaba celoso. Él ha estado tratando de hacer el amor con Gonfala desde que la capturaron, pero tenía demasiado miedo de su esposa para ir muy lejos.

Cuando Gonfala quedó libre Wood ató a Phoros, y cuando hubo terminado la tarea oyeron ruido de pasos que se arrastraban en el corredor. Todos permanecieron en pie, tensos y en silencio, esperando. ¿Los pasos pasarían de largo o alguien iba a entrar en aquella habitación?

Cada vez estaban más cerca; luego se pararon fuera, como si el que caminaba estuviera escuchando. La puerta se abrió y lo que vieron fue algo espantoso. Gonfala ahogó un grito; Wood retrocedió de un brinco; sólo Tarzán permaneció impasible. Era Menofra. Una horrible herida le abría la cabeza y un hombro. Estaba cubierta de sangre y se tambaleaba, debilitada por la pérdida de ésta, pero conservaba el conocimiento.

Volvió a toda prisa al corredor, cerró la puerta e hizo girar la llave que el ebrio Phoros había dejado en la cerradura; luego la oyeron llamar a voz en grito a la guardia.

—Al parecer estamos atrapados —comentó Wood.

—Pero tenemos un rehén —le recordó Tarzán.

—Qué visión tan horrible —observó Gonfala, estremeciéndose y señalando con la cabeza hacia el corredor—. ¿Cómo creéis que ha sucedido?

El hombre mono señaló con el pulgar en dirección a Phoros.

—Él podría contártelo. Imagino que se alegra bastante de que estemos aquí con él.

—Vaya pareja —dijo Wood—, pero imagino que a muchas parejas casadas les gustaría hacerse eso si se creyeran impunes.

—Qué horrible eso que dices, Stanley —se quejó Gonfala—. ¿Crees que nosotros seríamos así?

—Ah, nosotros somos diferentes —le aseguró Wood—; esta gente son bestias.

—No son bestias —le corrigió Tarzán—. Son seres humanos, y actúan como seres humanos.

—Ahí viene la guardia —dijo Wood.

Oyeron que se aproximaban hombres corriendo por el corredor; oyeron sus exclamaciones al ver a Menofra y su excitado interrogatorio.

—Ahí dentro hay un hombre salvaje —les dijo Menofra—. Ha liberado a los dos prisioneros y han atado y amordazado al rey. Puede que le maten. No quiero que lo hagan; lo quiero para mí. Entrad y capturad a los extranjeros y traedme al rey a mí.

Tarzán permanecía cerca de la puerta.

—Si entráis sin mi permiso —gritó—, mataré al rey.

—Parece que estás en un apuro, Phoros —dijo Wood—, pase lo que pase. Si Menofra te coge por su cuenta te espera una buena. —Phoros no pudo responder al estar amordazado.

Los guerreros y la reina discutían en el corredor. No podían llegar a ninguna decisión en cuanto a lo que hacer. Los tres prisioneros que estaban en la habitación no se hallaban mejor. Tarzán estaba desconcertado. Se lo dijo a Wood.

—Conocí bien a un noble athneano —dijo— y a través de él llegué a creer que esta gente era noble y caballerosa, en absoluto como los que he visto aquí. En Cathne corría el rumor de que se había producido algún cambio en el gobierno, pero lo natural era suponer que se trataba de otra facción de la nobleza que había subido al poder. Si esta gente pertenece a la

nobleza, nuestro amigo Spike debe de ser al menos arzobispo.

—No pertenecen a la nobleza —dijo Wood—. Proceden de los sectores más bajos de la sociedad. Derrocaron al rey y a la nobleza hace unos meses. Supongo que están arruinando el país.

—Eso lo explica todo —dijo Tarzán—. Bueno, supongo que mi amigo Valthor no puede ayudarme mucho.

—¿Valthor? —exclamó Wood—. ¿Le conoces? Vaya, es el único amigo que tengo aquí.

—¿Dónde está? Él nos ayudará —dijo Tarzán.

—No, en el lugar donde está no lo hará. Él y yo éramos compañeros de cautiverio en los establos de los elefantes.

—¡Valthor esclavo!

—Sí, y es una suerte serlo —le aseguró Wood—. Mataron a todos los demás miembros de la nobleza que detuvieron, salvo unos cuantos que se unieron a ellos. El resto escapó a las montañas. A todo el mundo le caía bien Valthor, por eso no lo han matado.

—Menos mal que no corrí ningún riesgo cuando vine —observó el hombre mono—. En Cathne habían oído esos rumores, por eso vine de noche para investigar antes de intentar encontrar a Valthor o darme a conocer.

Llamaron a la puerta.

—¿Qué queréis? —preguntó Tarzán.

—Entregad el rey a la reina y no os haremos ningún daño —dijo una voz.

Phoros empezó a retorcerse en el suelo, haciendo violentos gestos de negación con la cabeza. Tarzán sonrió.

—Esperad a que lo hablemos —dijo; entonces se dirigió a Wood—. Quítale la mordaza.

En cuanto le hubieron quitado la mordaza Phoros se atragantó y tosió antes de poder articular una palabra inteligible, tan asustado y nervioso estaba.

—No permitáis que me coja —logró decir por fin—. Me matará.

—Me parece que es lo que te espera —dijo Wood.

—Tal vez podríamos llegar a un acuerdo —sugirió Tarzán.

—Cualquier cosa, lo que queráis —dijo Phoros desesperado.

—Nuestra libertad y una escolta segura hasta el Paso de los Guerreros —pidió el hombre mono.

—De acuerdo —prometió Phoros.

—Y el gran diamante —añadió Wood.

—Y el gran diamante —accedió Phoros.

—¿Cómo sabremos que harás lo que dices? —preguntó Tarzán.

—Tenéis mi palabra —le aseguró Phoros.

—No creo que tu palabra valga mucho. Tendría que tener algo más.

—Bueno, ¿qué?

—Queremos llevarte con nosotros y mantenerte cerca de mí, donde pueda matarte si no cumples el trato.

—También eso. Accedo a todo, pero no dejéis que ella me ponga las manos encima.

—Otra cosa —añadió Tarzán—. La libertad de Valthor.

—Concedido.

—Y ahora que todo está arreglado —dijo Wood—, ¿cómo diablos vamos a salir de aquí con esa vieja arpía protegiendo el fuerte con la guardia ahí fuera? ¿Has presenciado alguna vez una coronación, Tarzán?

El hombre mono negó con la cabeza.

—Bueno, saca a Phoros ahí fuera, amigo mío, y verás a un rey coronado.

—No sé de qué hablas, pero no tengo la menor intención de sacarle de aquí hasta que tenga la seguridad de que sus promesas se cumplirán. —Se volvió a Phoros—. ¿Qué sugieres? ¿La guardia te obedecerá?

—No lo sé. Le tienen miedo a ella. Todo el mundo le tiene miedo, y Dyaus sabe que tienen razón.

—Me parece que no estamos llegando a ninguna parte —comentó Wood. Tarzán cruzó la habitación para acercarse a Phoros y le desató.

—Vamos a la puerta —ordenó— y explica mi propuesta a tu esposa.

Phoros se acercó a la puerta.

—Querida, escucha —dijo en tono zalamero.

—No escucho nada, bestia, asesino —le gritó ella—. Deja que te ponga las manos encima; es lo único que pido.

—Pero querida, estaba borracho. No tema ninguna intención de hacerlo. Atiende a razones. Deja que saque a esta gente de nuestro territorio con una escolta de guerreros y no me matarán.

—No me vengas con zalamerías, tú, tú…

—Pero, mi pequeña Menofra, atiende a razones. Envía a buscar a Kandos y déjanos hablarlo.

—Entrad ahí dentro, cobardes, y sacadles a rastras —gritó Menofra a los guardias.

—¡Quedaos fuera! —gritó a su vez Phoros—. Soy el rey. Éstas son las órdenes del rey.

—Yo soy la reina —chilló a su vez Menofra—, y os digo que entréis y rescatéis al rey.

—Estoy bien —gritó Phoros—. No quiero que me rescaten.

—Creo —dijo el oficial de la guardia— que lo mejor que podemos hacer es llamar a Kandos.

No es asunto que pueda decidir un simple oficial de la guardia.

—Tienes razón —le animó el rey—, id a buscar a Kandos.

Oyeron que el oficial enviaba a un guerrero a buscar a Kandos, y oyeron que la reina gruñía y regañaba y amenazaba.

Wood se acercó a la puerta.

—¡Menofra! —llamó—. Tengo una idea que quizá no se te había ocurrido. Deja que Phoros nos acompañe hasta el límite; luego, cuando regrese, será todo tuyo. Eso ahorrará muchos problemas a todos los implicados.

Phoros parecía preocupado. Tampoco a él se le había ocurrido. Menofra no respondió de inmediato; luego dijo:

—Me engañaría de alguna manera.

—¿Cómo puede engañarte? —preguntó Wood.

—No lo sé, pero encontrará la manera. Ha estado engañando a la gente toda su vida. —No podría hacerlo. Tendrías un ejército. ¿Qué podría hacer él?

—Bueno, quizá vale la pena pensarlo —admitió la reina—, pero no sé si podría esperar. Me gustaría ponerle las manos encima ahora mismo. ¿Has visto lo que me ha hecho?

—Sí. Es horrible —se compadeció Wood.

El guerrero no tardó en regresar con Kandos. Menofra le saludó con una retahíla de vituperios en cuanto le vio, y pasó un buen rato hasta que él pudo tranquilizarla y comprender la historia. Entonces se la llevó adonde nadie pudiera oírles y hablaron en susurros. Cuando terminaron, Kandos se acercó a la puerta.

—Todo está arreglado —anunció—. La reina ha dado su permiso. El grupo partirá poco después del amanecer. Aún está oscuro y el camino no es seguro de noche. En cuanto hayáis desayunado, así como la escolta,

podéis iros en paz. Prometedme que no le haréis daño al rey.

—Lo prometemos —dijo Tarzán.

—Muy bien —dijo Kandos—. Voy a preparar la escolta.

—¡Y no te olvides de nuestro desayuno! —dijo Wood a gritos.

—Puedes estar seguro de que no lo olvidaré —le prometió Kandos.

XXIII

SENTENCIADOS

STANLEY WOOD estaba de buen humor.

—Tengo la sensación de que nuestros problemas están a punto de terminar —dijo. Puso con ternura una mano sobre la de Gonfala—. Has sufrido mucho, pero te prometo que cuando lleguemos a la civilización podrás comprender por primera vez en tu vida qué significan la paz y la seguridad perfectas.

—Sí —dijo Tarzán—, la seguridad y la paz perfectas de los accidentes de automóvil, choques de ferrocarriles, aeroplanos que se estrellan, ladrones, secuestradores, guerra y pestilencia.

Wood se rió.

—Pero no hay leones, leopardos, búfalos, elefantes salvajes, serpientes ni moscas tsé-tsé, por no mencionar a los bandidos y a los caníbales.

—Me parece —dijo Gonfala— que ninguno de los dos pinta una imagen muy bonita. Hacéis que casi tenga miedo de la vida. Pero al fin y al cabo no quiero tanto la paz y la seguridad como la libertad. Veréis, toda mi vida he sido prisionera salvo las pocas semanas que he pasado lejos de los kaji y antes de que Spike y Troll me secuestraran. Quizá podáis imaginar, pues, cuánto deseo la libertad, por muchos peligros que tenga que afrontar. Me parece lo más maravilloso del mundo.

—Lo es —dijo Tarzán.

—Bueno, el amor también tiene sus ventajas —sugirió Wood.

—Sí —coincidió Gonfala—, pero sin libertad.

—Tendremos las dos cosas —le prometió Wood.

—Con limitaciones, Gonfala; ya lo descubrirás —le advirtió Tarzán con una sonrisa.

—Ahora mismo lo que me interesa es la comida —dijo Gonfala.

—Y me parece que ya viene. —Wood señaló con la cabeza hacia la puerta. Alguien hurgaba con la llave en la cerradura. Después la puerta se

abrió lo suficiente para meter dos cazuelas en la habitación; luego se cerró con un golpe.

—No quieren correr riesgos —comentó Wood cuando cruzó la habitación y llevó los dos recipientes a sus compañeros. Uno contenía un denso estofado; el otro, agua.

—¿Qué?, ¿no traen utensilios para comer? —preguntó Wood.

—¿Utensilios para comer? ¿Qué es eso? —preguntó a su vez Gonfala.

—Algo con lo que comer: tenedores, cucharas. No tenemos tenedores, ni cuchillos, ni vasos, ¡qué vergüenza!

—Toma —dijo Tarzán, y le entregó su cuchillo de caza a Gonfala. Hicieron turnos para cortar trozos de carne con él y beber el jugo y el agua directamente de los recipientes, compartiendo la comida con Phoros.

—No está mal —comentó Wood—. ¿Qué es. Phoros?

—Carnero castrado joven. No hay nada más sabroso. Me sorprende que Menofra no nos haya enviado piel de elefante viejo para masticar. Quizá se está calmando. —Entonces meneó la cabeza—. No. Menofra nunca se calma; al menos en lo que a mí respecta. Esa mujer es tan intratable que cree que la indigestión es una indulgencia.

—¡Vaya! —dijo Gonfala soñolienta—. Me ha entrado tanto sueño que no puedo mantener los ojos abiertos.

—A mí me pasa igual —dijo Wood.

Phoros miró a los demás y bostezó. Tarzán se puso en pie y se sacudió.

—¿Tú también? —preguntó Phoros.

El hombre mono asintió. A Phoros se le cerraron los párpados.

—Esa vieja diablesa —murmuró—. Nos ha drogado… tal vez envenenado.

Tarzán observó a sus compañeros caer en el estupor uno tras otro. Hizo esfuerzos para combatir los efectos de la droga. Se preguntó si alguno de ellos volvería a despertar; luego, se dejó caer sobre una rodilla y rodó al suelo, inconsciente.

La habitación estaba decorada con esplendor bárbaro. Adornaban las paredes cabezas de animales y hombres montadas. Eran crudos murales hechos en colores que se habían desgastado, suavizado y refinado con el tiempo. Pieles de animales y alfombras de lana cubrían el suelo, los bancos y un diván en el que yacía Menofra, con el cuerpo apoyado sobre un codo, sosteniéndose la cabeza vendada con una enorme palma de la mano. Había cuatro guerreros de pie junto a la única puerta; a los pies de Menofra,

tumbados en el suelo, se hallaban Gonfala y Wood, aún inconscientes; a su lado se erguía Kandos; a los pies del diván, atado e inconsciente, yacía Phoros.

—¿Has enviado al hombre salvaje al recinto de los esclavos como te he ordenado? —preguntó Menofra.

Kandos asintió.

—Sí, mi reina; y como parecía fuerte le he encadenado a un poste.

—Está bien —dijo Menofra—. Incluso un necio a veces hace algo bien…

—Gracias, mi reina —dijo Kandos.

—No me des las gracias; me pones enferma.

Eres un mentiroso y un traidor. Phoros era amigo tuyo, y sin embargo te has vuelto contra él. ¿Cuánto tardarías en volverte contra mí, que nunca me has caído bien y que me odias? Pero no lo harás, porque eres un cobarde; y ni se te ocurra. Si alguna vez se me antoja por un instante que pudieras estar pensando en volverte contra mí, haré que tu cabeza cuelgue en esta pared. El hombre está volviendo en sí.

Miraron a Wood, cuyos ojos se abrían lentamente y cuyos brazos y piernas se movían un poco, como si experimentara con las posibilidades de autocontrol. Fue el primero en recobrar el conocimiento. Abrió los ojos y miró alrededor. Vio a Gonfala tumbada a su lado. Al ver que su pecho subía y bajaba supo que estaba viva. Levantó la mirada hacia Kandos y la reina.

—¿Así es como cumples tu palabra? —acusó; entonces buscó con la mirada a Tarzán—. ¿Dónde está el otro?

—A salvo —dijo Kandos—. La reina, en su clemencia, no os ha matado a ninguno.

—¿Qué vais a hacer con nosotros? —preguntó Wood.

—El hombre salvaje va a la pista —respondió Menofra—. Tú y la chica no moriréis enseguida… se os matará cuando hayáis servido a mi propósito.

—¿Y cuál es?

—Lo sabréis en su momento. Kandos, ve a buscar a un sacerdote; Phoros despertará pronto.

Gonfala abrió los ojos y se incorporó.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. ¿Dónde estamos?

—Seguimos siendo prisioneros —le dijo Wood—. Esta gente nos ha

engañado.

—La civilización parece muy lejos —dijo ella, y las lágrimas acudieron a sus ojos.

Él le cogió la mano.

—Has de ser valiente, querida.

—Estoy cansada de ser valiente; he sido valiente tanto tiempo… Tengo muchas ganas de llorar, Stanley.

Entonces Phoros recuperó el conocimiento, y miró primero a uno y luego a otro. Cuando sus ojos se posaron en Menofra dio un brinco.

—Ah, la rata ha despertado —dijo la reina.

—¡Me has rescatado, querida mía! —exclamó Phoros.

—Puedes llamarlo así, si lo deseas —dijo Menofra con frialdad—, pero yo lo llamaría otra cosa, como muy pronto verás.

—Bueno, cariño, olvidemos el pasado; lo hecho, hecho está. Kandos, desátame. ¿Qué impresión da ver al rey atado de este modo?

—A mí me parece bien —le aseguró Menofra—, pero ¿te gustaría que te desataran? Podría atarte con cadenas al rojo vivo, ¿sabes? En realidad, ya se ha hecho. No es mala idea. Me alegro de que lo hayas sugerido.

—Pero Menofra, mi querida esposa, no me harás eso a mí, ¿verdad?

—Ah, ¿crees que no? Pero tú has tratado de matarme con tu espada para tomar a esa ramera como esposa. Bueno, no voy a atarte con cadenas al rojo vivo… todavía no. Primero voy a eliminar la tentación de tu camino sin eliminar el objeto de tu tentación. Voy a dejarte que veas lo que habrías podido disfrutar.

Llamaron a la puerta y uno de los guerreros anunció:

—El sacerdote está aquí.

—Que entre —ordenó Menofra.

Wood había ayudado a Gonfala a ponerse en pie, y los dos estaban sentados en un banco, escuchando extáticos el críptico discurso de Menofra. Cuando el sacerdote hubo entrado en la habitación y hecho una reverencia a la reina, ésta señaló hacia ellos.

—Casa a estos dos —ordenó.

Wood y Gonfala se miraron con asombro.

—Aquí hay alguna trampa —dijo el primero—. Esa vieja arpía no hace esto porque nos quiere, pero no voy a dejarme engañar.

—Es lo que estábamos esperando —dijo Gonfala—, pero me habría gustado que hubiera ocurrido en condiciones diferentes. Hay algo siniestro

en todo esto. No creo que de la mente de esa mujer pueda salir nada bueno.

La ceremonia del matrimonio fue extremadamente sencilla, pero muy impresionante. Imponía a la pareja las más estrictas obligaciones de fidelidad y condenaba a muerte y a la maldición eterna al que fuera causa de infidelidad entre ellos.

Durante la ceremonia Menofra lucía una sonrisa sardónica, mientras a Phoros le costaba ocultar su pesar y su ira. Cuando hubo concluido, la reina se volvió a su compañero.

—Ya conoces las leyes de nuestro pueblo —dijo—. Rey o plebeyo, el que se interponga entre estos dos debe morir. Lo sabes, ¿verdad, Phoros? Sabes que la has perdido para siempre, ¿no? Para siempre. Tú has intentado matarme. Bien, yo te voy a dejar vivir; voy a dejarte vivir con esta ramera; pero ten cuidado, Phoros, porque te estaré vigilando. —Se volvió al guardia —. Ahora llévatelos. Lleva al hombre al recinto de los esclavos y procura que no le ocurra nada, y lleva a Phoros y a la ramera a la habitación contigua a la mía y enciérrales en ella.

Cuando Tarzán recobró el conocimiento se encontró encadenado a un poste en un recinto amurallado, con un collar de hierro al cuello.

Estaba solo, pero los jergones de hierba mustia, extraños retales de ropa sucia, utensilios de cocina y los restos de fogatas para cocinar, aún con rescoldos, le dieron a entender el hecho de que aquel recinto era la morada de los demás; y conjeturó, con acierto, que le habían encarcelado en un recinto para esclavos.

La posición del sol le indicó que había estado aproximadamente una hora bajo los efectos de la droga. Éstos iban desapareciendo con rapidez, dejando sólo un dolor de cabeza sordo y una sensación de pesar por haber sido engañado con tanta facilidad. Estaba preocupado por el destino de Wood y Gonfala, y no lograba comprender por qué le habían separado de ellos. Su activa mente estaba ocupada con este problema y el de huir cuando la puerta del recinto se abrió y apareció Wood, conducido por una escolta de guerreros que se limitaron a empujar al americano por la puerta y se marcharon después de volver a cerrar la puerta con llave.

Wood cruzó el recinto para llegar junto a Tarzán.

—Me preguntaba qué habían hecho contigo —dijo—. Tenía miedo de que te hubieran matado. —Entonces contó al hombre mono lo que Menofra había decretado para Gonfala—. Es monstruoso. Tarzán; esa mujer es una bestia. ¿Qué vamos a hacer?

Tarzán dio unos golpecitos al collar que le rodeaba el cuello.

—Yo no puedo hacer gran cosa —dijo con tristeza.

—¿Por qué supones que te han encadenado y a mí no? —preguntó Wood.

—Deben de tener preparada para mí alguna forma especial de entretenimiento.

El resto del día transcurrió conversando sin ganas, principalmente fue un monólogo, ya que Tarzán no era dado a parlotear. Wood hablaba para no pensar en la situación de Gonfala, pero sin demasiado éxito. A última hora de la tarde los esclavos regresaron al recinto y de inmediato se agolparon alrededor de Tarzán. Uno de ellos se abrió paso hasta el frente cuando vislumbró al prisionero.

—¡Tarzán! —exclamó—. ¿Realmente eres tú?

—Me temo que sí, Valthor —respondió el hombre mono.

—Y tú vuelves a estar aquí, por lo que veo —dijo Valthor a Wood—. No esperaba volver a verte. ¿Qué ha pasado?

Wood le contó toda la historia de su aventura y Valthor escuchaba con expresión reconcentrada.

—Tu amiga, Gonfala, puede estar a salvo mientras Menofra viva: pero es posible que no viva mucho. Kandos se ocupará de ello si no es demasiado cobarde; luego, cuando Menofra ya no sea un obstáculo, Phoros volverá a subir al poder. Cuando lo haga, te destruirá. Después no habrá muchas esperanzas para Gonfala. La situación es grave, y no veo una salida a menos que el rey y su grupo regresaran y volvieran a conquistar la ciudad. Creo que ahora podrían hacerlo, pues prácticamente todos los ciudadanos y la mayoría de guerreros están hartos de Phoros y el resto de los erythra.

Un alto negro se acercó a Tarzán.

—¿No me recuerdas, mi amo? —preguntó.

—Claro que sí —respondió el hombre mono—. Eres Gemba. Eras esclavo en casa de Thudos, en Cathne. ¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Muchas lunas, mi amo. Caí prisionero en el transcurso de un ataque. El trabajo es duro, y a menudo estos nuevos amos son crueles. Ojalá estuviera de nuevo en Cathne.

—Ahora estarías bien allí, Gemba. Tu antiguo amo es rey de Cathne. Creo que si supiera que Tarzán está aquí prisionero vendría y declararía la

guerra a Athne.

—Y creo que si lo hiciera —dijo Valthor—, un ejército de Cathne aquí sería bien recibido por primera vez en la historia; pero no hay ninguna posibilidad de que venga, pues no hay forma de que sepa que Tarzán está aquí.

—Si pudiera quitarme este collar —dijo el hombre mono—, podría salir del recinto de los esclavos y de la ciudad y traer a Thudos con todo su ejército. Vendría por mí a salvar a mis amigos.

—Pero no puedes quitártelo —dijo Wood.

—Tienes razón —coincidió Tarzán—; es hablar por hablar.

Durante varios días no ocurrió nada que rompiera la monotonía de la existencia en el recinto de los esclavos del rey de Athne. No les llegaron noticias de lo que sucedía en palacio; no podían imaginarse el destino que les aguardaba. Valthor había dicho a Tarzán que probablemente le reservaban para la pista debido a su fiero aspecto, pero cuándo volvería a haber juegos no lo sabía. Los nuevos amos de Athne lo habían cambiado todo, mofándose de todo lo que había sido sagrado para la tradición y el antiguo régimen. Incluso se hablaba de cambiar el nombre de Athne por el de Ciudad de Phoros. Todo esto lo impedía la insistencia de la reina, la cual quería que se llamara la Ciudad de Menofra.

Cada mañana llevaban a los esclavos a trabajar, y Tarzán permanecía solo todo el día, encadenado como un animal salvaje. Estar prisionero de la forma que fuera hacía rabiar al Señor de la Jungla; estar encadenado era una tortura. Sin embargo no daba muestras del sufrimiento mental que estaba soportando. Viéndole, uno habría creído que estaba satisfecho. Bajo aquella calma aparente se agitaba un embravecido mar de rabia.

Una tarde los esclavos regresaron al recinto antes de lo acostumbrado. Los guardias que les acompañaron se mostraron inusualmente ásperos con ellos, y había varios oficiales que no solían estar presentes. Siguieron a los esclavos y los contaron, comprobando sus nombres en una lista que llevaba uno de los oficiales; luego les interrogaron y, por las preguntas. Tarzán dedujo que había habido un intento de fuga concertado por parte de varios esclavos, durante el cual un guardia había muerto. En el nerviosismo de la confusión varios esclavos habían escapado al bosque de bambú que crecía cerca del límite oriental de los campos cultivados de Athne. La comprobación reveló que faltaban tres. Si los capturaban serían torturados hasta la muerte.

Los oficiales y guerreros eran extremadamente crueles en su actitud hacia los esclavos cuando les interrogaban, intentando sacarles a la fuerza confesiones que pudieran darles una idea del alcance del complot y qué esclavos eran los cabecillas. Cuando salieron del recinto los esclavos se hallaban en un estado de creciente inquietud y descontento. El aire estaba tan cargado de electricidad estática por la rebelión reprimida que la más mínima chispa habría prendido fuego, pero Valthor les aconsejó que tuvieran paciencia.

—Sólo os servirá para que os torturen y os maten —les dijo—. No somos más que un puñado de esclavos desarmados. ¿Qué podemos hacer contra los guerreros bien pertrechados de los erythra? Esperad. Tan seguro como que Dyaus está en el cielo es que ha de producirse algún cambio. Existe tanto descontento fuera del recinto de los esclavos como dentro; y algún día Zygo, nuestro rey, vendrá de las montañas donde está escondido y nos liberará.

—Pero algunos somos esclavos sea quien sea el rey.

—No.

—Bien —dijo uno—, no debería creer a nadie, pero todos sabemos que el noble Valthor cumplirá lo que dice.

Ya era casi oscuro, los fuegos para cocinar estaban encendidos y los esclavos calentaban sus magras comidas en pequeños potes. La carne de elefante conservada en sal constituía la mayor parte de su dieta; a ello se añadía una variedad muy basta de nabo. Con ambas cosas los hombres preparaban un estofado. A veces los que trabajaban en los campos variaban esta dieta con otras verduras que habían podido robar de los campos y entrarlas a escondidas en el recinto.

—Este estofado —señaló Wood— debe de estar lleno de vitaminas; lo tiene todo, incluido pelo de elefante y piedras. El pelo de elefante y las piedras podrían perdonarse, ¡pero los nabos! En la economía de la felicidad mundana no hay espacio para el nabo.

—Deduzco que no te gustan los nabos —dijo Valthor.

Desde que habían llevado a Tarzán al recinto de los esclavos. Troll y Spike se mantenían aparte. Spike tenía mucho miedo del hombre mono, y había logrado contagiárselo a Troll, aunque este ultimo había olvidado que no había ninguna razón para temerle. Spike estaba preocupado por temor a que, en el caso de que fuesen liberados. Tarzán encontrara la manera de quitarle el gran diamante. Esto no preocupaba a Troll, que lo había

olvidado todo respecto al mismo. Lo único que Troll recordaba con claridad era que Gonfala era su hermana y que la había perdido. Esto le preocupaba muchísimo, y hablaba de ello sin cesar. Spike le animaba en esta ilusión y nunca se refería al diamante, aunque constantemente era el objeto de sus pensamientos y planes. Su principal esperanza de recuperarlo residía en la posibilidad de que el rey legítimo de Athne recobrase su trono, le tratara como invitado en lugar de como prisionero y le devolviera el Gonfal; y sabía por las conversaciones que había tenido con otros prisioneros que el regreso de Zygo se hallaba entre la posibilidad y la probabilidad.

Cuando los esclavos estaban comiendo la colación de la noche y discutiendo la huida de sus tres compañeros entró en el recinto un oficial con un destacamento de guerreros, uno de los cuales llevaba un collar de hierro y una cadena. Al aproximarse al cobertizo el oficial llamó a Valthor.

—Estoy aquí —dijo el noble levantándose.

—Tengo un regalo para ti, aristócrata —anunció el oficial, que hasta la revolución había sido mozo de cuadra en los establos de los elefantes de Zygo.

—Ya lo veo —replicó Valthor, echando un vistazo al collar y a la cadena— y uno que a un mozo de cuadra debe de producirle mucho placer traerme.

El oficial enrojeció de ira.

—Ten cuidado, o te enseñaré modales —gruñó—. Ahora tú eres el mozo de cuadra y yo el aristócrata.

Valthor meneó la cabeza.

—No, mozo de cuadra, te equivocas. En el fondo siempre serás un mozo de cuadra, y muy en lo hondo de ti lo sabes. Eso es lo que te enfurece. Eso hace que me odies o que pienses que me odias; en realidad te odias a ti mismo, porque sabes que siempre serás un mozo de cuadra te diga lo que te diga Phoros que eres. Él ha hecho muchas cosas extrañas desde que derrocó al rey, pero no puede convertir una cola de chacal en león.

—Basta ya —espetó el oficial—. Eh, tú, ponle el collar al cuello y encadénalo al poste junto al hombre salvaje.

—¿Por qué Phoros me ha honrado así? —preguntó Valthor.

—No ha sido Phoros; es obra de Menofra. Ahora es ella quien manda.

—Ah, ya entiendo —dijo el noble—. Su psicología del odio hacia los

de mi clase está más profundamente arraigada que la tuya, pues brota del sucio suelo. Tu profesión al menos era honorable. Menofra era una mujer de la calle antes de que Phoros se casara con ella.

—Bueno, di lo que quieras mientras puedas, aristócrata —dijo el oficial en tono burlón— porque mañana tú y el hombre salvaje moriréis en la pista, pisoteados y destrozados por un elefante.

XXIV

MUERTE

LOS OTROS esclavos estaban furiosos por la sentencia impuesta a Valthor, que iba a morir, según le había dicho el oficial antes de marcharse, como castigo por el estallido que había causado la muerte de un guerrero erythros y la fuga de tres esclavos, y constituía un aviso para los demás. Habían elegido a Valthor ostensiblemente no porque hubiera sido el encargado de fomentar la rebelión entre los esclavos, sino realmente porque era popular entre ellos y un aristócrata.

Wood quedó horrorizado al saber que Tarzán iba a morir; Tarzán y Valthor, que eran sus amigos. Le parecía absolutamente inconcebible que el poderoso corazón del Señor de la Jungla dejara de latir para siempre, que aquel cuerpo perfecto fuera destrozado en aquella pista de arena para satisfacer la sed de sangre de unos bárbaros ignorantes.

—Debe de haber algo que podamos hacer —dijo—; tiene que haberlo. ¿No podríamos romper las cadenas?

Tarzán negó con la cabeza.

—He examinado la mía atentamente —dijo— y la he probado. Si fuera de hierro fundido podríamos romper un eslabón; pero es maleable y sólo se doblaría. Si tuviéramos un cincel… pero no lo tenemos. No podemos hacer nada, salvo esperar.

—¡Pero van a matarte. Tarzán! ¿No lo entiendes? Van a matarte. El hombre mono se permitió la sombra de una sonrisa.

—En eso no hay nada único —dijo—. Muchas personas han muerto; muchas están muriendo; muchas morirán… incluso tú, amigo mío.

—Tarzán tiene razón —dijo Valthor—. Todos hemos de morir; qué Importa cómo muramos. Si nos enfrentamos a la muerte con valentía, como corresponde a verdaderos guerreros, no habrá lamentaciones. En cuanto a mí, me alegro de que me mate un elefante, pues soy guía de elefantes. Ya sabes lo que eso significa. Tarzán, porque has estado en Cathne donde los

domadores de leones son los nobles, y sabes con qué orgullo ostentan el título. Aquí es igual, salvo que los nobles son los guías de elefantes. Como ellos crían leones, nosotros criamos elefantes; su dios, Thoos, es un león; nuestro Dyaus es un elefante. Los nobles que escaparon a la revolución de los erythros lo llevaron a las montañas con ellos, pues los erythra, que no tienen dios, lo habrían matado.

—Si tuviera que elegir la manera de morir —dijo Tarzán—, preferiría el león al elefante. Para empezar, el león mata con rapidez; pero mi verdadera razón es que el elefante siempre ha sido amigo mío, quizá mi mejor amigo; y no me gusta pensar que un amigo tenga que matarme.

—Éste no será tu amigo, Tarzán —le recordó Valthor.

—No, ya lo sé; pero no pensaba en él de forma individual —explicó Tarzán—. Y ahora, como con nuestra charla no hemos llegado a ninguna parte, voy a dormir.

La mañana de su muerte despuntó como una mañana cualquiera. Nadie habló de lo que era inminente. Prepararon su desayuno con Wood y hablaron, y Valthor se rió y de vez en cuando Tarzán esbozaba una de sus raras sonrisas. Wood era el que estaba más nervioso. Cuando llegó la hora en que los esclavos eran conducidos a su trabajo, se acercó para despedirse del hombre mono.

Tarzán le puso una mano sobre el hombro.

—No me gusta despedirme, amigo mío —dijo.

Si Wood hubiera sabido lo raro que era que Tarzán utilizara el término «amigo mío» se habría sentido honrado. Consideraba amigos a muchos animales, pero a pocos hombres. Wood le caía bien, por su inteligencia, su valor, su limpieza.

—¿Quieres que mande algún recado a… a…? —Wood vaciló.

Tarzán negó con la cabeza.

—No, gracias —dijo—. Se enterará, como siempre.

Wood se volvió y se alejó, siguiendo a los otros esclavos fuera del recinto. En el umbral dio un traspié, y profirió un juramento por lo bajo tapándose los ojos con la mano.

A primera hora de la tarde fueron a por Tarzán y Valthor medio centenar de guerreros y varios oficiales, todos con sus mejores galas, brillantes al sol sus recién pulidas armas.

Frente al palacio se estaba formando una procesión. Había muchos elefantes ricamente equipados y con sillas de montar en las que Iban

sentados los miembros de la reciente nobleza de Athne. Todas las sillas eran abiertas excepto una que constituía un complicado pabellón. En ella se sentaba Menofra sola. Cuando Valthor la vio se echó a reír a carcajadas. Tarzán se volvió y le miró con aire interrogador.

—¡Mírala! —exclamó el noble—. No podría llamar más la atención si fuera desnuda. En realidad, no le importaría mucho. Esa pobre cosa trata de ofrecer aspecto de reina. Fíjate en la actitud altiva, ¡y la corona! ¡Por Dyaus!, llevar la corona a la pista… y la lleva al revés. Vale la pena morir para ver eso.

Valthor no había procurado bajar la voz. En realidad, parecía que la había subido un poco. Su risa había atraído la atención hacia él, por lo que muchos oyeron y escucharon sus palabras. Incluso llegaron a oídos de Menofra. Esto fue evidente para todos los que la podían ver, pues su rostro enrojeció violentamente, y se quitó la corona y la dejó sobre el asiento, a su lado. Estaba tan furiosa que temblaba, y cuando dio la orden de iniciar la marcha, como hizo enseguida, la voz le temblaba de ira.

Con el centenar de elefantes en fila india, los numerosos guerreros a pie, los estandartes y pendones, la procesión resultaba pintoresca; pero le faltaba algo que hubiera hecho impresionante su magnificencia. No había nada regio en la supuesta majestad, y todo el séquito estaba teñido con la falsedad de sus principales actores. Ésta fue la impresión que registró el Señor de la Jungla al caminar encadenado detrás del elefante de Menofra.

La procesión siguió la avenida principal hasta la puerta sur a través de filas de silenciosos ciudadanos. No había vítores ni aplausos. Se hacían comentarios entre susurros cuando pasaban Valthor y Tarzán; y era evidente que las simpatías del pueblo se inclinaban hacia Valthor, aunque no se atrevían a expresarlas abiertamente. Tarzán era un extraño para ellos; su único interés por él residía en el hecho de que podría servir para proporcionarles unos minutos de emoción y entretenimiento en la pista.

Al cruzar la puerta, la columna torció hacia el este y por fin llegó a la pista, situada directamente al este de la ciudad. Al cruzar la puerta principal, por la que la procesión había entrado en la pista, sacaron a Tarzán y a Valthor y los llevaron a una puerta de menor tamaño que conducía por una alta empalizada hecha de pequeños troncos a un campo situado entre dos secciones de una tribuna. La parte interior del campo estaba formada por una empalizada de pequeños troncos y era similar a la parte exterior, con una puerta pequeña que daba a la pista. El hombre mono

no pudo sino fijarse en la débil construcción de las dos empalizadas, y se preguntó si toda la pista estaría tan mal construida.

En el recinto había varios guardias armados, y después trajeron a otros prisioneros, hombres a los que Tarzán nunca había visto. Los habían traído de la ciudad detrás de los elefantes de dignatarios inferiores que montaban en la retaguardia de Menofra. Varios de estos prisioneros, que hablaron con Valthor, eran a todas luces hombres distinguidos.

—Somos casi lo último de la aristocracia que no escapó ni se pasó a los erythra —explicó Valthor a Tarzán—. Phoros y Menofra creen que matando a todos sus enemigos no tendrán oposición y nada más que temer; pero en realidad sólo se están creando más enemigos, pues las clases medias han simpatizado más con la aristocracia que con la escoria que constituyen los erythra.

A poco más de un metro de la parte superior de la empalizada interior se distinguía una viga horizontal que sostenía los extremos de unas abrazaderas que mantenían recta la empalizada, y en esta viga se permitía que los prisioneros permanecieran presenciando lo que tenía lugar en la pista hasta que les tocara el turno a ellos. Cuando Tarzán y Valthor ocuparon sus respectivos lugares en la viga, el séquito real acababa de completar una vuelta a la pista y Menofra descendía torpemente de la Silla de montar de su elefante para entrar en el palco real. La mitad de la gradería estaba llena, y aún había multitudes entrando por los túneles. Se oía poco ruido, aparte del arrastrar de pies con sandalias y el ocasional bramido de un elefante. A Tarzán no le pareció una multitud feliz y despreocupada dispuesta a disfrutar de una diversión, sino más bien una hosca multitud reprimida por el miedo. Una carcajada habría sido tan alarmante como un alarido.

El primer encuentro fue entre dos hombres; uno era un fornido guerrero erythros armado con una espada y una lanza, y el otro un ex noble cuya única arma la constituía una daga. Aquello era una ejecución, no un duelo; una ejecución precedida de tortura. El público lo contemplaba, en su mayor parte en silencio. Se oyeron algunos gritos de aliento procedentes de los palcos de los oficiales y la nueva nobleza.

Valthor y Tarzán lo observaban con ademán de desagrado.

—Creo que yo habría podido matar a ese tipo corpulento —dijo el hombre mono—. He visto cómo se le puede manejar fácilmente. Qué pena que el otro no haya pensado en ello.

—¿Crees que podrías matar a Hyark? —preguntó un guardia que estaba junto a Tarzán.

—¿Por qué no? —preguntó el hombre mono—. Es torpe y estúpido; y sobre todo es cobarde.

—¿Hyark cobarde? Ésa es buena. Hay pocos hombres más valientes que él entre los erythra.

—Me lo creo —dijo Tarzán, y Valthor se rió. Hyark se pavoneaba ante el palco real recibiendo los aplausos de Menofra y su séquito, mientras unos esclavos se llevaban a rastras el cuerpo mutilado de su víctima y un oficial se aproximaba al campo para ir a buscar a los siguientes combatientes.

El guardia le gritó:

—Aquí hay uno que cree que puede matar a Hyark.

El oficial levantó la mirada.

—¿Quién es quien tal cosa cree? —preguntó.

El guardia señaló a Tarzán con el pulgar.

—Este hombre salvaje. Tal vez a Menofra le guste ver un combate así. Será divertido.

—Sí —dijo el oficial—, a mí también me gustaría verlo. Quizá después del siguiente combate. Se lo preguntaré.

El siguiente prisionero que debía salir a la pista era un anciano. Le entregaron una daga para defenderse; luego le soltaron un león.

—Es un león muy viejo —dijo Tarzán a Valthor—. Le faltan la mayor parte de los dientes. Está débil por la sarna y el hambre.

—Pero matará al hombre —dijo Valthor.

—Sí, matará al hombre; sigue siendo una fiera muy fuerte.

—Supongo que crees que también podrías matarle —se burló el guardia.

—Probablemente —afirmó el hombre mono.

Al guardia le pareció muy divertido y se rió estrepitosamente.

El león acabó pronto con el anciano, proporcionándole, al menos, una muerte misericordiosa; luego vino el oficial, tras haber devuelto el león a su jaula con muchas lanzas, y dijo que Menofra había accedido a la pelea entre Hyark y el hombre salvaje.

—Ha prometido que nombrará capitán a Hyark por matar a dos hombres en una tarde —dijo el oficial.

—Éste dice que también puede matar al león —gritó el guardia,

desternillándose de risa.

—Pero Hyark matará ahora al hombre salvaje; así que nunca sabremos si podría matar al león —dijo el oficial, fingiendo estar profundamente apenado.

—Pelearé con los dos a la vez —dijo Tarzán—, es decir, si Hyark no tiene miedo de salir a la pista con un león.

—Eso sería todo un espectáculo —dijo el oficial—. Voy enseguida a hablar con Menofra.

—¿Por qué lo has dicho, Tarzán? —le preguntó Valthor.

—¿No te dije que preferiría que me matara un león que un elefante?

Valthor meneó la cabeza.

—Tal vez tengas razón. Al menos acabaremos antes. Esta espera me está crispando los nervios.

El oficial regresó al poco rato.

—Todo está arreglado —dijo.

—¿Qué le ha parecido a Hyark? —preguntó Valthor.

—Me parece que la idea no le ha gustado nada. Dice que acaba de recordar que su esposa está muy enferma y ha pedido a Menofra que le diera a otro el honor de matar al hombre salvaje.

—¿Y qué ha dicho Menofra? —Ha dicho que si Hyark no salía a la pista y mataba al hombre salvaje ella mataría a Hyark.

—Menofra tiene mucho sentido del humor —comentó Valthor.

Tarzán saltó al suelo y le llevaron a la pista, donde le quitaron el collar de hierro del cuello y le entregaron una daga. Se dirigió hacia el palco real bajo el cual se encontraba Hyark. Éste fue corriendo a su encuentro, esperando despacharle pronto y salir de la pista antes de que soltaran al león. Los hombres que estaban junto a la jaula del león tenían algunos problemas para levantar la puerta. El león, furioso y excitado por su último encuentro, rugía y gruñía mientras golpeaba los barrotes intentando alcanzar a los hombres que trabajaban junto a él.

Hyark sostenía la lanza frente a Tarzán. Esperaba clavársela al hombre mono en el momento en que estuviera a su alcance. No jugaría con su víctima en este combate, pues su única idea era terminar y salir de la pista.

Tarzán avanzó ligeramente agachado. Se había metido la daga en la cuerda que le sujetaba el taparrabo. El hecho de que avanzara con las manos vacías desconcertó a la multitud y confundió a Hyark, que hacía rato que lamentaba haber aceptado el reto con tanta jactancia. El hombre no le

daba miedo, por supuesto, pero ¡los dos! ¿Y Si el hombre esquivaba la muerte hasta que el león saltara sobre ellos? El león podían lanzarse tanto sobre Hyark como sobre el otro. Esto aumentaba la confusión de Hyark.

Ahora estaban cerca. Profiriendo un juramento. Hyark arremetió con la punta de la lanza contra el pecho desnudo de su oponente; entonces Tarzán hizo exactamente lo que había planeado hacer, pues conocía su propia agilidad y fuerza. Agarró el mango de la lanza y le arrebató el arma a Hyark, arrojándola al suelo detrás de él; entonces Hyark hizo ademán de empuñar su espada, pero fue demasiado lento. El hombre mono saltó sobre él, unos dedos de acero le agarraron y le hicieron girar.

Un fuerte gritó se elevó desde la multitud: ¡habían soltado al león!

Agarrando a Hyark por el cuello de su chaleco y el cinturón de la espada, el hombre mono le mantuvo indefenso a pesar de sus forcejeos. Por primera vez la multitud empezó a emitir algún sonido. Se reía, burlándose de Hyark; avisó al hombre mono de que se acercaba el león; pero Tarzán ya lo sabía. Por el rabillo del ojo observaba al carnívoro que recorría la pista al trote. Ahora que estaba más cerca podía valorar mejor a la bestia. Era un león pequeño, viejo y lamentablemente demacrado. Era evidente que le habían hecho pasar hambre durante mucho tiempo para hacerlo más voraz. La ira de Tarzán se volvió contra los responsables de tamaña crueldad, por ello nació en su mente un plan para vengar al león.

Cuando el león se acercaba, Tarzán fue a su encuentro, empujando al frenético Hyark delante de él, y justo antes de que la bestia lanzara su ataque mortal, el hombre mono dio un tremendo empujón a Hyark directo hacia el gran felino; y entonces Hyark hizo exactamente lo que Tarzán había previsto que haría: se volvió rápidamente y echó a correr. Tarzán se quedó quieto; no movía ni un solo músculo. Se hallaba directamente en el camino del león, pero este último no vaciló ni un instante: se volvió y persiguió a Hyark, al aterrorizado Hyark, que huía lanzando fuertes gritos.

—El valiente Hyark tendrá que correr mucho más deprisa si espera conseguir su capitanía —dijo Valthor al guardia—. Habría sido mejor que se quedara quieto; si echaba a correr era seguro que el león le perseguiría. Si hubiera dado un paso a un lado y se hubiera quedado quieto, el león habría proseguido su ataque directo hacia Tarzán. Al menos entonces habría tenido una oportunidad, pero sin duda alguna no puede correr más que un león.

El león alcanzó a Hyark justo delante del palco de Menofra, y el

hombre, que no dejaba de gritar, cayó bajo el sarnoso cuerpo y tuvo un final afortunadamente rápido. Antes de que terminaran sus esfuerzos finales la hambrienta bestia empezó a devorarle.

Tarzán cruzó la pista hacia el palco real y el león que comía. En el camino recogió la lanza de Hyark y se acercó con sigilo al león por detrás; el león, ocupado comiendo con voracidad, no vio al hombre que se acercaba a él. La multitud permanecía sentada, tensa y silenciosa, maravillada, tal vez, por la valentía de aquel hombre salvaje desnudo. Tarzán se fue acercando al león, y el león seguía comiendo el cuerpo de Hyark, ajeno a la presencia del hombre mono. Directamente detrás del carnívoro Tarzán dejó la lanza en el suelo. Sólo la había cogido como medida de seguridad para el caso en que su plan no saliera bien. Después, con la rapidez y la agilidad de Sheeta, la pantera, saltó y se puso a horcajadas del felino y lo agarró por la melena y la piel fláccida de su lomo, luego lo levantó pesadamente para apartarlo de su presa y al mismo tiempo giró e hizo girar con él a la bestia, que rugía y se agitaba inútilmente. La rapidez del rayo de su acción fue lo que la hizo posible —eso y su gran fuerza— ya que, mediante un esfuerzo sobrehumano, arrojó la bestia al palco real; entonces, sin echar una sola mirada atrás, se giró y regresó al campo de los prisioneros.

El león no sólo golpeó a Menofra y la hizo caer de la silla, sino que la fiera, ahora asustada y desconcertada, de momento sólo pensaba en escapar y saltó al palco contiguo. Allí repartió golpes con sus garras a diestro y siniestro entre la nobleza, que no paraba de chillar. Fue saltando de palco en palco, dejando un rastro de víctimas que gritaban, hasta que por casualidad dio con un túnel, en el que entró a toda velocidad y huyó galopando hacia la libertad del exterior del anfiteatro.

En las gradas reinaba un gran alboroto ya que el pueblo vitoreó a Tarzán cuando entró en el campo y ocupó su lugar de nuevo aliado de Valthor en la viga. El guardia que le había ridiculizado le miraba ahora con sobrecogimiento, mientras los demás prisioneros le alababan y felicitaban.

—Menofra debería darte una corona y un título —dijo Valthor—, pues les has dado a ella y al pueblo un entretenimiento como jamás habían visto en esta pista.

Tarzán miró hacia el palco real y vio a Menofra de pie, aparentemente ilesa.

—El león ha perdido una oportunidad de oro —dijo—, y en cuanto a la

corona y el título, no los merezco; era al león, no a Menofra ni al pueblo, a quien intentaba entretener.

Cuando las gradas se hubieron calmado y los heridos fueron retirados, el oficial que estaba al mando regresó al campo de los prisioneros.

—Has sido un necio —dijo a Tarzán— lanzando el león al palco de Menofra. Si no lo hubieras hecho creo que te habría dado la libertad; pero ahora ha ordenado que seas eliminado enseguida. Tú y Valthor vais a continuación. Ocuparéis vuestros puestos en el centro de la pista inmediatamente.

—Me gustaría —dijo Valthor— que hubieras tenido un recibimiento mejor en la Ciudad de Marfil. Ojalá hubieras podido conocer a mi gente y ellos a ti; que no hubieras venido para morir de esta forma tan trágica, pero el destino estaba contra ti.

—Bueno, amigo mío —dijo Tarzán—, al menos nos hemos vuelto a ver; y… todavía no estamos muertos.

—Lo estaremos después.

—Quizá tengas razón —coincidió el hombre mono.

—Bueno, a ver. ¿Tienes algún plan?

—Ninguno —respondió Tarzán—. Sé que no puedo arrojar un elefante al palco de Menofra.

—No, éste no —dijo Valthor—. Lo conozco. Ayudé a capturarlo. Es un diablo, y enorme. Odia a los hombres. Lo han estado reservando para esto, y probablemente después lo matarán; es demasiado peligroso.

—Están abriendo el recinto de los elefantes —dijo Tarzán—. ¡Ahí Viene!

Un gran elefante salió bramando por las puertas. Al principio no pareció ver a los dos hombres que estaban en el centro de la pista y dio la vuelta a ésta trotando cerca de las gradas como si buscara una vía de escape; luego, de pronto, giró hacia el centro y trotó hacia los dos hombres.

Tarzán había observado su gran tamaño y el colmillo más oscuro que el otro, y en la pantalla de su memoria apareció otra escena y otro día: hienas en el borde de un hoyo, gritando a un gran elefante con un colmillo oscuro, mientras en lo alto Ska, el buitre, volaba en círculos.

El elefante levantó la trompa, bramaba mientras se dirigía hacia ellos, y entonces Tarzán avanzó con rapidez y alzó una mano con la palma hacia la bestia.

—¡*Dan-do*, Tantor! —ordenó—. Tarzán yo.

La gran bestia vaciló; luego se detuvo. Tarzán se dirigió hacia ella, haciendo señas a Valthor de que le siguiera directamente detrás de él, y se paró con una mano en la trompa que ahora el elefante había bajado y pasaba por el cuerpo del hombre mono para explorarlo.

—¡*Nala* Tarzán! —ordenó el hombre mono—. ¡Nala tarmangani! —y acercó el elefante a su lado.

El elefante levantó la trompa y lanzó un fuerte bramido; luego cogió a uno y después al otro en sus pliegues y se los puso en la cabeza. Por un momento se quedó balanceándose hacia delante y hacia atrás mientras Tarzán le hablaba en tono bajo; luego, lanzó otro bramido y echó a andar al trote alrededor de la pista mientras los espectadores permanecían sentados con pasmado asombro. La gran bestia había completado la mitad del óvalo y se hallaba al otro lado del campo de los prisioneros cuando Tarzán dio una rápida orden. El elefante giró bruscamente a la izquierda y cruzó la pista mientras Tarzán le azuzaba con palabras de aliento en aquella extraña madre de las lenguas que emplean los grandes simios y los simios inferiores y los manitos, y que es comprendida en proporción a su inteligencia por otras muchas bestias de la jungla y la llanura.

Con la cabeza baja el poderoso macho atravesó la frágil empalizada del extremo interior del campo, aplastándola en el suelo; luego la empalizada exterior cayó ante él y llevó a Tarzán y a Valthor a la llanura, hacia la libertad.

Cuando cruzaron la puerta principal del anfiteatro y se encaminaron hacia el sur vieron el primer contingente de perseguidores que salía de la pista y se encaramaba a las sillas de los elefantes que esperaban, y aún no habían recorrido un kilómetro cuando la persecución estaba en pleno apogeo.

Aunque su montura era muy rápida, algunos de los elefantes que la perseguían les estaban alcanzando.

—Carrera de elefantes —comentó Valthor.

—Llevan cargas pesadas —observó el hombre mono—; cinco y seis guerreros además de una pesada silla de montar.

Valthor asintió.

—Si podemos mantenernos delante de ellos media hora tenemos muchas probabilidades de escapar. —Luego se volvió y miró al frente—. ¡Madre de Dyaus! —exclamó—. Estamos atrapados entre un macho salvaje y un león hambriento; vienen los cathneanos y vienen en son de guerra.

Éste no es un ataque corriente. ¡Mírales!

Tarzán se volvió y vio un cuerpo de hombres que se parecía a un ejército cruzando la llanura hacia ellos, y delante iban los fieros leones de guerra de Cathne. Miró atrás. Los elefantes de guerra de Athne se estaban acercando a ellos rápidamente.

XXV

BATALLA

CREO que aún tenemos una posibilidad de escapar de los dos —dijo Valthor—. Hazle girar hacia el este. Zygo y sus leales seguidores están en las montañas.

—No tenemos que huir de nuestros amigos —replicó Tarzán.

—Espero que te reconozcan como amigo antes de que desaten a sus leones de guerra. Están entrenados para saltar a la espalda de los elefantes y matar a los hombres que los montan.

—Entonces nos acercaremos a pie —dijo el hombre mono.

—Y nos cogerán los erythra —añadió Valthor—. Tendremos que arriesgarnos; ¡pero espera! Probemos una cosa. —Habló al elefante, y el animal se paró y giró en redondo; entonces Tarzán saltó al suelo, haciendo señas a Valthor de que le siguiera. Dijo unas palabras al oído del elefante y se apartó. El elefante levantó la gran trompa hacia las grandes orejas, mientras el poderoso animal retrocedía para hacer frente a los elefantes que se acercaban.

—Me parece que los retendrá el tiempo suficiente para que lleguemos a la línea de cathneanos antes de que nos puedan alcanzar —dijo Tarzán.

Los dos hombres entonces se volvieron y echaron a andar hacia la horda de guerreros que avanzaban; hacia hileras de relucientes lanzas y cascos dorados y los leones de guerra con cadenas de oro. De pronto, un guerrero salió de las filas y corrió a su encuentro, y cuando estuvo más cerca Tarzán vio que se trataba de un oficial. Era Gemnon.

—Te he reconocido enseguida —gritó al hombre mono—. Íbamos a rescatarte.

—¿Cómo sabíais que estaba en apuros? —preguntó Tarzán.

—Gemba nos lo dijo. Estaba prisionero contigo en el recinto de los esclavos, pero escapó y fue directo a Thudos con el mensaje de que iban a matarte.

—Tengo a dos amigos prisioneros aún en Athne —dijo Tarzán—, y ahora que habéis apresado a muchos de los guerreros de Phoros en la llanura, en plena desbandada…

—Sí —dijo Gemnon—; Thudos comprendió la ventaja que tenía y atacaremos enseguida, en cuanto regresemos a las líneas.

Valthor y Gemnon se conocían ya, cuando Valthor era prisionero en Cathne. Thudos el rey les dio la bienvenida a los dos, pues Gemnon le había hablado del erythra; y naturalmente sus simpatías se inclinaban hacia la aristocracia de Athne.

—Si Thoos está con nosotros hoy —dijo—, devolveremos el trono a Zygo. —Luego ordenó a un ayudante—: ¡Suelta los leones de guerra!

El gran elefante con el colmillo oscuro había chocado de cabeza con el primer elefante de guerra de Athne, produciendo un impacto tan tremendo que todos los guerreros fueron arrojados de las sillas y el elefante de guerra cayó al suelo; luego atacó al siguiente y lo derribó, con lo que los otros se dispersaron para evitarle; y un momento después los leones de guerra de Cathne se encontraban entre ellos. No atacaron a los elefantes, sino que saltaron a las sillas de montar e hirieron a los guerreros. Dos o tres leones atacaban a un elefante al mismo tiempo, y al menos dos de ellos consiguieron llegar a la silla de montar.

El que dirigía las fuerzas de los erythros intentó reunir a sus hombres y formar una linea para repeler el avance de los cathneanos; y mientras trataba de hacerlo, los guerreros cathneanos que iban a pie se precipitaron sobre ellos, sumándose a la desbandada que el gran elefante había iniciado y los leones casi completado.

Los guerreros erythros arrojaban lanzas a sus enemigos e Intentaban hacerles caer bajo las patas de sus monturas. El primer objetivo de los cathneanos era matar a los que guiaban a los elefantes y que éstos formaran una estampida; y mientras algunos guerreros lo intentaban, otros se acercaban a los elefantes en un intento de cortar las cinchas con sus afiladas dagas, haciendo caer las sillas y a sus ocupantes al suelo.

Los alaridos de los guerreros, los barritos de los elefantes, los rugidos de los leones y los gritos de los heridos producían un indescriptible escenario de locura que se sumaba a la confusión de la escena y parecía aumentar la sed de sangre de los participantes en proporciones demoníacas.

Mientras una parte de sus fuerzas se enfrentaba a los erythra en la llanura ante la ciudad. Thudos maniobraba el resto de las mismas para

situarlo entre la batalla y la ciudad, para cortar la retirada de los erythra; y con esto y la muerte de su cabecilla los athneanos perdieron el ánimo y se diseminaron en todas direcciones, dejando la ciudad a merced del enemigo.

Thudos condujo sus victoriosas tropas a la ciudad de Athne, y con él marchaban Tarzán y Valthor. Liberaron a Wood y a los otros prisioneros que estaban en el recinto de los esclavos, incluidos Spike y Troll; y entonces, ante las urgentes súplicas de Wood, fueron a palacio en busca de Gonfala. Encontraron poca resistencia, pues la guardia de palacio pronto huyó despavorida ante la aplastante superioridad del enemigo.

Tarzán y Wood, conducidos por un esclavo de palacio, se apresuraron a ir al aposento donde estaba recluida Gonfala. La puerta, cerrada con un cerrojo por fuera, se abrió enseguida; y cuando los dos hombres entraron vieron a Gonfala de pie sobre el cuerpo de Phoros, con una daga en la mano.

Al ver a Wood, se precipitó hacia él y se arrojó a sus brazos.

—Acaba de llegarme la noticia de que Menofra ha muerto —dijo— y he tenido que matarle.

Wood la apretó contra sí.

—Pobre niña —susurró—. ¡Cuánto debes de haber sufrido! Pero tus problemas ya han terminado. Los erythra han caído, y estamos entre amigos.

Tras la caída de Athne los acontecimientos se sucedieron con rapidez. Zygo volvió de las montañas y sus enemigos seculares, los cathneanos, le devolvieron el trono.

—Ahora podéis vivir en paz —dijo Tarzán.

—Paz —gritaron Thudos y Zygo casi al unísono—. ¿Quién querría vivir siempre en paz?

—Devuelvo el trono a Zygo —explicó Thudos para que los cathneanos podamos seguir teniendo enemigos dignos de nuestras armas. Nada de paz para nosotros, ¿eh, Zygo?

—¡Nunca, amigo mío! —respondió el rey de Athne.

Tarzán y los otros europeos permanecieron en Athne durante una semana; luego partieron hacia el sur, llevándose con ellos a Spike y Troll y el gran diamante. A poca distancia de Athne se encontraron con Muviro al frente de un centenar de guerreros en busca de su amado *bwana*, y así escoltados regresaron al territorio del hombre mono.

Allí Tarzán dejó que Spike y Troll partieran hacia la costa con la

promesa solemne de que ninguno de los dos volvería jamás a África.

Mientras se marchaban, Spike lanzaba apesadumbradas miradas al gran diamante.

—Deberíamos sacar algo de todo esto —dijo—. Al fin y al cabo, hemos pasado muchas penalidades por ello.

—Muy bien —dijo Tarzán—, llévatelo.

Wood y Gonfala miraron al hombre mono con asombro, pero no dijeron nada hasta que Troll y Spike hubieron partido; entonces preguntaron por qué había dado el gran diamante a semejantes villanos.

Una leve sonrisa asomó a los labios del hombre mono.

—No era el Gonfal —dijo—. El auténtico lo tengo en casa. Ése era la imitación que Mafka guardaba para mostrar y proteger el Gonfal verdadero. Y hay otra cosa que puede interesaros: encontré la Gran Esmeralda de los zuli y la enterré en el territorio de los bantango. Algún día iré y también la cogeré. Tú y Gonfala deberías ir bien cargados de riquezas cuando regreséis a la civilización; deberíais tener suficiente para meteros en muchos problemas y quedaros allí el resto de vuestras vidas.



EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 - Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de

éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el seudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el seudónimo.

Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir

de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918, etc. Edgar Rice Burroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.



Cubierta original 1.ª, edición EE.UU., 1939, John Coleman Burroughs

Notas

[1] Esta novela es el resultado de la unión de dos relatos consecutivos anteriormente publicados en revistas *pulp* y no editados en libro: *Tarzan and the Magic Men* de septiembre de 1936 y *Tarzan and The Elephant Men* de noviembre de 1937. <<